

James Hadley Chase

El secuestro de Miss Blandish

Traducción de Joaquín Urrieta



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
No Orchids for Miss Blandish

Diseño de la colección:
Julio Vivas
Portada de Ángel Jové

© James Hadley Chase, 1939
© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 1990
Pedro de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 84-339-2029-4

Depósito Legal: B. 39998-1990

Printed in Spain

Printer industria gráfica, s.a., C.N. II, Cuatro Caminos, s/n
08620 Sant Vicenç dels Horts, Barcelona 1990

Comenzó una mañana de verano, en julio. El sol asomó muy pronto en la niebla matutina y los pavimentos devolvían al aire el copioso rocío convertido ya en vapor. En las calles, el aire era pesado y no tenía vida. Había sido un mes agotador, de intenso calor, de cielos sin nubes y de vientos bochornosos y cargados de polvo.

Bailey penetró en la casa de comidas de Minny, tras dejar a Old Sam dormido en el Packard. Se encontraba muy mal. Había bebido mucho la noche anterior y el calor aquel no ayudaba a despejarse. Tenía la boca reseca y los ojos irritados.

El local de Minny estaba vacío cuando entró. Era todavía temprano y la mujer acababa de limpiar los suelos. Bailey sorteó los charcos y arrugó un poco la nariz al sentir el rancio olor a comida y sudor que había en el local.

La rubia, que se apoyaba sobre el mostrador, le dirigió una sonrisa que le hizo pensar en un piano. Aquella muchacha se había cuidado hasta parecer de lejos una estrella de cine cualquiera, aunque de cerca desmereciera un tanto. Se dio unos toques en los rizos apretados y amarillos y adelantó el busto, de modo que sus grandes senos apuntaron directamente a Bailey bajo el delgado vestido.

—Apuesto a que no ha podido usted dormir —dijo—. ¿Verdad que es horrible este calor?

Bailey frunció el entrecejo y pidió un whisky. La rubia colocó con brusquedad una botella en el mostrador y empujó un vaso hacia Bailey.

—¡He aquí un muchacho alegre y simpático! —exclamó la rubia con sorna—. Por lo que veo, esta noche ha bebido demasiado.

Bailey tomó la botella y el vaso, se dirigió a una mesa y se sentó a ella. Miró a la rubia y se sintió observado con interés.

—Busca algo que hacer —dijo con desabrimiento— y déjame en paz.

—¡Oh, domínate, Clark Gable! —replicó la rubia, volviendo a exhibir su busto por encima del mostrador—. ¿Qué mosca te ha picado?

—Calla esa boca. —Bailey volvió la espalda a la muchacha.

Esta se encogió de hombros y volvió a la lectura de su novelita. Bailey tomó un trago y se encontró mejor. Se apoyó en el respaldo de la silla y se echó el sombrero sobre los ojos. Comenzaba a estar preocupado. Riley estaba buscando desesperadamente algún asunto. Si no había oportunidades pronto, tendrían que dedicarse de nuevo a los bancos. Bailey no sentía atracción hacia ellos, porque la policía se mostraba ahora muy vigilante. Los muy hijos de perra andaban siempre de ronda y palpaban los bolsillos en busca de ganzúas y armas. Sin embargo, las cosas iban poniéndose feas y todos se verían en aprietos si no encontraban algo muy pronto. Desde donde estaba sentado, podía ver a Old

Sam roncando en el Packard. Dedicó un gesto despectivo al hombre dormido. Aquel individuo era un inútil, incapaz de pensar en lo que no fuera su próxima comida y su próximo sueño. Eran siempre Riley o él mismo quienes tenían que encontrar las cosas. Tomó otro trago y encendió un cigarrillo. El whisky le recordó que tenía un estómago y miró por encima del hombro a la rubia.

—¡Tú, preciosa! —llamó—. Acércate.

La joven se acercó con las manos en las caderas y se detuvo de modo que sus senos rozaron casi el rostro de Bailey. Este pudo oler la carne femenina y sintió cierta excitación.

—¿Qué tal resultarán unos huevos con jamón? —dijo, al tiempo que dirigía la mano hacia los senos. La joven fue ágil y se alejó a tiempo.

—Más formalidad, Romeo —exclamó, inclinándose burlescamente la cabeza—. No hay que hacer la casa antes de poner los cimientos.

Bailey se dijo que era una buena salida, y sonrió, mientras observaba cómo la joven se dirigía a la cocinilla. Con movimientos de persona enterada, la joven rompió los huevos sobre el sartén y puso a freír un grueso trozo de jamón. Durante la espera, llegó Heinie. Bailey le saludó con la mano y el grueso rostro del recién llegado se partió en una elástica sonrisa. Heinie se acercó con toda la rapidez que le permitían sus cortas piernas y se sentó cautelosamente en la silla que le había adelantado Bailey. Se secó el rostro con un pañuelo sucio y puso su grasiento sombrero bajo la silla.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó Bailey.

—¡Dame un trago! —dijo Heinie, con la vista fija en la botella—. ¡Diablos! ¡Qué calor!

Bailey le sirvió un whisky muy fuerte y observó, con ojos entreabiertos, cómo bebía. Heinie era un gran tipo. Estaba siempre atento a cualquier novedad. Era informador de un periódico de la buena sociedad que se dedicaba, además, al chantaje. En fin, era un tipo con el que convenía estar en buenos términos.

—¿Qué tal te desenvuelves? —preguntó Heinie con una sonrisa amable—. ¿Cómo van tus cosas?

—Mal —contestó Bailey, echando su colilla al suelo—. Las cosas se han puesto feas y nada indica que vayan a mejorar.

Heinie meneó su gruesa cabeza.

—Sí —dijo—. Tienes razón. Es este maldito calor... No hay modo de que se presente nada con este bochorno.

Bailey se encogió de hombros con impaciencia.

—¿Qué haces ahora? —preguntó.

La rubia se acercó con su pedido y esperó a que Heinie decidiera lo que iba a tomar. Se mantuvo muy seria esta vez, porque Heinie era muy grosero con las mujeres y ella lo sabía. Heinie dijo por fin que tomaría un filete. Bailey esperó impaciente, mientras Heinie precisaba con detalle cómo quería el filete y el número de cebollas que debían acompañarlo. Cuando la rubia se alejó, volvió a tomar

el hilo de la conversación.

—¿Qué hay de nuevo estos días? —preguntó—. Riley está buscando algún asunto. ¿No puedes indicarnos algo?

Heinie meneó la cabeza.

—No tengo nada a la vista —dijo—. No he hecho nada en varias semanas. La única oportunidad se me ha presentado esta noche. Tengo que ocuparme del asunto de Blandish, el cual no me ha de proporcionar gran cosa.

—¿Blandish? ¿No es el rey de la carne?

—Sí.

Heinie sentía impaciencia por comer y miraba a la rubia por encima del hombro. El olor de las cebollas que se freían le ponía fuera de sí.

—¿No es asombroso cómo puedo comer con este tiempo? —continuó, concentrando el interés en su propia persona—. La mayoría de la gente se queda aplatanada y no hace otra cosa que beber, pero yo sigo como siempre.

Bailey acabó sus huevos con jamón y se echó hacia atrás.

—¿Cuál es el motivo de que Blandish salga en los periódicos? —preguntó.

—No es Blandish, sino su hija. ¿No la conoces? ¡Demonios! ¡Vaya prenda! Es algo maravilloso. Mira, muchacho, daría todo lo que gano en un año por hacerme con esa joya.

Bailey no reveló ningún interés, pero Heinie, una vez lanzado, era difícil de parar. Instaló su voluminosa humanidad más cómodamente en la silla y extendió sus rechonchas y pequeñas manos sobre la mesa.

—¡Esta damisela va a lucir hoy las joyas de la familia! —exclamó—. Esta noche va a haber una fiesta elegante y, para celebrarla, colgará de su cuello cincuenta mil dólares.

—¿Cincuenta mil? —Bailey se inclinó bruscamente hacia adelante.

—Sí, señor. Cincuenta mil colgarán de su cuello esta noche. —Heinie sonrió con presunción—. Y esta pobre criatura va a contarte el asunto por diez miserables dólares.

La rubia llegó con el filete y lo colocó ante Heinie. El aspecto era delicioso y el rostro de Heinie se iluminó. Dio unas palmaditas en el brazo de la muchacha, a la que dirigió una risueña mirada de agradecimiento. La muchacha contestó con una mirada muy seria y se alejó rápidamente, con lo que eludió la mano que buscaba audazmente su cuerpo. Bailey meditaba. Dejó que Heinie disfrutara de su comida y miró a la calle a través de la puerta abierta. Cincuenta mil dólares en piedras parecían un buen trabajo. Frunció el entrecejo y se preguntó si Riley tendría el coraje de emprenderlo. Miró rápidamente a Heinie, quien comía con mucho ruido.

—¿Sabes si la chica ésa va directamente a casa después de la fiesta? —preguntó.

Heinie se detuvo, con el tenedor cerca de la boca.

—¿Por qué me preguntas eso? —indagó con recelo.

—Simple curiosidad, nada más. —Bailey dirigió a su amigo una mirada neutra.

Heinie no podía nunca negarse a hablar:

—Lo he sabido por el criado de MacGowan...,

—¿MacGowan? ¿Quién es ese tipo? —interrumpió Bailey.

—¿MacGowan? ¿No has oído hablar nunca de Jerry MacGowan? —Heinie parecía escandalizado—. ¿No sabes quién es? Este MacGowan es uno de nuestros jóvenes más ricos y distinguidos... Y está loco por esa chica. ¿Comprendes? Su criado me dijo que después de la fiesta va a llevarla al Golden Slipper, a oír tocar a Louis.

—¿Van los dos solos? —indagó Bailey con expresión meditabunda.

Heinie reveló preocupación.

—Espero que no harás nada —dijo—. No se trata de unos cualesquiera, Bailey. No es cosa que encaje en tus actividades.

Bailey dirigió a su amigo una mirada de lobo.

—No pienso hacer nada —manifestó.

Heinie le miró con sus ojillos, pero Bailey resistió el examen sin mover un músculo del rostro. Volvió la cabeza e hizo una señal a la rubia. Pagó su cuenta y se levantó.

—Hasta pronto —dijo.

—¡Qué prisa más repentina! —exclamó Heinie, levantando la vista.

—Old Sam está en el coche, ahí fuera. Estaba durmiendo la mona, pero supongo que ahora estará más despejado. ¡Vaya! ¡Qué noche más miserable he pasado! ¿Has sentido alguna vez calor semejante?

Heinie asintió con un movimiento de cabeza. Se sentía más seguro hablando del tiempo.

—Sí, ha hecho mucho calor. Y hoy va a ser igual.

Bailey saludó con la mano y se dirigió hacia la puerta. Al pasar junto a la rubia, trató de pellizcarla, pero la muchacha se escurrió como un lagarto.

—¡Vamos! Más formalidad...

Lo dijeron los dos, Bailey imitando la voz de la joven. Esta se echó a reír y Bailey hizo una mueca. Se encontró en la calle. El golpe de calor le hizo el efecto de un puñetazo. La especie de bruma que había en la calzada le provocó cierto mareo. Caminó lentamente hacia el coche. Su cerebro trabajaba. De modo que las joyas de Blandish salían de nuevo a la superficie... Todos los granujas de Kansas estarían dentro de poco relamiéndose los labios. Con Heinie, las noticias circulaban rápidamente. Se lo decía a todo el mundo. Heinie no tenía favoritos; era un gran tipo.

Bailey encontró a Old Sam todavía roncando. Le miró con expresión desdeñosa y se dirigió a un almacén. Se encerró en la cabina del teléfono. Marcó el número y comenzó a hablar con Riley. Apresuradamente, relató lo que Heinie le había dicho. Riley, a la

escucha en el otro extremo, parecía atontado. Bailey le había dejado en la cama con Anna y quedó sorprendido de que tan siquiera respondiera a la llamada. Sabía que Riley tenía motivos para estar fastidiado.

—No dejes el teléfono, por lo que más quieras —dijo Riley de pronto—. Esta bruja está gritando y no oigo lo que dices... Espera un segundo.

Bailey podía oír la enfurecida voz de Anna. Después, percibió claramente los gritos de Riley y el ruido de una bofetada. Sonrió. Riley y Anna se peleaban a todas horas; era un modo de divertirse como otro cualquiera. Indudablemente, era su modo de ser. Riley volvió al teléfono.

—Escucha, Riley —suplicó Bailey—. En esta caja hace un calor insoportable. Pon atención, así podré salir de aquí cuanto antes.

Riley comenzó a maldecir contra el calor desde el otro extremo.

—Muy bien, muy bien... —interrumpió Bailey—. Si hace calor ahí, aquí es la muerte. ¡Sí! ¡La muerte! No, no he matado a nadie. Digo que uno se muere aquí... en este cajón. ¿Qué cajón? Este maldito cajón del teléfono donde estoy metido. ¿Qué...? ¡Oh! ¿Quieres callarte, por favor? No. Deja en paz al calor. Escucha un momento, antes de que me muera. Las joyas de Blandish salen a la luz. Sí, eso he dicho... Las joyas de Blandish, el rey de la carne..., eso es, eso es lo que te estoy diciendo... Sí, esta noche. La chica las llevará al Golden Slipper después de la fiesta. Estará allí con Jerry MacGowan. ¿Qué te parece?

—Ven en seguida. —Riley pareció resucitar repentinamente—. Tenemos que hablar de eso. No pierdas un minuto...

—Muy bien. —Bailey sonrió al aparato. Riley no era tan flojo como parecía—. Estoy ya en camino.

Colgó el teléfono y, tras encender un cigarrillo, salió a la calle. El aire parecía fuego después de la permanencia en la cabina. Marchó a grandes pasos hacia el Packard. Entró en el coche y despertó a Old Sam con unas brascas sacudidas.

—Despierta, Bella Durmiente —dijo, mientras se instalaba al volante—. Hay novedades.

* * *

Bailey, un poco turbado, se abrió paso entre las mesas ocupadas. El Golden Slipper estaba haciendo un magnífico negocio. Los camareros se movían sin reposo, como máquinas a punto, con sus bandejas en alto. El ruido de las incesantes conversaciones luchaba con la música de la orquesta. El ambiente estaba lleno de humo, por lo que era difícil ver a través del local. Bailey se sintió desmañado y aturdido. Era muy de Riley encargarle aquella desagradable tarea en el interior. Se sentó a una mesita y lanzó un bufido al camarero que le miraba con aire perplejo. Pidió un "highball" y, mientras el camarero iba a atender el pedido, miró a su alrededor afanosamente. Era temprano y sabía

que miss Blandish no había llegado, pero como no la conocía personalmente, se dijo que debía identificar la mesa que habían reservado para ella. No podía ver bien en medio de aquella bruma, y desistió del intento con un irritado encogimiento de hombros. Le agradó tener delante el "highball"; así sus manos tenían algo en qué ocuparse. Estuvo sentado y a la espera durante algún tiempo, bebiendo, fumando y preguntándose qué aspecto tendrían Riley y Old Sam instalados en el Packard, allá afuera. De pronto, hubo un redoble de tambor y el director de la orquesta se acercó al micrófono.

—Unas palabras al oído, amigos —dijo, con voz potente y metálica—. Miss Blandish llega ahora con su buen amigo, mister Jerry MacGowan. Es el cumpleaños de la gentil damisela y es necesario que se divierta. Dedicadle una cordial acogida, pero sin agobiarla. Un pajarito me ha dicho que lleva consigo las famosas perlas. Por tanto, señoras, he aquí una ocasión para que las contempléis.

Bailey volvió la cabeza rápidamente y miró hacia la entrada. Todo el mundo miraba en la misma dirección. La luz blanca de un reflector envolvió a la muchacha en aquel momento. Entraba seguida de un joven alto, quien saludaba, agitando la mano en la bruma, a amigos que seguramente no veía. Bailey observó a la muchacha mientras ésta avanzaba por el estrecho pasillo entre las mesas. Había oído hablar de aquella belleza y se había preguntado qué habría de verdad en tantas alabanzas, pero ahora quedó poco menos que sin aliento. La luz encendió aquella espesa cabellera rojiza y se reflejó en la piel blanquísima. Los ojos eran grandes y brillantes. Bailey quedó boquiabierto. Había visto muchas bellezas, pero miss Blandish era algo excepcional.

Lo que más le impresionó era aquel aspecto de inocencia. No conocía bien el significado de esta palabra, pero comprendió en seguida que era una muchacha muy distinta de las que había conocido. Tenía todas las cosas que las demás tenían y, además, algo que a las demás les faltaba. Bailey observó cómo la muchacha saludaba con la mano a la multitud enardecida y se sentaba a una mesa con MacGowan. Concentró su atención, fija la vista en la hilera de perlas.

Desde su sitio podía afirmar que eran auténticas. Al mismo tiempo, comenzó a darse cuenta de que era muy duro el trabajo que le esperaba. La empresa no iba a ser nada fácil. Podía imaginarse muy bien la actitud que Blandish adoptaría con la policía. Todos los guardias del estado de Kansas se lanzarían en su persecución en cuanto se tuviera noticia de lo ocurrido. Bailey estaba sudando ligeramente. Tal vez era una locura lanzarse a aquel empeño. Blandish tenía millones y armaría un terrible alboroto. Tomó un trago y trató de calmarse. ¿Qué diría Riley si uno saliera y aconsejara abandonar la tarea? Se encogió de hombros. No había más remedio que seguir adelante.

La orquesta se detuvo bruscamente, con precisión de gente bien

entrenada, y dejó que el clarinete y los tambores tocaran en "swing". El clarinete subía y bajaba por todas las escalas. El tambor, con los ojos en blanco y congestionado, hacía juegos malabares con el gong y sus demás instrumentos. La pista era reducida y estaba llena; el ruido de los pasos era tan rítmico como el de la orquesta. El local quedó sumido en la penumbra y alguien comenzó a jugar con la multitud con una lámpara. El haz de luz iba de un lado a otro y seleccionaba los rostros de los bailarines. En medio de la pista, una muchacha hacía esfuerzos por mantener en su sitio las hombreras de su vestido. Su pareja sujetaba con los dedos las hombreras y las impulsaba deliberadamente hacia abajo. Al cabo de un rato, la muchacha, con una risa nerviosa, abandonó la lucha y dejó ver su leve sostén de color melocotón. En un ángulo, una pareja estaba frente a frente; la mujer trataba de ajustarse al hombre para bailar; pero siempre avanzaba el cuerpo sin mover los pies.

Bailey observó que los movimientos de MacGowan eran muy pesados. Estaba bebiendo mucho y, cuando bailaba, daba lamentables bandazos. Miss Blandish le dijo algo y ambos volvieron a la mesa. Esto interesó a Bailey, quien dedicó su atención a la pareja. Miss Blandish hablaba a MacGowan. Evidentemente, trataba de que su caballero no bebiera más, pero el caballero estaba ya lo suficientemente borracho como para ser obstinado. De pronto, la muchacha, tras un leve encogimiento de hombros, volvió la espalda a MacGowan. El desplante molestó a éste, quien vació su vaso de golpe y lo volvió a llenar.

El público comenzaba a alborotarse, y Bailey vio que varios hombres se apretaban ya escandalosamente contra sus parejas. Estalló entonces una disputa en una de las mesas. Un joven, un estudiante universitario, al parecer, maltrató de palabra a su compañera, una muchacha morena, y ésta se inclinó sobre la mesa para abofetearle. El joven la agarró de los brazos, la puso boca abajo, apartó vasos y platos, que cayeron al suelo con estrépito, y azotó las nalgas cubiertas de seda amarilla. Se formó un grupo que reía y animaba a los contendientes. La muchacha lanzaba gritos estridentes. Bailey se dijo con inquietud que pronto aparecería la patrulla encargada de reprimir los desórdenes de aquella naturaleza. Dirigió la mirada hacia miss Blandish y vio que ésta se hallaba ya de pie. Sacudía impacientemente a MacGowan por el brazo. MacGowan se levantó vacilante y siguió a la joven por el pasillo.

Sólo Bailey se dio cuenta de que la pareja abandonaba la sala. Se apresuró a salir. Con sus anchos hombros, se abrió paso a través de la gente que permanecía en la terraza de madera admirando la luna. Un borracho, que se giró para protestar, se calmó instantáneamente al observar la mirada de Bailey. Este bajó rápidamente por la entrada de coches y llegó a la carretera. El Packard salió de las sombras. Montó en el asiento trasero. Old Sam estaba al volante y Riley a su lado.

—Saldrán dentro de un minuto —dijo Bailey—. Conducirá ella. El tipo éste está completamente borracho.

—Llévanos hasta la granja que pasamos al venir y detente allí —ordenó Riley a Old Sam—. Los dejaremos pasar y, en seguida, les acorralaremos y les haremos detenerse.

Old Sam maniobró y el Packard avanzó por la carretera. Bailey encendió un cigarrillo y sacó un arma de la funda que colgaba de su hombro. Colocó el arma a su lado, en el asiento. El coche tenía mucha fuerza y Old Sam era un buen conductor. La granja estaba en el próximo recodo, por lo que el coche no tardó en detenerse al amparo de una profunda sombra. Riley habló por encima del hombro:

—Sal a la carretera y permanece en observación.

Bailey tomó su pistola; arrojó el cigarrillo y se instaló en la carretera. Sus pies hicieron crujir la grava suelta, al retroceder un poco para doblar el recodo. Permaneció al borde de la carretera, vigilante. A lo lejos, las luces de los locales brillaban en la oscuridad. Llegaba débilmente la música de la orquesta, en "swing" frenético. Bailey esperó inmóvil algunos minutos; después, volviéndose bruscamente, corrió hacia el coche.

—Todo va bien —dijo—. Ya vienen.

Old Sam puso el motor en marcha. Cuando el zumbido del coche que se acercaba se hizo más fuerte, embragó. El Packard comenzó a desplazarse y, cuando pasó el coche de miss Blandish, lo siguieron.

—Déjale que siga todavía un poco —ordenó Riley—. Después, bloquéalo.

La ancha carretera estaba solitaria. Delante, había una zona boscosa. Era la ocasión. Los faros del Packard iluminaban la parte trasera del coche de miss Blandish. Podían ver la cabeza de Jerry MacGowan a través de la ventanilla posterior. Aquella cabeza, echada hacia atrás, se bamboleaba con los movimientos del coche.

—Ese individuo no nos va a dar demasiado trabajo —observó Bailey.

Riley lanzó un gruñido. Tras un nuevo recodo, se vieron en el bosque. La oscuridad era muy grande.

—Bloquéalos —dijo Riley.

El velocímetro señalaba los cien por hora. La aguja se agitó y subió sucesivamente a ciento diez y ciento veinte. El Packard corría sin la menor perturbación. El viento comenzó a silbar y los árboles parecían desvanecerse. Pero los coches seguían a la misma distancia.

—¡Por Cristo! —exclamó Riley, mirando a Old Sam.

Old Sam presionó furiosamente el pedal. Ganaron unos cuantos metros, pero los volvieron a perder. Bailey se inclinó hacia adelante y sus manos se agarraron al respaldo.

—Dale todo lo que puedas, Sam —gritó, muy excitado—. No nos dejemos vencer por esa chica. Pasado otro kilómetro, estaremos en terreno descubierto.

Old Sam sujetaba firmemente el volante, y la aguja subió hasta ciento treinta. La separación se reducía. Los dos coches comenzaron a zigzaguear un poco en la rugosa superficie de la carretera. De pronto, Old Sam vio la oportunidad en una curva. Pisó el freno. Los neumáticos chirriaron en la grava y el Packard, con un brusco cambio de dirección, salió de la calzada. Bailey fue arrojado al suelo del coche. Sintió que éste daba un bandazo y que las ruedas frenadas, tras quedar algún tiempo en el aire, volvían al suelo. Hubo un temblor general del vehículo cuando Old Sam soltó el freno y pisó con fuerza el acelerador. Después, el coche dio un salto y se lanzó a través de la maleza. Miss Blandish seguía por la carretera; corría a lo largo de la curva. Old Sam había marchado a campo traviesa y se había colocado delante.

Bailey volvió a instalarse en el asiento, sudando copiosamente. Buscó su arma y la encontró en el suelo del coche. Old Sam estaba obligando a la señorita Blandish a disminuir la marcha. Zigzagueaba por la carretera, impidiendo el paso y reduciendo gradualmente la velocidad del Packard. Finalmente, los dos coches se detuvieron; el Packard había quedado cruzado y cerraba definitivamente el paso. Bailey saltó afuera y se dirigió al otro coche. Apuntó a miss Blandish con su pistola.

—Salga —dijo—. Es un atraco.

Riley no se movió del Packard. Inclinado hacia adelante, con el hombro y el brazo fuera de la ventanilla, observaba. Old Sam masticaba chicle y miraba los faros del coche. Ni siquiera se molestaba en observar.

Miss Blandish no podía ver el rostro de Bailey. Este se hallaba en la sombra, pero el reflejo de los faros descubría el metal del arma. La joven abrió la portezuela y salió a la carretera. Son distintos los modos en que una mujer abandona un coche. Algunas aprovechan la ocasión para enseñar sus piernas; otras, no. Miss Blandish fue de estas últimas. Quedó inmóvil, con una mano en el tirador de la portezuela, mirando a Bailey con expresión de asombro. No estaba asustada, pero sí atónita. MacGowan dijo algo en el interior del coche y levantó la cabeza con dificultad. Salió finalmente, tratando de dominarse, y se colocó junto a la joven. El brazo de Bailey se puso en tensión. El arma se hizo repentinamente amenazadora.

—Un poco de calma, pollo. Esto es un atraco —dijo.

MacGowan se sintió más despejado. Se acercó todavía más a miss Blandish.

—Vale más que tengan cuidado —exclamó con voz dura—. Por lo visto, no saben con quién están hablando.

—Vengan esas perlas —ordenó Bailey, pasando por alto la observación.

Miss Blandish se llevó las manos a la garganta y retrocedió.

—Basta de ese juego. Podría lamentarlo.

Como la joven continuó su retroceso, Bailey avanzó hacia ella con tres rápidos pasos. Tenía que pasar junto a MacGowan y éste

le golpeó, en una sien. Era una imprudencia en aquellas circunstancias, pero MacGowan estaba todavía lo suficientemente borracho para ser temerario. La carretera era desigual y Bailey tenía un pie en el aire, por lo que cayó al suelo con un ruido sordo. Miss Blandish soltó un grito, no muy fuerte, como gritándose a sí misma. Riley no se movió. Creía que Bailey podría imponerse solo, pero ordenó a Old Sam que saliera del coche y vigilara a la joven. El viejo hundió su 38 en el costado de ésta. Pero miss Blandish parecía no sentirlo; tenía la mirada fija en Bailey, quien se debatía en el suelo.

MacGowan, en lugar de saltar sobre su enemigo, permanecía inmóvil. El arma había saltado de las manos de Bailey y desaparecido en las sombras. Aturdido, Bailey se puso de rodillas, jurando en voz baja y obscenamente. Quedó un momento en esta posición, mirando a MacGowan, quien, comprendiendo que había perdido una oportunidad, se abalanzó sobre él. Bailey se incorporó, fue a su encuentro y consiguió darle un puñetazo en la mandíbula. MacGowan retrocedió vacilante, abriendo los brazos para conservar el equilibrio. Bailey le siguió. Tenía en la mano un guantelete de metal, que llevaba siempre sujeto a su manga. Golpeó con la izquierda el cuerpo de MacGowan y, cuando el muchacho se echó hacia adelante, le dio con el hierro entre los ojos y en la nariz. Miss Blandish oyó, muy claramente, el ruido del hueso que se partía; fue como si se rompiera un trozo de madera. Jerry cayó al suelo. Quedó boca arriba, en medio de la carretera, iluminado por los faros, agitando sus largas piernas y con las manos en el rostro. Bailey se acercó y le dio un puntapié en la cabeza. Seguía blasfemando en voz baja. Pateó al caído con método. Llevaba el pie hacia atrás, apuntaba a la cabeza y golpeaba con toda su fuerza. Riley sacó medio cuerpo fuera del coche.

Miss Blandish hizo un movimiento, como si quisiera contener aquello, pero el arma se hundió todavía más profundamente en su costado. No podía gritar. Tenía la lengua pegada a la boca y le resultaba imposible emitir un sonido. Era incapaz hasta de cerrar los ojos. Inmóvil, tenía que contemplar la escena. De pronto, Riley se enderezó y abrió la portezuela. Bailey seguía golpeando. El sonido que hacía su bota ya no era agudo; era sordo, como cuando se golpea algo blando. Riley se acercó rápidamente y apartó a Bailey con violencia. Todos miraron aquel maltratado muñeco que había antes respirado y vivido. Riley respiró profundamente.

—¡Hijo de perra! —le gritó a Bailey.

Este comenzó a limpiarse las botas en la hierba. Old Sam seguía junto a la señorita Blandish, pero había bajado su arma. Estaba asustado. La señorita Blandish se había cubierto los ojos con las manos. Temblaba, como si tuviera mucho frío. Riley puso una rodilla en tierra, miró de cerca a MacGowan, se levantó y amenazó con el puño a Bailey.

—¡Bastardo, hijo de perra! —exclamó. Estaba pálido y sudaba copiosamente—. ¡Mira lo que has hecho! ¡Estamos metidos en un

asesinato! ¡Idiota...!

Bailey metió los dedos por el cuello de su camisa y dio a éste varios tirones, como si necesitara aire.

—¡El se lo buscó! —gritó—. ¿No ha sido así? —Volvió rápidamente la cabeza, tratando de obtener el asentimiento de Old Sam, pero éste apartó la mirada.

Los tres hombres permanecieron inmóviles, mirándose entre ellos y mirando a MacGowan. El asesinato era algo nuevo para los tres, y estaban muy asustados. Riley se dominó y se acercó lentamente a miss Blandish. La joven se dio cuenta y apartó sus manos del rostro.

—¡Nada de escándalo! —le advirtió Riley, medio loco por el miedo de que comenzaran los gritos—. ¡Si no se está quieta lo lamentará!

Blandish estaba asustada. Creía que Riley la iba a matar.

—Esté tranquila y no haga el menor movimiento —ordenó Riley.

Bailey se acercó y tiró a Riley del brazo.

—Esta chica tiene que seguir el mismo camino —dijo, hablando en voz baja—. Lo ha visto todo... Tenemos que eliminarla.

Riley le apartó con un empujón.

—Cierra esa boca —ordenó—. Ya has hecho bastante esta noche. —Estaba mirando intensamente a miss Blandish, embriagándose con aquella belleza. Recorrió la figura y, aunque muy nervioso, se descubrió diciéndose que la muchacha era preciosa. Se acercó a ella de nuevo y la hizo retroceder un paso, de forma que los faros del coche la iluminaran por detrás. La luz atravesó las ropas y mostró la silueta de largas piernas. Riley contempló aquello y sintió un deseo implacable. Era un deseo tan violento que le daba escalofríos.

La joven tendió las manos hacia él, como pidiéndole que le dejara marcharse. Riley fue hacia ella. El contacto de aquellas manos frías y húmedas sobre sus brazos desnudos volvió a la vida a miss Blandish. Retrocedió y abrió la boca para lanzar un grito. Riley puso sus pies en posición y su puño, medio cerrado, golpeó la mandíbula de la joven. Esta dobló sus piernas, y Riley la agarró y la arrastró al Packard. La dejó tendida en la parte de atrás y miró por encima del hombro a los otros dos.

—Meted al muerto en su coche y llevadlo al bosque —gritó—. ¡Vamos, pronto!

Old Sam ayudó a Bailey a meter el cadáver de MacGowan en el coche y condujo éste a campo traviesa, hasta esconderlo entre los árboles. Después, los dos volvieron al Packard a toda prisa.

—¿Qué hacemos con la chica? —preguntó Bailey, asomando su cabeza en el coche.

—Entra y cállate —contestó Riley. Pero Bailey vacilaba.

—¿Qué significa esto? —insistió—. ¿Es que piensas llevártela?

Riley, inclinándose repentinamente hacia adelante, agarró a Bailey por las solapas y le sacudió con violencia.

—¡Escucha, sapo! —dijo, escupiendo cada palabra—. ¡Has

hecho una buena! Bien, ahora yo voy a hacer otra. En adelante, cierra esa boca; soy yo el que va a hablar. ¿Me entiendes?

Bailey apartó la vista de aquellos ojos crueles. Una vez libre, retrocedió, se alisó las solapas y se instaló junto a Old Sam. Los dos permanecieron silenciosos, a la espera de que Riley dijera algo. Riley se sentó en el asiento trasero, junto a miss Blandish, y se mordió las uñas. "Vaya —se dijo—, hay que proceder con cuidado, si no se quiere salir achicharrado de esta aventura." Se inclinó hacia adelante, de modo que sus dos brazos se apoyaron en el respaldo del asiento delantero.

—Esto es un asesinato —dijo, midiendo sus palabras—. Vosotros no tenéis otra cosa que perder que vuestras dulces vidas. Si nos agarran, estamos fritos.

Nos acusarán de asesinato y no habrá abogado que nos pueda salvar. Esta chica lo sabe todo... Si la soltamos ahora, pronto tendremos encima a toda la policía. Pero, si la escondemos y enviamos una nota de rescate, tendremos la posibilidad de sacar un buen dinero y tiempo para ver qué hacemos, porque los polizontes no molestarán mucho mientras la hija de Blandish esté en nuestro poder. El viejo tiene mucha pasta y pagará bien. Vamos a casa de Johnny. Allí estaremos seguros. Sólo nos encontrarán si tenemos un tropiezo, pero hay que arriesgar algo.

Bailey quiso hablar, pero todo se tradujo en un encogimiento de hombros. Old Sam se revolvió en su asiento y comenzó a lamentarse, pero Riley le interrumpió en tono autoritario.

—¿No comprendes que nada tenemos que perder? ¿Para qué tenéis la cabeza? Es una oportunidad y, ¡por Cristo!, lo único que cabe hacer...

—¡Nos metemos en algo muy serio! —exclamó Bailey—. Esta chica nos va a resultar un problema...

Riley se rió burlonamente.

—En marcha... —dijo.

El Packard avanzó por la carretera y fue ganando velocidad, hasta que comenzó a dar bandazos y patinazos en las curvas. La noche era muy oscura y se encontraban con pocos coches. A medida que avanzaban, los caminos eran peores y estaban menos concurridos.

Riley levantó a miss Blandish del suelo y la instaló en un ángulo. No podía verla, pero podía sentirla. Sus manos buscaron la garganta y lucharon con el cierre del collar. El coche tenía mucho movimiento y las manos sintieron la suavidad de las mejillas. La cabellera de la joven rozó los ojos de Riley y éste se dijo que aquello era delicioso. Hizo falta mucha paciencia para soltar el collar, pero, finalmente, Riley lo logró y puso las perlas en su bolsillo interior. Extendió de nuevo las manos y tocó el regazo de la joven. Palpó aquellos muslos, suaves y redondos bajo el vestido de seda. Se encontró bruscamente sudando, pero Bailey había estado a la escucha de aquel respirar entrecortado. Un haz de luz iluminó el rostro congestionado. Bailey se había vuelto con una linterna de

bolsillo en la mano.

—¿Quieres luz? —preguntó, manteniendo el haz inmóvil. Riley se sintió cegado y se cubrió el rostro con las manos. Bailey dejó caer el haz sobre miss Blandish—. ¡Buen bocado! —comentó.

Miss Blandish estaba todavía inconsciente. Una leve sombra en su blanco cutis revelaba el lugar donde la había alcanzado el puño de Riley. Estaba acurrucada en el ángulo; el manto de seda negro había quedado abierto y mostraba el vestido blanco. Bailey observó que el collar había desaparecido y sus ojos se hicieron más pequeños.

—¡Aparta esa luz! —dijo Riley, con labios apretados.

—A tus órdenes —contestó Bailey, al tiempo que apagaba la linterna—. Si no puedes ver, no tienes más que avisar. —No cambió de posición, sino que quedó girado sobre el respaldo del asiento, observando a Riley.

Marcharon con regularidad durante dos horas, y Old Sam dijo de pronto que el coche no tenía gasolina. Cada kilómetro o cosa así habían pasado junto a una granja a oscuras; estaban lejos de las carreteras concurridas. Estaban en pleno campo, en zona de colinas. Bailey iluminó de nuevo a miss Blandish. La joven seguía inmóvil y había caído en un profundo sueño.

—Sigue muy aturdida —dijo Riley—. No hay peligro; podemos ir en busca de gasolina.

Continuaron la marcha hasta llegar a una estación de servicio solitaria. Tambaleándose, salió de la cabaña un campesino muy alto, quien comenzó a llenar el depósito a toda prisa. Estaba medio atontado por el sueño y no dirigió al coche ni una sola mirada. En el momento en que atornillaba la tapa del depósito, un Airflow sin luces se colocó junto al Packard. Los tres hombres quedaron sorprendidos; ninguno de ellos había notado que aquel coche se acercaba. Bailey llevó la mano a su pistola. Un hombre alto y fornido, con un sombrero negro echado sobre los ojos, salió del Airflow y miró con interés el Packard. Notó el movimiento de Bailey y, bruscamente, metió la cabeza por una de las ventanillas.

—Un poco nervioso, ¿verdad, muchacho? —preguntó. Riley intervino.

—¿Qué es lo que quiere, amigo? —dijo.

—Riley, ¿verdad? —El fornido individuo miró con más atención—. ¡Bien, bien! Aquí está el hijo de perra de Riley... ¡Qué casualidad!

Los tres hombres del Packard se enderezaron bruscamente. Miraron el delgado cañón de una ametralladora dirigido hacia ellos.

—¿Eres tú, Eddie? —dijo Riley con los labios secos.

—El mismo que viste y calza —dijo el fornido individuo—. Flynn está cuidando el juguete, de modo que es mejor que no me hagáis nada malo. Flynn se pone muy nervioso y puede hacer algo de ruido.

—Escucha, Eddie, no queremos líos. —Riley estaba

terriblemente asustado. Se dijo que no podía haber peor ocasión para encontrarse con aquel hijo de perra de Eddie. Eddie sacó un cigarrillo y encendió un fósforo. Riley se movió para ocultar con su cuerpo a miss Blandish, pero Eddie lo vio todo.

—¡Guapa chica! —exclamó, al tiempo que expulsaba el humo.

—Así es —contestó Riley apresuradamente—. Ya nos veremos, Eddie... Tenemos que ir a casa. Hay que llevarla pronto, Sam.

Eddie mantuvo su pie en el estribo.

—¡Guapa chica, he dicho!

—Cierto —replicó Riley—. ¿Y qué tiene de raro?

—¿Salís así muchas veces, tres con una? —preguntó Eddie, muy interesado—. Está muy quieta, ¿verdad?

—Ha bebido mucho... —Riley comenzaba a sudar.

—¿Ha bebido mucho? ¿De veras...? ¡Qué desgracia! ¿Te importa que la mire un poco? Ya conoces mi debilidad, ¿verdad, muchacho?

—¿No podrías dejarnos en paz? —dijo Riley débilmente.

—Quiero ver cómo es esta chica. —La voz de Eddie adquirió de pronto un tono amenazador. La ametralladora se movió un poco. Los dos hombres se miraron con intensidad, y por fin Riley salió lentamente del coche. Eddie le llevaba la cabeza y lo dominaba por completo. Sacó una poderosa lámpara de bolsillo e iluminó a miss Blandish.

—¡Guapa chica! —repitió—. Toda una dama... —Se inclinó hacia adelante—. Ha bebido demasiado, ¿verdad?

—Claro, está borracha... —Riley buscó un cigarrillo. Sus manos temblaban—. Ahora, deja esa comedia. Nos tenemos que marchar.

—Muy bien, Riley. Perdona que me haya metido en tus asuntos. —Eddie retrocedió—. Supongo que no te aprovecharás de esta chica mientras esté en un estado así. Mi mamá me decía que dejara a las chicas en paz si estaban borrachas. ¡Vaya! ¡Qué borrachera lleva encima! ¡Cómo le debe gustar el vino! ¡Mira! Se ha dañado los morritos con el cuello de la botella. Deberías decir a una chica tan guapa que usara el vaso... No se estropearía así la carita...

Riley volvió a subir al coche y Old Sam condujo desesperadamente, alejándose de la gasolinera como si les siguieran los demonios. Eddie les observó partir. Se echó el sombrero más sobre los ojos y se rascó el cogote. El campesino de la gasolinera le observaba atontado y boquiabierto, pero Eddie no le hizo caso. Se acercó al Airflow y metió la cabeza por la ventanilla.

—¿Qué te parece todo esto, amigo? —preguntó a Flynn, quien procedía a desarmar la ametralladora—. Yo creo que es muy raro. —Flynn se encogió de hombros. Era de muy pocas palabras—. Bien, ¿qué hacen estos tipos baratos con una chica tan elegante como ésa? —Eddie expresaba sus pensamientos en voz alta. Flynn miró a la oscuridad, sin revelar el menor interés. Llevaban mucho tiempo de marcha y quería dormir—. Le han dado un golpe en la

barbilla. No me vas a decir que ese fantasma de Riley se dedica ahora a los raptos. Este es un asunto muy raro. Me parece que voy a hablar con Slim acerca de esto.

Flynn encendió un cigarrillo.

—¿Quieres entrar de una vez? —exclamó—. Si tú no tienes sueño, yo sí lo tengo.

Eddie se volvió hacia el campesino, que parecía estarse cayendo de sueño.

—¡Oye, cara de buñuelo, llévame hasta tu teléfono!

El campesino le condujo hasta la cabaña y quedó junto a él mientras marcaba el número. Eddie esperó impacientemente, escuchando el zumbido y crepitar de la línea, hasta que llegó a su oído la apagada voz de Slim.

—Escucha, Slim, Riley y su gente han aparecido aquí hace un momento con una chica de primera, completamente fuera de su clase. La han golpeado y todavía está aturdida. Esa chica es una preciosidad. Su vestido vale un dineral; no es de las que pueden andar con un tipo como Riley. Creo que Riley la ha raptado y que debéis estar al tanto de la cosa.

Slim quedó silencioso durante algunos segundos.

—No cuelgues... Voy a decírselo a Ma —dijo finalmente.

Volvió al cabo de un breve lapso.

—Ma quiere saber qué llevaba esa chica encima. —El tono era de incredulidad.

—Llevaba un vestido de seda blanca y un manto ligero negro. Los zapatos tenían hebillas de pasta o algo que brillaba. Iba vestida como si hubiese asistido a una fiesta elegante. El cabello muy abundante y tirando a rojo. ¡Era una maravilla, Slim! He visto en mi vida muchas chicas guapas, pero ninguna como ésa. Uno la mira y hasta un cadáver tiene malos pensamientos...

Eddie oyó cómo Slim transmitía los datos a Ma y esperó con impaciencia.

—Escucha, Eddie, Ma se ha vuelto loca... Dice que esa joya es la hija de Blandish. ¡Sí! ¿Te imaginas a Riley metiéndose en un asunto así?

Eddie iba a contestar, pero oyó que Slim volvía a hablar con Ma. Después, Eddie oyó la voz de Slim; éste parecía más alerta.

—Tal vez Ma no esté tan loca. Me dice que la Blandish había sacado hoy las famosas perlas. Iba a una fiesta en el Golden Slipper. Riley puede haber sabido esto y haberse decidido a arriesgar el pellejo. Si se ha hecho con las perlas y la chica, ha sacado mucho. Voy a enterarme bien, Eddie. ¿Dónde estás...? Muy bien, date prisa ahora. Te encontraré en el segundo cruce, más adelante. Sólo hay un sitio donde un tipejo como Riley puede ir... Es la casa de Johnny... Ponte en seguida en marcha.

Eddie le dio un dólar al campesino y corrió hacia el Airflow.

—Vamos, muchacho —dijo, al tiempo que subía al coche—. Slim quiere ver en qué consiste este asunto de Riley. Cree que estos tipos han raptado a la hija del viejo Blandish. —Flynn lanzó un

gruñido.

—¡Adiós mi sueño! —exclamó—. ¡Qué vida esta!
El Airflow bramó en la noche.

* * *

El alba comenzaba a asomar por las colinas y el Packard seguía devorando millas. Old Sam estaba acurrucado al volante, pálido, con expresión de agotamiento. Los otros dos miraban hacia atrás llenos de nerviosismo de cuando en cuando, para ver si les seguían. Tenían que ponerse a cubierto antes de que se hiciera de día. Miss Blandish se había despertado. Estaba sentada rigidamente en el ángulo, tan apartada de Riley como podía. Tenía frío, pues el aire del amanecer penetraba en el coche. Riley la observaba con ojos duros y fríos. La joven trató de decir algo, pero recibió orden de permanecer callada. "¡Qué mala suerte! —se decía Riley—. Tropezar precisamente con Eddie, el más perro de todos los hijos de perra. Si sospecha algo, se lo dirá a Slim y entonces tendremos el infierno sobre nosotros." Bailey estaba pensando lo mismo en el asiento delantero. Se volvió bruscamente y dijo:

—¿Qué te parece desembarazarnos de la chica?

—¿Quieres callarte? —le gritó Riley. Sacó su Luger y la agitó ante el rostro de Bailey—. Otro de tus graznidos y es esto lo que te va a contestar.

Bailey no se impresionó ni poco ni mucho.

—Muy bien —dijo, encogiéndose de hombros—. Si Slim mete las narices en esto, no nos pasará nada bueno.

—Slim no meterá las narices en esto —replicó Riley—. ¿Por qué ha de hacerlo?

—Eddie se lo contará todo.

—Muy bien. ¿Y qué?

—Ma Grisson sabrá qué hacer —continuó Bailey.

Riley no contestó. Sabía que Bailey tenía razón. Ma Grisson lo sabría todo, como siempre. Old Sam condujo el Packard por un estrecho sendero y tuvo que reducir la velocidad. Se acercaban al escondite de Johnny. El edificio era una gran cabaña de madera de dos pisos, oculta por los árboles de un espeso bosque. Llevaba a él una tosca senda que había sido limpiada de monte bajo. El Packard avanzó dando tumbos y se detuvo junto a la casa. Bailey salió y llamó a la puerta. Hubo un momento de espera; Johnny salió. Vivía para beber y así lo denotaba su aspecto. Se ganaba la vida ocultando a los que huían de la justicia. Su casa era conocida por la mayoría de los granujas del distrito, pero los agentes federales no habían dado todavía con ella. Se quedó mirando a Bailey con sus ojos acuosos. El alcohol le había embrutecido; estaba a un paso del manicomio.

Bailey comenzó a regatear, pero Johnny observó el miedo de su interlocutor y puso el precio por las nubes. Riley les observó

discutir durante un rato y, seguidamente, salió del coche y se les acercó.

—Deja el asunto en mis manos —dijo a Bailey. Ordenó a Johnny que se callara y agregó—: Tendrás tu dinero, pero nosotros no lo tenemos todavía. Vamos a tener mucho cuando arreglemos lo de esta chica. Escucha, Johnny: no debe importarte quién es, pero vale cien mil dólares. Tú recibirás veinte mil. Todo lo que tienes que hacer es darnos de comer y estar atento. Nosotros corremos los riesgos y tú recibes el dinero. ¿Qué te parece?

Johnny dijo que haría lo que se le pedía por cincuenta mil dólares. Riley perdió los estribos; sacó su Luger y la hundió en el costado de Johnny.

—Tú tomarás lo que se te dé y nada más —dijo—. Ahora, muévete y danos algo de comer.

Johnny se encogió de hombros y entró en la casa, seguido de Bailey. Riley volvió al Packard.

—Salga de ahí —dijo a miss Blandish. La joven vaciló un momento y, en seguida, bajó a tierra. Se quedó mirando a Riley. Llevaba la cabeza alta; estaba perdiendo el miedo y revelaba cierto ánimo.

—Pórtese bien y no le pasará nada —dijo Riley—. Queremos cambiarla por unos billetes; eso es todo. Si se toma las cosas con calma, estará con su papaito en un santiamén. En cambio, si se porta mal, va a tener muchos disgustos.

—Esto les va a costar caro —replicó la joven, dominando con esfuerzo el temblor de su voz—. Lléneme en seguida a casa.

—Basta de tonterías —advirtió Riley—. No le conducirán a nada. Ya no es usted miss Millones... Entre en la casa antes de que le dé una bofetada...

La joven miró a quien así le amenazaba. Sus grandes ojos recorrieron aquel traje raído y aquellos toscos zapatos. Riley se sintió maltratado por el desprecio de la joven. Levantó los puños, pero miss Blandish dio media vuelta y caminó con dificultad por la hierba hacia la puerta. Bailey, de pie a la entrada, la observaba. Sus ojos brillaban, pero la joven no vaciló y le obligó a que le cediera el paso. Entró en la gran sala. Aquello era sucio y ordinario. Había una desvencijada escalera de madera que conducía a un balcón colgante que corría por la izquierda. Los muebles estaban fabricados por el mismo Johnny y parecían sólidos, pero sin acabar. En el ángulo, había una estufa de petróleo, en la que Johnny cocinaba.

—¿Dónde puede dormir esta chica? —preguntó Riley a Johnny. Este señaló el piso de arriba con un movimiento de cabeza.

—Llévala arriba... No hay nadie ahí... —dijo.

Riley miró a miss Blandish y señaló las escaleras. La joven le siguió por los desvencijados escalones, tropezando en las maderas podridas. Riley abrió una puerta y metió a la joven en una habitación pequeña y oscura. Encendió una lámpara de petróleo que colgaba del techo y miró a su alrededor. Había un camastro

con un colchón sucio, sin ropas de cama. En el suelo había una jarra con agua, con una capa de polvo en la superficie; sobre una destartada mesa de bambú se veía una palangana de estaño. La ventana estaba tapada por gruesa tela de saco y en la habitación había un olor a rancio y a moho.

—No es como su casa, ¿verdad? —dijo Riley con sorna, mirando a la joven.

Miss Blandish no movió un músculo del rostro, pero miró a Riley con el mismo desprecio que antes. Riley se inclinó hacia adelante, de forma que su aliento alcanzó el rostro de la muchacha.

—Te conviene olvidar esos aires de encopetada —dijo—. Tengo mil modos de poner en su sitio a las niñas como tú... Basta de tonterías... —La joven apartó el rostro, pero Riley la cogió por un brazo—. Creo que no tendrás inconveniente en darme un beso, ¿verdad?

La joven se desasíó con fuerza sorprendente y, antes de que Riley adivinara el intento, puso el camastro entre los dos. Por primera vez, Riley vio el terror reflejado en aquellos grandes ojos. Sonrió. Vacilaba, empujado por el deseo de coger de nuevo a la joven. Comprendió que ésta gritaría y lucharía, lo que atraería inmediatamente a Bailey. He aquí a alguien que iba a representar un serio estorbo... No era que Bailey se interesara por la chica, sino que pretendería hacer con ella lo mismo que pretendía él mismo. Si Bailey se desmandaba, habría que darle una lección.

—Cuidado con lo que haces —dijo finalmente Riley. Acto seguido, salió de la habitación.

Bajó y encontró a Old Sam colocando alimentos sobre la mesa. Todo era basto, pero tenían mucha hambre. Riley le dijo a Old Sam que llevara a miss Blandish algo de comer y un trago de whisky. Old Sam pareció satisfecho por el encargo y subió un plato con comida. Abrió la puerta y ofreció el alimento a la joven.

—Vamos, coma esto —dijo desmañadamente. Miss Blandish estaba de pie en medio de la habitación. Meneó la cabeza, rechazando los alimentos—. Vamos, vamos, meta esto adentro —insistió Old Sam. La joven levantó la vista y, al observar el rugoso rostro del viejo, decidió tomar el plato. Old Sam contempló el sucio colchón y arrugó la nariz—. No es aquello a lo que usted está acostumbrada..., apostaría el cuello —dijo—. Voy a traerle una manta del coche.

Dio media vuelta y bajó. Riley sonrió cuando le vio regresar con la manta. Old Sam había pasado de la edad de las mujeres y sería una buena criada. Bailey acabó de comer y apartó su plato. Encendió un cigarrillo y se estiró. Old Sam volvió a bajar y se sentó a la mesa, con aires de importancia.

—¿La has puesto en cintura? —preguntó Riley con sorna.

—No hay necesidad de maltratarla... —masculló Old Sam con la boca llena.

—Si esa zorra no pierde sus humos, va a recibir una paliza, te

lo aseguro —replicó Riley.

Bailey le hizo un guiño y bostezó.

—¡Demonios, me estoy cayendo en pedazos! —dijo—. Esa carrera nocturna no ha sido precisamente una excursión campestre. Voy a ver si duermo un poco.

Old Sam terminó su comida, se levantó, marchó hacia un montón de sacos que había en el ángulo más lejano, se tumbó sobre él y al momento ya estaba roncando.

Riley miró a Johnny.

—¿No esperas visitas? —preguntó.

Johnny contestó con un movimiento negativo de su cabeza. Tenía una escopeta e iba a ver si cazaba algo para el puchero. Aunque no veía muy bien y sus manos temblaban, tenía mucha suerte con la escopeta. Había aprendido a manejar aquel pulso poco firme y, si apuntaba un pie más alto y a la derecha, cobraba muy hermosas piezas. Johnny no era tan inútil como parecía.

Riley le vio marcharse y después se dirigió al teléfono. Bailey le miraba con ojos somnolientos. Se había tumbado sobre el montón de sacos, junto a Old Sam, y estaba terminando su cigarrillo. Escuchó cómo Riley hablaba en voz baja por teléfono y comprendió que era Arma la que estaba al otro extremo. Su rostro adquirió una expresión burlona. Riley dejó finalmente el aparato, miró a Bailey, hizo un movimiento de cabeza y se dirigió a las escaleras. Bailey le observó entrar en la habitación contigua a la de miss Blandish y después cerró los ojos.

Riley se tendió en el tosco lecho y miró a la pared de enfrente. Trató de atravesar el delgado tabique y ver a miss Blandish encogida bajo la manta. Dejó que su imaginación volara hasta que la habitación se le hizo insoportable. Se sentó y se rascó furiosamente la cabeza con ambas manos, hasta marcar con sus uñas el cuero cabelludo. Sentía cómo el sudor corría por su espalda. Balanceando las piernas a un lado de la cama, se quitó los zapatos y los dejó caer con dos ruidos sordos muy perceptibles. Quedó inmóvil, contemplándose las manos temblorosas, respirando anhelosamente. Después, se levantó y quitó la chaqueta. La pistola le molestaba; se desprendió de la funda y arrojó el arma sobre la cama. Se acercó a la puerta y la abrió cautelosamente. Después, se asomó al balcón y miró la sala de abajo. Bailey y Old Sam dormían como troncos. Se detuvo frente a la puerta de miss Blandish, vacilante. Finalmente, con una última mirada por encima del hombro a los que dormían abajo, hizo girar suavemente el picaporte y entró. El sol dejaba pasar algunos rayos a través de las ranuras de la ventana, cerrada con maderas y sacos. La lámpara no estaba encendida, pero la habitación tenía alguna luz, una especie de penumbra. Pudo ver a miss Blandish tendida en el lecho, boca abajo; los brazos le servían de almohada y parecía dormida. Riley cerró cuidadosamente la puerta. La joven se movió un poco, estirándose y volviéndose a un lado.

Riley se inclinó sobre ella y sus manos sudorosas alcanzaron y

rodearon la blanca garganta, a fin de ahogar el grito del brusco despertar. La joven abrió desmesuradamente sus grandes ojos; los párpados se plegaron como los de una muñeca. Riley contempló aquel terror y enseñó los dientes con expresión cruel.

—Vas a ser buena, chiquita —murmuró, con su rostro pegado al de la muchacha—. No puedes salir de aquí y no vas a gritar. ¿Me oyes? Nada de gritos. Te daré una tunda y te romperé los dientes. Te pegaré de modo que no vuelvas a gritar jamás. Nadie va a venir por mucho que grites y recibirás una buena... Voy a apartar las manos de tu cuello y puedes gritar si quieres... Pero ten en cuenta lo que te he dicho.

Riley apartó las manos con lentitud. Miss Blandish permaneció inmóvil, boca arriba, silenciosa. Sus brazos estaban abiertos y sus manos, con las palmas arriba, descansaban sobre la manta. Miraba fijamente aquel rostro congestionado, horrorizada de lo que veía en él. Meneó la cabeza débilmente y juntó sus rodillas, arqueando y poniendo rígido su cuerpo. Riley se echó sobre ella bruscamente, le sujetó los brazos a la cama y le buscó la boca. La puerta se abrió y dio paso a Bailey. La luz entró por el hueco e iluminó directamente la cama. Bailey se había deslizado en la habitación con la velocidad de un felino. Durante una fracción de segundos, su silueta se recortó en la luz; después, tan sólo fue una sombra más en la habitación. Riley no se movió; se limitó a retirar sus manos. Se maldecía por no haber traído consigo el arma. Veía el brillo de la 38 de Bailey y esperó a que éste hablara.

—Con calma, Riley —murmuró Bailey en la sombra—. Nada de movimientos bruscos.

Riley se sentó y quedó inmóvil, con la cabeza medio vuelta, mirando a Bailey. Miss Blandish se alejó de Riley y se incorporó a medias. Ahora estaba en el borde de la cama; su corazón latía con enorme violencia y casi la sofocaba.

—Sabía que lo ibas a hacer, perro asqueroso —dijo Bailey—. Querías disfrutar de la chica y tenías tantas ganas que te lanzaste a todo... Muy bien. Nadie va a tocar a esta chica, ¿me entiendes? Esta chica va a ir directamente junto a su papaíto. Yo mismo la llevaré a su casa.

—¡Estás loco! —exclamó Riley, con el rostro lívido en la penumbra—. Fuiste tú el que mató al tipo ese...

—¿Sí?... —Bailey seguía hablando en voz baja, pero temblorosa de excitación—. Esta chica me va a quedar muy agradecida de que la haya salvado de tus garras. Todo va a recaer sobre ti. La chica dirá a su papaíto que fuiste tú quien la dejó sin caballero.

—¿Cómo es posible que llegues a eso? —Riley tuvo un escalofrío; su voz adquirió un tonto de angustia—: Bailey, no es posible...

Bailey se enderezó.

—Esperaba esta ocasión desde hace tiempo —dijo—. Esto es lo que...

Sonó un golpe suave en la puerta y Johnny asomó la cabeza.

Tenía una expresión de desconcierto y su mandíbula inferior temblaba.

—Slim y su gente están abajo y os esperan —dijo—. Les he dicho que probablemente estabais dormidos.

Bailey dejó de apuntar con su arma y se acercó a Riley. Ambos se miraron, muy asustados.

—¡Cristo! —murmuró Bailey—. Ya te dije que Slim metería en esto sus narices.

—Es preciso que no encuentren ni la chica ni las perlas. —Riley abandonó la cama—. Baja y distráeles un poco. Diles que nos desprendimos de la chica antes de venir aquí. Observa cuántos son y estate atento a cualquier oportunidad. Si puedes, liquidalos. Bajaré en cuanto recupere mi pistola.

Bailey vaciló. Después, dominando sus nervios, salió de la habitación. Riley atrajo a Johnny hacia sí.

—Escucha, Johnny, quédate aquí y no dejes que esta chica grite. —Se volvió en seguida hacia miss Blandish—: Escucha, nena, ahí abajo hay un hombre que te retorcería tu lindo cuello sin casi advertirlo. Slim no es un ser humano... Si quieres salvar tu pellejo, cierra esa boca y no la abras para nada.

Miss Blandish pudo ver el blanco círculo del miedo en torno a la boca de Riley cuando éste abrió la habitación.

* * *

Riley se asomó al balcón y miró hacia abajo, al grupo de hombres, los cuales, a su vez, le miraron. Allí estaba Eddie, con ambas manos en los bolsillos del impermeable y con el sombrero negro echado hacia atrás. Flynn se hallaba en el extremo izquierdo del grupo, con las manos también escondidas, la mirada fría y vigilante. Woppy y Doc Williams estaban junto a Slim. Tenían las manos en los cinturones y ambos fumaban. Slim fue el único que no miró a Riley, pero fue también el único que mantuvo ocupada la mirada de Riley. Old Sam estaba sentado sobre los sacos, con expresión perpleja y adormilada. Parecía terriblemente asustado. Bailey, apoyado contra la pared, tenía las manos juntas delante de sí, mostrándolas con ostentación.

Slim Grisson examinaba las brillantes punteras de sus zapatos. Era alto, delgado y con cara de pastel. La mirada aletargada y la boca relajada y abierta le daban una apariencia de ser débil, sin sangre ni energía, pero en realidad era lo más frío que pudiera encontrarse sobre dos piernas. Tras aquella máscara de idiota y las escasas carnes del delgado cuerpo, se ocultaba un espíritu cruel, inhumano.

Slim Grisson era un asesino nato. Había matado de niño. Sin motivo alguno, sólo porque matar estaba en su sangre. Comenzó muy pronto, buscando dinero. Siempre fue muy perezoso en la escuela y rechazó todo lo que fuera interés por los libros. El viejo

maestro que le tuvo a su cargo se sentía nervioso ante él. Comprendió en seguida que Slim era naturalmente malo. No le sorprendió encontrarle un día cortando en pedazos con unas tijeras a un gatito recién nacido. Se sintió muy satisfecho cuando pudo desembarazarse del muchacho. Pero la cosa no le resultó tan fácil. Una de sus discípulas fue hallada muy lejos de su casa y en completa desorientación una semana después de que Slim abandonara la escuela. Había sido arrastrada hasta allí y nombró a Slim. Nunca encontraron a éste, porque Ma Grisson había cuidado de que su hijo abandonara la ciudad.

Slim encontró colocación en una sala de apuestas, como mozo de limpieza, y trabó conocimiento con los contrabandistas de licores. Observó cómo manejaban los fajos de billetes aquella gente. Aunque le trataban con desprecio, no se desanimó y acabó convirtiéndose en un contrabandista más. Fue entonces cuando su absoluta desconsideración por la vida humana le hizo adquirir una reputación. No había tarea demasiado peligrosa para él, y la banda le encargaba todos los trabajos en que se atentaba contra la vida del prójimo. Slim lo aceptaba todo, sin cometer nunca faltas. Aparte de su insensibilidad, carecía de inteligencia para organizar. Sólo cuando Ma Grisson le tomó entre sus manos, se convirtió en un jefe de banda. Ma Grisson había visto antes la oportunidad de obtener fácilmente dinero, pero no había estado preparada para aprovecharla. Quería que antes Slim se hiciera una reputación. Cuando el hijo se la hizo, la madre comenzó a operar.

Paso a paso, Ma Grisson convirtió a su hijo en un bandido, en un gángster. Al principio, cuando quedaba abandonado a sus propios recursos, Slim cometía errores. Fue varias veces a la cárcel y cumplió breves condenas. Ma Grisson esperaba pacientemente el momento de la libertad y comenzaba de nuevo. Gradualmente, Slim aprendió a no cometer errores. También aprendió mucho de sus compañeros de cárcel. Entró en una banda poderosa, dedicada al asalto de bancos. Fue escalando puestos por el sencillo procedimiento de matar a todo aquel que se le oponía; la banda se apaciguó finalmente y le aceptó como jefe. Ma tomó en aquel momento las riendas y todos comprobaron que valía la pena ser dirigidos por ella. Slim era muy útil para las faenas peligrosas; Ma, instalada en su casa, movía los hilos; el resto de la banda se lanzaba al asalto del dinero.

Riley colgó las manos de las solapas de su chaqueta. Observó que Flynn estaba nervioso y no quiso darle la oportunidad de iniciar la danza. Quedó inmóvil, tratando de sonreír.

—¡Hola, Riley! —gritó Eddie—. No nos esperabas, ¿verdad?

Riley comenzó a bajar las destartadas escaleras. Su mirada no abandonó ni un momento al grupo que esperaba. El descenso fue muy lento; Riley medía cada paso que daba.

—¡Hola, muchachos! —exclamó, tratando de dar a su voz un tono normal—. ¡Es toda una sorpresa!

Se detuvo cerca de Bailey, pero no cambió mirada alguna con éste. Eddie llevaba la voz cantante del grupo. Slim no levantaba la vista; seguía mirando sus zapatos.

—¿Dónde está esa chica tan elegante que iba con vosotros? —preguntó Eddie.

—La dejamos —contestó Riley lentamente—. Se le pasó la borrachera.

—De modo que la dejasteis... —Eddie arrojó al suelo la colilla de su cigarrillo y la pisó—. ¡Es una pena! Tenía ganas de echarle otro vistazo. ¿Quién era, Riley?

—¡Oh, una chica cualquiera! —dijo Riley, sin dejar de mirar la barbilla de Eddie—. ¿Qué mosca os ha picado, muchachos? ¿No habíais visto nunca una chica elegante?

El grupo permanecía frío e inmovible ante aquella forzada despreocupación.

—¿No la recogisteis por casualidad en el Golden Slipper? —preguntó Eddie.

Riley no se traicionó. Simuló un gran asombro.

—¡Qué locura! ¿En el Golden Slipper? Oye, las chiquillas baratas como ésa no van a sitios de tanto lujo. La encontramos en la casa de comidas de Izzy. Estaba borracha y pensamos que podríamos divertirnos un poco con ella. Por eso la subimos al coche. Pero cuando se serenó... ¡Muchacho! ¡No he visto una chiquilla más estúpida! No hubo modo de hacer nada con ella. La dejamos que se fuera a su casa a refrescarse.

Eddie hizo una mueca; se estaba divirtiendo mucho.

—De modo que era una chiquilla barata... Y vosotros la dejasteis marchar porque no quería juegos... A mí me pareció una mujer de primera clase.

—Todas las chicas tienen ahora ese aspecto... Es el cine —replicó Riley.

Slim apartó la mirada de sus zapatos. Miró a Riley, quien comenzó a sudar. Aquellos ojos no prometían nada bueno.

—¿Dónde está Johnny? —preguntó Slim. La voz estaba ronca por el tabaco; por otra parte, Slim raramente hablaba en tono más alto que el de un murmullo.

Riley cambió de posición y apoyó sus hombros en la pared.

—Está arriba —dijo, dominando un ahogo.

—Tráelo —ordenó Slim a Eddie.

Se abrió la puerta de arriba y Johnny salió presuroso. Se inclinó sobre la balaustrada. Todos le observaron. Johnny no era enemigo de nadie, pero no estaba dispuesto a tomar partido. Se había conservado en buena salud y pensaba seguir así. Miró a Riley y después a Slim. Riley le dirigió una mirada frenética, pero Johnny ya no veía nada. Volvió la cabeza y miró a la puerta que tenía tras él. No hubo el menor movimiento en los hombres que le observaban. De pronto, se inclinó hacia adelante y, con su voz delgada y cascada, dijo:

—La joven que está ahí dentro podría usar el orinal...

Nadie se movió. Riley dejó escapar un breve estertor y Bailey se puso verde.

—Tráela —ordenó Slim.

Johnny dio media vuelta y abrió la puerta. Asomó la cabeza en la habitación, dijo algo y retrocedió. Miss Blandish apareció en el balcón. Los hombres de abajo la observaron. Cuando la joven miró hacia abajo y vio al grupo, retrocedió con violencia y se apretó contra la pared. Johnny volvió a decirle algo y le señaló las escaleras. La joven meneó la cabeza y trató de volver a la habitación. Johnny la cogió del brazo y la arrastró. La joven vaciló, incómoda y asustada. Se sentía la quietud impresionante de los de abajo. Nadie se movía y todos miraban a miss Blandish.

Bajó seguida de Johnny. Cruzaron la sala y salieron al exterior, a la luz del día. Flynn fue el único que no apartó la vista de Riley y Bailey. Todos permanecieron inmóviles, como una hilera de figuras de cera. Observaron cómo miss Blandish salía y volvía a entrar, observando todos sus pasos y movimientos, vieron cómo subía las escaleras y desaparecía de nuevo en la habitación de arriba. Johnny la siguió y cerró la puerta. En este momento, la tensión hizo crisis. Doc, Woppy, Eddie y Flynn tenían de pronto pistolas en sus manos.

—Vuestras armas —ordenó Slim.

Doc fue hacia Bailey y le quitó la pistola de la funda que llevaba colgada al hombro. Bailey permaneció inmóvil, chupándose los labios. A continuación, Doc se acercó a Riley e hizo otro tanto. Después, se volvió hacia Old Sam. Pero éste echó mano a su pistola. Fue extraordinariamente rápido y la pesada arma comenzó a disparar antes de que el cerebro de Doc pudiera darse cuenta. Flynn había previsto el movimiento y disparó al mismo tiempo. Doc quedó ileso, pero Old Sam recibió un balazo en plena frente. Cayó boca abajo y el arma escapó de su mano, que se crispaba. Riley y Bailey se pusieron pálidos y quedaron sin aliento. Esperaron. Slim les miró y después miró a Old Sam. La mirada era la de un lobo hambriento. Johnny salió y miró hacia abajo; en seguida, volvió a la habitación.

—Sacadlo de aquí —ordenó Slim. Doc y Woppy agarraron a Old Sam y lo llevaron al claro del bosque. Volvieron a toda prisa. De pronto, Eddie se acercó a Riley.

—Escucha, pollo —dijo—. Te has metido en un lío. Vamos, desembucha. ¿Quién es la chica?

—Te aseguro que no lo sé —masculló Riley. Todo su cuerpo estaba temblando.

—Bien, te lo diré yo —repuso Eddie—. Es la hija de Blandish, a la que habéis raptado para apoderaros de sus perlas. Y esas perlas están ahora encima tuyo, ¿no es así? —Su enorme mano agarraba la parte delantera de la camisa de Riley, sacudiéndole como un muñeco—. Claro que es así.

Eddie metió una mano en el bolsillo interior de Riley y sacó las

perlas. Se las tiró a Slim, quien las tomó al vuelo y las mantuvo a la luz.

—Bonito trabajo —dijo.

Hubo un tenso silencio, mientras todos contemplaban las perlas que colgaban de los huesudos dedos de Slim.

—Blandish vale dos millones —murmuró Slim, fijando su aletargada mirada en las perlas—. Su hija representa mucho para él. Estas perlas valen veinte mil dólares... o tal vez más...

Pronunció las últimas palabras lentamente, como dejándolas caer de su boca blanda. Miró a Eddie y señaló el balcón con un gesto. Eddie subió y penetró en la habitación, donde miss Blandish y Johnny esperaban sentados. Hizo un gesto a Johnny, quien abandonó la habitación. Después se acercó a miss Blandish, refugiada junto a la ventana. La joven estaba ahora de pie; su pecho subía y bajaba con rapidez; una mano blanca cubría la boca.

—Escúchame, nena —dijo Eddie. Hablaba en voz baja y rápidamente—. Vas a hacer una excursión con nosotros. Los muchachos no te harán daño si te portas bien. Vamos a ponernos en contacto con tu papá y te llevaremos a casa. Pero no intentes ninguna mala jugada. Slim es un tipo peligroso y puede hacerte mucho daño si pierde los estribos. Haz lo que te digo, no digas nada y todo irá bien... ¿Me entiendes?

—¡Por favor, déjenme ir a casa ahora mismo! —suplicó miss Blandish.

Eddie la cogió del brazo, se dijo que era una chica guapísima y se permitió adoptar una actitud casi cortés.

—Venga —dijo—. Tenga calma. No tiene por qué asustarse.

La joven retrocedió.

—Si quieren dinero, mi padre pagará... No me lleve con esos hombres. Ese otro trató de... Me quiso... —La joven se zafó y miró desesperadamente en torno, como buscando un lugar donde ocultarse.

Eddie le dio unas palmadas en el brazo.

—Venga —insistió—. Yo mismo estaría tentado de hacer muchas cosas, pero no sería saludable. Tenga serenidad y yo cuidaré de que no le pase nada.

—¿Adonde me lleva? —preguntó la joven—. ¿Por qué no telefonea a mi padre para que entregue el dinero? ¿Por qué tengo que irme con ustedes?

Eddie fue hacia la puerta y la abrió. Hizo un gesto con la cabeza.

—En marcha —ordenó—. Y recuerde lo que le he dicho —había una leve dureza en la voz. Bruscamente, miss Blandish se dio cuenta de lo desesperado de su situación y obedeció.

Cuando Eddie subió, Slim se volvió hacia Flynn.

—Saca afuera a estos tipos —dijo.

Doc y Flynn sacaron a Bailey y Riley de la casa. Los introdujeron en los matorrales. Slim seguía al grupo de cerca. Llevaba en sus manos dos sogas. Sus ojos amarillos brillaban. Nunca había matado a un hombre lentamente y comenzaba a temblar de excitación. Sus homicidios habían sido siempre rápidos, sin elección, impuestos por la seguridad. Ahora... iba a ser diferente. Podía oír a Riley, quien hablaba sin pausa, presa de la histeria. Podía ver su rostro pálido y sudoroso y la forma en que su boca se movía a impulsos del terror... Era algo que le gustaba mucho.

Bailey caminaba en silencio. Estaba pálido, pero sus ojos despedían reflejos peligrosos. Llegaron a un pequeño claro y todos comprendieron al mismo tiempo que habían llegado al lugar de la ejecución. Se detuvieron. Slim señaló dos árboles adecuados.

—Atadles ahí —ordenó.

Mientras Flynn se dedicaba a Bailey, Doc ató al árbol a Riley con la soga proporcionada por Slim. Riley no hizo esfuerzo alguno por salvarse. Se dejó atar y quedó tembloroso y jadeante, atenazado por el terror. Doc retrocedió y se volvió hacia Bailey. Este se acercó con paso firme al árbol que le habían destinado y, volviéndose, apoyó la espalda en el tronco. Cuando Williams se le acercó, le golpeó con el pie con la agilidad de una serpiente. La bota se hundió en el vientre de Doc. Inmediatamente Bailey se colocó detrás del árbol, a cubierto de la pistola de Flynn.

Slim manifestó de pronto una gran excitación.

—No tiréis —gritó—. Lo quiero vivo.

Doc se debatía en la hierba, tratando de recuperar el aliento, pero nadie se preocupó por él. Flynn comenzó a desplazarse lentamente hacia el árbol. Slim permanecía inmóvil, con un largo cuchillo de doble filo en la mano. Bailey miró a su alrededor, en busca de un camino de escape. Detrás, el matorral era muy espeso; delante, estaba Flynn que se acercaba; a la izquierda, se hallaba Slim con el cuchillo. Había que lanzarse hacia la derecha. Se movió con impulso repentino, pero Flynn estaba más cerca de lo calculado. Bailey lanzó un puñetazo a Flynn, pero éste esperaba el golpe y logró esquivarlo agachándose. Bailey perdió el equilibrio y vaciló. Flynn se echó sobre él. Durante un minuto, lucharon furiosamente. Finalmente Bailey, que era el más fuerte, consiguió zafarse. Dio a Flynn un formidable puñetazo en la mandíbula. Flynn cayó al suelo con un ruido sordo. Bailey se alejó.

Slim no se había movido. Estaba allí, con su delgado cuerpo inclinado, con su boca relajada entreabierta y el largo cuchillo colgando como algo inútil de sus dedos. Doc seguía fuera de combate. Bailey cambió repentinamente de idea. Allí no estaban más que Slim y Riley; después, se podría sorprender a los demás. Comenzó a desplazarse hacia Slim, quien esperaba con sus ojos amarillos y brillantes. Bailey observó de pronto que su enemigo sonreía. Aquella sonrisa era espantosamente expresiva. La

máscara del idiota había desaparecido; allí estaba ahora el asesino. Bailey comprendió que estaba perdido y trató de detenerse, pero sus piernas no le obedecieron. A medida que se acercaba a Slim, sus nervios le fallaban. El sudor le nubló los ojos. Cuando llegó a unos pocos metros de su enemigo, se detuvo. Nunca había sentido un miedo como aquél; comprendió que se hallaba a un segundo de su muerte. Algo brilló en el aire, algo que recogió la luz del sol al acercarse con la velocidad del rayo. El cuchillo de Slim se hundió en la garganta de Bailey.

Slim, de pie, observó morir al desgraciado y sintió en su sangre el mismo éxtasis que el matar siempre le proporcionaba. Se sentía un poco débil, calentado por el sol, y no hizo esfuerzo para moverse durante varios minutos. Doc se había apoyado en su codo y, con el rostro ceniciento, juraba en voz baja. Flynn seguía tendido boca arriba, con una sombra morada en la barbilla. Slim miró a Riley, que había cerrado los ojos. Después, Slim se acercó a Bailey y retiró el cuchillo de la garganta abierta. Lo limpió cuidadosamente en la hierba. Hicieron falta cuatro pases para que la hoja volviera a brillar. Slim había puesto una rodilla en tierra para esta faena. Doc le observaba. Slim se incorporó y se acercó a Riley, quien comprendió repentinamente lo que le esperaba. Comenzó de nuevo a hablar histéricamente. Slim, ya a un paso, sonrió.

—¡Por favor, no me mates, señor! —gritó Riley, con los ojos fuera de las órbitas—. ¡Dame una oportunidad, por el amor de Dios!

Slim seguía sonriendo. Aquello estaba muy bien. Era muy agradable ver cómo se ponían amarillos. Se sentía fuerte y poderoso cuando jadeaban. Adelantó un brazo y sacó la camisa de Riley fuera de los pantalones. Con un vigoroso tirón, se quedó con la parte delantera de la prenda en la mano. Riley estaba ahora con el vientre al aire.

—Voy a metértelo ahí —dijo Slim, pinchando con el cuchillo la temblorosa carne—. En mitad de las tripas, Riley, para que tardes mucho en reventar.

—Escucha, señor... —balbució Riley—. No me hagas eso... Soy un buen muchacho... No te he hecho nada... Slim, me conoces... Soy Riley... No me hagas eso... ¡No...! ¡Slim! ¡No...! ¡Por el amor de Dios!... No... ¡No...! ¡No me hagas eso...! ¡No...! ¡Slim!

Todavía con su sonrisa, Slim mantuvo la punta de su cuchillo inmediatamente debajo del ombligo de Riley y presionó con cautela. El cuchillo se hundió lentamente, como si penetrara en un bloque de mantequilla. Los labios de Riley se abrieron. Salió de la boca un largo silbido de aliento expulsado. Slim retrocedió, dejando que el negro mango del cuchillo surgiera del cuerpo de Riley como una horrible deformación. Riley comenzó a lanzar gritos débiles, como gorjeos. Sus piernas se doblaron, pero la sogla le sostenía.

Slim se sentó en la hierba a unos cuantos pies de distancia y

encendió un cigarrillo. Se echó el sombrero sobre los ojos y miró bizqueando a Riley.

—Tómame el tiempo que quieras, amigo.

II

Llevaron a miss Blandish a la dura luz de la lámpara sin pantalla. La joven tenía las manos atadas a la espalda con la bufanda de Flynn y los ojos cegados por dos trozos de bayeta sucia, fijados por medio de esparadrapos. Eddie la sostenía, sujetándola por el brazo. Su mano era cálida y fuerte, y la muchacha se alegraba de aquel apoyo en la oscuridad en que se hallaba. Slim se apoyaba en la pared, aún bajo los efectos de sus asesinatos. Se sentía aliviado y tranquilo, como un hombre sexualmente satisfecho.

Ma Grisson, desde su silla, observaba detenidamente a miss Blandish. Ma era grande, gorda y basta. La carne relajada formaba bolsas a ambos lados de la boca. La nariz era muy ganchuda y los ojillos brillantes jamás pestañeaban. Eran ojos malos, duros y relucientes como trozos de cristal. El pecho exuberante relucía con joyas baratas. Llevaba un vestido de encaje color crema y parecía un montón de cortinajes para la colada. Sus enormes brazos, surcados por las venas, semejaban bajo el encaje rollos de grasa envueltos en punto de media. Ma se sentaba con las manos en las rodillas.

Eddie aflojó la bufanda y retiró los trapos que tapaban los ojos de miss Blandish. Los esparadrapos arrancaron el fino vello del cutis e hicieron daño. Fue una terrible impresión encontrarse ante Ma Grisson, sentada allí como un viejo buitre. Miss Blandish retrocedió y pisó a Eddie. Este la empujó un poco hacia adelante y le dijo que tuviera calma.

—Aquí tienes a miss Blandish, Ma —dijo—. Nena, ésta es Ma Grisson.

La vieja miró fijamente a miss Blandish. Aquellos trozos de cristal penetraban profundamente y la joven hubiera caído al suelo sin el apoyo de Eddie.

Ma Grisson odiaba hablar, tanto como odiaba a los habladores. Decía en una palabra lo que otros decían en diez, pero esta vez se permitió ser comunicativa.

—Te quedarás aquí hasta que tu padre dé señales de vida —dijo—. Si tienes suerte, no te quedarás mucho tiempo. Todo depende de tu papaíto. Si trata de hacerse el listo, voy a cortarte en pedazos poco a poco y le enviaré cada día uno de los trozos, hasta que aprenda a jugar limpio. Antes de cortarte en pedazos te dejaré a cargo de los muchachos y lo que hagan contigo es cosa que no me incumbe. Vas a portarte bien y a no causarnos molestias. ¿Me comprendes?

Se levantó de la silla y se colocó frente a miss Blandish. Era alta como Slim, pero con los hombros de un gorila.

—Sujétala bien —ordenó a Eddie.

Eddie se colocó detrás de miss Blandish y aferró sus brazos. Ma Grisson abofeteó a la joven; eran bofetadas duras y vigorosas que hacían que la cabeza fuera de un lado a otro. Eddie impedía que la

joven se moviera; sólo la cabeza se desplazaba como un péndulo.

—No debes tener ninguna idea y debes hacer cuanto te diga. —
Ma Grisson hablaba lentamente y abofeteaba al mismo tiempo—.
Muy bien. Creo que me has comprendido. Llevadla arriba.

Eddie alivió la presión y sacó a miss Blandish del lugar del suplicio. El cerebro de la joven veía ante sí un telón rojo; los nervios del rostro estaban en rebelión. La joven se sintió arrastrada escaleras arriba y no ofreció resistencia. Estaba ciega por la impresión. Su mundo se había hundido y la había dejado aterrorizada y deshecha.

Eddie bajó y vio que todos le esperaban. Doc y Flynn se apoyaban en las persianas de acero que encuadraban las ventanas. Slim se había instalado en una butaca y se hurgaba la nariz con violencia. Ma Grisson se paseaba por la habitación.

—La ha puesto usted como una malva —dijo Eddie, al tiempo que se sentaba.

Ma se detuvo y miró a su gente.

—Escuchadme, muchachos. Ya os he dicho antes que debéis dejar a las chicas en paz. Traen disgustos. Que no se os ocurra nada respecto a esa muchacha de arriba. ¿Comprendido? A ninguno de vosotros. Será esto o lo otro, pero la vais a dejar en paz. Este trabajo no va a ser fácil. Ha pasado ya mucho tiempo. Apostaría que Blandish está ya en contacto con los de la federal. MacGowan habrá sido encontrado también... Tenemos que trabajar con rapidez... Hay que sacar el dinero y asegurarlo.

Eddie se sirvió aguardiente y se tendió en el sofá. Tomó un largo trago, y mientras encendía un cigarrillo mantuvo la copa en equilibrio sobre el pecho.

—Vengan las instrucciones, Ma —dijo.

—Vas a ir a la ciudad y a telefonar al padre. Dile que se aparte de los de la federal y de los demás. Dile que mañana se le dirá lo que tiene que hacer. Esto es lo primero. Dile también que vamos a ser duros si trata de hacernos una jugada. Ya sabes lo que quiero decir cuando digo que vamos a ser duros. Dile con toda crudeza lo que le pasará a la chica.

Eddie lanzó un gruñido y vació su copa.

—Muy bien, Ma —dijo, levantándose con un esfuerzo—. Pierde cuidado; le diré todo lo que hay que decirle.

Vaciló ante la botella, pero Ma le ordenó que se pusiera en marcha. Tras echarse el sombrero negro sobre los ojos, Eddie salió de la habitación. Poco después se oyeron el golpe de la portezuela que se cerraba y el chirrido de los neumáticos que rodaban sobre la gravilla. Ma miró a Flynn.

—Ahora, reflexiona un poco —dijo—. ¿Quién sabe que estamos metidos en esto?

Flynn meditó.

—Por de pronto, está Johnny —dijo finalmente—. Lo vio todo... Pero Johnny es un buen tipo. Le dejamos dedicado a enterrar a los

tres fiambres y a hacerse cargo del coche. Después, tenemos al tipo que nos vio en la gasolinera. Estaba medio dormido, pero puede recordar a Eddie. Creo que es todo.

—No podemos correr riesgos —manifestó Ma Grisson—. Hay que ir allí y eliminar a ese tío. Esto nos dejará seguros. Por ahora, los de la federal estarán buscando a la banda de Riley. No los encontrarán, pero pueden dar con sus huellas. Si lo consiguen, ese tío de la gasolinera les dirá lo que sabe y nos meterá a nosotros en el baile. Vete, Flynn, y no cometas errores.

Flynn desapareció.

—Ahora tú, Doc —continuó Ma—. Coge un papel y escribe a Blandish. Dile que reúna quinientos mil dólares en auténticos billetes de la Reserva Federal, billetes de uno, cinco y veinte dólares. Dile que ponga todo este dinero en una bolsa de color claro y que lo tenga a mano. Dile que ponga un anuncio en el "Tribune" sobre venta de pintura de albayalde en botes pequeños tan pronto como reúna el dinero y que en seguida tendrá noticias nuestras. Advértele lo duros que vamos a ser con la chica si trata de hacernos una jugada. ¿Comprendido?

Doc, que ya había hecho antes cosas de éstas, pasó a la habitación inmediata y se puso a escribir. Ma Grisson encendió un cigarrillo y miró a su hijo.

—No has hablado mucho —observó. Slim miró a su madre abstraídamente; sus ojos amarillos brillaban.

—Cambiaría las perlas por la chica —dijo.

Ma, sentada, no se movió.

—No comprendo lo que dices —replicó.

—Algo muy sencillo. —Slim metió la mano en su bolsillo y sacó las perlas, a fin de que su madre las viera—. Yo quiero la chica y tú puedes quedarte con esto.

Ma cerró sus grandes manos y las transformó en puños rojizos.

—Esas perlas van a pasar a mis manos de todos modos —dijo—. ¿Qué significa ese negocio conmigo? ¿Te has vuelto loco?

Slim miró a su madre y descubrió sus intenciones.

—Has sido muy dura con la banda en cuanto a mujeres —repuso, con el ronco murmullo que le era habitual—. Yo no he estado con ninguna mujer desde hace tiempo. Aquí no hay mujeres y los muchachos han tenido que aceptarlo. Pero yo no quiero perder esta oportunidad. Esta chica es de primera y quiero tenerla a mi modo. Tú sabes cómo tratar a estas vírgenes que se resisten. Prepárame el terreno. Haz esto y tendrás las perlas.

Ma se sintió aliviada. Conocía bien a Slim. Sabía cómo había que tratarle.

—Dame las perlas y deja de decir tonterías.

Slim temblaba un poco. Su blanda boca estaba abierta y sus ojos brillaban de ansia.

—Escucha, Ma —murmuró—. Estoy decidido a que esa chica sea mía.

Ma echó el cigarrillo en el cenicero.

—Adelante, pues. No te detengo.

Slim se agitó en su silla. Se levantó y marchó hacia la puerta. Las perlas, olvidadas, colgaban de su mano. Se detuvo y miró a Ma. Esta le observó con indiferencia. Sabía que su hijo no tendría valor para aquello. Sabía que lo único que podía hacer era matar. Sabía que tenía los sentimientos de un adolescente y que le faltaba coraje para coger por las buenas lo que su cuerpo pedía. Sabía, también, que, durante toda su vida, las mujeres le habían asustado, que las deseaba, pero que temía el ridículo de su torpe inexperiencia. Comprendía lo que su hijo sentía en aquellos momentos, con algo frágil, indefenso y bello en sus garras. Comprendía que su hijo quería vengarse en la muchacha de arriba de la tortura que le habían causado las mujeres. Y estaba convencida de que, con la presa en las garras, su hijo era incapaz de devorarla.

Slim se quedó con la mano en el tirador de la puerta, con el rostro contraído por el deseo y el miedo. Ma le observó sin hacer el menor movimiento. De pronto, Slim se acercó a ella tambaleante, cayó de rodillas y acarició aquellos brazos enormes con sus dedos huesudos.

—Sube conmigo, Ma —balbució—. Sube conmigo y ayúdame. Sujétala, Ma, para que no luche. No puedo hacerlo solo... Ven y ayúdame.

Ma acarició el cabello espeso y grasiento.

—Deja de decir tonterías —dijo con su voz profunda y sonora—. Tendrás lo que quieres, pero no ahora. Vete a descansar. No has dormido todavía. Cuando el dinero llegue, la tendrás... Y a ella le gustará. —Se inclinó un poco hacia adelante y cogió las perlas de aquellos dedos laxos y sin resistencia.

* * *

Tan pronto como Eddie llegó al centro, aparcó el Airflow en lugar conveniente y compró un periódico. Los titulares lo decían todo. El rapto de miss Blandish era una gran noticia y ocupaba toda la primera plana. Las fotografías de miss Blandish y de MacGowan le miraban mientras leía aquellas líneas de grandes tipos. Sin embargo, se trataba únicamente de conjeturas, porque no había información y la policía no había formulado declaración alguna. Eddie se dirigió a un pequeño estanco situado en la esquina. Saludó al gordo individuo instalado detrás del mostrador y pasó por una puerta de cristal escarchado a la sala de apuestas. La sala estaba llena de humo y de hombres que fumaban, bebían y jugaban. Eddie miró rápidamente a su alrededor y descubrió a Woppy, instalado sin compañía en el extremo más alejado de la sala. Se acercó y se sentó. Woppy se había quedado en la ciudad para estar a la escucha.

Eddie se sirvió del whisky de centeno que Woppy le ofreció.

—¿Hay algo de nuevo? —preguntó.

—Muchas cosas —contestó Woppy, mientras observaba las volutas de humo de su cigarrillo—. Ha comenzado la persecución, pero la policía anda en busca de Riley y su gente. Esa rata de Heinie ha hablado. La policía sabe que Bailey había puesto los ojos en las perlas, pero no puede encontrarle. Los de la federal van a llegar a la ciudad de un momento a otro, para hacer una limpieza... Ten cuidado que no te sorprendan con el arma.

Eddie sonrió.

—Voy a ponerme en contacto con Blandish y en seguida desaparezcó. Será mejor que vengas conmigo.

Este sitio va a estar muy concurrido dentro de poco y lo mejor que podemos hacer es evaporarnos.

Woppy terminó de beber su whisky con pesar. Le gustaba estar sentado sin otra ocupación que beber.

—Muy bien —dijo—. Te esperaré aquí.

Eddie salió a la calle y miró a su alrededor en busca de una cabina telefónica. Mientras permanecía quieto y vacilante, vio a una mujer en la acera de enfrente. Fijó la vista en ella, porque estaba detenida, como a la espera de algo. Le gustó muchísimo. Tenía un rostro de expresión decidida, pero no de viciosa. Era de su altura favorita y su figura lo reunía todo. Eddie lamentó estar ocupado y dio media vuelta muy pesaroso.

Encontró una cabina en la droguería y buscó en el listín hasta dar con el número deseado. Manteniendo el pañuelo ante la boca para apagar su voz, marcó el número. Contestó en seguida una voz profunda, como si Blandish hubiera sabido que le iban a llamar.

—¿Es usted Blandish? —preguntó Eddie, dando a su voz entonaciones duras—. Preste atención a esto. Su hija está en nuestro poder y vamos a enviarle instrucciones. Va a ser un trato limpio, y si usted se comporta como debe todo irá bien. Siga las instrucciones y no trate de pasarse de listo. No olvide que son muchas las cosas que le pueden pasar a una chica, aparte de que le retuerzan el pescuezo. Su hija está bien ahora, y procure que siga así... Si sospechamos que hay alguna maniobra, su hija dejará de estar bien... Son muchos los amigos que tienen ganas de jugar con esa mujercita, por lo que el juego va a ser famoso si usted hace algo que no esté en las normas.

Colgó el aparato antes de que Blandish pudiera decir una palabra, y salió sonriendo de la cabina.

Observó que la mujer había cruzado la calle y estaba mirando un escaparate muy próximo. Pasó junto a ella y sus ojos se encontraron en el reflejo del cristal. Eddie dio a su sombrero una breve sacudida, pero continuó su marcha. Se detuvo junto al estanco y la mujer pasó a su vez junto a él. Cayó de su mano una tarjeta que quedó cerca de los pies de Eddie. Este sonrió y observó alejarse a la mujer. Le agradó mucho la forma en que las nalgas se movían bajo el apretado vestido verde. Recogió la tarjeta. Contenía una dirección: "243, Palace Hotel, West". Volvió a sonreír. La chica le gustaba mucho. No tenía la pinta de trotacalles. Se encogió de

hombros y puso la tarjeta en uno de los bolsillos del chaleco. Era indudablemente digna de una visita cuando hubiera tiempo libre.

Recogió a Woppy y se dirigieron al Airflow. De pronto Woppy le dio con el codo y señaló a un punto con un movimiento de cabeza. Eddie miró y vio un coche grande y poderoso que se detenía no lejos de ellos. Estaba ocupado por dos hombres de aspecto fornido y rostro enérgico. Cubierto de polvo, era un coche que había venido de muy lejos y muy rápidamente.

—Los de la federal —dijo Woppy en voz baja.

Woppy se puso al volante del Airflow y Eddie se sentó a su lado. Pusieron un exquisito cuidado en que sus actitudes fueran normales. Las pistolas les quemaban en la pistolera. Los agentes federales les habían visto, pero tras una larga mirada, no revelaron interés. El Airflow adquirió velocidad y se alejó del centro. Woppy dejó escapar un suspiro de alivio.

—Hemos estado muy cerca de esa gente —dijo—. Esta ciudad va a resultar intransitable dentro de muy poco.

—Ten calma —observó Eddie, mientras se secaba el sudor frío que bañaba su rostro—. Blandish los apartará. Le he dicho unas cuantas cosas y no está en condiciones de hacerse el duro.

La casa de Ma Grisson, deliberadamente, no era una casa muy retirada. Se hallaba en zona de arbustos y árboles, pero con otras casas en las proximidades. Ma Grisson había buscado durante mucho tiempo un lugar así. La puerta principal estaba por completo fuera de la vista desde la carretera. Ninguna mirada curiosa podía ver quiénes ocupaban los coches que llegaban a la casa a todas las horas de la noche.

Tras de elegir un barrio respetable, Ma Grisson hizo que varios obreros italianos, a los que sabía cómo mantener callados, convirtieran la casa en un fortín de acero. Cuando comprobó que la casa estaba a prueba de balas y bombas, Ma Grisson se trasladó a ella con su banda. Había vivido lo suficiente para saber que tendría enemigos y se sentía razonablemente segura tras aquellos muros de acero.

El Airflow llegó a la puerta principal y Eddie bajó. Woppy condujo el vehículo hasta el garaje que había detrás de la casa. Momentos después llegó Flynn en un Dodge. Ma Grisson estaba esperando.

—Tú primero —dijo a Flynn.

—Fue muy fácil —explicó Flynn—. El hombre estaba ocupado en lo suyo. Se acercó a ponerme gasolina y le salté la tapa de los sesos. Me detuve el tiempo suficiente para comprobar que el trabajo estaba completo.

Ma Grisson se frotó las manos y ordenó a Flynn que se fuera a la cama. Eddie tomó un trago y se sentó junto a la vieja.

—Blandish está terriblemente asustado —dijo—. Le exigí que apartara a la policía... Pero, en cuanto tenga a su hija, se nos echarán todos encima. Los federales están ya aquí... Les hemos visto llegar.

—Ese hombre no volverá a ver a su hija —declaró Ma Grisson.

Eddie quedó silencioso durante unos segundos.

—¿Va usted a liquidarla? —preguntó.

—Slim quiere tenerla —contestó Ma Grisson—. Cuando se canse de ella, la liquidaremos. Ha visto demasiado.

Eddie recibía las confidencias de Ma Grisson. Era el único de la banda al que la vieja se dignaba hablar. Levantó la vista con viveza.

—Es una chica magnífica... Me parece un despilfarro. Slim va a usarla muy pobremente. —Encendió seguidamente la radio.

—¿Y a ti qué te importa? —preguntó Ma Grisson, con una mirada escrutadora.

—Es una pena... —observó Eddie, mientras ponía el canal diez. La radio comenzó a hablar.

"Atención todos los coches... Atención... Secuestro de miss Blandish... Se busca a las siguientes personas... Frank Riley... Descripción: un metro ochenta... setenta kilos... unos treinta y siete años... cabello negro... cetrino... con traje oscuro y sombrero. También se busca por el secuestro a John Bailey. Descripción: seis pies... ciento sesenta libras... treinta y cuatro años... rubio... con traje azul y sombrero negro. También a Sam Macton... Cinco pies siete pulgadas... sesenta... ciento cincuenta libras... cabello y bigote canosos... Hay que tomar precauciones... son peligrosos... Es todo. Madddistone".

Eddie y Ma se miraron.

—Es la mejor ocasión que hemos tenido —dijo Ma—. Mientras los federales sigan esa pista, podemos estar completamente tranquilos.

Eddie se levantó y se sirvió otra copa. Se dirigió al sofá y se tumbó.

—¿Dónde está Slim? —preguntó.

—En la cama.

—¿Solo?

Ma volvió la cabeza y miró fijamente a Eddie.

—Claro que solo —dijo—. ¿Qué quieres decir?

—Pensé que le había proporcionado usted la chica —observó Eddie.

Ma se echó a reír.

—Podrá hacer lo que quiera cuando tengamos el dinero, pero no antes. Tiene que estar muy en guardia y una muchacha puede convertir a un hombre en un guiñapo.

Eddie sintió un gran alivio. Se daba cuenta de que miss Blandish era un bocado exquisito y le deprimía pensar que Slim iba a ser el favorecido. Se estiró y bostezó.

—¡Qué cansado estoy! —exclamó—. Voy a ver si duermo un poco. —Sacó su reloj plateado y miró la hora. Al mismo tiempo, la tarjeta cayó al suelo. Ma se fijó en ella. Eddie sonrió y la recogió.

—Esto me lo tiró una de esas profesionales —dijo—. Guapa chica. Me gustó mucho... —Dirigió una mirada a la tarjeta—. ¡Por

las barbas de...! —comenzó. Dio la vuelta a la tarjeta. En un lado estaba la dirección, y en el otro habían escrito: "¿Qué habéis hecho con Riley?"

* * *

Un reloj de la calle estaba dando las dos en el momento en que el Airflow se detuvo cerca del Palace Hotel. Flynn se desperezó en su asiento y miró a Eddie.

—Ya hemos llegado —dijo—. Y ahora, ¿qué?

Eddie abrió la portezuela y salió.

—Voy a entrar. Tú esperas aquí, preparado para intervenir si hay lío. Slim entrará conmigo. Todo esto huele mal, pero vamos a enterarnos de qué se trata.

Slim le siguió y los dos caminaron rápidamente por la calle tenuemente alumbrada hasta el hotel. No era nada que maravillara, pero tenía cierta elegancia. Había una sola luz, la que estaba encima del mostrador del portero. Eddie entró y miró a su alrededor. El grueso portero dormitaba sobre la última edición del periódico de la noche. Parpadeó pesadamente cuando vio a los dos hombres inclinados sobre el mostrador.

—Escuche, amigo —dijo Eddie sin alzar la voz—. Queremos una información. ¿Quién está en la habitación 243?

El portero acabó de despertarse y su rostro de expresión estúpida mostró evidente recelo.

—No puedo facilitarles una información así, señores —dijo con viveza—. ¿Quieren tener la bondad de venir por la mañana y preguntar en la oficina?

—¡Hombre prudente el amigo! —exclamó Slim con sorna. Sacó su pistola—. ¡Pronto! ¿Quién está en la 243?

El rostro del portero adquirió una palidez terrosa a la vista del arma. El desgraciado, con manos temblorosas, buscó en el registro. Eddie le arrancó el libro de las manos. Su dedo recorrió rápidamente la lista de números.

—Anna Borg —dijo—. ¿Quién diablos puede ser?

Observó que las dos habitaciones inmediatas estaban vacías. Slim deslizó el arma en sus manos, hasta agarrarla por el cañón. Se abalanzó hacia adelante como una serpiente y golpeó al portero entre los ojos. Fue un golpe formidable y el portero cayó fulminado bajo el mostrador. Eddie estiró el cuello para observarle.

—No debiste golpearle tan fuerte —dijo—. Tal vez tenga mujer y familia.

Slim tenía una expresión muy fea.

—Vamos arriba y veamos quién es esa dama.

El ascensor, que no tenía ascensorista, les llevó al tercer piso. El pasillo se hallaba pobremente iluminado y descubrieron los doscientos en el piso inmediatamente superior.

—Quédate aquí —dijo Eddie—. Y no te metas en nada si no oyes jaleo.

Slim se refugió en la sombra, desde donde podía ver el pasillo y el descansillo de la escalera. Eddie marchó de puntillas junto a las puertas, en busca del 243. Suponía que la habitación que buscaba estaría en un extremo del pasillo y acertó. Escuchó junto a la puerta durante varios minutos, pero no oyó nada. Hizo girar la manija y, cuando sintió el cierre suelto, empujó la puerta con suavidad. La habitación estaba a oscuras; entró y cerró la puerta. Sacó una linterna e inspeccionó el lugar con el haz de luz. No había nadie allí. Encendió la luz eléctrica.

Con el arma preparada, avanzó, observando lentamente los sitios donde pudiera ocultarse alguien. La habitación estaba desordenada, como si su ocupante se hubiese vestido con prisas. Sobre la cama había un montón de prendas. En el suelo, una camisa de seda blanca, como si la mujer se hubiese desprendido de ella y la hubiese abandonado en el mismo lugar. El tocador estaba lleno de frascos y botellas; una gran caja de polvos había dejado una pequeña parte de su contenido sobre la alfombra. Eddie abrió varios cajones y miró en su interior, pero no encontró nada interesante. Se dirigió a la ventana abierta y miró a la calle. "El Airflow había desaparecido". Eddie se asomó para comprobarlo. La calle, en efecto, estaba vacía.

Eddie quedó contemplando aquellas tenues luces. Lanzó varios juramentos en voz baja. ¿Qué demonios estaba haciendo Flynn? ¿Adonde se había ido? Apagó la luz y salió de la habitación. Slim se reunió con él en las sombras. Eddie le agarró del brazo.

—Flynn ha desaparecido —dijo—. En la habitación no hay nadie. Esa chica habrá acudido a una cita, supongo.

Slim inclinó la cabeza. Ambos se pusieron a la escucha. Llegaba débilmente la voz de alguien que estaba hablando abajo. Slim fue de puntillas hasta el descansillo de la escalera y miró por el hueco al vestíbulo. Permaneció inmóvil unos segundos, inclinado sobre la barandilla. De pronto, se volvió.

—Los federales —murmuró—. Han encontrado al portero... Ahora se comprende por qué Flynn ha desaparecido. Ven... Tenemos que salir de aquí.

—Ten calma —dijo Eddie, siempre en voz baja—. Hay aquí algo muy raro.

—¿Qué tonterías estás diciendo? —preguntó Slim, con el arma en la mano.

—¿Quién es esa chica Bor? —preguntó Eddie—. ¿Qué relación tenía con Riley? ¿Por qué aparecen los federales cuando vengo a visitarla?

—¡Por favor, Eddie! Vámonos ahora y ya pensarás después —replicó Slim.

—Voy a quedarme y a observar —insistió Eddie. Retrocedió y Slim le siguió, aunque gruñendo.

Se instalaron en la habitación vacía, cuya puerta dejaron entreabierta. Podían ver el pasillo tenuemente iluminado. Eddie sentía en su cuello el cálido aliento de Slim. Cuando comenzaron a

cansarse y sentirse más seguros, vieron pasar cautelosamente por el pasillo a un hombre. Era un tipo alto y fuerte, con anchos hombros y un rostro bronceado y de rasgos duros. El individuo salió finalmente del campo de visión, pero se le oyó subir al piso inmediatamente superior. Eddie no dijo nada ni hizo el menor movimiento. Se daba cuenta de que estaban en un aprieto y de que pronto comenzaría la danza. Aquel tío era un agente de la Oficina Federal de Investigación; era indudable. Empezar a tiros con un tío así no podía ser cosa buena; no había que meterse indebidamente en líos. Esperaron varios minutos; el hombre volvió. La respiración de Slim se hacía más anhelosa. Slim, era evidente, se contenía a duras penas.

El agente federal se detuvo cerca de la puerta y miró hacia atrás por encima del hombro. Parecía desconcertado, como si tratase de imaginar algo. Finalmente, bajó por las escaleras. Eddie y Slim sintieron un gran alivio. El primero se disponía a salir al pasillo. De pronto, el segundo le contuvo. "La puerta de la habitación opuesta a la 243 se estaba abriendo lentamente". Eddie cerró la suya, aunque dejando espacio para observar. Allí enfrente, asomó una cabeza de mujer. Eddie la reconoció en seguida. Era la mujer que había dejado caer la tarjeta a sus pies. Los labios de Eddie se abrieron en una sonrisa. La mujer vaciló, miró a ambos lados y, de pronto, cruzó el pasillo y se metió en la 243. Eddie miró hacia atrás por encima del hombro.

—¿Qué te parece todo esto? —preguntó.

—¿Es la muchacha de la tarjeta?

Eddie asintió con un gesto.

—¿Qué es lo que hace? —inquirió Slim.

—Es lo que trato de averiguar —dijo Eddie, saliendo silenciosamente al pasillo.

—Muy bonita ocasión de hacerlo, con la policía por los alrededores.

—Mira, Slim —murmuró Eddie—. Esto no me gusta nada. Quiero ver de qué se trata.

Slim se encogió de hombros. Se estaba poniendo nervioso.

—Voy a entrar en la habitación que la muchacha acaba de abandonar —continuó Eddie—. Después, si sigo entero, voy a hablar un rato con ella. Vigila entretanto a los polis, ¿quieres?

Slim asintió con un gesto y Eddie cruzó el pasillo. Hizo girar lentamente la manija y entró en la habitación. Las luces estaban encendidas. Abarcó con una sola mirada toda la escena. De pronto, tuvo un sobresalto y bajó lentamente el arma. Había un hombre muerto tendido en el suelo. No había equivocación posible; aquel hombre estaba muerto. El agujero azul en mitad de la frente le decía a Eddie que aquel hombre estaba tan muerto como una chuleta de cordero.

* * *

Ma Grisson llevaba algún tiempo con la mirada fija en la pared y Doc Williams comenzaba a ponerse nervioso. Siempre que Ma caía en aquel estado había alguien para quien las cosas se ponían feas. Doc se estaba entreteniendo con una pistola ametralladora. Llenó el cargador e inspeccionó uno por uno los brillantes proyectiles; después, ya cansado, dejó el arma en el suelo y encendió un cigarrillo. No miraba a Ma, porque sabía que a Ma no le gustaba nada sentirse observada. Estaba tan quieta que la escena resultaba insoportable. Doc se levantó y salió de la habitación. Abrió la puerta principal y contempló el jardín, levemente iluminado por la luz de la luna. Allí se sentía más a sus anchas. Su cuerpo largo y delgado se apoyó en uno de los lados de la puerta.

Ma no se dio cuenta de la salida de Doc. Bruscamente, se agitó y abandonó la silla. Parecía haberse decidido. Se acercó a la mesa y sacó de un cajón un trozo de manguera de caucho.

Doc oyó sus movimientos y volvió la cabeza. Podía ver a Ma por el pasillo. Observó con interés la manguera que Ma tenía en la mano. Después, vio que la vieja subía las escaleras con una agilidad sorprendente, dada la masa de su cuerpo. Se echó el sombrero sobre los ojos y se rascó la cabeza. ¿Qué pensaba hacer Ma?

Ma Grisson penetró en la habitación de miss Blandish. Encendió la luz. Miss Blandish se incorporó apresuradamente en su lecho. Ma, con el tubo de goma en la mano, se acercó y se sentó en la cama, muy cerca de miss Blandish. Mantenía la manguera en lo alto, en forma de que miss Blandish la viera.

—¿Nunca te han pegado con una cosa así? —preguntó, con inflexiones duras en la voz. Miss Blandish meneó torpemente la cabeza.

Acababa de salir de un mal sueño y aquello le parecía la continuación de la pesadilla.

—Hace mucho daño —continuó la vieja. Y golpeó a la joven en las rodillas con una fuerza increíble. Miss Blandish se puso rígida y pálida al sentir el agudo dolor. La soñolienta mirada de sus ojos adquirió bruscamente el brillo del furor. La joven se revolvió en la cama, apartó la ropa y apretó sus pequeños puños.

—Atrévase a pegarme de nuevo... —comenzó.

Ma Grisson sonrió. Sus grandes dientes amarillos le daban el aspecto de una loba y un extraño parecido con su hijo.

—De modo que cogiendo humos, ¿eh? —dijo. Una de sus enormes manos agarró las dos muñecas de miss Blandish, manteniéndolas juntas. Miss Blandish forcejeó, pero le resultó imposible liberar sus manos. Ma Grisson comenzó a azotarla con la manguera en forma violentísima.

Abajo, Woppy cruzó el jardín y se unió a Doc, quien continuaba en la puerta.

—¿Ha vuelto Eddie? —preguntó.

Doc hizo un gesto negativo. Siguió a Woppy a la sala. Woppy

tomó una botella y la mantuvo frente a la luz.

—¿No hay nada para beber en este maldito agujero? —inquirió. Doc fue al aparador y volvió con una botella llena. La descorchó y sirvió dos vasos.

—¿Dónde está Ma? —preguntó Woppy, tras tomar un gran trago.

Doc señaló con un movimiento de cabeza.

—Está arriba —dijo—. Creo que está domando a la chica.

Woppy volvió a llenar su vaso.

—¿Para qué? —preguntó—. Esa chica es un terroncito de azúcar... ¿Para qué ser duro con ella?

—¡Yo qué sé! —replicó Doc con turbación—. La loba ha estado sentada ahí toda la tarde. Después, ha subido con un trozo de manguera...

De pronto, ambos hombres se miraron.

—¿Qué es eso? —inquirió Woppy con manifiesto desasosiego.

Permanecieron inmóviles durante varios minutos. Después, Doc puso en marcha la radio. La música de baile llenó la habitación.

—No debería hacerla gritar de ese modo —dijo, muy inquieto.

Allí arriba, Ma Grisson estaba de nuevo sentada en la cama, respirando con fuerza por su gruesa nariz. Miraba fijamente a miss Blandish con sus ojillos negros. El tubo de goma estaba en el suelo, donde lo había dejado caer. Miss Blandish, sentada muy derecha, retorció la sábana con sus manos. Tenía el rostro contraído y las lágrimas rodaban por sus mejillas. Ma dijo:

—Ahora, podemos hablar.

Miss Blandish no contestó, pero escuchaba. Ma comenzó a hablar lentamente, pero sin elegir las palabras. De pronto, miss Blandish dijo que no; repitió la palabra muchas veces. Ma Grisson seguía hablando. Miss Blandish había buscado refugio en la cabecera de la cama, donde estaba acurrucada. Se apretaba contra la pared y, con el rostro escondido en sus manos, seguía diciendo que no. Finalmente, Ma perdió la paciencia.

—No puedes salir de aquí, niña estúpida —dijo—. No volverás junto a tu papá ni en cien años. Sabes demasiado... ¿comprendes? Cuando tu papá pague ese dinero, no verá a su nena... Que no se meta esa idea en tu cabeza. Slim tiene que tener una chica de vez en cuando y te ha elegido a ti. Si estás de acuerdo, te quedarás aquí; en otro caso, te meteremos en un saco y probarás el agua del río. Las cosas claras. ¿Vas a conceder a Slim lo que quiere? Recuerda lo que te he dicho y dame tu respuesta.

Miss Blandish volvió la cabeza y miró a la vieja.

—Nada de lo que usted me haga me obligará a...

Ma Grisson se levantó.

—Eres una niña muy testaruda —dijo—. Pero te voy a decir una cosa. Slim es para mí un buen muchacho y tendrá lo que quiere. Tal vez podría azotarte hasta convencerte, pero tal vez no... Pero

hay otros procedimientos. Vas a hacer lo que te diga antes de que me canse y me desprenda de ti, ¿me oyes? Tengo abajo unas bonitas píldoras que vas a tomar y que te van a poner en un estado de ánimo diferente...

Te van a proporcionar sueños muy dulces. Sé cómo hay que tratar a chicas como tú. Un poco de droga y la terquedad desaparece... ¿comprendes? —Se dirigió hacia la puerta y la abrió—. Hasta pronto.

* * *

Eddie respiró profundamente y se echó el sombrero hacia atrás. Se dijo que había que actuar rápidamente. En aquellas condiciones, con los policías abajo, el lugar era un infierno. Se acercó al muerto y se arrodilló, cuidando de no mancharse en la alfombra, empapada de sangre junto a la cabeza. Reconoció a la víctima en seguida. Era Heinie, el periodista, el hombre que había dado a los federales el nombre de Bailey. Eddie se preguntó si aquello era mera coincidencia. Buscó rápidamente en los bolsillos del muerto, pero no encontró nada interesante; únicamente las cosas que un hombre lleva corrientemente consigo. Miró en el interior de la cartera. Después, puso todo en su sitio con la mayor rapidez posible.

Se levantó y contempló la habitación. Advirtió en seguida que no había habido lucha. Comprobó que alguien había llamado a la puerta y que Heinie había recibido el tiro al ir hacia ella. Dedujo del diminuto agujero que el arma era casi un juguete. Se dijo que aquello era probablemente obra de una mujer. Tocó levemente la mano de Heinie. Conservaba todavía algún calor. El golpe había sido muy reciente. Sin duda mientras Slim y él estaban en la otra habitación. No cabía duda de que el lugar era muy atrayente.

Escrutó el pasillo. Slim seguía observando desde el descansillo de la escalera. Eddie se deslizó fuera de la habitación y cerró la puerta. Cuidadosamente limpió la manija con el pañuelo. Era un poco tarde para tomar precauciones, pero no es fácil desarraigar una costumbre. Se dirigió a la 243 y probó el tirador; la puerta estaba cerrada. Llamó con suavidad. Slim le miró por encima del hombro y volvió en seguida a observar lo que pasaba abajo. Eddie llamó de nuevo. Apoyó su cabeza en el panel y murmuró: "¡Abra!" La mujer no contestó. "Vamos, hermanita, abre o echo la puerta abajo." Tampoco hubo contestación.

De pronto, se oyó subir desde la calle el lamento de las sirenas de la policía. Eddie dio media vuelta. Slim le hizo una señal desde las escaleras. La mujer de la 243 comenzó a dar gritos; eran unos gritos agudos que ponían los pelos de punta.

Se lanzaron a las escaleras y subieron al piso inmediato. Oyeron que las puertas se abrían y que la gente gritaba. Después, ruido de muchas pisadas, como si los policías se estuvieran concentrando.

—Al tejado —balbució Eddie—. ¿Por qué demonios no hemos venido con la ametralladora?

El barullo de abajo llegaba hasta ellos débilmente. Marcharon rápidamente por el pasillo. Al extremo del mismo se abrió repentinamente una puerta y asomó la cabeza de un hombre con expresión asustada. Slim le asestó un golpe al pasar y el hombre cayó al suelo con un gruñido. Dentro de la habitación, una mujer comenzó a lanzar gritos de angustia. Allá al fondo estaba la puerta que conducía al tejado. Slim no vaciló; la abrió con dos tiros en la cerradura. El ruido de las explosiones en aquel reducido espacio hizo tambalearse a los dos hombres. Se precipitaron a la terraza en busca de aliento. La noche fresca y oscura proporcionaba algún alivio tras la permanencia en la agobiadora atmósfera del hotel.

En su carrera hacia el borde del tejado, dirigieron una rápida mirada al edificio inmediato, unos siete metros más abajo. Las sombras eran espesas y los fugitivos se arrastraron apresuradamente para ponerse a cubierto. Por encima del parapeto que acababan de abandonar surgieron dos cabezas con gorras de plato. Slim se detuvo, apuntó cuidadosamente y disparó dos veces. Una de las cabezas desapareció rápidamente; la otra pareció caer hacia adelante, como si hubiese sido alcanzada.

—Tenemos que separarnos —dijo Eddie—. Si sales de ésta, nos encontraremos en el Cosmos.

Slim enseñó los dientes.

—Claro que saldré de ésta —contestó—. Hace falta más de un poli para detenerme.

Eddie dejó a Slim agazapado detrás de una chimenea. Slim cobraba nuevas fuerzas en situaciones como aquélla y Eddie se dijo que podría salir adelante. Miró a la calle. Había grupos de gente, y toda la calle, de extremo a extremo, se hallaba bloqueada. Los coches de la policía formaban una fila frente al hotel. La multitud era un mar de cabezas levantadas. Siempre con el arma agarrada firmemente, Eddie pasó las piernas por encima de un parapeto próximo y saltó a otro tejado. Se ocultó en el lugar más oscuro. Podía ver a varias figuras que se deslizaban cautelosamente por la terraza del hotel. Sonrió. Aquellos polizontes no querían correr riesgos excesivos. De pronto oyó el fuego del arma de Slim y vio que uno de los policías caía. Slim estaba disfrutando de la fiesta. La policía disparó nerviosamente hacia los fogonazos y Eddie oyó claramente el silbar de las balas. Rápidamente, cambió de posición.

No había modo de pasar del tejado a la calle. Allí abajo todo el mundo estaba alerta. Había que entrar en un edificio y esperar a que pasara el tumulto. La pistola de Slim volvió a disparar; el ruido venía de más lejos. Eddie se alegró de que el combate se alejara de él.

Bruscamente, se vio frente a un policía. El hombre salió con rapidez de detrás de una chimenea y se lanzó sobre Eddie antes de que éste pudiera moverse. Actuó con presteza, pero Eddie se le

adelantó por una fracción de segundo. Dio un salto y asestó un puñetazo en la fornida cabeza. El policía, en vez de caer hacia atrás, se inclinó hacia adelante y agarró a Eddie. Era un hombre muy fuerte, y casi derribó a Eddie en su embestida. Forcejearon durante breves instantes y se separaron. Eddie no quería usar la pistola. Hasta entonces se había mantenido fuera de la vista del enemigo y no quería atraer a una docena de policías.

Slim seguía disparando a lo lejos.

El polizonte tenía una porra y una pistola, pero estaba tan excitado que no disparó. Cargó de nuevo, pero esta vez Eddie estaba preparado. Asestó al atacante un puñetazo fortísimo; el policía cayó con un ruido sordo. Eddie se precipitó sobre el caído y le golpeó entre los ojos con la culata de la pistola. Se levantó vacilante y miró a su alrededor.

Todo estaba tranquilo en su tejado, pero Slim seguía disparando en la terraza del hotel. Al parecer, había decidido librar una batalla en regla. Eddie vio una claraboya en las inmediaciones y, acercándose rápidamente, trató de abrirla. El pestillo estaba flojo y saltó al primer empujón. Eddie iluminó con su linterna la habitación vacía; después deslizó sus piernas por la abertura y se dejó caer. Se incorporó y volvió a poner el cierre en su sitio.

Abrió la puerta, salió de la habitación y penetró en un pasillo a oscuras. Corrió hacia las escaleras y, con pasos silenciosos y apresurados, descendió al segundo piso. Miró hacia abajo por encima de la barandilla y se alegró de haber tomado esta precaución. Tres gorras de plato subían rápidamente. No tenía un momento que perder. El sudor caía ahora por su rostro. Aquél era un lío imponente.

Dio media vuelta y, sin meter ruido, penetró en la primera habitación que encontró. La luz estaba encendida y pensó en un principio que allí no había nadie. De pronto, vio a una mujer asomada a la ventana, tratando indudablemente de ver qué pasaba en la calle. Cerró la puerta silenciosamente y cruzó la habitación de dos zancadas. Sacudió con violencia a la mujer. Esta quedó tan impresionada que no pudo gritar. Eddie le puso la pistola al pecho y la dejó sin aliento.

—Escúchame, nena —dijo Eddie con rapidez—. Si pegas un grito, se acabó todo para ti. Los polis me siguen y no tengo un segundo que perder.

Eddie observó que se trataba de una joven rubia con ojos azules. Llevaba un pijama negro que le sentaba muy bien.

—Métete pronto en la cama —ordenó.

Aterrorizada, la muchacha obedeció y se acurrucó bajo las sábanas. Eddie se inclinó sobre ella.

—Tienes que ocultarme —dijo, hablando con rapidez y en voz baja—. Si los polis asoman sus cabezas, vas a mostrarte tranquila. Si gritas, te haré un agujero... ¿comprendes?

Alargó el brazo y apagó la luz. Se tendió en el suelo, junto a la

cama, en el lado más alejado de la puerta. Allí quedaron los dos, en la oscuridad, a la escucha de los pasos y de las breves y recias exclamaciones de los policías que iban de habitación en habitación e interrogaban a sus ocupantes.

Eddie se incorporó un poco, a fin de observar si la muchacha seguía tendida en la cama.

—Nada de alarmas —dijo—. No tienes por qué asustarte. No me he acostado contigo, ¿no es así?

La joven volvió la cabeza y miró a Eddie en la sombra. Eddie no pudo percibir más que el óvalo blanco del rostro. La joven no dijo nada. Eddie deslizó una mano bajo la sábana y tomó la de la muchacha.

—Vamos a estar así hasta que los policías se vayan —observó—. Si te pones nerviosa, tal vez consiga darte un poco de fuerzas.

La joven permaneció inmóvil como un cadáver y Eddie comprendió que estaba terriblemente asustada.

De pronto, se oyeron fuertes pisadas junto a la puerta. Asomó una cabeza y una franja de luz dio en el rostro de la muchacha. Esta lanzó un leve grito y se incorporó un poco. Eddie se mantuvo inmóvil junto al lecho, pero presionó con vigor la mano de la joven.

—¿Quién... es? —preguntó ésta.

—Nada, nada, señorita —dijo el policía, mirando detenidamente a la joven y recreándose mucho en el espectáculo—. Espero no haberla molestado.

—¿Qué pasa? —indagó la joven. Eddie dejó que las cosas siguieran su curso natural; aquella muchacha actuaba como una profesional.

—Estamos buscando a un par de pájaros —explicó el policía—. Pero, si usted no ha oído nada, vuelva a sus sueños... Lamento haberla despertado.

Eddie sonrió con sorna. ¡Vaya galantería la del poli!

—¿Quiere usted hacerme el favor de marcharse? —La joven habló con tono de serio enfado.

—Claro, claro... —el policía retiró la cabeza.

Eddie sintió un gran alivio, pero volvió a ponerse tenso al ver que el polizonte asomaba de nuevo.

—Que tenga hermosos sueños, señorita —dijo el representante de la ley con zalamería, antes de retirarse definitivamente.

—Muy bien, siga tranquila —dijo Eddie a la joven—. Es usted una artista.

La joven no contestó, pero Eddie sintió su mano apretada por la de ella. Permaneció en el suelo, a la escucha. Llegaba el ruido de la multitud en la calle. Se preguntó si Slim habría sido atrapado. Uno se sentía seguro en aquella sombra acogedora. Decidió concederse un respiro.

—Ha sido un trabajo magnífico —dijo en voz baja. La joven volvió a apretar su mano. Eddie se sentó lentamente y, a continuación, se levantó. La casa estaba en silencio—. Muy bien, nena —dijo, sonriendo en la oscuridad—. Gracias por este paseo

en tu cochecito.

La rubia retenía la mano de Eddie y se incorporó sobre el codo.

—¿Ya se va usted? —preguntó.

Eddie volvió la cabeza y miró a la joven. El rostro, apenas perceptible en la penumbra, estaba muy próximo. Eddie se dijo que aquella muchacha era una joya.

—Sí —contestó con pesar—. Tengo que seguir mi camino.

—Todavía no había terminado el paseo —dijo la joven con voz mimosa.

Eddie quedó estupefacto.

—Bien... ¡Por las barbas del Profeta! —Y se echó a reír.

Y se quedó, desde luego.

* * *

Dos días después, apareció en el "Tribune" un anuncio ofreciendo botes de pintura. Ma Grison le pasó el periódico a Doc, diciéndole:

—Ya tiene el dinero. Ahora, hay que recogerlo.

Doc leyó el anuncio y sonrió.

—Va a ser muy fácil; el viejo tiene mucho miedo. Los federales están al acecho, pero no emprenderán nada hasta que el viejo tenga de nuevo consigo a su hija. Después, las cosas se pondrán muy feas. Bien, la hija no volverá. Recogeremos el dinero y después les engañaremos. Escribe otra nota diciéndole cómo nos tiene que entregar la pasta. Dile que coja un coche y vaya a la gasolinera de Maxwell. A un kilómetro de allí verá una luz. Tan pronto como la vea, tiene que dejar el dinero al borde de la carretera. Tiene que conducir con rapidez, no detenerse e ir solo. Dile también que, si intenta hacernos una jugada, su muñeca lo pasará mal. Cuando se rapta a una muchacha, pueden sucederle mil cosas que no son la muerte... Acuérdate de decirle eso.

Ma miró a Flynn, quien dormitaba en una butaca.

—Tú irás a la carretera, más allá de Maxwell y harás la señal al padre con una linterna. No tendrás dificultades, pero es probable que traten de seguirte. La carretera es recta durante varios kilómetros y no hay modo de que te sigan sin que tú te des cuenta. Si te siguen, deja caer el dinero en medio de la carretera y hazles señas con la mano. Cuando vean que te has desprendido de la pasta se alejarán, porque se darán cuenta de lo que eso significará para la chica. Es todo muy fácil, pero no te armes un lío.

Flynn asintió con un gesto.

—¿Mañana por la noche? —preguntó.

—Sí —Ma se frotó sus enormes manos—. Y será una buena noche.

Flynn y Doc se despidieron de Ma y subieron a la habitación de Eddie. Este se hallaba tumbado en la cama y les saludó con la mano.

—El dinero está preparado —dijo Flynn, sentándose en la cama—. Voy a buscarlo mañana por la noche.

Doc se paseaba muy inquieto por la habitación.

—¿Tienes algo para beber, Eddie? —preguntó.

—Sí, hombre. Ahí, en el armario. Sirvenos a nosotros también.

Doc hizo tres mezclas y sirvió una ronda. Flynn tomó un trago y puso el vaso en el suelo, junto a la cama.

—¿Has visto a Slim?

Doc sonrió.

—Slim está descansado —dijo—. No se le ha pasado todavía el susto de anoche.

Flynn miró a Eddie de soslayo.

—Eres un hombre de suerte. En medio de la pelea, encuentras una preciosidad y te las arreglas para compartir su cama.

Eddie se encogió de hombros.

—¿Qué quieres? No hay modo de sacárselas de encima —dijo con una sonrisa—. Las chicas se mueren por mí, muchachos. ¡No me reí poco del pobre Slim...!

Los tres hombres rieron a carcajadas.

—Lo de Slim no fue cosa de risa —dijo Doc, secándose los ojos—. Slim hizo un buen trabajo con los polizontes. Liquidó a tres de esos hijos de perra y dejó mal heridos a otros cuatro. Y escapó sin un rasguño, aunque sin duda pasó muy malos momentos.

Flynn meneó la cabeza.

—Estoy seguro de que no tuvo miedo —dijo, volviendo a tomar su vaso—. Ese tipo es la cosa más fría que he conocido.

—No tan frío —advirtió Doc. Levantó la cabeza y miró al techo—. Se está calentando mucho con la chica de ahí arriba.

Eddie levantó la vista con rapidez.

—¿Qué pasa con esa chica? —preguntó—. Con todas estas cosas, casi me había olvidado de ella.

Doc se encogió de hombros.

—Ma le ha hecho tomar unas cuantas píldoras —dijo—. Me las pidió a mí. No es mala idea, al fin y al cabo. La chica se mantendrá muy dócil y aceptará todo lo que le suceda.

Eddie apartó las ropas con impaciencia y saltó de la cama. Agarró sus pantalones y comenzó a vestirse rápidamente.

—Voy a echar un vistazo a esa muchacha —dijo sombríamente—. No la he visto desde hace varios días y quiero saber lo que Ma está haciendo con ella.

Doc y Flynn cambiaron miradas.

—Calma, Eddie —dijo Doc nerviosamente—. Ya sabes que Ma nos ha dicho que no nos acerquemos a esa chica.

—No me importa lo que Ma haya dicho —replicó Eddie, mientras se ponía la corbata—. Voy a ver a esa chica y enterarme de lo que está pasando.

—Muy bien. —Doc se encogió de hombros—. Me sentaré en lo alto de las escaleras y te advertiré si Ma aparece. Flynn puede vigilar a Slim.

Eddie sonrió a los dos.

—Muy bien pensado —dijo—. No tardaré mucho.

Salió de la habitación, miró al piso de abajo y, a continuación, subió al de arriba con pasos rápidos y silenciosos. Llegó a la habitación de miss Blandish. La puerta estaba cerrada con pestillo por fuera. Corrió el pestillo y asomó la cabeza. El lecho estaba enfrente y Eddie vio a miss Blandish sentada y con las manos levantadas hasta la barbilla. Sus rodillas estaban unidas y dobladas; se acurrucaba en el extremo de la cama. Parecía muy menuda al estar de aquel modo, hecha un ovillo. Tenía el rostro muy ruborizado y los ojos brillaban de forma poco natural. Eddie se dijo que era la muchacha más guapa que había visto en su vida. Se miraron. Eddie sonrió.

—Ten calma, nena —dijo—. Sólo quiero ver qué pasa y que me digas unas cuantas cosas.

—Será mejor que se vaya —contestó la joven.

Eddie no se movió. No avanzó ni retrocedió; se mantuvo quieto.

—Escucha, nena: estoy de tu parte —murmuró—. Quiero darte una oportunidad. No voy a hacer nada malo... ¡Palabra! Sólo quiero conversar un poco contigo.

La muchacha se encogió de hombros con indiferencia y Eddie penetró en la habitación y cerró la puerta tras él.

—Toma —dijo impulsivamente, sacando su petaca de bolsillo—. Un trago te sentará bien. —La joven tomó el frasco y Eddie la observó beber. Observó cómo el pecho se contraía mordido por el fuerte licor y vio que éste caía por una comisura de la boca. Se inclinó hacia adelante y le quitó el frasco a la joven—. Poco a poco —advirtió alarmado—; es muy fuerte...

La joven se pasó una mano por el rostro, como si quisiera apartar unas telarañas. Eddie la contemplaba con interés.

—¿Qué están haciendo contigo? —preguntó.

La joven le dirigió una mirada sin expresión. Eddie sintió que aquellos ojos no le miraban en realidad, sino que, a través de su persona, miraban a la pared. Se sintió muy turbado.

—Explícame, hermanita —dijo amablemente—. Tal vez pueda hacer algo por ti.

—Hay un individuo alto y delgado que suele venir aquí —contestó la joven, como hablándose a sí misma—. Se queda en la puerta observándome y hace unos ruidos horribles, como gemidos. Vino anoche. Yo estaba dormida. Cuando desperté, estaba junto a mi cama.

Se detuvo y miró a su alrededor llena de inquietud.

—¿Hizo algo? —preguntó Eddie. La joven tuvo un sobresalto y levantó la cabeza, dándose cuenta de que Eddie seguía con ella.

—¿Ha soñado usted alguna vez? —preguntó—. ¿Ha tenido pesadillas y se ha despertado con miedo? ¿Se ha quedado preguntando si sueña todavía o si el sueño ha terminado? Fue así anoche. Había estado soñando, una pesadilla... No puedo recordar

qué fue... Es curioso cómo se olvida, pero sé que era algo terrible. Tuve una vez un perro que tenía pesadillas frente al fuego. Se retorció y gemía. Me daba pena. Cuando se despertaba, se iba a la cocina... Se quedaba muy tranquilo cuando se despertaba...

Eddie tragó el humo de su cigarrillo. Estaba contento de haberlo encendido. Comprendió que la muchacha quería hablar y confiarse a alguien, pero que le tenía miedo. Quedó inmóvil, exhalando lentamente el humo por la nariz.

—Sí —dijo—. He tenido pesadillas, pero eso es muy poca cosa.

—Esta pesadilla fue muy mala. Y fue peor cuando me desperté. Estaba muy cerca de mí. No había luz, pero le oía gemir muy cerca. Como el viento. ¿No ha oído gemir al viento cuando llueve? Es muy bonito oírlo cuando se está junto al fuego. Pero no era bonito oír a esa persona. Al principio, me dije que estaba de nuevo en casa... Pero muy pronto me di cuenta de que ese hombre había entrado. Me quedé muy quieta... Simulé que estaba dormida. Hubiera simulado con gusto que estaba muerta... Antes me asustaba morir. Ahora no. La habitación estaba fría y sentí frío cuando me apartó las ropas. Quise disimular que estaba muerta... ¿Ya se lo he dicho? Que estaba muerta y fría... No estaba vestida. La vieja me lo quitó todo... Sólo me había dejado lo más íntimo... Quise estar con una chaqueta... Con una chaqueta cosida a mi cuello. ¡Qué cómodo hubiera sido!

La joven se calló y desplazó sus rodillas. Eddie dejó su colilla en el cenicero vacío y encendió otro cigarrillo.

—¡Odio que me toquen! —exclamó la joven con violencia—. Mantuve las rodillas apretadas..., rígidas..., como las de un muerto. ¿Por qué las personas se quedan rígidas cuando mueren? El perro aquel, el de los sueños, se murió. Lo encontré por la mañana. Estaba horrible..., parecía de madera. Tenía las patas estiradas y no pudimos hacer nada por él. Por fin, lo enterramos... No me asustaba la oscuridad. Me gustaba. No podíamos vernos, ¿comprende? Creo que él también se alegraba de la oscuridad, porque, si hubiese querido, hubiera podido encender la luz...

"Traté de hundirme en el colchón. Me apreté contra el colchón cuanto pude, pero no me sirvió de nada. Su mano estaba fría..., sobre mí... Sentí algo pequeño y duro en mi interior que crecía y crecía... Sí, era en mi interior..., como un resorte que fuera a saltar. Esperé que saltara para poder gritar... Creció y creció, pero no llegó a saltar. Desearía ser un hombre... Los hombres no tienen que preocuparse de estas cosas, ¿verdad? Las jóvenes pasan un mal rato..., se ponen a veces enfermas... Pero usted sabe esto, ¿verdad? Desearía estar enferma incluso... —La joven se golpeó las rodillas con desesperación.

"Leí una vez que un hombre había tenido un accidente y que ya no era como los demás hombres. Deseé que todos los hombres fueran así... pero no sirvió de nada. Aquella mano fría andaba por mi cuerpo. Era como si tuviera una serpiente en la cama... Odio las serpientes... ¿Usted no?

Eddie se levantó. No podía soportar aquello durante más tiempo.
—Escucha, nena —dijo afectuosamente—. En adelante, cuidaré de ti...

—Pero no me hizo nada... Acabó marchándose. Sé que va a volver... La vieja me lo dijo, —La joven comenzó a llorar débilmente—. ¿Qué voy a hacer? ¡Es tan cobarde...! No hace más que estar aquí y molestar con sus manos frías. Si hiciera algo, en lugar de molestar... No me importaría lo que hiciera, con tal de que pudiera irme a casa. Quiero volver a casa.

—Yo lo arreglaré, nena —dijo Eddie—. No te atormentes así...

Abrió la puerta y salió. Había cosas que no se podían soportar y una de ellas era contemplar a miss Blandish. Se unió a Doc en el descansillo de las escaleras. Bajaron juntos en silencio. Flynn, que estaba arrimado a la pared cerca de la habitación de Slim, les siguió. Todos entraron en la habitación de Eddie.

Eddie se encogió de hombros para expresar su impotencia.

—Ese hijo de perra va a volverla loca —dijo con enfado—. Muerta sería más feliz.

—Bien... Por favor, Eddie —dijo Flynn—. Déjales que se las apañen. Las mujeres siempre proporcionan disgustos y tú sabes que Ma no consentirá que te rebeles.

Eddie rumió un momento.

—Estoy convencido de que la muerte sería un alivio para esa chica.

* * *

**SE CREE QUE LA BANDA DE RILEY FUE LA AUTORA
DEL ASESINATO DEL PALACE.
IDENTIFICACIÓN DEL ASESINADO.
JOHN BLANDISH PAGA HOY EL RESCATE.**

Se ha sabido que el hombre brutalmente asesinado en el Palace ha sido identificado como Alvin Heinie, el cronista de sociedad. Fue Heinie quien advirtió a la policía que la banda de Riley le había interrogado acerca de los movimientos de la hija de John Blandish, la heredera raptada. Se cree que el rescate de 500.000 dólares será pagado hoy. John Blandish, que teme por la suerte de su hija, se ha negado a permitir que intervengan las autoridades del estado, pero el Departamento de Justicia está preparado para participar en lo que será la mayor caza del hombre del siglo, la cual se iniciará en cuanto se sepa que la joven raptada está a salvo.

La policía tiene razones para creer que Alvin Heinie fue asesinado por la banda de Riley. Los dos hombres que escaparon después de un violentísimo tiroteo en la terraza del hotel han sido identificados por el portero en las fotografías de la policía.

Ma Grisson leyó el relato a la banda. Todos intercambiaron sonrisas cuando la vieja dejó el periódico.

—Ese piojo de Riley hizo algo bueno cuando se metió en este asunto —dijo Slim—. Todo está contra él.

Eddie tenía una expresión meditabunda.

—Sí, tal vez todo ande bien por el momento, pero ¿ya sabes quién liquidó a Heinie? Desde luego, no fue Riley ni fuimos nosotros. Esto nos consta. Lo que me preocupa es esa chica, la Borg. Apostaría mi último centavo a que fue ella quien liquidó a Heinie. Pero ¿por qué? Esa chica sabe algo que nos relaciona con Riley y no me gusta.

Ma miró a Eddie con sus ojillos negros. Hizo un gesto afirmativo.

—Eddie, tienes razón —dijo—. Hay algo raro que debemos averiguar. Antes de recoger ese dinero, tenemos que saber algo acerca de esa Borg. ¿Qué te parece si vas al centro y tratas de encontrarla?

—Muy bien, Ma. ¿Viene alguien conmigo? —Miró con expresión interrogante a Slim, pero éste meneó la cabeza.

—Vale más que vayas solo —dijo Ma, al mismo tiempo que observaba a Slim—. Y ten mucho cuidado de cómo te mueves en este asunto. Después de lo ocurrido anoche, los polizontes andarán detrás de todo aquel cuyo aspecto no les agrada. Ha sido una suerte que el portero os haya confundido.

Eddie vio qué Slim se mordía las uñas furiosamente. Era evidente que se estaba poniendo nervioso. Miss Blandish iba a tener visita. Eddie buscó la mirada de Ma e hizo a ésta una seña. Ma se levantó y siguió a Eddie.

—¿No puedes decir a Slim que deje en paz a esa chica de arriba? —preguntó Eddie.

Ma observó cuidadosamente a quien así la interrogaba.

—Óyeme, Eddie: no es asunto que te interese. ¿Me comprendes? Eres un buen muchacho y haces lo que se te ordena... Pero no te metas en esto.

—Vamos, vamos, Ma —Eddie trató de sonreír—. Una chica como ésa, un terroncito de azúcar, no puede soportar que un rufián ande enredando con ella.

Los ojos de Ma brillaron repentinamente de furor. La vieja enseñó los dientes. Parecía una loba.

—Ten cuidado, Eddie —murmuró—. Slim tendrá a esa chica, si así lo desea. Tú sabes que Slim ha sido tímido con las mujeres. Si se ha encaprichado con ésa... bien, la tendrá.

Eddie sonrió con expresión burlona. Sabía que se estaba arriesgando mucho, pero quería poner las cosas en claro.

—¿Qué estás haciendo con la muchacha? ¿Preparándola para Slim? —preguntó, hablando rápidamente y en voz baja—. ¿Es tan blando que no puede tomarla sin que tú la dejes sin fuerzas para resistir?

Ma golpeó a Eddie en la boca con el dorso de la mano. Fue un golpe muy fuerte e hizo mucho daño en los labios. Eddie vaciló un poco, pero hizo un esfuerzo y sonrió.

—Muy bien, Ma —dijo, alejándose ya—. Olvida lo que he dicho... ¿De acuerdo?

Dejó a la vieja inmóvil, con el carnoso rostro ensombrecido por la rabia. Comprendió que el incidente no tendría consecuencias, pero se dijo que en adelante habría que obrar con mucha prudencia. Después de una breve vacilación, decidió ir en el Dodge. Todo indicaba que el Airflow podía ser sospechoso y no quería correr riesgos innecesarios.

Cuando llegó al Cosmos Club, el reloj de la fachada marcaba la una y doce. Bajó del coche y penetró en el local. Estaba todavía en plena limpieza, tras la noche de jaleó, y Eddie tuvo que pasar entre los cubos y pisar varias bayetas mojadas. Las coristas estaban ensayando bajo la dirección de un hombrecito muy delgado, vestido con un chaleco blanco de punto y unos pantalones de franela muy sucios. El pianista tocaba, con un cigarrillo en los labios. Las muchachas sonrieron a Eddie; era hombre muy conocido en el club y que agradaba. Se detuvo el tiempo suficiente para pellizcar una mejilla pintada y dar palmadas en unos muslos. Después, entró en la oficina.

Pete estaba sentado con los pies sobre la mesa, meditando. Pareció sorprendido de ver a Eddie. Era gordo y grasiento. Sus ojos escurridizos miraron al visitante antes de ofrecer una mano regordeta.

—¿Qué tal, Pete? —dijo Eddie, sentándose en un ángulo de la mesa—. ¿Cómo van las cosas?

Pete comenzó a lamentarse.

—El negocio anda peor que nunca —dijo, mientras encendía un cigarro. Eddie tomó otro de la caja que había sobre la mesa—. Todos esos tiros han puesto a la gente nerviosa.

—Sí —Eddie sonrió—. Ya he leído todas esas novedades. Ese Riley parece ser el hombre del día.

Pete hizo un gesto despectivo.

—Hay algo raro en este asunto —dijo, chupando su cigarro—. Riley nunca se había metido en nada tan importante. Se ha debido de volver loco. Si hubiera sido un Slim...

Los ojos de Eddie se cerraron un poco.

—Slim lleva una semana fuera de la ciudad —dijo en tono indiferente—. He estado con él y con los demás.

—Cierto, cierto. —Pete miró al techo—. Indudablemente, habéis estado fuera. No os he visto desde hace tiempo. De todos modos, si yo fuera el raptor de esa miss Blandish, obraría con cautela. La policía sólo espera que se pague el rescate y la chica se halle en casa, para empezar la guerra. Tienen hasta aviones.

—Bien, eso significa el entierro de Riley —comentó Eddie con despreocupación.

—Así es... El entierro de Riley.

—¿Conoces a una chica que dice llamarse Anna Borg? —Eddie hizo la pregunta en tono indiferente, con los ojos fijos en su cigarro, pero Pete le dirigió una mirada penetrante.

—Claro que conozco a Anna. ¿Por qué me lo preguntas?

—Queremos saber algo acerca de esa muchacha. —Eddie se inclinó hacia adelante—. ¿Quién es?

—Bien, Anna es una chica muy guapa...

Eddie interrumpió a Pete.

—Deja eso —dijo—. Ya sé cómo es. Lo que quiero saber es quién es y qué hace.

Pete miró a Eddie a través del humo que escapaba de su húmeda boca.

—¿Es mucho el interés?

—Vamos, Pete, di lo que sepas —insistió Eddie con firmeza—. Es muy importante.

—Anna es una pistolera —dijo Pete lentamente.

—¿A quién lleva el arma?

Pete sonrió. Se inclinó hacia adelante, de forma que su rostro adiposo quedó muy cerca del de Eddie.

—Lleva el arma a Riley.

Eddie tuvo un sobresalto.

—¡Por Cristo! —exclamó.

—Sí. Sabía que te iba a impresionar. —Los ojos de Pete brillaban—. Créeme, Eddie, que son muchos los que experimentan esa misma impresión. Preguntan por qué Anna no está con Riley. Son varios ya los que han pasado por aquí. Es raro, ¿verdad? Riley pone los ojos en la Blandish y deja a Anna compuesta.

—Tal vez la chica está esperando a ver cómo se ponen las cosas para Riley.

—¡Nada de eso! —replicó Pete—. No es asunto mío, pero sé que Anna está pasando muy malos días. Además, no es de las que se resignan. Causará muchos disgustos antes de darse por vencida.

Eddie meditó unos segundos.

—¿Dónde vive? —preguntó finalmente—. ¿Sigue en el Palace?

Pete abandonó su butaca. Echó la colilla de su cigarro en la escupidera inmediata a la puerta.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó malhumorado—. ¿Por qué te interesa Anna?

—Es Ma la interesada.

Pete frunció los labios, en un imperceptible silbido.

—¿Ma anda metida en esto? —Pareció asombrado. Ma tenía fama en su círculo, y una fama nada buena—. Bien... Sí, sigue en el Palace, con dos polizontes a su puerta. Los periodistas no saben que estaba en el hotel cuando ese Heinie fue liquidado, pero la policía sí que lo sabe.

—¿Por qué no la detienen? —indagó Eddie.

—Esos federales no son tontos. Creen que Riley fue al hotel a visitar a Anna y se encontró con Heinie, al que ya buscaba por haber cantado. Por lo menos, eso se figuran. Si andan cerca de Anna, es porque creen que Riley no tardará en volver junto a ella.

Eddie volvió a meditar.

—Escucha, Pete. Tengo que hablar con esa chica... Vas a ayudarme. No quiero que los federales me vean. Tú me prepararás

la entrevista. Llama a la chica y dile que venga aquí. Hablaré con ella en esta oficina y la policía no se enterará de nada.

Pete inició una protesta, pero Eddie le interrumpió.

—Ma quiere que se haga esto y vale más que lo hagas. —Tomó un fajo de billetes y lo deslizó por la mesa—. Vale más que me dejes pagarte la llamada —añadió con una sonrisa.

Pete vaciló un momento, tomó el fajo, lo miró y atrajo hacia sí el teléfono.

—Con la señorita Borg... —dijo. Y al cabo de unos segundos—: ¿Eres tú, Anna? Soy Pete, el del Cosmos. Nena, quiero que vengas en seguida aquí... Sí... Es importante. ¿Puedes venir ahora mismo? Muy bien, te espero. —Colgó el aparato—. Estará aquí dentro de diez minutos.

—¡Magnífico! —Eddie sonrió—. Te hacen caso en seguida, ¿no es así, Pete?

—Las trato bien —comentó Pete—. Además, tengo debilidad por esta chica. Si no hubiese sido porque Ma lo pide, no lo hubiera hecho.

—Estate tranquilo. No va a pasar nada. Sólo quiero tener una conversación amistosa con la nena. Nada más —replicó Eddie—. Tú te vas a dar un paseo y me dejas aquí, ¿quieres? Cuando vuelvas, la oficina será tuya de nuevo.

Tras una breve vacilación, Pete tomó el sombrero y salió. Eddie sacó su pistola y la dejó sobre la mesa. No era prudente arriesgarse con una muchacha que llevaba la pistola a Riley. Las pistoleras tenían mucha serenidad, pero no era juicioso sorprenderlas. Se acomodó en la butaca y esperó. Los minutos se deslizaban y Eddie permaneció con la vista fija en el reloj eléctrico de la mesa. Oyó el taconeo agudo de unos zapatos y llevó la mano a la pistola. Se abrió la puerta y Arma entró. Cuando vio a Eddie, estaba en mitad de la habitación. Había cerrado la puerta al entrar. Se detuvo bruscamente y se puso pálida. Eddie admiró la firmeza de la actitud. La muchacha había sido sorprendida, pero no perdía la cabeza. Eddie se dijo que era verdaderamente muy guapa. Aquel Riley era un gusano, pero sabía elegirlas. Arma había visto la pistola y no intentó moverse.

—¿Qué tal, nena? —dijo Eddie con una sonrisa amable—. Nada de asustarse. No pienso hacerte daño, por lo menos ahora. Pon tu bolso sobre la mesa, ¿quieres? Ahí es donde vosotras, las chicas guapas, lleváis el arma, ¿no es así?

Arma dejó su bolso sobre la mesa y se sentó. Respiraba con rapidez, pero en lo demás se mostraba serena. Eddie tomó el bolso, miró en su interior y lo metió en un cajón. A continuación, puso su pistola en la funda.

—Sabes quién soy, ¿verdad? —preguntó.

Arma no contestó.

—Me dejaste tu tarjeta el otro día —continuó Eddie—. Preguntabas dónde estaba Riley.

Arma se tranquilizó un poco, pero se mantenía vigilante. Eddie

sacó un paquete de cigarrillos y lo empujó por la mesa hacia ella. La joven, tras vacilar un momento, tomó un cigarrillo. Eddie se levantó y, dando la vuelta a la mesa, se lo encendió. Se sentó en un ángulo, muy cerca de ella, y sonrió.

—Escúchame ahora —dijo—. Vamos a ponernos de acuerdo. Estuviste a punto de jugarme una mala pasada la otra noche, pero no lo siento. ¡Fue algo muy serio! Yo no liquidé a Heinie... Fuiste tú, como sabes...

Anna miró a Eddie sin un pestañeo.

—¿Qué me importa? Persiguen a tu hombre, pero tu hombre está muy bien escondido... Dejemos eso... Ahora bien, tú querías verme... Fui a verte y tuve un recibimiento verdaderamente caluroso. —Durante todo el tiempo, Eddie tocaba suavemente con su pie los de la muchacha. Se daba cuenta de que se estaba rompiendo el hielo y que el miedo desaparecía—. Podríamos entendernos muy bien si dejaras esa actitud estirada y te mostraras un poco amable...

—¿Dónde está Riley? —preguntó Anna con brusquedad. Su voz era ronca, como las de esas artistas que cantan en la radio. Eddie se echó un poco hacia atrás. Se dijo que estaba ganando posiciones.

—¿Por qué crees que yo sé dónde está Riley?

—Usted vio a Riley la noche en que raptó a esa niña de Blandish —replicó Anna, observándole con expresión dura.

Eddie se dijo que la chica era un terroncito de azúcar. Le gustaban mucho aquellos bucles ensortijados. No había allí nada de afeites ni arreglos baratos. No era sólo polvos y pintura. Aunque se rascara a la chica, quedaba mucho debajo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—Muy bien, hombre prudente —dijo Anna—. Le haré saber algunos hechos y después podrá hablar. Riley me telefoneó desde la casa de Johnny. Me dijo que había tropezado con usted y que temía que Slim interviniera. He visitado a Johnny y éste me ha dicho que Riley y la chica pasaron la noche allí, pero que después se marcharon a otro sitio. No sabía adonde.

Eddie dio mentalmente las gracias a Johnny, pero no mostró su satisfacción. Las cosas iban muy bien.

—¿Y qué...?

—Riley ha desaparecido. Me ha dejado compuesta... Eso es todo. —Anna estaba sofocada y sus ojos brillaban de ira—. Quiero saber dónde está Riley y quiero saber por qué no ha venido a buscarme.

Eddie se rascó la cabeza; se hacía el tonto.

—Supongo que la policía también quiere saberlo. Riley emprendió una gran aventura cuando puso los ojos en esa chica. ¡Dios! No creí que se atreviera a tanto.

Arma se levantó con brusquedad.

—¡Basta de charla! —exclamó—. ¿Qué es lo que usted sabe?

—Muy bien, hermana, un poco de calma. —Eddie también se levantó—. No sé gran cosa, pero lo que sé es duro de decir. Sé que

andabas con Riley y, según tengo oído, has sido para él una buena compañera. Bien, nena... Parece que ese individuo te está jugando una mala pasada.

Arma avanzó hacia Eddie. Verdaderamente, estaba guapa cuando se enfurecía.

—Estoy al cabo de la calle —dijo la joven con violencia—. Usted está representando una farsa y no le creo una palabra. Riley era un buen muchacho. Nos peleábamos un poco, pero ¿quién no lo hace? No es hombre capaz de abandonarme, ese cuento no sirve... ¿Me oye?

Eddie se encogió de hombros.

—Tú estás más al tanto, hermanita —replicó, con tono de indiferencia—. Yo le vi con la Blandish y parecía muy entusiasmado. Cuando yo les vi, ella estaba tendida en el coche con una gran moradura en el morrito y Riley se aprovechaba que era un primor. Ya me comprendes. Las manos del tipo no se daban descanso. La chica ya no ofrecía resistencia, y Riley la tenía a su merced. Ahora bien, debo decirte que esa chica es una preciosidad. Si yo hubiese estado en el coche en lugar de Riley, hubiera hecho otro tanto. Bien, yo me imagino así las cosas: Riley se ha encaprichado con esa muchacha. Se ha escondido con ella y está a la espera del precio del rescate. ¿Qué puede hacer contigo? ¿Te sentarías tranquilamente y contemplarías cómo Riley juega con la chica? Riley se da cuenta de las cosas y ha decidido prescindir de ti. Además, creo que es algo definitivo. No se arriesgará a recogerte cuando la persecución esté en su apogeo. Creo que tienes que resignarte...

Anna golpeó a Eddie en la boca. No fue un golpe fuerte y Eddie sonrió. Le gustaban las mujeres bravías.

—¡Cállese! —gritó Anna—. ¡Riley no es así!

Eddie volvió a encogerse de hombros. Se acercó a la ventana y miró al exterior. Comprendió que ya había dicho lo suficiente. La joven le creía y estaba interiormente hecha una furia. Ahora, comenzaba a pasearse por la habitación. Convenía dejar que las cosas maduraran. Eddie quedó mirando a la calle y al tránsito, sonriéndose a sí mismo. Pe pronto, Anna se le acercó y se detuvo a su lado. Parecía vencida. Eddie podía sentir casi el fuego que salía de aquel interior.

—No sé nada de él desde hace tiempo —dijo Anna con amargura—. ¡Si compruebo que me ha engañado...! —Golpeó la pared con el puño cerrado—. ¿Qué puedo hacer? No tengo ni un centavo...

—Calma, hermanita —dijo Eddie, preguntándose si podría ya dar palmadas a la muchacha en algún sitio—. El dinero no es todo. De todos modos, yo podría ayudarte un poco hasta que salieras del apuro...

Anna se revolvió y bufó como un gato.

—¡Todo es una farsa! —gritó—. ¡Está usted mintiendo!

Eddie se dijo que había realizado un magnífico trabajo. Convenía dejar las cosas así. Fue a la mesa y tomó el bolso de la joven; volviendo la espalda, en forma de que ella no lo viera, deslizó unos billetes bajo el juguete de calibre 25. Se acercó a la joven y le colocó el bolso bajo el brazo.

—Muy bien, nena —dijo tranquilamente—. Olvida lo dicho. Tal vez estoy mintiendo. Espera a Riley, pero no le esperes demasiado. Cuando te canses de esperar, dile a Pete que me llame. Puedo hacer algo por una preciosidad como tú y no soy de los que te dejarían plantada.

Acompañó a la muchacha hasta la puerta y a continuación la cerró. Durante un minuto permaneció apoyado en ella, felicitándose por su habilidad. Tenía que volver a ver a esta muchacha...

* * *

Flynn miró a su reloj. Estaba sentado en el Airflow, con una Thompson a su lado y una poderosa linterna sobre sus rodillas. Pensaba que el trabajo iba a ser fácil, pues Ma se lo había dicho y tenía mucha fe en la vieja, pero, de todos modos, estaba inquieto. El Airflow estaba detenido al borde de la carretera, oculto en la sombra de una arboleda. Flynn veía delante de sí a lo largo de más de una milla. Estaba a la espera de John Blandish y del precio del rescate. Doc había salido y telefonado a Blandish unas horas antes. Le había advertido de nuevo que no intentara ninguna jugada. Blandish parecía resignado, pero Flynn no quería correr riesgos innecesarios. Deseaba que la tarea hubiese corrido a cargo de Doc o Slim, a pesar de que Ma le había prometido quinientos dólares suplementarios como compensación. Quinientos dólares estaban muy bien cuando se disfrutaba de libertad, pero entre rejas valían muy poco. Tenía muchas ganas de que terminara la aventura. Miró de nuevo su reloj. Llegaba la hora. Encima, unas nubes oscuras cruzaban el cielo y ocultaron la luna, que estaba muy alta. La noche era calurosa, pero Flynn sudaba hielo.

De pronto, percibió a lo lejos la luz de unos faros. Inmediatamente, bajó del coche y se instaló en la carretera. Tenía bajo el brazo la ametralladora. Corrió hacia las luces y salió de la carretera. El coche venía a gran velocidad y se podía oír el rugido de su motor. Flynn comenzó a encender y apagar su linterna. Los haces de luz horadaban la oscuridad. El coche que se acercaba disminuyó un poco su marcha y, al pasar, un objeto fue arrojado por la ventanilla. Cayó casi a los pies de Flynn. Este dirigió la luz sobre el objeto y comprobó que era un fuerte saco de cuero. El coche no se detuvo y pronto se perdió en la noche. Blandish estaba obedeciendo las órdenes.

Flynn miró apresuradamente a uno y otro lado de la carretera y no percibió señales de otro coche; agarró el saco y corrió al Airflow. Se sentó al volante y accionó pedales y palancas. Se dio cuenta de

que estaba temblando, pero se sonrió a pesar de todo. Ma había tenido razón. Todo había salido a pedir de boca. El Airflow partió a gran velocidad. Flynn conducía como un demonio. La carretera era recta en muchos kilómetros y Flynn miró frecuentemente por el espejo, pero no percibió el menor signo de que le siguieran. Se tomó el tiempo necesario y se mantuvo en la carretera hasta asegurarse de que no le seguían; después, con gran alivio, dio un giro al volante y se metió en el campo. El coche marchó dando saltos y tumbos un cuarto de kilómetro. Flynn se dijo que ya había borrado sus huellas. Salió a una carretera de segundo orden y emprendió el regreso a casa.

Allí estaba sentada toda la banda, esperándole. Entró en la habitación y puso el saco sobre la mesa. Flynn se sintió muy satisfecho; era el más interesante personaje de la escena; todos le observaban con expresiones de curiosidad y codicia. Su rostro se iluminó con una amplia sonrisa.

—Todo perfecto —dijo.

Ma se levantó y se acercó a la mesa. Soltó las pesadas correas. Los otros se acercaron y permanecieron en observación. La vieja abrió el saco y comenzó a extraer los pulcros fajos de billetes. Procedía con lentitud y sin excitación, pero los demás reaccionaban cada uno a su modo. Una vez vació el saco, Ma lo empujó y tiró al suelo. Slim estaba inclinado sobre el montón de dinero, con la boca abierta y con ojos que eran ranuras en el pálido rostro. Era más de lo que había pensado. Quinientos mil dólares sobre una mesa eran un bonito espectáculo. Ma contó los fajos y examinó los billetes. Finalmente, levantó la vista.

—Todo ha salido bien —dijo—. Y ahora, el jaleo se va por el mal camino. ¿No es esto una suerte loca?

Contempló el dinero con expresión meditabunda. Se agachó, tomó el saco y puso de nuevo los fajos en su interior. Terminada esta faena, se sentó, con sus grandes brazos descansando sobre la mesa.

—Este dinero quema —dijo, dando palmadas al saco—. Se pondrá tan caliente dentro de unos días que será un suicidio manejarlo. Quiero dinero. Tengo un plan que nos permitirá vivir en grande durante mucho tiempo. Tenemos aquí quinientos mil dólares, pero es como si no tuviéramos nada. Muy bien, venderé esto por la mitad de lo que vale. Voy a conseguir doscientos cincuenta mil dólares de verdadero dinero. Un dinero que uno pueda gastar sin crearse conflictos. Os digo esto, muchachos, porque sé que no os dais cuenta de las cosas. Creéis que tenemos quinientos mil dólares, pero no es así. Este dinero es veneno. Todos los policías del país están a la espera de que salga a la superficie. Bien... Pero estamos en una posición magnífica. Los federales están buscando a Riley, pero no le encontrarán, porque está bajo tierra... No tienen ninguna pista que les empuje hacia nosotros. Tendremos dinero y podremos disfrutar de él...

Eddie observaba a Ma con una expresión dura en los ojos.

—¿Quién va a arriesgarse con este dinero y darnos la mitad de lo que vale? —preguntó.

Woppy intervino muy excitado. Había estado escuchando a Ma con inquietud creciente.

—¿Tenemos que privarnos de tanto dinero? —balbució—. ¡Dios! Yo no creo que queme tanto...

Doc y Flynn asintieron con movimientos de cabeza, pero Slim no dijo nada ni hizo el menor movimiento. No le importaba el dinero en este momento. Estaba pensando en la chica de arriba y la sangre latía en sus oídos. Me le había dicho que, conseguido el dinero, la chica sería suya. Ma iba a cumplir su palabra. Slim no podía soportar aquella pérdida de tiempo.

—¡Un momento! —Ma miró en torno, a todos aquellos rostros tensos. Sus ojillos negros brillaban peligrosamente—. ¿No queréis ceder doscientos cincuenta mil dólares? Es eso, ¿verdad? No lo queréis, pero lo haréis y os hará bien. Sois unos botarates y no habéis pensado en nada. No veis el lío en que os vais a meter. Pero yo sí lo veo. Vamos a tener dinero seguro.

No vamos a dejarnos atrapar por doscientos cincuenta mil dólares. Voy a entregar todo este dinero sin tardanza. El trato está ya hecho con Schunbaum. Va a llegar de un momento a otro. Schunbaum tiene mil modos de manejar este dinero... Nosotros, no.

Los otros se miraron. Eddie se tranquilizó.

—Muy bien, Ma —dijo—. Lo que usted mande.

Los demás se resignaron.

—Y ahora que vamos a tener dinero, ¿qué haremos con él? —preguntó Flynn.

—Voy a hacer un reparto ahora mismo —contestó Ma, enseñando los dientes en una sonrisa—. Vamos a repartir cien mil dólares en partes iguales entre nosotros, como compensación por el trabajo que nos hemos tomado. El resto va a ser empleado en algo sobre lo que medito desde hace tiempo. Voy a emprender un negocio y vosotros, muchachos, me lo vais a administrar. En cuanto las cosas se calmen, dejaremos estos andurriales e iremos a otra ciudad. Quiero abrir un club, con chicas, bebidas, juego y todo. Podemos hacer mucho dinero, siempre que seáis juiciosos. Estoy aburrida de estar en este poblacho, con una banda de pobres granujas a mi alrededor... En adelante, muchachos, operaremos en grande. —Miró a un lado y otro, para ver qué efecto causaba su idea. No quedó decepcionada—. Tenéis que ser hombres de juicio. Hay que acabar con la idea de asaltar bancos y de hacer faenas de un momento. Quiero que veáis las cosas desde mayor altura... Es vuestra oportunidad. Tan pronto como Schunbaum traiga el buen dinero, tendréis vuestra parte... De vosotros depende cómo gastarla.

Eddie se arrellanó en su butaca y fijó la vista en la lámpara del techo.

—¿Cómo vamos a devolver a la chica de Blandish? —preguntó.

Se hizo en la habitación un pesado silencio. Ma, con la negra sangre congestionándole el rostro, miró a Eddie. Este siguió con la mirada fija en la lámpara. Slim se puso repentinamente rígido. Los demás contemplaban la escena con turbación. La atmósfera estaba cargada de dinamita.

—¿No os dije que no os metierais en este asunto? —dijo Ma, hablando lentamente.

—Ya tenemos el dinero. Vale más que soltemos a la chica.

Ma se inclinó hacia adelante.

—¿Quién dice eso? —preguntó.

Eddie vaciló. Después, se lanzó con decisión.

—¡Vamos! ¿Qué se quiere hacer? —Volvió la cabeza y miró fijamente a Ma—. No hay manera de zafarse del asunto. ¿No ve usted, Ma, que vamos a echar a perder el negocio? Si no soltamos a esa muchacha, va a haber un escándalo espantoso. ¡Dios! ¡Qué escándalo! Nadie pagará ya rescates. Valdrá más cerrar el negocio.

Ma se levantó. Su rostro estaba contraído por la furia. Su expresión era ahora de una ruindad indescriptible.

—Esa chica sabe demasiado. Riley carga con todas las culpas y estamos en libertad de emprender otras cosas. Si soltamos a la chica se descubrirá todo el asunto. En seguida tendremos a los federales sobre nosotros. Si tú quieres que te achicharren, yo no. ¡Calla, pues, esa boca, asqueroso hijo de perra!

Eddie apartó la vista y no dijo nada. Slim se levantó. Su rostro estaba tenso y mostraba en relieve los músculos de la mandíbula.

—Tú dejarás en paz a esa chica —le dijo a Ma.

La voz era ronca y fuerte, pero Ma miró a su hijo con decisión.

—Tú te callarás también —dijo—. Esa chica tiene que desaparecer... ¡A callar todos!

Slim buscó en el interior de su chaqueta y extrajo su Luger. Empujó con violencia la mesa y ésta se volcó con estrépito, arrastrando el pesado saco del dinero. Repentinamente, hubo en la habitación una inmovilidad y un silencio completos. Aquella expresión pétrea del rostro de Slim asustaba a todos. Slim se acercó a Ma y agitó el arma ante el rostro de su madre.

—Tú dejarás en paz a esa chica —repitió—. ¿Me oyes? Si intentas algo raro con ella, recibirás lo tuyo. ¿Me oyes, vieja bruja? Te arrancaré las tripas, si te atreves a tocarla.

Ma fijó la vista en aquellos ojos amarillos y comprendió que su hijo estaba decidido a hacer lo que decía. Retrocedió, asustada. Slim la siguió y le puso la pistola al exuberante pecho. Ma asintió apresuradamente con un movimiento de cabeza y balbució:

—Sí, sí, hijo. Te he oído. Comprendo.

Slim apartó la pistola de su madre y miró a los demás. Nadie se atrevió a hacer frente a aquella mirada.

—No metáis las narices en esto... Estoy dispuesto a todo.

Tras un momento de inmovilidad, Slim salió de la habitación. Ma le observó salir. Estaba pálida y temblaba de rabia, pero también era mucho su miedo. Sabía que su hijo la mataría sin

vacilar y, de pronto, como un desahogo para su furor impotente, escupió en la habitación.

Slim comenzó a subir las escaleras. Tenía todavía el arma en la mano. Aquella culata suave y fría le proporcionaba una sensación agradable. Cada paso que daba le acercaba a miss Blandish; encorvó los dedos de los pies dentro de los zapatos, como tratando de agarrar la alfombra a través de las suelas. Iba hacia arriba, sin ruido, cuidando de pisar con suavidad, casi de puntillas. De pronto, adquirió conciencia del peso que cada pie tenía que soportar en aquella minuciosa marcha hacia las alturas. Al llegar al descansillo, sus movimientos fueron más lentos, pero prosiguió su avance midiendo cada paso.

Había pensado mucho acerca de este momento, desde hacía tiempo. Era un momento que había esperado año tras año. Había meditado sobre todos los detalles y sabía lo que tenía que hacer. Comprendía que ahora iba a poder hacerlo; nada sería capaz de contener su impulso. Era su momento y la sangre que se agolpaba en su cerebro casi le dejaba ciego. Ya en lo alto, se detuvo y metió el arma en su funda. Sus manos se agarraron a la barandilla y frotaron la dura y barnizada madera hasta que el calor la puso pegajosa. Volvió el rostro hacia la habitación de miss Blandish, tratando de atravesar con la mirada los paneles de la puerta. Quedó allí durante algún tiempo, tembloroso y agitado, con la vista clavada en la madera.

Sintió que sus pies se deslizaban y permitió que el cuerpo les siguiera. Puso la mano en la manija y acarició el frío y pintado metal.

Comenzó a descorrer el pestillo y, al mismo tiempo, a murmurarse cosas y lanzar gemidos. El pestillo salió suavemente, sin el menor ruido. Slim observó el movimiento y, después, volvió a correr el pestillo para descorrerlo de nuevo. Hizo esto varias veces, siempre con mucha suavidad. Por fin, abrió la puerta.

Miss Blandish se estaba paseando por la habitación y se cubría con una vieja bata de seda. La bata le llegaba hasta los pies; las mangas estaban recogidas. La muchacha se paseaba sin tino, con ojos cansados y sin expresión, zigzagueando entre los muebles. Levantó la cabeza al abrirse la puerta y vio a Slim. Ambos quedaron inmóviles, mirándose. Slim, junto a la puerta, inclinado hacia adelante, con la mano en la manija. Ella junto a la cama. Estuvieron así mucho tiempo. Gradualmente, Slim cerró la puerta. No hizo el menor movimiento brusco. Cerró la puerta muy lentamente y, al proceder así, no rompió la tensión de la habitación. Se apoyó contra los paneles.

Con voz tenue, miss Blandish dijo que quería beber algo.

—No se acercará usted hasta que beba, ¿verdad? —murmuró—. No podría soportarlo sin beber.

Slim no contestó nada, pero sacó una petaca de licor de su bolsillo trasero y la arrojó sobre la cama. La joven siguió con la vista el vuelo del frasco a través de la habitación. Se dejó caer

sobre la cama y tomó el frasco. Slim la observaba. Se escuchaban sus característicos gemidos, pero era algo que no podía contener.

Miss Blandish apartó su vista de Slim. Agarró el frasco con ambas manos, con tanta fuerza que los nudillos se pusieron blancos. Comenzó a murmurar cosas a Slim y a balancearse hacia atrás y adelante, pues su espíritu, aletargado por la droga, se negaba a despertarse.

—Cobarde... —dijo—. Cobarde..., más que cobarde... ¿Por qué te quedas ahí... sin hacer nada? ¿Por qué no apagas la luz para que no te vea? No quiero verte... No te miro, pero te veo... Vas a echarme sobre mí. Desearía ser hombre... ¿Por qué no nací hombre?... — Dejó caer el frasco al suelo y el whisky empapó la alfombra. Estaba tendida en la cama de costado, ocultando la cabeza bajo sus brazos cruzados. Comenzó a llorar débilmente—. ¿No puede dejarme en paz?... ¿No puede esperar un poco más?... No me toque... Por favor, no me toque...

La bombilla desnuda que colgaba del techo se apagó bruscamente. La oscuridad envolvió a miss Blandish como un manto sedante. De pronto, la joven sintió que aquellas manos frías la ponían de espaldas, en forma que quedó tendida a través de la cama, con la cabeza sobresaliendo por uno de los lados. Miró en la oscuridad, nublada la vista y con las lágrimas corriendo por sus mejillas. De pronto, el aire cálido de la habitación se precipitó sobre su cuerpo; un peso cruel y poderoso la clavó a las arrugadas sábanas. Su resistencia había desaparecido, hundida en la espesa nube que envolvía su cerebro. Repentinamente, con voz tenue y acento de pánico, murmuró:

—¡Me hace daño!... ¿No comprende?... Me hace... daño...

III

Dave Fenner puso sus pies sobre la mesa e inclinó su silla hacia atrás. Su despacho era pequeño y estaba bastante bien amueblado. Su mesa de trabajo tenía un aspecto primoroso, con sus accesorios cromados y su papel secante immaculado. El suelo estaba cubierto por una alfombra a tono, y junto a la ventana había un mueble biblioteca lleno de libros de derecho. Los libros parecían nuevos, y Dave confesaba a sus amigos que constituían únicamente una fachada para quien deseara contemplarla. No había abierto un libro de derecho en su vida.

Fenner era grande. Sus hombros macizos sobresalían de la silla y sus duros músculos hacían crujir la madera. Llevaba sombrero por un mal hábito adquirido. Lo tenía echado sobre los ojos y parecía estar durmiendo.

La sala exterior era de mayores proporciones. Una sólida barrera de madera dividía la habitación y cerraba el paso a los visitantes poco agradables. Paula Dolan se sentó ante una máquina de escribir y hojeó las páginas de una revista frívola. Suspiraba de cuando en cuando y dirigía frecuentes miradas al reloj de pared. Tenía una figura soberbia, una masa de cabellos del color del trigo y unos enormes ojos azules. Fenner la había instalado en aquel puesto porque su aspecto era capaz por sí solo de atraer clientes, aunque su inteligencia no fuera extraordinaria.

De pronto, el timbre sonó y la sacó de sus sueños. La joven se deslizó del asiento y entró en el despacho.

—¿Qué tal, nena? —dijo Fenner—. ¿Te arreglas bien ahí fuera?

Paula dio la vuelta a la gran mesa de trabajo y se sentó en el regazo de Fenner, pero éste la apartó afectuosamente y retiró los pies de la mesa.

—Estoy aburrída de esto, Dave —se lamentó—. Nunca sucede nada. Estamos siempre a la espera de que ocurra algo que nunca ocurre. ¡Ah! Sería lo mismo quedarse en casa.

Fenner se estiró.

—Las cosas no están tan mal como las pintas —dijo con un bostezo—. Empezamos de modo espectacular... ¿No es así? Bien, estamos otra vez en un momento de represión. No hay crímenes estos días.

—No sé si has estado acertado con tu iniciativa —dijo Paula, mirando por la ventana—. Estabas ganando mucho dinero en el "Tribune" y este negocio en que te has metido parece muy incierto.

—Pues tú creías que era una gran cosa cuando empezamos —replicó Fenner—. En una semana hicimos más dinero que en ese viejo periódico durante todo un año. ¿Qué te pasa? Nos queda dinero suficiente para vivir otro mes... ¿Qué más quieres?

—Muy bien, tú eres el patrón. —Paula sonrió—. Pero me aburro mucho sentada ante esa máquina y sin nada que hacer.

Fenner también sonrió.

—Bien, siempre te queda el recurso de entrar aquí y pedirme

que te entretenga. Escúchame, nena. Si no surge nada muy pronto, voy a dejar esto y emprender otra cosa...

—¿No puedo irme a casa? —preguntó Paula—. Hay infinidad de cosas que una muchacha tiene que hacer y que un hombrachón como tú nunca comprendería...

—Te creo.

Fenner contempló a Paula y se dijo que era una chica guapísima. Alargó su brazo y la atrajo hacia la silla. Paula no necesitó que la alentaran y permanecieron muy apretados durante algunos minutos, hasta que Fenner se acordó de que estaban todavía en horas de oficina. Deslizó su mano por la espalda de la joven y, de pronto, ésta lanzó un grito y se apartó, frotándose el lugar dolorido, aunque con suavidad.

—¡Oye! —exclamó con enfado—. ¿Qué te has creído que eres? ¿Una langosta?...

—Muy bien, Paula. —Fenner sonrió a la joven—. Estás demasiado fastidiada para continuar en la oficina. Vete y déjame que siga aquí un poco. ¿Qué te parece si saliéramos esta noche? Creo que el divertirnos un poco no nos haría ningún daño.

—Sí —contestó Paula—. Me agrada salir. ¿Vendrás a recogerme?

—A las siete, por ejemplo... ¿Qué te parece?

Paula asintió y salió de la habitación saludando con la mano. Antes de que la joven pudiera cerrar la puerta, Fenner gritó:

—¿No hay nada para leer en este maldito antro?

La joven volvió con su revista.

—Creo que eres demasiado joven para esto —dijo, de pie en la puerta—. Está lleno de ideas que podrían hacerte pensar.

Fenner comenzó a levantarse de la silla con intenciones evidentes.

—¿Ves?... —continuó Paula precipitadamente—. Una buena chica como yo debe cuidar de no proporcionarte ideas..., especialmente cuando está sola... —dejó caer la revista y escapó de la habitación.

Fenner cogió la revista y se sonrió. Era una chiquilla agradable, sin duda... Se instaló de nuevo en su silla y comenzó a contemplar las ilustraciones.

Bruscamente, la puerta se abrió y Paula hizo una nueva aparición. Su rostro resplandecía de excitación.

—Agárrate a tu silla —murmuró con voz de actriz—. El drama comienza...

—¿Te has vuelto loca? —exclamó Fenner. Pero antes de que pudiera levantarse, Paula dejó caer una tarjeta sobre el papel secante. Fenner lo cogió, y tras haberla leído, lanzó un tenue silbido—. ¡Por los cuernos de la luna! —dijo, mirando a Paula.

—Está ahí fuera y quiere verte.

Fenner se levantó y arrojó la revista al cesto de papeles.

—¿Blandish? —dijo—. ¿John Blandish está ahí fuera y quiere verme? ¡Vaya! Tengo la corazonada, nena, de que Fenner & Co.

entra otra vez en actividad, y esta corazonada me dice también que hay unos cuantos billetes en el asunto. Mira, Paula, hazle entrar y quédate ahí fuera... Puedo necesitarte.

Paula suspiró.

—Se acabó la fiesta de la noche, ¿verdad? —dijo—. Tenía unos deseos locos de cenar contigo.

—Escucha, querida, si mi corazonada se cumple, vamos a tener una magnífica cena dentro de muy poco.

Se sentó a su mesa y cruzó los brazos. Paula volvió y abrió la puerta.

—Mister Blandish —dijo.

John Blandish entró en el despacho con pasos lentos y medidos. Paula cerró la puerta tras él y dejó a los dos hombres frente a frente. Fenner se sorprendió de que Blandish no fuera un hombre más voluminoso. Se lo había imaginado como un individuo alto y fornido, con cara de buey. Se dijo que los reyes de la carne tenían que ser así. Blandish era todo lo contrario. Apenas excedía de la estatura media; tenía un rostro delgado y bien afeitado y una poderosa mandíbula. Los ojos le proporcionaban una expresión de poder y fuerte carácter. Muy hundidos, eran unos ojos duros, sagaces y llenos de vida. Fenner reconoció en aquellos ojos al hombre que había hecho millones. Blandish examinó a Fenner minuciosamente, de pies a cabeza. Se tomó el tiempo necesario, de pie, frío y distante, sin confiarse. Fenner se dijo que la entrevista no iba a ser cosa sencilla. Indicó a Blandish una silla.

—Siéntese, míster Blandish —dijo serenamente—. Me alegra conocerle. Creo que quiere usted hablar conmigo...

Blandish se sentó con lentitud, como un anciano. Aparte de esos ojos duros, se movía sin energías, como un hombre completamente agotado.

—¿De modo que usted es Fenner...? —preguntó de un modo brusco.

Dave volvió a sentarse.

—Así es... —dijo.

—He oído hablar mucho de usted —continuó Blandish—. Dicen que es usted muy firme y también muy honrado.

Fenner se encogió de hombros. Aquello no le decía nada.

—He venido a hacerle una proposición —dijo Blandish—. Quiero simplemente un sí o un no, porque tengo prisa y muchas cosas que hacer.

—¿En qué consiste su proposición? —preguntó Fenner, jugando con el cortapapeles.

Blandish tomó un cigarro de una pitillera de cuero de cerdo. Lo cortó cuidadosamente con un cortaplumas de oro y lo encendió. No ofreció la pitillera a Fenner. Levantó la vista con viveza cuando el cigarro comenzó a tirar bien. Fenner seguía jugando con el cortapapeles, como si aquello no le interesara.

—Hace tres meses —dijo Blandish, con un esfuerzo por

mantener firme la voz— mi hija fue raptada. Esto no será nuevo para usted, pues lo habrá leído en los periódicos.

Fenner asintió con un gesto.

—No ha sido encontrada ni han sido apresados los raptadores — continuó Blandish serenamente—. Voy a ofrecer a usted la tarea de poner en claro todo este asunto. Sin duda, no lo toque, pero si cree que tiene probabilidades de triunfar, dígamelo. Para que pueda decidir con más facilidad, permítame que le explique cómo haremos las cosas. Yo seré su patrón. Pondré en el asunto hasta el último dólar que poseo. El dinero no será un problema, pero no crea que soy un necio y que se me puede engañar. Soy pájaro demasiado viejo para eso.

Se calló y miró a Fenner, pero Fenner no dijo nada ni levantó la vista.

—La Oficina Federal de Investigación sigue trabajando en el asunto —dijo Blandish a continuación—. Su reputación es considerable y están decididos a continuar con el caso, pero yo no puedo estar sin hacer nada mientras prosiguen sus investigaciones rutinarias. Yo también voy a intervenir por mi cuenta, y puede que les gane. No lo sé, pero voy a probarlo. Tengo entendido que usted se ha movido mucho y tiene relaciones que ellos no tienen. Conoce usted muchos de esos granujas por el trabajo que ha realizado como periodista. Me han dicho que, una vez puesto en marcha, usted es muy difícil de detener. Creo que usted es el hombre que yo estaba buscando.

Hubo otra pausa, pero Fenner siguió mudo.

—Le daré a usted cinco mil dólares como honorarios de modo inmediato y pagaré todos los gastos. Si no tiene éxito, no recibirá nada más. En cambio, si pone el asunto en claro, le pagaré medio millón de dólares.

Fenner levantó la vista lentamente, sin que su rostro revelara emoción alguna. No en balde había aprendido a jugar al póquer con algunos de los más sagaces jugadores de cartas de la sala de redacción.

—Es una gran cantidad de dinero —observó.

Blandish asintió con un gesto.

—Me doy cuenta de ello —repuso Blandish seriamente—. Pero creo que tendrá usted alguna dificultad en ganarlo. Por el dinero que le pago como honorarios inmediatos, quiero acción. No quiero que se quede usted en este despacho incubando ideas. Quiero que salga y actúe.

Fenner se levantó y se acercó a la ventana. Contempló el intenso tránsito de la calle. Su corazónada se había realizado. Medio millón de dólares no eran un grano de anís.

—Tomo el asunto a mi cargo —dijo, volviéndose bruscamente—. Abandonaré todo y comenzaré inmediatamente. Quisiera primeramente examinar el caso con usted. Voy a llamar a mi taquígrafa, pues quiero que nuestra conversación quede registrada.

Blandish levantó una mano.

—Antes de que la llame, quiero hacer constar una cosa —dijo—. En adelante, yo soy su patrón. No se dedicará usted a ningún otro trabajo. Se comunicará conmigo en cuanto obtenga alguna información. Si creo que va usted por mal camino, se lo diré con toda claridad y comenzará de nuevo. Va a ser su única ocupación y no permitirá que nada le distraiga de ella.

Fenner se echó el sombrero más sobre los ojos. Debió de haber supuesto que tanto dinero tendría sus inconvenientes. Se acercó a Blandish.

—Olvide lo dicho —dijo bruscamente—. Siga por su camino y busque a alguien más dócil.

—Acaba usted de aceptar el trabajo —le recordó.

Blandish le miró con afán.

—Claro que sí —replicó Fenner—, pero no en esas condiciones. Lo que usted quiere no es un tipo como yo, sino un policía privado incondicional, con alma de ganapán. Cuando tomo un asunto en mis manos, lo trato a mi modo o no lo trato. Quiero tener libertad para marcharme a la China sin previo aviso y para enfrentarme con un bandido sin pedir permiso. Si abandoné el "Tribune" fue porque el director me quiso manejar a su modo. ¡No, señor! Soy mi propio patrón y no admito órdenes de nadie, ni tan siquiera por medio millón. Por tanto, olvide lo dicho y gracias por el ofrecimiento.

Por primera vez, Blandish reveló sentirse a sus anchas.

—Me habían dicho que ésta era su manera de ser, pero quería comprobarlo —dijo—. Muy bien, Fenner, así serán las cosas. Trate el asunto como lo crea conveniente y yo pagaré las cuentas.

Fenner sonrió levemente, sin poder contenerse. Odiaba ver todo aquel dinero temblando en la balanza. Tocó el timbre y Paula entró con rapidez recelosa. Se sentó junto a la mesa, con papel y lápiz. Advirtió la mirada significativa de Fenner y se ajustó apresuradamente la falda.

—Muy bien, míster Blandish, entremos en el asunto —dijo Fenner, mientras encendía un cigarrillo y se sentaba—. Si mal no recuerdo, su hija fue raptada hacia el 14 de junio.

—Así es —contestó Blandish—. Es la fecha exacta. Asistió a una fiesta con unos amigos y después fue a un club con un joven que la cortejaba desde hacía algún tiempo. Llevaba las perlas. La policía halló a MacGowan, que así se llamaba el joven, asesinado, en las primeras horas de la mañana. Mi hija ha desaparecido y, como no se ha hallado rastro alguno de ella, la policía cree que todavía está viva. Al parecer, un individuo llamado Heinie informó a la policía que una banda de granujas había mostrado interés por las perlas la mañana inmediatamente anterior al crimen. La policía me dice que esta banda solía operar modestamente, como ladrones de bancos en ciudades pequeñas. Han sido sentenciados varias veces a condenas breves, pero nunca se han lanzado a grandes

trabajos. La policía está perpleja al ver que esta gente se ha decidido ahora al asesinato, el rapto y el asalto en descampado.

—Heinie fue asesinado —observó Fenner— en el mismo hotel en que se alojaba la amiga de Riley.

Blandish miró a Fenner con interés.

—Parece que está usted muy enterado del asunto.

Fenner miró a Paula.

—Por favor, traiga el expediente Blandish —ordenó.

Paula se levantó y buscó el expediente en la caja de seguridad. Lo colocó ante Fenner. Este miró a Blandish y, al mismo tiempo, golpeó el expediente con el dedo.

—Mi oficio es estar atento a lo que sucede. Nunca sé si algún día tendré que utilizar los datos que recojo. —Abrió el expediente y hojeó aquella masa de notas escritas a máquina—. Cuando el asunto estaba en su apogeo, lo seguí cuidadosamente y tengo aquí una serie de indicaciones que pueden ser útiles. Ahora bien, Riley fue identificado por el portero nocturno del Palace como el tipo que mató a Heinie. Supongo que Riley fue a entrevistarse con Arma Borg, tropezó con Heinie y le mató. Francamente, esto no está muy claro. Conocía a Riley, hombre que no era de la clase de los asesinos. Estaba metido en asuntos menudos, pero matar es otra cosa... ¡No, no!... Apostaría a que tendremos sorpresas cuando el asunto se ponga en claro. Lo que quisiera saber es por qué Riley se convirtió de la noche a la mañana en un gángster de categoría... ¿Comprende?

Pasó varias hojas del expediente y volvió a levantar la vista.

—En la mañana que siguió al rapto de su hija, asesinaron al empleado de una gasolinera. Este puesto se hallaba a unos doscientos kilómetros del Golden Slipper. ¿Ya han pensado los federales en esto?

Blandish meneó la cabeza.

—Nunca les he oído hablar del asunto —dijo.

—Riley y su gente tuvieron que comprar gasolina. Suponga usted que se detuvieron allí y que su hija comenzó a gritar... Evidentemente, tenían que eliminar al individuo del puesto. El asesinato fue aparentemente sin motivo. No hubo robo... Puedo equivocarme, pero quizá esto se relacione con nuestro caso.

Se levantó y tomó de un cajón un mapa de grandes proporciones. Lo extendió sobre la mesa.

—Aquí estaba guardado el coche. Ahora bien: ¿han investigado los federales por estos alrededores?

—Sí —contestó Blandish, inclinándose hacia adelante—. Me consta que hicieron un registro cuidadoso del lugar y que no encontraron nada interesante. Lo extraordinario es que, desde entonces, no se ha hallado la menor traza ni de la banda ni de las perlas. Los tres individuos se han desvanecido en el aire, junto con mi hija.

Fenner se inclinó hacia adelante y miró fijamente a Blandish.

—Dígame qué piensa usted del asunto —dijo.

—Creo que mi hija ha muerto —declaró Blandish con lentitud—. Así lo espero, pues de otro modo... —Se levantó bruscamente y se acercó a la ventana.

Fenner y Paula se miraron. Podían sentir el tenso ambiente de tragedia que rodeaba a Blandish.

—¿Estudiará el asunto y se pondrá en movimiento? —preguntó Blandish con voz cansada—. Quiero atrapar a esos hombres. No admito que queden impunes. Preferiría que resultaran muertos a que los apresaran. Esos granujas tienen mil modos de eludir la ley. Dejo las cosas en sus manos. —Se volvió y se acercó a Fenner—. Me alegra el haber acudido a usted. Creo que usted hará algo. ¿Me tendrá al tanto de los progresos que realice? Le enviaré un cheque esta noche.

Fenner se levantó y fue hacia Blandish. Puso su fuerte mano en el brazo del desdichado padre y miró a éste en el rostro.

—Cazaré a esa gente —dijo en voz baja—, aunque sea la última cosa que haga en mi vida.

* * *

Paula asomó la cabeza cautelosamente. Blandish se había marchado hacía media hora y los relojes de la calle estaban dando las cinco. Fenner se paseaba por la habitación y fumaba furiosamente. La joven se deslizó dentro y se sentó en un ángulo de la mesa.

—El poderoso cerebro de Sherlock sigue machacando el problema —murmuró.

Fenner levantó la vista, con el ceño fruncido y una dura expresión en los ojos.

—Blandish tenía indudablemente razón cuando me dijo que habría que trabajar mucho para ganar ese dinero —dijo—. Esto va a ser muy difícil. Especialmente en sus comienzos.

—¿Cuál va a ser el primer paso? —preguntó Paula, balanceando sus piernas envueltas en seda.

—Tal como veo las cosas, nena, es así: no hay otra pista que esa Borg. Representa en el asunto un papel manifiesto. Los federales lo saben, pero no han descubierto nada. La Borg es el único hilo que tenemos y es preciso utilizarla. Muy bien, el primer paso es ponernos en contacto con la señorita Borg. —Agarró el teléfono y marcó rápidamente un número—. Quiero ver hasta qué punto nos querrán ayudar las autoridades locales. Saben... ¡Hola! Con míster Lowes, por favor... Habla Fenner... ¿Es usted, míster Lowes?... Aquí Fenner. He hablado con John Blandish acerca del rapto de su hija. ¿Le dijo a usted que iba a venir a hablarme?... Muy bien, entonces estamos al cabo de la calle. Quisiera saber algo de esa chica, Anna Borg... ¿Es Brennan el encargado...? Gracias... Claro, ya sé... Me servirá usted de mucha ayuda... Cierto, trabajaremos juntos. Sí, iré a verle...

Colgó el aparato e hizo un guiño a Paula.

—Están completamente hundidos en este asunto.

Quieren que les facilite toda la información que pueda obtener. ¡Vaya! Parece, en todo caso, que tengo cierta reputación...

—No te entusiasmes —dijo Paula—. Es muy largo el camino que tienes que recorrer y no comprendo qué puedes sacar de esa Borg cuando la Oficina Federal ya le ha dado mil vueltas.

Fenner se dirigió a la puerta.

—Tengo procedimientos que la policía no puede emplear —dijo—. Voy a ver a Brennan. Cierra la oficina y vete a casa. Ahora no trabajo para nadie. Te llamaré a casa en cuanto acabe.

La joven abandonó la mesa y se acercó a Fenner.

—Por lo visto, ahora tendré que esperar sentada en casa sin hacer nada —se lamentó—. Tú vas a divertirte y yo me tendré que contentar con oír de cuando en cuando tus fanfarronadas.

—Vete a casa y no hables demasiado.

—Creo que voy a ir a tu casa e instalarme en tu cama.

—¡Vaya! Por lo visto, crees que voy a llevarme conmigo a esa chica, ¿verdad?

—No vayas por ese camino... —Paula se apretó contra Fenner—. Te conozco. Eres el muchachito que no tocaría a una chica aunque ella te lo pidiese, ¿verdad? Tendría confianza en ti si te viera con camisa de fuerza.

Fenner sonrió.

—Uno de estos días voy a tomar en serio lo que dices y ver hasta qué punto representas una comedia.

—Bien, no te retrases mucho, porque puedes tener una sorpresa. Y no traigas a casa a esa Borg... Tres en la cama sería una perversión... Por lo menos, así me lo parece.

Fenner dio a Paula una palmada en las nalgas y la dejó protestando. Charles Brennan le estaba esperando. De rostro ceñudo y grueso, había hablado ya con Lowes y estaba dispuesto a prestar ayuda.

—Me alegro de que usted se meta en este asunto, Dave —dijo—. Este trabajo está costando al Estado muchísimo. Usted, como agente privado, puede hacer mucho, y Blandish pagará la cuenta. Le proporcionaré toda la ayuda que pueda.

Fenner asintió con un gesto.

—¿Qué sabe de esa Borg? —preguntó—. ¿Dónde está ahora?

—Abandonó la ciudad hace aproximadamente un mes. Tiene ahora un nuevo amigo, nada menos que nuestro viejo amigo Eddie Schultz. Tiene usted que recordarle... Ese mocetón que andaba en la banda de los Grisson. La chica se ha cansado de esperar a Riley y se ha buscado otro amigo. También se ha marchado la banda de los Grisson. Se ha instalado en Springfield. La vieja loba tiene ahora dinero. No sabemos cómo lo ha obtenido. Los muchachos la han interrogado, pero ella habla de un préstamo y no da nombres. No tenemos nada pendiente con ella y, por tanto, no podemos

meternos mucho en sus cosas. De todos modos, ¡qué locura! La vieja se ha metido en el negocio de las diversiones y ha instalado un club.

Fenner levantó su sombrero y se rascó la cabeza.

—¿Hay alguien que vigile a la Borg? —preguntó.

Brennan se encogió de hombros.

—Sí, Doyley tiene encomendada esa misión, pero creo que es perder el tiempo. Al parecer, la chica ha acabado con Riley y ese pájaro de Schultz la atiende muy bien. No es probable que Riley se vuelva a acercarse a ella. Sabrá que la estamos vigilando y no es de los tipos que se arriesguen por una dama. Mantendré a Doyley allí por algún tiempo; después, tendré que encargarle otros trabajos.

Fenner meditó.

—Dígame lo que piensa acerca de este asunto —dijo finalmente—. Olvídense que fui periodista y hábleme con claridad.

Brennan se encogió de hombros en señal de impotencia.

—Es el caso más difícil que ha pasado por mis manos —admitió—. No hay huellas de la banda de Riley, no hay huellas de la muchacha, no hay huellas del dinero y no hay huellas de las perlas. Ni siquiera hemos comenzado, Dave. ¡Es terrible! No sabe usted cuánto dinero hemos gastado en esto... Hemos utilizado aviones, hemos registrado casa por casa barrios enteros, y hemos echado el guante a todo aquel que nos parecía un poco sospechoso... Sin embargo, no hemos averiguado nada. Es un caso desesperante.

Fenner se levantó. Parecía preocupado.

—No es muy alentador lo que me dice —afirmó—. Pero vale más que me mueva y haga algo. Voy a pensar en el dinero que puedo ganarme si pongo esto en claro. Es algo que me hará moverme. —Estrechó la mano de Brennan y se dirigió a la puerta. De pronto, pensó en algo y preguntó—: ¿Dónde trabajaba esa Borg cuando estaba aquí?

—Hacia un poco de variedades en el Cosmos Club, según creo —dijo Brennan—. Pero no trabajaba mucho con Riley a su lado.

—¿El Cosmos Club? Conozco ese sitio. Es de un mexicano. Creo que voy a ir allí y tener una charla con ese tipo.

—Es un tipo muy listo —advirtió Brennan—. Le hemos interrogado varias veces, pero no suelta prenda.

—Tal vez yo le resulte más simpático que los profesionales.

Ya en la calle, se detuvo a pensar. Pronto iban a dar las siete. Pete no estaría todavía en el club. Se dijo que podía combinar el trabajo con la diversión. Entró en una cabina telefónica y llamó a Paula. Esta respondió en seguida.

—He pensado que, al fin y al cabo, puedo alimentarte —dijo.

—¿Eres tú, Micky? —preguntó Paula.

Fenner sonrió.

—Sabes perfectamente quién soy.

—¡Cielos! Pensé que tenías una cita con esa Borg.

—Quise tenerla, pero me ha dejado con un palmo de narices. Me

tendré que contentar con sacarte a ti.

—No sé si estoy libre. Espera un momento; voy a consultar mi libreta de compromisos.

—Estoy ahí con el coche dentro de un momento —dijo Fenner. Y colgó en seguida.

Paula le esperaba en la escalinata de entrada cuando el coche se detuvo junto a la acera. Estaba muy elegante y Fenner se lo dijo.

—¿Qué significa esto? —preguntó la joven—. ¿A qué se debe este cambio en tus planes?

—He estado con Brennan. Cree que Pete puede saber algo. Bien... Cenaremos en el Cosmos y charlaré un poco con ese mexicano. Veremos qué es lo que sabe.

Paula se acomodó en su asiento.

—Debí haberlo supuesto. Cenaré sola y te proporcionaré ocasión para tu trabajo, ¿verdad?

Fenner le dio una palmada en las rodillas.

—Te estás portando muy bien. No refunfuñes. ¿No te doy de comer, acaso?

Cuando llegaron, el Cosmos estaba muy activo. Fue difícil encontrar una mesa libre. Tan pronto como hizo el pedido, Fenner preguntó si Pete estaba en el local. El camarero hizo un gesto afirmativo.

—Está en el despacho —dijo.

Fenner miró a Paula con una sonrisa, excusándose

—No perderé el tiempo —murmuró—. Come tranquilamente, pues estaré de vuelta dentro de un rato.

Paula lanzó un suspiro.

—¿No te dije lo que iba a pasar?

Fenner cruzó la sala y la barrera tras la que se sentaban las bailarinas profesionales. Una de las rubias le dirigió una sonrisa acogedora y le dijo en voz baja:

—¿Qué tal, guapísimo?

—¿Qué tal, preciosa? —contestó Fenner, con una sonrisa adecuada.

No se detuvo; marchó directamente al despacho de Pete. Este fumaba un cigarro. Estaba sentado en mangas de camisa. Fenner le miró y cerró la puerta. Los ojos de Pete rehuyeron la mirada; el hombre parecía inquieto.

—¿Qué tal, Pete? —dijo Fenner—. ¿Te acuerdas de mí?

—Por cierto que sí —contestó Pete, manifiestamente intranquilo—. ¿Qué significa entrar de ese modo en mi despacho?

Fenner se acercó a la mesa y se inclinó sobre ella.

—Quiero hablarte —dijo fríamente—. No quiero perder el tiempo con un guiñapo como tú, por lo que aquí tienes una muestra de lo que te espera si no me dices lo que yo quiero que me digas.

El puño de Fenner partió como el rayo, dio a Pete en pleno rostro y envió al mexicano al suelo con su silla. Hubo un estrépito y el hombre quedó con las piernas estiradas bajo la mesa. Fenner

avanzó rápidamente, agarró a Pete por la pechera de la camisa y lo puso de pie. Mantuvo al aturdido individuo contra la pared y le levantó la cabeza. La puerta del despacho se abrió de pronto. Asomaron sus cabezas y miraron nerviosamente dos menudos y ágiles italianos. Fenner les dirigió una mirada severa.

—¡Largo de aquí! —les gritó—. El patrón y yo estamos ocupados.

Vacilaron un momento y finalmente, asustados por aquella mirada, se retiraron y cerraron la puerta.

Pete había quedado en mal estado. La sangre brotaba con abundancia de su nariz y corría por la barbilla. Fenner le instaló en una silla.

—Muy bien. Comenzamos ahora —dijo con violencia—. Vas a hablar.

Pete apartó el rostro y asintió desesperadamente con sus gestos:

—Sí... Hablaré.

—¿Conoces a Anna Borg?

—Sí. La conozco.

—¿Qué era para Riley?

—Era su pistolera... Ya sabe usted, cuando Riley emprendía un trabajo, ella andaba por allí con la pistola. Si los polis detenían a Riley, no le encontraban arma alguna. Y cuando Riley quería jaleo, ella estaba preparada para entregarle el arma.

—¿Se querían?

—Así era. Eran un par de tórtolos. Se peleaban durante el día y hacían las paces a la noche. —Pete buscó su pañuelo y comenzó a tocarse la nariz con cuidado.

—Sin embargo, Riley dejó a esa chica cuando se metió en el asunto de la Blandish...

—Sí, le hizo una fea jugada.

—¿Cómo se entendió después esa chica con Eddie Schultz?

Pete vaciló y Fenner le abofeteó en las orejas.

—¡Sigue, bola de grasa, o vas a pasarlo mal!

—Se vieron aquí. Eddie me pidió que hiciera venir a la chica aquí. Dijo que Ma Grisson le había ordenado entrevistarse con ella. Les dejé juntos —balbució Pete.

Fenner se preguntó por qué Ma Grisson se interesaba por la Borg.

—Sigue, sigue... No te detengas.

—Le aseguro honradamente que no sé nada más —gimió Pete—. Después de aquello, Eddie venía con frecuencia aquí y pasaba el tiempo con ella. Cuando abrieron el club de Springfield, la chica me dejó y se fue con Schultz. No sé nada más... Se lo aseguro.

Fenner observó a Pete y se dijo que el mexicano no mentía. Se apartó un poco y encendió un cigarrillo. Se sentía levemente excitado. Acababa de enterarse de algo nuevo. Ma Grisson se interesaba por Arma Borg. ¿Por qué? No había tiempo que perder; era necesario ver a esta chica.

—Muy bien, Pete. Por el momento, se te deja tranquilo. Pero cuida de no hacer cosas que no debas.

Se volvió hacia la puerta y, al hacerlo, percibió un brillo salvaje en los ojos de Pete. El rostro se había contraído en una mueca rencorosa y vengativa. Fenner se detuvo y se sonrió. Tranquilamente, tomó una silla. Abrió la puerta de golpe y adelantó la silla por el pasillo. Uno de los italianos saltó hacia adelante y blandió un pesado bastón con puntera de plomo. El golpe, muy violento, fue a dar a la silla. Fenner dio un rápido impulso a ésta, como si fuera un ariete, y derribó al italiano.

El italiano se hizo un ovillo en el suelo y lanzó un gruñido de angustia. Fenner se echó sobre él, le agarró por un brazo y una pierna y lanzó aquel cuerpo menudo contra el atónito rostro de Pete. Se detuvo el tiempo suficiente para ver cómo los dos hombres caían con estrépito. En seguida, sonriendo gozosamente, entró en la sala de baile. La rubia de la barra se inclinaba hacia adelante y alargaba el cuello para poder contemplar la escena.

—Hombre duro —dijo suavemente.

—Cierto que sí, nena —replicó Fenner sin detenerse—. Pero puedo ser muy blando con una monada como tú.

Encontró a Paula disfrutando de la cena. La joven había pedido un vino caro y estaba a punto de terminar su plato. Fenner la cogió por el brazo y la obligó a levantarse de la silla.

—¡No vas a bailar, supongo!... —exclamó Paula, sorprendida y satisfecha.

—Tienes razón; no voy a bailar —replicó Fenner—. Coge tu abrigo, porque nos vamos. —Miró por encima del hombro hacia el despacho—. Creo que dentro de un minuto no habrá aquí mucha simpatía para nosotros. Vale más que desaparezcamos.

Entregó un dinero al asombrado camarero y salió rápidamente del club, arrastrando a Paula por el brazo.

—¿No es una delicia? —dijo Paula—. Supongo que no me llevarás a casa para compartir tu cama...

Fenner sonrió a la joven.

—Eres adivina; aciertas siempre —contestó—. Vas a hacer las maletas. Salimos esta noche hacia Springfield.

* * *

La entrada al Paradise Club se hallaba en una calle lateral, a cierta distancia de la principal del distrito Este. Era una calle generalmente muy oscura, salvo el resplandor de las letras de neón que componían el nombre del club.

La puerta del club era de acero de diez centímetros de espesor, con una ventanilla a prueba de balas convenientemente ajustada para examinar a los visitantes. Había un timbre al lado de la puerta y un código de llamadas largas y cortas que agradaba a los socios. La puerta no se abría nunca a quien no diera los correspondientes timbrazos. Los socios no eran muchos, pero traían amigos y, por otra parte, cierto número de conductores de taxis recogían a los incautos en busca de mujeres. El club hacía

un buen negocio.

Estaba en el primer piso y las escaleras se hallaban bloqueadas en lo alto por una barrera y una portezuela. La barrera era de acero y tenía bien disimuladas varias troneras. Más allá de la barrera estaba la guardarropía. La encargada había sido cuidadosamente elegida y causaba generalmente un tumulto en el vestíbulo de recepción. Llevaba una chaquetilla roja y unos pantalones blancos de seda, medida y media demasiado estrechos allí donde acababa la espalda. La chaquetilla tenía delante una cremallera con la que podían jugar los visitantes que deslizaban un dólar en la mano de la joven. Como ésta tenía todas las cosas en su sitio, la cremallera le proporcionaba algunos ingresos suplementarios y muy buenas ocasiones.

El vestíbulo de recepción era blanco y dorado, con una gruesa alfombra. Más allá, tras otra puerta de acero, estaban el restaurante y la pista de baile. Más allá todavía, el despacho desde donde Ma Grisson administraba el club. Lo que había arriba no debía interesar a nadie.

La banda de Grisson se había instalado. Habían tenido suerte y el club hacía mucho dinero. Springfield no les veía con buenos ojos, pero esto era algo que no les quitaba el sueño. Eran gentes de bronce y no se preocupaban por semejantes minucias. Eran una cosa muy seria para las modestas bandas que habían florecido antes de su llegada y Rocco pronto lo pudo comprobar.

Rocco era un tipo de granuja extraordinario. Por de pronto, trabajaba solo. Esto ya era por sí solo muy original, pero el hombre era inteligente y consideraba más seguro no tener compañía y más conveniente no tener que repartir los productos. Había emprendido varios negocios sucios que le rendían mucho, ninguno muy importante ni muy peligroso. Rocco tenía la poca importancia suficiente para no alarmar a las autoridades, y sólo se dedicaba a asuntos que fueran a la vez provechosos y seguros.

Tenía tres taxis. Esto tenía un aspecto inocente, pero los tres taxis se relacionaban íntimamente con timbas y prostíbulos clandestinos de los que Rocco obtenía un porcentaje satisfactorio. De cuando en cuando, si las circunstancias eran propicias, Rocco utilizaba los taxis para la trata de blancas. Si alguna muchacha de aspecto indefenso tomaba uno de esos taxis y tenía la buena figura necesaria, era muy posible que ya no se volviera a saber nada de ella. Esto proporcionaba a Rocco una buena tajada, pero no era frecuente que estimara que ese dinero compensaba el riesgo. Sus principales ingresos provenían del juego ilegal. Se dedicó a él como corredor, desde que vio las posibilidades del sistema. Fue una elección acertada, porque el negocio era relativamente seguro e indudablemente provechoso. Todo lo que tenía que hacer era encontrar a alguien que quisiera probar su suerte y presentarle un bloque de formularios por duplicado, en los que se consignaba el número al que apostaba, el importe de la apuesta y las iniciales del nombre.

Rocco recibía el diez por ciento del premio y una generosa gratificación del ganador. Además, tenía una buena clientela a la que "protegía". Operaba únicamente con negociantes modestos, pero éstos le pagaban complacidos diez dólares a la semana a cambio de su buena voluntad. Por lo tanto, tomadas las cosas en su conjunto, Rocco marchó viento en popa hasta la llegada de la banda de Grisson a la ciudad.

La primera indicación que tuvo Rocco de que la banda iba a causarle disgustos fue cuando uno de sus conductores se presentó todo excitado en el despacho que había alquilado en un gran edificio de la calle principal. El hombre estaba tan furioso que casi se le saltaban las lágrimas. Rocco levantó la vista y sus ojillos negros expresaron asombro.

—Dejo el empleo —gritó el conductor—. No aguanto esto ni un día más.

—¿Qué pasa, hombre? ¿Por qué grita usted así? —preguntó Rocco, levantándose.

—Hay seis nuevos taxis en la calle, todos de acero. Esos bastardos me han tenido acorralado durante todo el día y ya no quiero más riesgos... ¡Me voy!

Rocco se alarmó mucho.

—No he visto ninguno de esos taxis... —comenzó.

—Tal vez no los haya visto, pero eso no quiere decir que no existan. Le aseguro que no tienen otra finalidad que expulsarle a usted de la calle. No es nada agradable que se le echen encima a toda velocidad a todas horas del día. Me he librado hasta ahora, pero ya no me arriesgo más.

—Voy a ver qué significa eso... —murmuró Rocco entre dientes.

Antes de que acabara la frase, se oyó un estrépito sordo, seguido de gritos en la calle. Ambos corrieron a la ventana. A lo lejos, se veía uno de los taxis de Rocco tumbado de costado, con las ruedas al aire girando lentamente. Estaban sacando en aquel momento al desdichado conductor. Allí cerca, se veía detenido un taxi pintado con brillantes colores. El visitante agarró a Rocco por el brazo.

—¡Ahí lo tiene usted! —exclamó—. Ese es uno de ellos... ¿Comprende? ¿Ya se da cuenta del plan? Es probable que mañana ya no tenga usted ni un taxi. Deme mi dinero... ¡Me voy!

Rocco sacó su cartera y pagó al hombre su salario. No dijo nada, pero meditaba intensamente. Su prudencia innata le decía que debía obrar sin precipitación. Al día siguiente, tomó el tren y se fue a Kansas. Quería saber qué grado de peligrosidad tenía la banda Grisson. No tardó en comprender que tenía enfrente una organización que podía aplastarle como se aplasta a una mosca en la pared. Kansas parecía muy satisfecha de verse libre de la banda, y la reputación de Slim como asesino era verdaderamente impresionante. Rocco quedó muy asustado.

Con resignación meridional, aceptó lo inevitable y retiró sus taxis. Esto significaba una pérdida de ingresos, por lo que aumentó

los precios de su protección. Esto duró solamente una semana. Se produjo el segundo contratiempo. Al ir a cobrar la cuota semanal, le dieron en todas partes la misma respuesta.

—Lo lamento, señor, pero debo pagar protección a la banda Grisson... Dicen que si trata usted de crear conflictos, lo pasará mal.

Rocco estaba ya frenético. Decidió hacer algo. Se fue al Paradise Club y se presentó a la banda.

Ma Grisson le hizo entrar en el despacho. Estaban allí Slim y Eddie, quienes le miraban con desprecio. Rocco quedó frente a la mesa de Ma y dejó cautelosamente su sombrero hongo en el suelo. Miró a Ma sin expresión alguna y Ma le miró también sin revelar el menor interés.

—Tengo tres taxis —comenzó diciendo con su voz melosa—. He pensado que tal vez pueda trabajar para ustedes. Mis conductores llevan a la gente a los lugares de diversión y recomiendan los más adecuados. ¿No podríamos entendernos?

—Tenemos todos los taxis que necesitamos... Si necesitáramos más, los sacaríamos. No queremos competidores y los que aparezcan lo van a pasar muy mal —contestó Ma.

Rocco se encogió de hombros excusándose.

—Mis taxis son buenos... —comenzó. Pero Ma puso término a la entrevista.

—Ya me ha oído. Nos hemos instalado y pensamos ser los que dicten la ley. Si no le gusta... bien, dígalo y arreglaremos cuentas.

Rocco se agachó para recoger su sombrero. Su rostro carecía de expresión. No podía hacer nada.

—Pensé que era posible hacer algo, pero, por lo visto, no es posible... ¿verdad?

—No —contestó Ma. Así eran las cosas.

Rocco volvió a su juego y pasó muchas estrecheces. Se prometió, sin embargo, que cuando llegara su oportunidad —y estaba convencido de que esa oportunidad llegaría—: arreglaría las cosas a su conveniencia.

Una semana después de su entrevista con Ma consiguió que le admitieran en el club a través de uno de los socios. La animación no comenzaba hasta que los teatros se cerraban, y allí no había más que un grupo de granujas que jugaban a las cartas. Rocco se incorporó al grupo y se vio junto a una rolliza rubia con la que había mantenido relaciones muy íntimas.

Rocco se alegró de encontrarla, pues era una mujer de técnica extraordinaria, aunque fuera grande como una casa.

Eddie no jugaba, pero se paseaba en las proximidades de la mesa, luciendo su nuevo traje. Finalmente, se dirigió al vestíbulo.

—¿No ha venido Arma? —preguntó.

La encargada estaba leyendo una novelita picaresca. Levantó la vista con impaciencia e hizo un gesto negativo. En aquel momento, Slim comenzó a subir por las escaleras. Sus ojos amarillos estaban medio cerrados de fatiga.

—¿Qué tal, Slim? —dijo Eddie—. ¿Has visto a Anna?

Slim se apoyó en el barandado.

—No, no la he visto —contestó con indiferencia—. Debe de estar fuera.

—Hay unos cuantos jugando a las cartas —le informó Eddie.

Slim sonrió con sorna.

—Gentecilla de pueblo —comentó.

—Y está también Rocco con una de las chicas.

Slim reveló repentino interés.

—¿Rocco? ¿Qué busca por aquí?

—Rocco no es de temer... No nos armará ningún lío. Nos tiene miedo.

Slim tomó una expresión aviesa.

—Rocco es un hijo de perra con dos caras —dijo.

Eddie se encogió de hombros.

—Gasta su dinero aquí. ¿Qué te importa lo demás?

Slim se dirigió al restaurante. Se acercó al grupo de la mesa. Rocco estaba disfrutando. La rubia rolliza se hallaba a su lado y reía y charlaba como una mona. Slim dirigió a la pareja una mirada burlona y la rubia se dio cuenta.

—Oye, guapo, ¿alguien te ha pisado la cola? —dijo. Slim quedó inmóvil.

—Dile a tu zorra que no se meta conmigo —murmuró, dirigiéndose a Rocco. Este se puso serio. Su rostro se contrajo.

—¿Qué has dicho? —preguntó.

Los demás de la mesa echaron en silencio sus sillas hacia atrás y se miraron unos a otros con inquietud. Slim repitió fríamente:

—He dicho que digas a tu zorra que no se meta conmigo.

Rocco se levantó lentamente. Slim le llevaba la cabeza, pero se sentía fuera de sí. Los ojos amarillos de Slim no le causaban ningún miedo. De pronto, se abrió la puerta del escritorio, situado al fondo de la sala, y Ma hizo su aparición. Tenía un arma en su mano y su expresión era aviesa.

—¡Se acabó el jaleo! —gritó—. Rocco, saca a esa cotorra de aquí. Slim, vete arriba en seguida. Nada de bromas en mi casa. No las admito. ¡Cuidado todos con lo que hacéis!

La tensión desapareció y hasta el mismo Rocco se permitió sonreír.

—Muy bien. Me voy —contestó. Se alejó con su rubia y el resto del grupo se dispersó. El timbre de abajo comenzó a sonar. Ma dejó el arma y se fue a las cocinas, a fin de poner las cosas en marcha. Tres músicos negros subieron a un escenario bajo y comenzaron a tocar un "swing". Aparecieron los camareros; cada cual ocupó su sitio. Todo quedó preparado para otra noche de trabajo.

Slim, todavía excitado, subió por las escaleras. Entró en la habitación que había al final del corredor. Miss Blandish se estaba arreglando las uñas frente a un espejo. La habitación estaba amueblada con lujo, aunque con mal gusto. La joven tenía las piernas cruzadas. La bata estaba abierta por encima de las

rodillas, pero miss Blandish no hizo el menor movimiento para cubrirse cuando oyó que Slim entraba. Ni levantó la vista tan siquiera; continuó arreglándose las uñas como si no hubiese entrado nadie.

Slim miró a la joven y después se sentó en la cama. Estaba cansado. Había estado gestionando un cargamento de licores y el día le resultó muy agitado. Aún se podía hacer mucho dinero con los licores, a pesar de la derogación. Las autoridades habían establecido un impuesto. La banda había encontrado el modo de convertir este impuesto en dinero. Habían contratado licor sin embotellar en una destilería ilegal, y los cargamentos llegaban al club con regularidad. Había en esto un cierto riesgo, y Slim tenía que cuidar de este aspecto delicado del asunto. Una vez el licor dentro, lo demás era fácil. Tenían gran cantidad de botellas vacías, con las etiquetas y los sellos auténticos. Todo lo que tenían que hacer era llenar las botellas y venderlas a los precios corrientes, con lo que el importe del impuesto entraba en sus bolsillos. Estaban haciendo un magnífico negocio.

Slim, medio tendido en la cama, contemplaba satisfecho cómo la joven se arreglaba las uñas. Dejó que su mirada recorriera aquella esbelta figura, con la expresión desinteresada del hombre agotado.

—¿Ha venido Ma a verte hoy? —preguntó.

Miss Blandish juntó las manos en el regazo y miró a Slim por el espejo. Slim estaba instalado en la sombra. La lamparita reflejaba la imagen de la joven en el espejo; Slim podía contemplarla a sus anchas. Observó que aquellas pupilas eran diminutas. Se dijo que Ma hacía muy bien en dar drogas a la chica. Le quitaba toda la arrogancia y la convertía en una mujer lánguida y complaciente.

—Sí —contestó miss Blandish con indiferencia.

—Acércate —ordenó Slim.

La joven se levantó en seguida y se acercó. Quedó frente a Slim, con los brazos colgando inertes a ambos lados. Slim la tendió en la cama, junto a él. La joven le miró sin expresión, como si su cerebro se negara a funcionar. Durante un segundo, hubo una leve chispa de resistencia y el rostro se contrajo un poco por el terror. Pero volvió en seguida la indiferencia; el esfuerzo había sido excesivo.

Slim jugueteó con ella como con una muñeca. Apreciaba mucho a aquella chica, porque era una muchacha que no le ofrecía resistencia y con la que podía hacer lo que quisiera. Por fin tenía una mujer que no se mofaba de él, que no huía de su contacto, que hacía lo que le ordenaba. Sin embargo, sabía que se estaba engañando a sí mismo y, a veces, se mostraba brutal, tratando de provocar la resistencia. Pero Ma había realizado el trabajo demasiado bien.

—Tengo que ir abajo —dijo—. ¿Tienes todo lo que te hace falta?

La joven asintió con un gesto, pero no dijo nada. Hablar representaba para ella un gran esfuerzo. Quería dormir y soñar.

—Acuéstate. Estoy cansado. No vendré esta noche. —Slim quitó desmañadamente a la joven la bata y la cubrió con las mantas. La

joven quedó muy quieta, mirándole con los ojos sin expresión. Slim tuvo que apartar la vista con brusquedad. Aquellos ojos le ponían nervioso. Era como jugar con un cadáver.

Bajó de nuevo. Entraba mucha gente. Slim se quedó en el vestíbulo y observó a los grupos que dejaban sus abrigo. Eddie salió del restaurante. Parecía preocupado.

—¿Has visto a Anna? —preguntó a Slim.

La encargada, inclinándose sobre la barandilla de separación, dijo con voz aguda:

—Llega en este momento.

Anna Borg subió las escaleras rápidamente. Estaba muy acicalada y casi sin aliento por la carrera. Eddie se le acercó con expresión adusta.

—¿Qué significa esto? Llevo esperándote una hora.

—Bien, ¿qué importa? —replicó Anna en voz alta, dirigiéndose al vestíbulo en general—. ¿No hay modo de que una chica tarde un poco en ponerse sus trapos sin que armes un alboroto? ¿Crees que me voy a escapar o qué?

Eddie miró a su alrededor con embarazo.

—Nada de ponerse así, nena —dijo—. Te he dicho que llegas tarde.

Anna se encogió de hombros con impaciencia y se desprendió de su abrigo. La encargada lo cogió con indiferencia.

—¿Y qué importa que llegue tarde? No es motivo para que grites como una elefanta dando a luz. ¿No te parece?

—Bien, bien... ¡Quieres callarte! Ven adentro; vamos a tomar un trago.

—Tengo que prepararme para mi número. Tómallo tú y ahógate en whisky si quieres. —Anna se apartó de Eddie y, al caminar, movió escandalosamente las nalgas. Eddie sonrió, aunque con cierta amargura. Era una mujer de carácter, no cabía duda.

Slim había observado la escena.

—¿Por qué no metes en cintura a esa chica? Tiene demasiados humos —dijo.

Eddie dirigió a Slim una mirada despectiva.

—Tal vez —replicó—, pero no necesita drogas para acostarse conmigo.

Slim se puso lívido. El golpe iba dirigido a su talón de Aquiles y le dejó aturdido. Eddie se alejó rápidamente y se incorporó a un grupo que bebía en el restaurante. Slim se dio cuenta de que alguien le miraba con curiosidad y volvió rápidamente su rostro contraído. Acababa de subir las escaleras un hombre bajo y fornido. Dio su sombrero a la encargada y se quedó hablando con ella. Aquel rostro de rasgos duros tenía una expresión agradable durante las bromas con la muchacha. Esta le enseñó la cremallera y la medallita que colgaba del mismo. "Funciono por un dólar", se leía en la medallita.

—No, nena —observó aquel hombre—. Soy ya viejo para estas cosas.

La boquita de la joven se abrió en una sonrisa cuando el hombre puso una moneda de dólar en el platillo. El recién llegado miró de nuevo a Slim y entró en el restaurante.

—¿Quién es ese tipo? —preguntó inmediatamente Slim.

—Se llama Flagherty —dijo la joven—. Es socio nuevo, admitido hace dos días. Ha sido presentado por Masón.

—Parece un policía. ¿Está Ma en el despacho?

La encargada asintió con un gesto:

—Creo que es un buen muchacho.

—Tú crees buen muchacho a todo aquel que te da un dólar de vez en cuando —replicó Slim. Se dirigió rápidamente al despacho. Ma fumaba un cigarro mientras hacía sumas en un libro de contabilidad.

—¡Largo de aquí! —exclamó, sin levantar la vista—. Estoy ocupada.

—¿Quién es ese pájaro llamado Flagherty?

Ma alzó la vista con evidente enfado.

—¿No ves que estoy trabajando? Tengo que...

—¿Quién es ese pájaro llamado Flagherty? —repitió Slim alzando la voz.

—¿Cómo demonios puedo saberlo? Es uno de los amigos de Masón.

—Escucha, Ma, ese tipo me parece un policía.

Ma dejó la pluma en la mesa. Sus ojos se achicaron e hizo un gesto de asentimiento.

—Tal vez tengas razón. Hay algo raro en ese tipo. Vale más que le vigiles.

—Ten la seguridad de que voy a hacerlo —dijo Slim con violencia. Penetró en el restaurante y se detuvo. Miró hacia todos los lados con impaciencia. Vio que Flagherty se había sentado a una mesita del extremo, cerca de la orquesta. Estaba charlando con una de las bailarinas profesionales. Slim hizo una seña a Doc y éste abandonó su silla y se acercó.

—Fíjate en ese tipo que acaba de entrar. Creo que es un policía.

Doc se puso nervioso.

—¿Cómo ha entrado?

—Masón es su fiador —dijo Slim, hablando con rapidez—. Masón es un buen tipo, pero quisiera saber algo de este otro. —Volvió al vestíbulo—. ¿Ha venido Masón? —preguntó.

—No vendrá esta noche —contestó la encargada—. Sigue con la marca.

Slim se encogió de hombros.

—Muy bien. Vigílate, Doc, y advierte a los demás. Este tipo no debe subir al otro piso, pase lo que pase... ¿Me entiendes?

Doc asintió con un gesto:

—Voy a avisar a los demás. —Dio media vuelta y entró en el restaurante.

Hubo una leve tregua. La orquesta no tocaba y el zumbido de

las conversaciones se apagó cuando el director se abrió paso hasta el micrófono.

—Bien, señores, ahora empieza el número extraordinario. Ya os dais cuenta de lo que os ofrecemos. Esta noche, miss Anna Borg os va a obsequiar con otra de sus maravillosas danzas de pasión. ¡Ah, señores! ¿No es un verdadero prodigio? ¿No es un encanto? Preguntádselo a nuestro tambor... Está temblando ya con los palillos en la mano. Vamos, señores, un aplauso para nuestra damisela. Miss... Anna... Borg...

Siguió un redoble de tambor y las luces se redujeron a una penumbra. Hubo un aplauso espasmódico en las mesas. Anna apareció repentinamente en el escenario y el hombre de los focos iluminó su figura. La joven llevaba un largo vestido blanco de malla; por debajo, iba desnuda. El proyector, al dar de lleno en la joven, hacía que el vestido pareciera opaco, pero, cuando otro proyector comenzó a funcionar por el lado opuesto, los invitados veían muchas cosas. La orquesta comenzó a tocar algo de ritmo muy vivo y la joven cantó. Cantaba con gusto evidente. Su voz era baja y suave, y podía trasladarse a las notas altas sin esfuerzo. Mientras cantaba se desplazaba por la sala. Nadie se lanzó hacia ella, porque Eddie andaba por allí cerca, pero de todos modos eran muchas las manos inquietas que había en la sala. Cuando terminó la canción, Arma fue muy ovacionada. Algunos de los más bebidos se levantaron y le dirigieron audaces piropos.

Las luces se fueron reduciendo todavía más, hasta extinguirse por completo. Toda la sala era ahora oscuridad y humo de tabaco. Anna quedó inmóvil, en medio de la pista, iluminada por una luz azul, con todas las miradas fijas en ella. La joven se limitaba a balancearse con la música. De pronto, comenzó a soltarse el vestido, con lentitud estudiada y atormentadora. El reflector redujo la luz a un pequeño círculo que iluminaba el rostro; el resto del cuerpo era una forma blanca en sombras. Anna dejó caer el vestido a sus pies y comenzó a desplazarse por la sala, perseguida por el reflector. La luz atrapaba unas veces a la joven y otras no. Anna se movía con soltura y rapidez increíbles. La sala se excitaba ruidosamente cuando la luz descubría zonas inesperadas del cuerpo. Después, la joven volvió junto al vestido y se lo puso, mientras las luces se encendían. El público dedicó al número una entusiasta ovación. Anna conocía su oficio y siempre tenía mucho éxito. Lanzó besos a diestro y siniestro mientras corría a la plataforma y, volviéndose, saludó con la mano antes de desaparecer tras el cortinaje que cubría la salida.

Slim había contemplado el número con expresión de cansancio. Se dijo que la chica tenía muy bonito cuerpo, pero que como artista valía muy poca cosa.

Era barateja y de pueblo. Miró a la mesa de Flagherty y, de pronto, se quedó rígido. Al amparo de la oscuridad, Flagherty se había escurrido. La mesita a la que había estado sentado se hallaba vacía.

* * *

Fenner llegó a Springfield a primera hora de la mañana; Paula estaba sentada a su lado, con los ojos pesados y muy cansada después de aquel viaje nocturno en coche.

—Pinkerton nunca duerme —murmuró medio dormida.

—No es prudente teniéndote al lado —replicó Fenner—. Ya que éste es nuestro primer trabajo en dos meses, ¿qué has hecho todo este tiempo?

El coche recorrió dos manzanas sin que nadie hablara.

—Supongo que llegará un momento en que querrás echar un sueñecito, ¿verdad?

—Sí, señora, pero tendrá que ser uno muy breve.

—¿Por qué no supones que nos hemos casado y que ésta es nuestra luna de miel?

Fenner sonrió.

—¿Estás loca? —dijo—. Hay quinientos mil dólares a mi alcance y tú no vales todo ese dinero.

Paula suspiró:

—Ya me decía yo que pensarías así.

Los relojes de la calle daban las siete y media cuando Fenner detuvo el coche junto a un tranquilo hotelito. Dio a la joven con el codo.

—Este es el sitio —advirtió—. Vete y alquila dos habitaciones, ¿quieres? Cuida de pedir dos habitaciones. Quiero dormir un par de horas.

—Preferiría acostarme con un puercoespín —replicó la joven, mientras bajaba del coche. Fenner se detuvo un momento en mitad de la maniobra.

—¡Mira! —exclamó—. No es mala la idea. Desde cualquier punto de vista, es algo nuevo y muy excitante. —Llevó el coche al garaje y, cuando volvió, halló a la joven dando cabezadas en el vestíbulo, observada con interés por un empleado—. No se moleste —dijo Fenner a éste—. Esta señorita padece la enfermedad del sueño. —La cogió por el brazo y la llevó afectuosamente al ascensor. El botones cogió el equipaje y los siguió muy sonriente. Las habitaciones eran contiguas y Fenner introdujo a Paula en una de ellas—. Ya estás a salvo —dijo—. Duerme bien y ya te llamaré cuando te necesite. Cuando te despiertes, pide abajo unos libros si quieres, pero, por favor, no abandones tu habitación hasta que te llame.

—Muy bien —se lamentó Paula, mientras entraba en la habitación arrastrando los pies—. No quiero saber nada de nada.

Fenner sonrió y cerró la puerta con suavidad. Pasó a su habitación, se quitó la chaqueta, se deshizo la corbata, se descalzó y se tumbó sobre la cama. Durmió pesadamente hasta las diez, hora en que se sentó en el lecho encontrándose muy mal. Tocó el timbre con impaciencia y metió su cabeza en el lavabo lleno de agua fría. Cuando el camarero le trajo el refresco que había pedido,

se sentía ya mucho mejor. Bajó rápidamente por las escaleras y se dirigió al garaje.

A los diez minutos había localizado las señas que le había facilitado Brennan. Doyley le estaba esperando. Lo hizo subir a su habitación y se mostró sinceramente satisfecho de verle.

—Para que esté usted al tanto de las cosas —le dijo Doyley—, debo advertirle que aquí me conocen por Flagherty. No lo olvide.

—Pierda cuidado —contestó Fenner, medio recostado en el sofá de tela de crin—. Brennan me dijo que está usted vigilando a la Borg. Supongo que le advertiría que necesito ayuda.

Flagherty trajo una botella de whisky y preparó dos fuertes tragos.

—Ustedes, los detectives privados, me dan pena —dijo con humor risueño—. Ustedes trabajan por dinero; yo trabajo por la gloria.

Fenner tornó un largo trago y dejó el vaso sobre la mesa. Flagherty hizo otro tanto.

—No estoy seguro de sacar de esto mucho dinero —comentó Fenner, torcido el gesto—. Este asunto es muy difícil. ¿Qué tal le va a usted? ¿Ve algunas posibilidades?

Flagherty se rascó la cabeza.

—Hay algo raro en ese Paradise —dijo—. Es el establecimiento de los Grisson, como sabe. Estuve allí anoche y por poco me veo envuelto en un jaleo. Esa chica, Anna Borg, hace un numerito de desnudo casi todas las noches y ello me indujo a persuadir a un socio a que me presentara. Bien, mientras la chica hacía su número (le aseguro que lo hace muy bien), decidí hacer una expedición al amparo de la oscuridad. Sí, así fueron las cosas. Me deslicé hasta el vestíbulo en cuanto se apagaron las luces y me escondí. Desde allí podía observar a la encargada de la guardarropía. Suele estar precisamente junto a las escaleras y yo quería echar un vistazo al piso superior. Esperé a que la muchacha se enfrascara en una novelita, salí de mi escondite y subí por las escaleras. Lo hice todo con rapidez y sin que ella se enterara, lo que representa un buen trabajo. Bien, anduve allí de puntillas y me asomé a varias habitaciones, pero no hallé nada que me interesara particularmente, salvo que había motivos más que sobrados para justificar una incursión, porque todas las habitaciones tenían camas dobles y parecían dispuestas para el negocio. Llegué al final del pasillo y advertí una puerta con cerradura Yale. Esto me pareció muy raro. Iba a investigarlo cuando oí los aplausos y gritos de la gente, lo que me hizo comprender que la Borg había terminado. Comprendí también que las luces se habían encendido y que más de uno preguntaría dónde estaba el hijito de mi mamá. Retrocedí rápidamente por el pasillo, pero no con la rapidez suficiente. El tipo largo y delgado subía apresuradamente. Apenas tuve tiempo para meterme en una de las habitaciones. El individuo fue a la habitación cerrada, sacó una llave y entró. Esto me dio una oportunidad, para bajar. Ahora bien,

me he hecho buen amigo de la encargada, lo que no es mala cosa, pues esa gente es muy aviesa y se puede ver uno fácilmente en serio conflicto. Le di un puñado de dólares y le dije que, como me había sentido un poco mal, había subido un momento a despejarme. Tuvo el juicio suficiente para sospechar lo que ocurría y me dio rápidamente el sombrero y el abrigo. Esto me permitió desaparecer.

—Esa habitación cerrada parece interesante —observó Fenner—. En adelante, tiene que ser usted muy prudente.

Flagherty asintió con un gesto:

—Cierto que sí. Tengo que ser extraordinariamente prudente. Por fortuna, mañana dejo esta tarea. El jefe me dice que no estoy ganando mi sueldo. Reconozco que tiene razón. Llevo dos meses vigilando a esa chica y todavía no he sacado nada en limpio.

Fenner se levantó.

—Muy bien. Voy a ver a esa chica. ¿Dónde puedo encontrarla?

—Tiene un bonito apartamento en la parte baja de la ciudad —dijo Flagherty—. Tome sus precauciones. Schultz anda siempre por ahí y es pájaro de cuidado.

—Me gusta que lo sean —replicó Fenner con una sonrisa—. Prefiero la caza mayor.

Flagherty escribió la dirección en un trozo de papel. Fenner salió con ella. Al llegar a la calle, miró en su reloj. Acababan de dar las once. El sol calentaba mucho y Fenner se alegró de haberse echado al coleteo un buen trago. No tuvo dificultad en encontrar el apartamento de Anna. Estaba en un gran edificio de una de las calles principales. Examinó los buzones y averiguó que Anna vivía en el cuarto piso. Tomó el ascensor. El apartamento era grande y ocupaba todo el piso. Fenner se acercó a la puerta principal y tocó el timbre. Acudió a la puerta una sirvienta negra. Miró a Fenner con manifiesta insolencia.

—¿Está miss Borg? —preguntó Fenner.

—A esta hora no suele estar.

Fenner alargó un brazo y sacó a la sirvienta al corredor.

—Quédese aquí y espere —dijo. Entró en el apartamento y cerró la puerta. La sirvienta quedó boquiabierta y sin habla. Fenner alcanzó la sala; estaba vacía. Volvió al vestíbulo y se puso a la escucha. Oyó voces al fondo del pasillo. Sacó su Luger y se dirigió silenciosamente hacia allí. Volvió a escuchar junto a la puerta. En seguida, la abrió y entró.

Eddie estaba sentado en la cama, de charla con Arma. Ambos se volvieron rápidamente cuando Fenner entró. Vieron el arma y se quedaron inmóviles.

—Buenos días, amigos —dijo Fenner, apoyándose en la puerta—. Reconozco que soy un atrevido al turbar este nido de amor, pero la obligación es lo primero.

Eddie miró rápidamente por la habitación. Su mirada se fijó en un montón de ropas que había junto a la ventana. Había que dar un gran salto. Fenner siguió aquella mirada y sonrió.

—Yo no lo haría —dijo—. No quiero conflictos, pero también puedo proporcionarlos.

—¿Quién demonios es usted? —preguntó Anna desde la cama. Fenner la saludó con el arma.

—Quiero charlar un poco contigo —dijo—. Vamos a sentarnos a conversar.

Se dirigió a la silla inmediata a la ventana. Buscó en el montón de ropas y encontró el arma de Eddie. Sacó el cargador y puso el arma de nuevo en su sitio. A continuación, metió el cargador en su bolsillo y se sentó. Eddie se inclinó hacia adelante.

—¿Qué quiere usted? —preguntó—. ¿Qué significa esto?

—Calma, calma. —Fenner sonrió—. He visto a mucha gente antes que a vosotros y creía que valía la pena haceros una visita. —Metió su pistola en la funda—. Bien, propongo que este amigo vaya a darse un paseo, de modo que yo pueda charlar con la señorita.

Eddie saltó como un gato. Fenner lo esperaba. Se levantó de la silla antes de que Eddie le alcanzara y bloqueó el golpe con el brazo derecho. En seguida, su propio puño dio de lleno en el rostro de Eddie. Fue un puñetazo violentísimo, dado con toda la fuerza que Fenner pudo concentrar. Fue suficiente. Eddie cayó hacia adelante, apoyándose en manos y rodillas. Después, quedó tendido en el suelo. Fenner se sopló los nudillos.

—Este tipo no es tan duro como dice —comentó.

Anna estaba sentada en la cama, con una luz peligrosa en sus grandes ojos muy abiertos. Tenía en la mano una pistola del calibre 25.

—¡Vas a pagarlo! —exclamó con duro acento. Fenner sonrió sin moverse. A aquella distancia, una 25 no era un serio peligro.

—Por lo visto, hay muchas armas en esta habitación —dijo con expresión risueña.

Anna apartó cautelosamente las ropas de cama y bajó al suelo. Sus ojos y su arma no se apartaban de Fenner. El pijama escarlata, con un monograma negro en el bolsillo, ponía de manifiesto su figura. Fenner se dijo que cualquier hombre disfrutaría con aquel espectáculo. Pero él no estaba en condiciones de disfrutar, lo que era una pena.

—No te resfries —dijo.

—Ahora, señor entrometido, vamos a ponerte en tu sitio. —Anna señaló con el arma una butaca—. ¡Siéntate aquí! —Fenner no se movió.

—Escucha, nena —dijo serenamente—. No quiero otra cosa que charlar contigo. Lamento haber sido duro con tu amigo, pero fue él quien empezó.

—¡Siéntese aquí! —replicó Anna. Fenner se encogió de hombros y se sentó. Cruzó las piernas.

Anna se puso detrás de Fenner y, deslizándose la mano por encima del hombro en el interior de la chaqueta, sacó la Luger y la tiró sobre la cama. Todo el tiempo, su pistolita se apoyaba en la

nuca de Fenner, quien sentía un cosquilleo en los pies con el frío metal hundido en su carne. Anna se acercó a Eddie y lo puso boca arriba con el pie. Eddie seguía sin sentido.

—Ha sido un buen golpe —dijo Fenner—. Tardará en volver en sí.

Los ojos de Anna se achicaron. Fenner se dijo que era toda una mujer.

—Pronto, hable —ordenó Anna—. ¿Quién es usted?

Fenner se cruzó de brazos.

—Soy un tipo que está interesado en su último amor —dijo—. Estoy buscando a Riley.

—Entonces, usted es un policía, ¿verdad? —replicó Anna, con expresión desdeñosa.

—No, no lo soy. Soy un periodista. Tengo mucho interés en encontrar a Riley y creo que tú me puedes ayudar. Escucha, nena, ¿por qué no me ayudas?

Anna se enderezó.

—Hay unas personas que me resultan más odiosas que los policías. Son los periodistas entrometidos. Usted va a salir de aquí y no volverá a poner los pies en este lugar.

Fenner sonrió con expresión de súplica, pero no consiguió más que enfurecer a Anna.

—Usted va a salir de aquí ahora mismo. ¿Qué significa esto de meterse en mi casa y armar un alboroto? Lárguese y recuerde que la próxima vez que intente algo parecido sus parientes y amigos tendrán que asistir a un funeral.

Fenner se levantó lentamente.

—Muy bien —se lamentó—. Me voy. —Abrió la puerta y se detuvo vacilante—. ¡Qué mala jugada le hizo Riley! ¡Vaya! Tenía que estar loco para abandonar a una chica tan bonita...

Anna se puso encendida y sus ojos relampaguearon de furor.

—¡Váyase y cálese!

—Me voy, me voy. Pero me resulta incomprensible que ande jugando con alguna chica barateja mientras una preciosidad así lleva dos meses a la espera de que el ingrato vuelva... Anna cruzó la habitación en una carrera.

—¿Quién le ha dicho eso? —gritó. Estaba tan furiosa que agitó el arma junto al rostro de Fenner—. ¡Largo de aquí! ¿Tengo aspecto de estar esperando a ese asqueroso?

Fenner se echó el sombrero hacia atrás.

—Muy bien, muy bien. No hago más que repetir lo que se oye en la ciudad.

—Bien, pues eso es una mentira... ¡Una mentira tan asquerosa como Riley! —rugió Anna—. No volvería junto a ese hijo de perra aunque trajera consigo toda la Reserva Federal.

Bruscamente, Fenner arrancó el arma a Anna. Esta, a impulsos de su ira, había puesto el arma a fácil alcance de su interlocutor y fue tomada por sorpresa. Inmediatamente, saltó hacia la cama, en busca de la Luger de Fenner. Pero Fenner corrió tras ella y le dio

un rodillazo en las nalgas. La joven cayó boca abajo sobre la cama y Fenner se apoyó en sus hombros hasta recuperar la Luger. Después, puso a la joven boca arriba; arrodillado y a caballo sobre ella sujetó los brazos a la cama con las rodillas.

—Muy bien, nena. Ahora, charlaremos.

Durante unos segundos, Anna quedó sin habla por la ira. Los grandes ojos brillaban como brasas; los dientes al descubierto rechinaban. Después, la joven comenzó a lanzar maldiciones contra Fenner. Este la dejó desahogarse durante un minuto; a continuación, le dio un cachete en la boca.

—Me duele hacer esto —dijo—. No voy a tenerte así mucho tiempo. Comprendo que no es cómodo para ti, pero, si quieres guerra... Sólo voy a hacerte una pregunta. En seguida, me voy. Sólo una pregunta, nena. Es ésta: ¿dónde estaba Riley la última vez que supiste de él? Eso es todo. Dímelo y la conversación habrá terminado.

— ¡Váyase al infierno! —rugió Anna, mirando furiosamente a Fenner—. No le diré nada. Averígüelo por su cuenta.

—Así lo haré —replicó Fenner—. Tengo mil modos para hacer hablar a las chiquillas que se ponen tontas como tú. —Desplazó las rodillas, en forma que los brazos de Anna quedaron libres. En seguida, cuando éstos se levantaron en dirección a su cuello, los agarró y tomó las muñecas con sus manos—. Ahora, voy a ponerte en condiciones de no hacer daño. —Se apartó un poco de la joven y, reteniendo las muñecas en una mano, soltó el cordón del pijama y tiró de él hasta sacarlo de los pantalones. Lo metió en su bolsillo y se separó de la joven. Anna se llevó apresuradamente las manos a los pantalones a fin de que no se le cayeran.

—Se acabó la lucha —dijo Fenner sonriendo—. Tal vez te exhibas desnuda en una sala de espectáculos, pero sospecho que aquí te portarás como una dama y no me enseñarás tus intimidades.

Anna se sentó, lívida de rabia.

—¡Ya me pagarás esto, bastardo estúpido!

Fenner se echó a reír.

—Un poco más de seriedad, nena —dijo—, Al fin y al cabo, esto es lo más cómico que te ha sucedido en la vida. —Se acercó a la pequeña estufa eléctrica portátil que había en un ángulo de la habitación y la enchufó.

—Son magníficas estas estufas. Cuando esté suficientemente caliente, voy a aplicarla a los morros de tu amigo... Es decir, si no me dices lo que quiero que me digas.

Ambos observaron cómo el filamento se ponía rojo. Fenner tomó la estufa en una mano.

—¿Qué decides? —preguntó—. Esta rata va a despertarse dando alaridos y quedará marcada para toda su vida. Todo depende de ti.

Anna estaba muy pálida.

—Riley estaba en casa de Johnny —dijo finalmente, con una vocecita asustada.

—¿De Johnny el borracho? —indagó Fenner, balanceando la estufa en su mano.

La joven asintió. Fenner puso la estufa en su sitio y la desenchufó con el pie. Conocía muy bien a Johnny. La mayoría de las gentes en relación con los granujas conocía a Johnny. Fenner se dijo que había obtenido un buen dato.

—Muy bien, hermanita —continuó—. Lamento todo lo sucedido. —Abrió la puerta. Anna seguía inmóvil. Fenner se volvió y le arrojó el cordón del pijama—. Asegura tus tesoros —agregó con una leve sonrisa—. Siento haber tenido que maltratarte.

Anna comenzó a lanzarle injurias, pero Fenner estaba curado de espanto.

—Vale más que te limpies esa boca —dijo—. La tienes muy sucia. —Y cerró la puerta antes de que la tormenta llegara a su apogeo.

Ya abajo, entró en una cabina telefónica y llamó a Paula. La voz de la joven llegó por el hilo después de una espera que enfureció a Fenner.

—Despierta ya, lirón —gritó—, Las cosas están en marcha.

—Bien, bien —contestó Paula—. ¿Por qué no pasaste por mi habitación antes de marcharte? Me levanté como una Mae West y fui a hacerte una visita, pero te habías ido.

—¿Quieres hacerme el favor de callarte y escucharme? Salgo inmediatamente para el tugurio de Johnny. ¿Ya sabes dónde está? ¿Sí...? Muy bien. Escucha, nena, esto es muy serio. Llama a Brennan y dile que vaya inmediatamente a casa de Johnny. Creo que tendré detrás a toda la banda de Grisson dentro de muy poco si no me equivoco... De modo que apresúrate. Adiós, hasta pronto...

Fenner colgó el aparato.

* * *

Slim miró a Eddie y Anna. Sus ojos amarillos brillaban de furor frío.

—¿De modo que ese asqueroso periodista entró aquí y pudo más que tú? —le gritó a Eddie—. ¡Cristo! ¿Es que te estás volviendo blando?

Eddie se acarició la barbilla con turbación.

—Escucha, Slim. Ese tipo es algo extraordinario. Nunca me han dado un golpe así. Pregúntale a Anna. Ella te dirá qué clase de individuo era.

Slim se volvió hacia Anna.

—¿Qué quería ese canalla? —preguntó—. ¿Qué pasó después de que Eddie perdiera el sentido?

—Muchas cosas —contestó Anna con mal humor. Estaba sentada en la cama. Sus ojos brillaban de furor contenido—. Ese tipo quería saber dónde estaba Riley cuando me telefoneó por última vez.

—¿Qué dices? —insistió Slim.

—Bien, ese tipo quería hacer cosas raras con esa estufa. No tuve más remedio que decírselo.

Hubo un angustioso silencio. Los dos hombres meditaron con rapidez. Anna les observaba. No comprendía aquella terrible impresión que había causado. Se decía que, al fin y al cabo, era cosa que no les interesaba. ¿Qué les importaba que atraparan a Riley? Anna trató de justificarse.

—Ese individuo iba a ponerte la estufa al rojo en la cara —dijo pacientemente a Eddie—. No mentía y yo no podía soportarlo. ¿No comprendes? Era un tipo capaz de destrozarte la cara para siempre. Riley no significa nada para mí. Por eso se lo dije.

Slim se volvió hacia ella con ira.

—¡Cotorra inmunda! —gritó.

Arma volvió a enfurecerse.

—¿Has oído lo que me ha llamado ese hijo de perra? —le gritó a Eddie—. ¡No lo aguanto! ¿Me oyes bien? No he traicionado a ninguno de vosotros. ¿Qué puede importaros Riley?

Eddie se vestía rápidamente.

—Olvida eso, ¿quieres? —le rogó a Anna—. Slim no quiso ofenderte. Ten calma, por lo más que quieras.

Anna saltó de la cama, agarrándose los pantalones con una mano.

—Si ese bastardo estúpido cree que va a insultarme, se equivoca de medio a medio —gritó, con voz cada vez más aguda—. ¿Me oyes, larguirucho...?

Slim fue hacia ella con pasos de tigre, pero Eddie se interpuso.

—¡Por lo que más queráis...! —exclamó. Empujó a Anna hacia la cama—. Olvida esto, chiquilla —continuó—. Escucha, tengo algo que hacer. No creerás que voy a dejar así las cosas y permitir que ese tipo dé el asunto por liquidado, ¿verdad? Vámonos, Slim. Vámonos. Tenemos trabajo.

Slim miró a Anna, quien frunció los labios y le lanzó a media voz una injuria terrible. Tras un momento de vacilación, Slim se dirigió a la puerta, alentado por Eddie. Mientras bajaban, comenzó a protestar, pero Eddie le hizo callar.

—Deja esas tonterías —dijo con impaciencia—. Tengo que hacer algo con ese periodista. Si Anna se entera de la verdad, puede convertirse en una mujer muy peligrosa.

Slim se encogió de hombros.

—¿Qué nos importa? Si habla más de la cuenta, le retorceremos el pescuezo.

Eddie se detuvo y sacudió a Slim por el brazo.

—¡Óyeme bien! —gritó—. Tú tienes tu chica y yo tengo la mía. Anna es una muchacha magnífica y pienso seguir con ella. No tiene que saber nada de aquello, ¿me entiendes?

—Muy bien, muy bien. —Slim revelaba su impaciencia y continuó la marcha—. Ma tiene que enterarse en seguida de todo esto.

Ma Grisson escuchó sentada el relato que hizo Eddie de todo lo sucedido. Estaba sentada a su mesa de trabajo, fumando un cigarro, con el rostro sin expresión. Cuando Eddie terminó, estuvo rumiando durante un rato. Slim estaba sentado junto a la puerta mirando a su madre. Doc y Flynn parecían nerviosos. Ma les miró sucesivamente; fue una mirada fría y dura que les hizo agitarse con inquietud.

—Ya habéis oído —dijo Ma con aspereza—. Ese periodista irá a ver a Johnny sin pérdida de tiempo. Y le hará toda clase de preguntas...

Eddie se rascó la cabeza.

—Johnny es hombre fiel —dijo con expresión inquieta—. No hablará.

—Ese tipo parece duro —continuó Ma—. Johnny es un borracho y hablará en seguida si se ve maltratado. ¿Os imagináis a Johnny callado, a riesgo de ser frito con una estufa? No es probable. Johnny va a abrir la boca de tal modo que se verá todo el alcohol que lleva dentro.

Los otros se miraron. Slim metió la mano en el interior de su chaqueta y exhibió su arma. Sacó el cargador, lo examinó y lo puso de nuevo en su sitio. Ma le observó e hizo un gesto de asentimiento.

—Así tiene que ser —dijo—. Johnny tiene que desaparecer. En marcha... Ese tipo ya está en movimiento. Slim, tú, Flynn y Doc tenéis que coger el coche y partir en seguida. Habréis terminado mañana por la mañana. Si ese tipo llega antes, liquidadle también. Esto no es un paseo, de modo que trabajad con cuidado. No olvidéis que, cuando se sepa algo, estaremos en peligro. El asunto del rapto volverá a la superficie. Tened cuidado con lo que hacéis.

Los tres hombres salieron de la habitación y bajaron rápidamente las escaleras. Salieron a la calle, subieron al Airflow y el coche, con un chirrido de neumáticos, partió a toda velocidad.

Rocco, apoyado contra la pared en el otro lado de la calle, les observó con un interés relativo. Estaba allí tomando el sol y se escarbaba los dientes distraídamente con un palillo. Su traje era muy ajustado y sus pantalones cortos mostraban los calcetines blancos inmaculados. El sombrero hongo estaba en equilibrio en lo más alto de la cabeza. Rocco tenía un aspecto cómico, pero era un individuo muy rencoroso.

Se preguntó perezosamente adonde podían ir con tanta prisa los tres de la banda. Miró al club con expresión meditabunda. Se dijo que alguien iba a pasarlo mal. En este momento, Eddie salió del club y le saludó con un gesto, pero sin detenerse. Marchó calle abajo. Rocco le observó, sin dejar de enredar en sus dientes con el palillo. Se fijó en que Eddie tenía una terrible contusión en la barbilla. Aquello comenzaba a ponerse interesante. Miró al reloj del otro lado de la calle. Era poco más de la una. Caminando lentamente calle abajo, llegó al restaurante Perro Cansado. Empujó la puerta metálica y entró en la sala fresca y en sombras. Miró

rápidamente a su alrededor antes de dejar su sombrero. En un extremo de la sala vio a la encargada del Paradise Club. La joven luchaba con una ensalada de cangrejo. Rocco se acercó a la mesa y saludó con su delgada sonrisa.

—He aquí una buena oportunidad —dijo. La joven se detuvo con el tenedor cargado en el aire.

—Pues no quiero perderla —contestó.

—No sé si sabrá, Maisey, que he estado esperando siempre la posibilidad de almorzar con usted.

El rostro de muñeca se iluminó.

—Adelante, muchacho —dijo animadamente la joven—. No se lo impido.

Rocco tomó una silla y se sentó frente a la joven. Esta continuó comiendo con inesperado entusiasmo. Rocco estudió la minuta y pidió pollo frío con las cosas que lo acompañaban. Sabía conversar con las mujeres y no dejó de hacerlo mientras comía. Maisey apenas contestaba, pero revelaba un magnífico apetito. No le gustaban mucho los italianos, pero cuando uno de ellos pagaba, lo soportaba muy bien. En realidad, soportaba a todo aquel que le pagara.

—Escúchame, ojazos —dijo Rocco, inclinado hacia adelante y con los codos sobre la mesa—. Debimos habernos conocido hace mucho tiempo. ¿Dónde has podido esconder toda esa belleza?

Maisey dejó escapar una risita.

—Un poco más de seriedad... —murmuró.

—Escucha —continuó Rocco bajando la voz—. Por lo general, las chicas no me atraen, pero cuando tropiezo con una preciosidad como tú, estoy perdido. ¿Ya te ha dicho alguien lo que vales? Cuando te vi sentada aquí, di un manotazo a mi sombrero y me dije que Rocco iba a deshacerse de un buen pedazo de sus ahorros.

Maisey alzó la vista mimosamente. Aquella charla tenía un sabor tan agradable como las fresas que comía.

—¿Sabrías en qué gastar doscientos dólares? —preguntó Rocco con su delgada sonrisa.

Los ojos azules de la joven brillaron de codicia.

—¿Doscientos dólares? ¡Vaya! ¿Me pregunta que si sabría gastarlos? —La joven se echó a reír—. Haría muchas cosas con ese dinero.

—Ven a mi apartamento y gánalo —dijo Rocco.

Durante unos instantes, Maisey vaciló; la codicia luchaba con la indignación. Se dijo que valía más mostrar cierto reparo.

—¡Oiga! ¿Dónde ha aprendido esos modales? —preguntó—. No soy una de la calle...

Rocco agitó sus manos.

—Me has comprendido mal —dijo con apresuramiento—. No te hacía una proposición de esa clase. Lo que quería era que vinieras conmigo para tener una conversación a solas. Quiero comprarte

información.

—¿Qué proyecta usted? —La joven parecía perpleja.

—Ya lo verás, ya lo verás —murmuró Rocco pacientemente—. ¿Vienes conmigo?

La joven se levantó.

—Nada de cosas raras, le prevengo —dijo la joven al salir del restaurante.

Subieron a un taxi y Rocco no habló de nada serio hasta llegar a su apartamento. Era un apartamento pequeño y sin muchos muebles, pero Rocco había sido bien aconsejado en sus compras y todo lo que tenía era bueno. Los muebles eran de madera clara y la superficie relucía. Había varias alfombras pequeñas, como islas en un mar. Las sillas eran grandes y muy trabajadas. Había un enorme diván en el centro de la habitación, cubierto con un tapizado de brillantes colores.

—¡Qué bonito es todo esto! —exclamó la joven, mientras se quitaba el sombrero y se ahuecaba el brillante cabello. Se hundió en una butaca, que cedió casi hasta el suelo. Cruzó las piernas y Rocco pudo disfrutar de un excelente espectáculo desde donde estaba sentado. Alcanzó una estantería que tenía a su lado y sirvió bebida. Con la minuciosidad de un alquimista, añadió jengibre al whisky de centeno. Se acercó a la joven y le puso el vaso en la mano.

—Conoces las interioridades de la banda de los Grisson —dijo Rocco cautelosamente, midiendo sus palabras—. Desde que han llegado aquí, mis negocios languidecen. Me sería muy útil una muchachita inteligente que me facilitara alguna información. Ahora bien, nena, si esta idea no te atrae, dímelo y olvídalos todo. Dejaremos eso y te haré escuchar algunos discos. Tengo una radiogramola magnífica. Pero si quieres ganarte unos dólares, tienes aquí una buena ocasión.

Maisey acabó su vaso y Rocco se lo volvió a llenar. Advirtió que la fuerte bebida comenzaba a surtir sus efectos.

—¿Qué es lo que quiere usted saber? —preguntó la joven.

Rocco se sonrió. Iba a resultar muy fácil.

—¿Qué pasa en ese club? —indagó.

Maisey resopló, hinchando sus mejillas pintadas. El licor aturdió.

—Poca cosa. Están haciendo mucho dinero.

Rocco la miró pacientemente. La muchacha era poco inteligente y haría falta proceder con lentitud.

—¿No pasa ahí nada raro?

—Es un negocio corriente de club, con algunos dormitorios privados como complemento —dijo Maisey. De pronto, la muchacha pensó que hacía mucho calor en aquella habitación.

—¿Adonde ha ido la banda esta tarde? —preguntó Rocco—. Vi salir a Slim y a otros dos como alma que lleva el diablo.

Maisey se encogió de hombros. Aquello le estaba aburriendo.

—Regístrate —dijo, acabando el segundo vaso—. No lo sé.

Rocco perdió la paciencia.

—Tienes que hacer algo más para ganarte los doscientos dólares.

Maisey le miró con los ojos nublados.

—¡Vaya! Tiene usted razón. No le sirvo de gran cosa, ¿verdad? Es muy fuerte lo que usted me ha dado. Estoy atontada...

Rocco se echó a reír.

—No es nada —exclamó—. Estás un poco alegre, nada más.

Maisey dejó escapar una risita.

—Supongo que no estará usted interesado en la chica de Slim...

—Slim no tiene chica. Me consta —dijo Rocco, meneando la cabeza.

—Bien, muchacho. —Maisey tomó el tercer vaso de manos de Rocco—. Slim no tiene chica, pero permíteme que te diga que hay encerrada en una de las habitaciones de arriba una chica con la que Slim pasa mucho tiempo por las noches.

Rocco achicó sus ojos. ¿Iba finalmente a llegar a algún sitio con aquella chica tan torpe?

—Toma otro trago —dijo.

La joven agitó el vaso que tenía en la mano y derramó parte del licor en el suelo encerado.

—¿Qué significa esto de emborrachar a una buena muchacha como yo?

—Vamos, vamos —contestó Rocco, ofreciendo un cigarrillo a la joven y encendiéndoselo—. ¿No vas a poder resistir tan poca cosa?

Maisey asintió con torpes movimientos de cabeza.

—Claro que puedo resistir...

—¿Qué es eso de una chica encerrada? —preguntó Rocco.

—No sé quién es, pero estoy segura de que Slim está loco por ella. Está en el segundo piso. A última hora, sale con Slim a dar un paseo. Siempre muy envuelta en abrigos y velos. Todavía no le he visto la cara. Sale a las tres de la madrugada y vuelve una hora después. Esto sucede casi todas las noches. Lo suelo ver cuando me preparo para marcharme. Sucede después del cierre del club. Esa chica pasa de largo con Slim y nunca vuelve la cabeza. ¡Vaya! Es una mujer que me pone nerviosa. Parece un cadáver ambulante.

Rocco se dijo que aquello era muy interesante. Valía la pena investigar el asunto. Se puso en pie y paseó por la habitación. Maisey le observaba desde su butaca. Rocco se le acercó y se sentó en el brazo del asiento.

—Si pudiera echar un vistazo a esa chica —dijo con lentitud—, sabría premiarte.

Maisey se sentía muy generosa.

—Muy bien —exclamó—. Basta que te quedes por allí hasta después de las tres. Podrás verla de paseo casi todas las noches.

Rocco sacó su cartera y extrajo de ella doscientos dólares en billetes pequeños. Se levantó y puso el dinero sobre la repisa de la chimenea. Maisey le observó con interés. Rocco miró a la joven y se

dijo que tenía allí algo muy apetitoso, aunque la inteligencia dejara mucho que desear. No tenía nada que hacer aquella tarde. La joven, en todo caso, serviría para un desahogo corriente.

—Aquí hay un dinero para ti —dijo, señalando los billetes.

Maisey se levantó vacilante. Rocco la tomó del brazo. En lugar de llevarla hacia la chimenea, la condujo al diván. La joven se dejó caer con una risita.

—Vamos, no... Nada de cosas raras... —exclamó.

Rocco la tendió con suavidad sobre el tapizado. Era de un tejido fresco y suave; Maisey se estiró perezosamente. Al rato, protestó débilmente:

—¡Vaya! ¿No te dije...? —comenzó. Pero no continuó y dejó escapar de nuevo su risita histérica.

* * *

Fenner cuidó de colocar su coche fuera de la vista. Manióbró por el espeso matorral y, bajando del vehículo, retrocedió para ver si éste era visible desde la carretera. Tuvo que arreglar las matas un poco antes de que el escondite fuera perfecto. Aquel viaje nocturno le había trastornado y no se encontraba muy bien. Comprendía que no tardaría en aparecer la banda y que contaba con muy poco tiempo para hacer las cosas. Casi lamentó no haber recogido a Flaherty antes de salir de Springfield. Dos valían más que uno en un lugar como aquél. Sonrió con cierta amargura, pero el tiempo apremiaba. Flaherty no estaba en el hotel cuando llamó. De todos modos, Paula se habría puesto en movimiento y Brennan también acudiría.

Fenner estaba muy cerca del refugio de Johnny, pero no demasiado cerca. Inició su marcha hacia la gran cabaña. Llevaba la pistola en la mano. Aunque comprendía que Johnny no realizaría actos de violencia, no quería ser tomado por sorpresa.

A medida que se acercaba a la casa, se desplazaba con mayores precauciones. Se decía que era imposible que la banda de Grisson se le hubiera adelantado, pero se mantenía ojo avizor. Estaba amaneciendo y el sol aparecía por encima de las colinas. Iba a hacer otro día de calor; la neblina se adhería al valle. Esto no venía mal, porque ocultaba un tanto sus movimientos. Se detuvo al llegar al claro. Se colocó tras un grueso tronco y examinó la escena. Aunque la puerta del tugurio estaba abierta, no había señales de Johnny. Fenner se dijo que Johnny se preparaba para salir con su escopeta, en busca de algo para el puchero. Se deslizó rápidamente por el claro y entró en la casa como una sombra.

Johnny estaba inclinado sobre el hogar e introducía unas lonjas de jamón en una sartén. Daba la espalda a la puerta y no advirtió la entrada de Fenner. Este divisó una escopeta en un ángulo, pero el arma estaba a mucha distancia de Johnny, por lo que no era de preocupar. Adelantó la pistola y llamó a Johnny con voz tenue. Johnny tuvo un terrible sobresalto y se volvió lentamente. Su

rostro estaba contraído por el terror. Adquirió un color entre amarillo y verde. Fenner sintió pena por aquel hombre.

—Ten calma —dijo—. No te muevas y no te pasará nada.

Johnny permaneció inmóvil, incapaz de hacer nada a causa de la impresión.

—¿Qué quiere usted? —balbució. La saliva escapaba de su boca.

Fenner señaló una silla.

—Siéntate —ordenó.

Johnny pareció obedecer contento. Las piernas le flaqueaban y se dejó caer pesadamente en la silla. Sus manos se agitaban nerviosamente sobre las rodillas.

—Escucha, Johnny, quiero que me facilites cierta información —le dijo Fenner, con voz tensa—. Mira lo que haces. Si me mientes, vas a arrepentirte en el acto. ¿Me comprendes? Te haré pedazos, sin más trámite. No tengo mucho tiempo, y esto va a ser pronto un infierno...

Johnny parpadeó estúpidamente. Miró sucesivamente, con expresión desesperada, a la puerta y a Fenner.

—Riley y su banda vinieron aquí con la hija de Blandish, ¿verdad? —preguntó Fenner.

Johnny asintió rápidamente, demasiado rápidamente para gusto de Dave.

—Así es, señor —masculló Johnny—. Así es.

—¿Qué pasó después?

Johnny apartó la vista.

—No podía tenerles aquí. Era demasiado peligroso, señor. No quería verme envuelto en un lío así con la policía. Les dije que se fueran. Les dije que continuaran su camino. Y así lo hicieron.

—¿Cuánto tiempo estuvieron aquí? —indagó Fenner.

—El necesario para tomar un bocado, nada más, señor. En cuanto comieron, se fueron en un coche cerrado.

Fenner se rascó la cabeza. "Es una historia que no me lleva a ninguna parte", se dijo. Decidió que Johnny sabía más del asunto y que no quería decirlo.

—Oye, borracho, tú sabes más... ¡Vamos, dilo...! ¿Adonde se fueron?

Johnny adoptó una expresión humilde.

—Honradamente se lo digo, señor... No sé nada más.

Fenner odió el hacerlo, pero tenía que descubrir las cosas de algún modo. Dio un vigoroso puñetazo en el blando rostro de Johnny. Este cayó hacia atrás, arrastrando la silla. Se quedó después apoyado en manos y rodillas, lamentándose. Fenner le dio un puntapié cuando trató de levantarse. El borracho cayó de nuevo, esta vez de bruces, y comenzó a lanzar gritos agudos.

—¡Pronto, la verdad! No vuelvas a decir que no sabes más, porque voy a ponerte duro. ¡Vamos, habla!

Johnny miró a Fenner con odio. La sangre que corría por el

rostro hacía pensar en un accidente callejero.

—Ya le he dicho que no sé nada —replicó el borracho—. ¿Quiere dejarme en paz?

Fenner agarró la sartén y se acercó a Johnny.

—Si no hablas, voy a estamparte esto en los morros —dijo.

La grasa estaba hirviendo en la sartén. Johnny apartó el rostro con espanto. Aquello le asustaba mucho más que un puñetazo. Comenzó a balbucir cuando Fenner levantó la sartén.

—No me haga eso, señor... —se lamentó—. Pregúntele a Grisson... El sabe todo... Estaba aquí...

Fenner creía en los presentimientos. Toda su vida había obedecido al presentimiento instintivo, por muy absurdamente que se presentara. Estaba inclinado sobre Johnny y, de pronto, sintió la necesidad de esconderse. No miró tan siquiera por encima del hombro; se arrojó al suelo y se arrastró con la mayor rapidez posible, alejándose de Johnny. Hubo un leve tintineo de cristales rotos; por una ventana asomó el cañón de una Thompson. El cerebro de Fenner trabajó a velocidad de vértigo. Estaba en un peligro terrible y tenía que ponerse inmediatamente a cubierto si no quena que su cadáver adornara pronto el depósito de la localidad. Grisson estaba allí y el jaleo iba a comenzar. A unos pasos había un tanque de hierro en el que Johnny solía preparar la comida de su caballo. Fenner se escondió detrás del tanque con un rápido movimiento, y al mismo tiempo miró a Johnny.

Johnny estaba sentado en el suelo y miraba boquiabierto el cañón de la Thompson. La habitación fue sacudida por el repentino y violento clamor del arma; Fenner casi pudo ver cómo las balas cosían el pecho de Johnny. Se agazapó detrás del tanque, porque la Thompson se dirigía ahora a él. De nuevo se oyó el trágico clamor. Las balas golpearon las paredes de hierro del tanque; parecía que se trabajaba en un remache. Fenner sudaba detrás de su escudo. No podía ni asomar la cabeza para contestar al fuego. Aquella Thompson era un huracán de metralla. Detrás de Fenner estaba la pared; el flanco se hallaba protegido por el tanque. No podrían alcanzarle si no entraban en la habitación. Fenner esperó agazapado. Hubo un silencio, acentuado por el estrépito que le había precedido. Había tiempo para pensar un poco. Fenner no estaba dispuesto a cometer la tontería de asomarse. Se maldijo por haber dejado la puerta abierta. La situación era desesperada. Pegó el oído al suelo y escuchó, pero no pudo oír nada. En cualquier momento, la Thompson podía asomar su cañón y lanzar sobre él un diluvio de balas. Trató de dominar los nervios y se arrimó todavía más a la pared. De pronto oyó rumor de voces en el exterior. A continuación, alguien llamó:

—¡Sal de ahí! Sabemos que estás dentro. Sal con los brazos en alto.

Fenner hizo una mueca. "Y recibiré un puñado de balas por la molestia", se dijo. Esperó inmóvil. Comprendió que Grisson y sus socios no se atrevían a entrar y terminar su tarea. Comenzó a

sentirse mejor con esta idea. Al fin y al cabo, aquellos tipos eran unos cobardes, y si él se mantenía sereno, había todavía posibilidades. Palpó detrás suyo y su mano tocó el mango de un hacha. Se quitó el sombrero, lo puso en el extremo del mango y lo movió convulsivamente antes de desprenderse destrozado por una granizada de balas. "Menos mal que no estaba mi cabeza dentro", se dijo Fenner.

—¡Eh, canalla, sal de ahí, si no quieres que te acribillemos! —gritó alguien.

Fenner continuó tan mudo como un cadáver. De pronto oyó que alguien se reía fuera. Se puso tenso. Algo se hallaba en puertas. Agarró el borde del tanque y arrimó éste a la pared, de modo que quedara bien protegido. Oyó que algo golpeaba el suelo y pudo ver que un objeto menudo y redondo tocaba el suelo cerca de Johnny. Se dijo que parecía una piña y, al mismo tiempo, la granada estalló. Fenner creyó que su cabeza se desgarraba con aquel espantoso estrépito; la presión del aire le empujó contra la pared como a un muñeco. Durante una fracción de segundo, su cerebro se despejó. Vio las cosas con claridad. Vio el tejado de la cabaña y las sucias paredes de la habitación. Después, todo comenzó a desintegrarse. El tejado comenzó a hundirse y toda la estructura se vino abajo sobre él.

* * *

Tuvo que luchar mucho tiempo para salir del pozo en que se había caído. Aquella maldita oscuridad le envolvía como una alfombra. Le hubiera agradado dar un puñetazo a aquel hijo de perra que le golpeaba la cabeza de modo tan persistente. De pronto, sus ojos se abrieron y parpadearon ante la luz del sol. Una figura imprecisa estaba inclinada sobre él y oyó una voz lejana que le decía que estuviera tranquilo. Meneó la cabeza y se arrepintió en seguida de haberlo hecho. Luces vivísimas danzaron ante sus ojos y una especie de sacacorchos al rojo penetró en su cerebro. Se oyó a sí mismo lanzar gemidos de dolor. Cuando sintió alivio, trató de comprender. El sentido volvía lentamente. Se sentó con brusquedad.

—¡Por el amor de Dios...! —murmuró, agotado por el esfuerzo.

—¿Qué tal se encuentra usted? —le preguntó alguien.

Levantó la nublada vista. Un individuo muy alto estaba arrodillado junto a él. Algo más lejos se hallaba un viejo campesino, boquiabierto como un pez. Fenner comenzó a mover cuidadosamente brazos y piernas y quedó satisfecho de ver que sus cuatro miembros respondían.

—Ayúdenme, por favor —dijo con vehemencia. El viejo se acercó y, con la ayuda de los dos desconocidos, Fenner se puso en pie. Vaciló un poco cuando le dejaron librado a sus fuerzas, pero estaba recuperándose rápidamente—. ¿No han visto ustedes a nadie por aquí? —preguntó.

—Hace un momento se ha marchado un coche con tres hombres —contestó el individuo alto—. Oímos la explosión y nos acercamos corriendo. Comenzamos a gritar, pero esos tres se marcharon a toda prisa.

Fenner se pasó una mano por la dolorida cabeza.

—Escuchen ustedes —dijo—. Soy un oficial de policía. Esos bandidos acaban de matar a un hombre. Necesito que me ayuden.

La palabra policía surtió su efecto. Los dos desconocidos concentraron su atención. No parecían muy despiertos, pero mostraban afán de ser útiles, Fenner se dirigió seguido de ellos a las ruinas. Anduvo levantando maderos y piedras durante un rato, pero acabó encogiéndose de hombros. "¿Para qué demonios...?", se dijo. Johnny estaba muerto.

—¿Dónde viven ustedes? —preguntó.

El viejo miró vagamente al este.

—A unos tres kilómetros de aquí.

El alto no ocultó su orgullo.

—Tenemos teléfono —declaró.

—Muy bien. Vengan conmigo. Tengo un coche aquí cerca. — Fenner avanzó lentamente. La cabeza le dolía mucho. El agudo gemido de una sirena de la policía le puso en guardia. Por el estrecho sendero se acercaba a toda velocidad un coche cubierto de polvo. Se detuvo cerca del grupo. Allí venía Brennan, seguido de varios policías uniformados. El último en bajar del coche fue John Blandish. Fenner les saludó con torpes movimientos.

—Bien, ya veo que querían ustedes bailar un poco —dijo—. Pero han llegado tarde a la fiesta.

—Su chica nos llamó por teléfono —explicó Brennan, estirando con cuidado brazos y piernas—. Cogimos un coche y henos aquí.

Fenner se volvió hacia Blandish.

—Si lo que pienso es exacto, tendremos muy pronto en nuestras manos a los raptos.

Blandish miró a Fenner con ansiedad.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó—. Al parecer, ha habido aquí algo irregular.

—Si llama usted algo irregular a un combate con granadas de mano, acierta —contestó Fenner, con una sonrisa amarga.

—Pero ¿qué demonios ha pasado aquí? —indagó Brennan a su vez, mientras contemplaba las ruinas.

—Mire, Brennan, no nos dediquemos ahora a relatos. Hay trabajo urgente que realizar. ¿Puedo utilizar a sus hombres?

La forma rápida y tajante en que Fenner hablaba hizo comprender a Brennan que estaba a punto de descubrirse algo importante. Accedió inmediatamente.

—Desde luego. Póngase en movimiento.

Fenner se acercó a Brennan y le dijo algo en voz baja. Brennan miró a los dos campesinos que contemplaban la escena a cierta distancia. Se acercó a ellos y les habló brevemente. Tras unos momentos de vacilación, los campesinos se alejaron. El grupo les

observó hasta que desaparecieron en un recodo. Después, Fenner dijo:

—Muchachos, quiero que miren bien por estos contornos. Tienen que encontrar unas sepulturas, ¿me comprenden? Observen la tierra que haya sido removida y comuníqueme sin demora cualquier hallazgo. ¡En marcha! Creo que la tarea no será muy larga.

Los policías del estado penetraron en el matorral y comenzaron su afanosa búsqueda. Brennan y Blandish se acercaron a Fenner, quien se había sentado en el estribo del coche policial.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó Brennan. —Espere... —dijo Fenner lacónicamente—. Puedo equivocarme, pero estoy obedeciendo a una corazonada. Sin pruebas, no hablaré.

Brennan se encogió de hombros y siguió a sus subordinados. Fenner levantó la vista y se vio observado por Blandish.

—De todos modos, esto se ha puesto en marcha —dijo Blandish.

Fenner asintió con un gesto.

—Así es —comentó—. Usted quería acción y le aseguro que la ha habido.

—Estoy impaciente por saber lo que usted ha hecho —murmuró Blandish—, pero me doy cuenta de que no quiere decirme nada hasta que sus planes se hayan materializado. En todo caso, recuerde usted que soy un padre angustiado. —Blandish no dijo nada más, pero Fenner comprendió todo lo que significaba aquello para el desdichado padre.

—Cierto —dijo levantándose—. Comprendo su estado de ánimo. Le diré únicamente esto: si los agentes descubren lo que yo espero que descubran, habremos sacado ya el asunto a la luz.

Blandish abrió su pitillera y ofreció un cigarro a Fenner. Ambos fumaron en silencio. El ruido de las pisadas y crujidos en el matorral se fue desvaneciendo a medida que la búsqueda se alejaba. De pronto, un pájaro descendió por el cielo azul y saltó de rama en rama en un arbusto próximo. Fenner le observó con interés. Repentinamente, advirtió que sudaba copiosamente y que su boca estaba seca. Dependían muchas cosas de lo que descubrieran aquellos policías. Un grito hizo que ambos se volvieran con presteza.

—Creo que han descubierto algo —dijo Fenner rápidamente.

Corrieron al matorral y comenzaron a abrirse paso por la espesa maleza hacia el lugar de donde había partido el grito. Pronto se vieron junto a los demás. Les hallaron en un pequeño claro. Brennan señaló significativamente a la tierra. Esta había sido evidentemente removida, aunque también había sido cubierta por hojas y ramas muertas, apartadas ya por los policías.

—Nos hace falta una azada —dijo Fenner.

—Ya ha salido en busca de ella uno de mis hombres —replicó Brennan—. Aquí llega, véale.

Uno de los policías se quitó la chaqueta y tomó la azada. Los

otros le rodearon, observándole. Fue un trabajo duro y tuvieron que irse relevando antes de encontrar lo que buscaban. De pronto, uno de los hombres dejó la azada y se arrodilló junto al agujero poco profundo que había cavado. Fenner se acercó y miró. El hombre apartaba la tierra suelta con la mano. Llegaba del agujero un olor que, aunque no muy fuerte, revolvió el estómago de Fenner. Salió a la luz un mechón de pelo manchado de barro. Fenner retrocedió.

—Es un cadáver, no cabe duda —dijo. Se volvió hacia Blandish—: Vayámonos de aquí; no tenemos tiempo que perder. Brennan dará órdenes para que estos cadáveres sean llevados al depósito de Springfield. Tengo muchas cosas que hacer y todas urgentes.

Brennan estaba todavía perplejo ante el hallazgo del cadáver, pero adoptó sin tardanza las medidas necesarias. Fenner se dirigió al coche, seguido por Blandish. Brennan no tardó en unirse a ellos. Partieron a toda velocidad. Brennan, instalado en el asiento trasero, se inclinó hacia adelante.

—¿Qué diablos significa todo esto? —preguntó.

—Muchas cosas —replicó Fenner—. Una vez en Springfield, charlaremos. Ahora, tengo que pensar en todo ello. Guarde silencio y déjeme hacer algo que usted no puede hacer.

Blandish fumaba en silencio. Fenner admiró aquel dominio. En voz baja, dijo:

—Creo que todo acabará bien.

Blandish le miró esperanzado. Fenner se dijo que aquel hombre se le había entregado ya por completo.

Tres horas después, los tres hombres estaban sentados a una mesa, con unos refrescos delante. Flaherty se les incorporó. Fenner miró atentamente a cada uno de ellos. Se había dado un baño y puesto otro traje. Era su gran momento.

—He aquí cómo son las cosas. —Se dirigió todo el tiempo a Blandish. Al fin y al cabo, era el que pagaba y el que merecía el mejor asiento—. Su hija fue raptada por Riley y su gente, los mismos que mataron a MacGowan. La llevaron a casa de Johnny, la cual era un buen escondite. Este Johnny solía esconder a granujas perseguidos y supongo que recibía buenas cantidades por estos servicios. Ahora bien, de un modo u otro, que ignoro, la banda de Grisson se enteró del rapto. Hizo una visita por sorpresa y eliminó a Riley y a los otros dos. El rescate ha sido pagado a Grisson, no a Riley, ¿me comprende? ¿No ve cómo encaja perfectamente todo esto? ¿Qué pasa inmediatamente después de pagarse el rescate? La banda de Grisson tiene ahora dinero. Cambia ese dinero peligroso por dinero seguro. Esto explica por qué no ha aparecido todavía el dinero del rescate. Muy bien. Estos granujas abandonan la ciudad y organizan ese club nocturno. Fue usted quien proporcionó el dinero necesario. ¿Puede irles mejor a esos bandidos? Todos los policías del mundo están buscando a Riley y gastando tontamente el dinero. Entretanto, Riley está

ofreciendo a los gusanos magníficos banquetes.

Brennan lanzó un juramento. Se levantó y se dirigió al teléfono. Fenner le miró con asombro.

—¿Qué va usted a hacer?

—¿Qué, grandísimo insensato? —replicó Brennan—. ¿Por qué no me ha dicho eso en el coche? A estas horas, la banda estaría en nuestro poder.

Fenner se levantó a su vez y arrancó el teléfono de las manos de Brennan.

—¿Quiere usted sentarse y permitirme que les explique todo? Ustedes, los policías, tienen la cabeza muy dura.

Brennan puso una expresión adusta, pero se sentó.

—Por de pronto —continuó Fenner—, es posible todavía que me equivoque, aunque es difícil. Además, un buen abogado pondría en libertad a estos pájaros a los pocos minutos de haberles colocado las esposas. Tan pronto que quedaría usted aturdido al verles salir a la calle. ¿Qué pruebas tenemos? Por otro lado, creo que siguen con la muchacha.

Blandish tuvo un sobresalto. Hubo unos momentos de pesado silencio. Fenner se volvió y miró directamente al desgraciado padre.

—Flagherty dice que Grisson tiene en su club una habitación que permanece cerrada. Ha visto a Grisson entrar en ella. Puedo equivocarme, pero es muy posible que su hija esté en esa habitación.

Blandish se levantó.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó, completamente fuera de sí—. ¿Y qué hacemos aquí sentados? ¡Reúnan a los hombres y entremos en el club!

Fenner no perdió su tranquilidad. Miró sucesivamente a los otros tres, cuyos rostros revelaban una gran excitación.

—Flagherty les dirá también —continuó— que el Paradise Club es toda una fortaleza de acero. Si se hace una incursión, su hija estará muerta mucho antes de que podamos entrar. Escúcheme, Blandish, deje este asunto en mis manos como hasta ahora. Es un asunto que yo comprendo y que usted no comprende. Cállese, siéntese y cálmese.

Blandish vaciló un momento, miró a todos con ojos febriles y volvió a sentarse. Fenner le dirigió una mirada dura y se encogió ligeramente de hombros. Después se volvió hacia Brennan.

—Usted comprende esto, ¿verdad? —preguntó.

Brennan miró a Flagherty.

—Tiene razón, jefe; costará mucho trabajo entrar ahí —dijo Flagherty.

Brennan asintió a Fenner con un gesto.

—Siga, Fenner —dijo.

Fenner respiró profundamente.

—Ante todo —declaró—, quiero que ese sitio quede completamente cercado. Quiero policías por todas partes. En los

edificios de enfrente, en los tejados, en la calle, bajo techo... Quiero que aquello sea un verdadero hormiguero. Tengan presente que pueden intentar sacar a la chica.

Brennan tomó el teléfono y, al cabo de unos segundos, hablaba con la jefatura de policía. Dio las órdenes rápidamente.

—Quiero también que se detenga a Anna Borg y se la lleve a la jefatura —continuó Fenner—. Y si al mismo tiempo se atrapa a Schultz, tanto mejor. —Esperó a que Brennan acabara de dar sus instrucciones y prosiguió—: Esta Borg está en el fondo de todo el asunto. Es nuestro único testigo de que la banda de Grisson sabía que Riley había raptado a miss Blandish. Me dijo que Riley le había telefoneado desde casa de Johnny. Me estoy preguntando en qué consistió esa conversación. El problema es éste: ¿Sabe Anna Borg que Grisson liquidó a Riley, o está siendo engañada? Apostaría a qué la engañaron, en cuyo caso se vengará de ellos en cuanto sepa la verdad. También puede facilitarnos el acceso a miss Blandish. De todos modos, es una mujer importante. Este asunto tiene que ser tratado con mucho cuidado, pues su hija se halla todavía en poder de esos bandidos y puede ser eliminada.

Blandish se levantó lentamente. Parecía terriblemente cansado y enfermo.

—Lamento haber perdido la serenidad —murmuró—. Ha hecho usted un buen trabajo. No comprendí...

Fenner movió los pies.

—¡Déjelo! No tiene importancia —dijo.

Sonó el teléfono. Fenner se levantó y se puso al habla.

—Muy bien —asintió. Y colgó el auricular. Se volvió hacia los otros tres; los ojos le brillaban—. Han sacado tres cadáveres de aquel agujero. Las impresiones digitales corresponden exactamente a las de Riley —gritó con excitación—. Estamos en la buena pista. No perdamos el tiempo.

Se dirigió hacia la puerta, seguido de los otros tres.

IV

Rocco se peinó cuidadosamente con un peine blanco de bolsillo. Se estiró el ajustado traje. Se contemplaba ante el espejo. Enderezó la corbata con un manotazo y, después, con arte consumado, colocó su sombrero hongo en lo alto de su cabeza. Miró muy satisfecho por la habitación antes de marcharse. Se aseguró de que Maisey no había dejado nada allí. La muchacha había sido un agradable interludio. Le había sorprendido con su entusiasmo. Le gustaban las mujeres que se apasionaban.

Después de la partida de Maisey, se había quedado en el diván fumando un cigarrillo y en posición de abandono. Fumó varios cigarrillos y llegó a ciertas conclusiones. Slim estaba fuera de la ciudad. Claro que podía volver aquella misma noche, pero había que arriesgarse un poco. Rocco quería echar un vistazo a aquella misteriosa dama que Slim guardaba bajo llave. Maisey podía ayudarle en la empresa. Rocco marchó por el pasillo y esperó el ascensor. El ascensorista se llevó respetuosamente los dedos a su gorra en el momento de abrir. Rocco disfrutaba con esas pequeñas atenciones. No hacía mucho, vivía a lo gran señor; podía recordar muy bien sus tratos con gentes de mucho dinero.

Ya en la calle, cogió un taxi y fue al Paradise Club. Subió al mismo tiempo que otros clientes. Mientras entregaba el sombrero a Maisey, se dijo que el club estaba haciendo un buen negocio. La joven le miró con ojos llenos de mimo. Rocco reconoció que era una muchacha de indudables encantos. Cuando observó que estaba libre, se acercó a la barra de separación y comenzó a decirle galanterías. La muchacha aceptaba todo y pedía todavía más. Mirando por encima del hombro, Rocco se aseguró de que estaban solos. En seguida, preguntó en voz baja:

—¿En qué habitación está esa chica?

—¿Para qué quiere saberlo? —indagó Maisey, con miedo repentino.

—Eso quiere decir qué ganancia puede proporcionarte el asunto, ¿verdad, nena? —replicó Rocco, achicando sus ojos—. La respuesta son otros cien dólares.

Maisey meneó la cabeza.

—¡Por amor de Dios! —exclamó—. Esto es dinamita. No sea usted loco.

Rocco asintió con un gesto de su atildada y morena cabeza.

—Muy bien, hermanita —dijo—. Voy arriba a echar un vistazo. Tú no has visto nada ni sabes nada.

Antes de que la joven pudiera protestar, Rocco la abandonó y subió rápidamente por las escaleras. Una vez en lo alto, miró a la joven, quien le devolvió la mirada con el rostro pálido y expresión de espanto. Rocco saludó con la mano y avanzó por el pasillo. Fue a la habitación del fondo e hizo girar la manija. La habitación estaba cerrada. Sonrió con su delgada sonrisa y buscó en su bolsillo. Introdujo en la cerradura una fina pieza de acero y la hizo

girar con fuerza. La cerradura cedió. Rocco empujó la puerta. Después de mirar rápidamente por encima del hombro hacia el desierto pasillo, entró en la habitación y cerró suavemente la puerta tras él.

Miss Blandish le miró con una completa indiferencia. Estaba tendida en la cama, fumando un cigarrillo. Su larga bata verde reflejaba con un leve resplandor la luz de la lamparilla. Rocco quedó boquiabierto al ver a la joven. La impresión fue tremenda. Se dijo que era una mujer de mucha categoría. Permaneció junto a la puerta y murmuró:

—Creo que me he equivocado de habitación.

Miss Blandish alargó el brazo y aplastó el cigarrillo en el cenicero.

—¿Quiere usted marcharse? —preguntó, cerrando los ojos.

El cerebro de Rocco trabajaba activamente. Se preguntaba insistentemente dónde había visto a aquella joven con anterioridad. El intruso se decía que cada vez más le hacía el efecto de estar ante una cara conocida, como cuando se ve en la calle a una estrella del cine.

—¿Quién es usted, señora? —preguntó Rocco cautelosamente.

Miss Blandish abrió los ojos con esfuerzo, y se encogió de hombros.

—No puedo recordarlo... —dijo cansadamente—. Tampoco me importa mucho.

Rocco se acercó a la cama. Vio aquellas pupilas como cabezas de alfiler. Comprendió. Y de pronto, recordó. Había visto aquellas grandes fotografías en los periódicos. Aquella muchacha era la joven secuestrada. Había averiguado algo muy importante. Se acercó más y miró a la muchacha con atención concentrada.

—Sí —dijo—. Ya sé quién es usted.

La joven le miró con sorpresa.

—¿Qué hace aquí? —preguntó—. Usted no debería estar aquí. A él no le gustará nada.

Rocco se inclinó sobre la cama.

—No tiene que preocuparle eso —dijo—. Está fuera de la ciudad.

—Será mejor que se vaya —continuó la joven, como si no le hubiese oído—. La vieja me hará daño si le encuentra a usted aquí.

Rocco se aproximó a la joven y la sacudió suavemente por un hombro.

—Deje eso, muchacha —dijo—. Escúcheme un momento. Le han dado a usted drogas. Está usted intoxicada. No puede usted recordar quién es ni por qué está aquí.

—Por favor, no me toque —replicó la joven—. Quiero que se vaya. Quiero dormir.

—Se llama usted Blandish —insistió Rocco, hablando en voz muy baja, junto al oído de la joven—. Su padre es John Blandish. Fue usted secuestrada hace cerca de cuatro meses y la policía y su padre la han estado buscando. ¿No es así? ¿No se llama usted

Blandish?

La joven miró a Rocco con ojos nublados y sin expresión.

—¿Blandish? —repitió—. Yo no me llamo así.

Rocco retrocedió y se rascó la cabeza. Estaba seguro de que era la hija de Blandish, pero ¿cómo podía superar aquel muro de piedra? Su cerebro seguía trabajando intensamente. El asunto podía proporcionarle mucho dinero. Si pudiera llevarse a la muchacha y entregarla a Blandish, la recompensa sería grande. Y además, le haría una magnífica jugada a Grisson. Había riesgos, desde luego, pero se trataba de un juego. Se decidió rápidamente. Aceptaría los riesgos.

Se sentó en la cama y obligó a miss Blandish a sentarse. El rostro de la joven carecía de expresión; los ojos parecían grandes agujeros en una máscara.

—Se llama usted Blandish —repitió Rocco—. Ha sido usted raptada. ¿No es así?

La muchacha cerró los ojos y trató de recordar, pero no había modo de apartar las espesas nubes que envolvían su cerebro. Rocco abandonó el intento con un gruñido de decepción.

—Muy bien, duerma lo que quiera —dijo, volviendo a recostar a la joven—. Volveré.

Se volvió hacia la puerta y abandonó la habitación.

Maisey estaba cerca del ataque de nervios cuando le pidió el sombrero.

—¡Dios mío! —exclamó—. He estado sobre ascuas. ¿Qué diablos está haciendo?

Rocco se puso el sombrero y estiró su traje.

—He estado perdiendo el tiempo, del mismo modo que el dinero —dijo. Deslizó unos billetes en la mano de Maisey. La joven los cogió, llena de nerviosismo.

—Bien —dijo, con una sonrisa de alivio—. Por lo menos no es usted mezquino.

Ma Grisson salió del restaurante y se detuvo al ver a Rocco. Rocco levantó el sombrero por encima de su cabeza. Le gustaba demostrar que era hombre educado.

—Buenas noches, Ma —dijo—. Le estaba diciendo a Maisey lo guapísima que es.

Ma les miró a los dos. Su rostro carecía de expresión.

—No cree problemas a mis chicas —se limitó a decir.

La vieron subir por las escaleras. Rocco se secó el rostro con el pañuelo. Se dijo que no había sido cazado por muy poco.

Maisey observaba a la vieja con ojos de espanto. Rocco dio a la joven una palmada en la cadera.

—Más serenidad —murmuró—. No hay motivo alguno para asustarse.

Maisey apartó la vista de las escaleras.

—No vuelva a meterse en estas aventuras, por el amor de Dios —imploró.

Rocco le contestó con una delgada sonrisa que no comprometía

a nada. Salió del club y fue al Perro Cansado. Se sentó a una mesita y sacó su reloj. Iban a dar las diez. Pidió una botella de vino y llenó cuidadosamente el vaso con aquel tinto áspero. Apoyó la espalda en el respaldo de la silla y se estiró. Maisey le había cansado un poco. Las mujeres eran el diablo en persona, desde luego, pero ¿quién hubiera adivinado que aquella chica era tan apasionada? Sí, si el asunto terminaba bien, no descuidaría el trato con ella. Cogió el periódico que le ofrecía un muchacho y le dio una moneda.

—Ahorra, hijo —le dijo, mientras miraba los titulares—. Es difícil hacer dinero en estos tiempos.

El muchacho miró la moneda y lanzó un resoplido.

—Tiene usted muchísima razón, señor —contestó.

* * *

Ma Grisson, firmemente asentada sobre sus grandes pies, miró a miss Blandish tendida en la cama.

Había entrado silenciosamente y no había despertado a la durmiente. La vieja permanecía inmóvil, pensando en Slim. Trataba de meterse en el delgado cuerpo de Slim y comprender lo que su hijo sentía por aquella muchacha hundida en tan pesado sueño.

Sabía el peligro que suponía retener a la joven, pero también sabía todo lo que ésta significaba para su hijo. Se preguntó cuánto duraría aquella situación. No solamente cuánto tiempo Slim querría hacer el tonto con ella, sino también durante cuánto tiempo podría lograr que nadie se diera cuenta de que la joven estaba allí.

Encogió aquellos hombros macizos. Tan pronto como su hijo se cansara, habría que deshacerse de aquel estorbo. Esperaba que fuera pronto. Hasta unos nervios de acero como los suyos se doblaban ante el recuerdo de que allí había una prueba viviente que podía aniquilarles a todos tarde o temprano. Miró en su diminuto reloj de pulsera, absurdamente fuera de lugar en aquella enorme muñeca. Eran cerca de las tres. Se volvió hacia la puerta. Segundos después, estaba abajo. El club se hallaba ahora desierto. Maisey estaba poniéndose el sombrero y el abrigo y bostezaba de cansancio y de sueño. Ma se detuvo cerca de ella.

—Ten cuidado con ese italiano —dijo—. No nos quiere y puede hacernos daño.

Maisey miró a Ma nerviosamente.

—Claro que sí... —murmuró—. Yo no le doy ánimos en lo más mínimo.

Ma dirigió a la joven una dura mirada con aquellos ojillos brillantes.

—Bien, ya te lo he dicho. Es puro veneno para las chicas.

Maisey se enfundó en su abrigo y dio las buenas noches. Estaba contenta de poder alejarse de la vieja. La ponía nerviosa. Ma

observó partir a la joven y, a continuación, entró en el restaurante. La sala estaba desierta, salvo por Woppy, que dormitaba en una silla. La vieja le sacudió con rudeza.

—Tienes que sacar a la Blandish a dar un paseo —ordenó Ma—. Voy a prepararla. Muévete ya.

Woppy protestó con violencia.

—¡No quiero! Estoy rendido. ¿No puede dejar de pasear esta noche? Slim regresará mañana.

Ma ladeó su cabeza.

—Muévete, te digo. Slim quiere que la chica salga. Si no te gusta el trabajo, se lo dices a él.

Woppy se levantó, jurando entre dientes.

—No vayas por las calles principales y ve aprisa. No te detengas, pase lo que pase. Lleva el arma y estate siempre en guardia. Este paseo no tiene nada de agradable. No es una fiesta; recuérdalo.

—¿Por qué no lo hace Eddie? —gruñó Woppy.

—Eddie se ha ido con Anna —replicó Ma—. Ponte en marcha y cállate.

La vieja subió al piso superior y sacudió a miss Blandish con rudeza.

—Vamos —dijo—. Vamos, levántate. Vas a dar un paseo.

Miss Blandish se incorporó con presteza; su rostro, a causa de los nervios, hizo varias muecas. La joven saltó de la cama vacilante y se quitó su bata. Se vistió mecánicamente, bajo la vigilancia de Ma. La droga ya no le hacía tanto efecto y sentía verdadero terror cada vez que Ma se movía. Trató de imponerse a sus músculos, pero le fue imposible dominar aquel temblor. Su cuerpo era un ser independiente. Nada podía contra eso. Tomó el vestido que Ma le arrojó y permaneció inmóvil. Tenía miedo de pasarse el vestido por la cabeza, pues durante una fracción de segundo no sería capaz de vigilar a Ma. No quería apartar la vista de Ma ni un solo instante.

—Vas a salir con Woppy —dijo la vieja, pronunciando cada palabra lenta y meditadamente—. Pórtate bien. Si intentas la menor cosa, tendré que castigarte y hacerte mucho daño.

Miss Blandish asintió con un gesto. Sus huesos se volvían líquidos en su interior. Ya no sabía oponer resistencia. Bajaron por las escaleras. Ma sujetaba a la joven por el brazo. Woppy estaba fumando en el vestíbulo; tenía echado sobre los ojos su sombrero negro. Miró a las que bajaban y frunció el ceño. Ma le hizo entrega de miss Blandish y sacudió a ésta con violencia.

—Camina de prisa y mira siempre hacia adelante. Si Woppy tiene algún tropiezo, vas a pagarlo caro.

Woppy agarró firmemente a la joven por el codo.

—Vamos —dijo. Salieron a la calle; Woppy miró a ambos lados; la calle estaba pobremente alumbrada y desierta. Comenzaron a caminar rápidamente. Woppy odiaba aquella tarea. Estaba nervioso y, además, se caía de sueño.

Llevaba una mano en el arma, y ésta metida en el cinturón. Con la otra mano agarraba el codo de miss Blandish, con objeto de

poder orientarla fácilmente. La joven caminaba a su lado, mirando siempre hacia adelante. El aire de la noche era para ella muy agradable, pero ni una sola vez pasó por la imaginación aletargada la idea de desasirse. Su cerebro estaba todavía totalmente nublado por las drogas y Ma le infundía un pánico indescriptible.

Desde el otro lado de la calle, a la sombra de los árboles, Rocco vio desfilarse a la pareja. Llevaba en la mano un trozo de cañería de plomo. Reconoció a Woppy y se alegró de que Slim no hubiera vuelto todavía. Woppy sería víctima más fácil. Les dejó que se adelantaran un buen trecho y les siguió. Woppy estaba dando la vuelta a la manzana, manteniéndose en las aceras. De cuando en cuando, miraba por encima del hombro, pero las calles parecían desiertas. En el extremo de la calle, observó la presencia de un policía. Dio bruscamente media vuelta y, arrastrando a miss Blandish, se metió en una calleja lateral.

Rocco apresuró el paso. Aquella calleja era ideal. Se acercó rápida y silenciosamente. Woppy le oyó cuando era demasiado tarde. Dejó a miss Blandish y se volvió, pero fue para recibir el terrible golpe de Rocco. La barra de plomo rebotó en su cabeza. Cayó sobre sus manos con el sombrero negro incrustado en el cráneo. Rocco volvió a golpear. Golpeó con enorme violencia, echando el arma muy hacia atrás e impulsándola con todas sus fuerzas, como si tratara de romper una piedra con un martillo. Woppy no emitió sonido alguno. El tubo de plomo rebotó de nuevo e hirió a Rocco en la mano. No había necesidad de un tercer golpe. El sombrero negro comenzó a llenarse de sangre.

Miss Blandish quedó junto a la pared, sin hacer el menor movimiento. Tenía la boca abierta, pero no gritaba. Rocco arrojó al suelo el tubo de plomo. Pasó cuidadosamente por encima de Woppy y tomó a la joven por el brazo.

—¿Se acuerda de mí? —preguntó en un murmullo. La joven no le reconocía—. Voy a llevarla junto a su padre —continuó Rocco. Pero la joven seguía inmóvil, rígida y como helada. Rocco la cogió del brazo y la apartó de la pared—. ¡En marcha! —ordenó—. Tengo un coche al final de la manzana. —La joven retrocedió—. Venga, venga... —exigió Rocco, perdida ya la paciencia. Miss Blandish forcejeó débilmente y se desasjó. Rocco volvió para agarrarla—. ¿No comprende que estoy tratando de salvarla?

—Déjeme en paz —gritó la joven—. Tengo que volver. La vieja va a maltratarme.

—Olvídese de esa vieja —replicó Rocco—. Ya no la volverá a ver. —Comenzó a obligar a la joven a caminar. Miss Blandish resistió durante algún tiempo, pero acabó cediendo. Rocco tenía su coche en la sombra. Podía ver a un policía examinando las matrículas. Lanzó juramentos en voz baja. No quería que los policías metieran sus narices en el asunto. Si les hacía entrega de la joven, se apuntarían ellos el tanto y, además, le crearían más de una complicación. Podían incluso atribuirle el secuestro. Se colocó de nuevo bajo los árboles, arrastrando a miss Blandish. El policía no

parecía tener mucha prisa. Puso un pie en el estribo y se quitó la gorra. Rocco vigilaba en las sombras y, a su lado, miss Blandish temblaba como el azogue. El policía miró a ambos lados; después se puso de nuevo la gorra. Rocco observó cómo se alejaba el enemigo, pero siguió esperando. Después, cuando el agente dobló la esquina, llevó a miss Blandish al coche. La instaló en el asiento trasero y se sentó al volante.

La joven comenzó a golpearse las manos, como aplaudiendo, pero Rocco no hizo caso. Llevó el coche a gran velocidad y lanzó un suspiro de satisfacción cuando se vio en el garaje subterráneo. El lugar estaba desierto. Había una lucecita en el techo, pero el encargado se había ido ya a su casa.

Miss Blandish comenzó a llorar. Rocco obligó a la joven a salir del coche. Se dijo que no sería tarea fácil; estaba sudando un poco. Condujo a la joven al ascensor y subieron.

Sólo cuando cerró la puerta de su apartamento se sintió un poco seguro. Llevó a la joven a su dormitorio y encendió las luces. Miss Blandish quedó de pie, inmóvil, incapaz de todo. Su cuerpo temblaba convulsivamente.

—Quítese el sombrero y el abrigo —ordenó Rocco.

La joven siguió inmóvil. Rocco se acercó, le quitó el sombrero y le desabotonó y quitó el abrigo. A continuación, la condujo al diván.

Después, fue hasta la puerta y la cerró. A continuación, fue a la cocina e hizo café negro. Hizo una gran cantidad de café muy fuerte. Cuando volvió, encontró a la joven sentada, con las manos en el regazo, palmas arriba. Lloraba débilmente. Rocco le dio una gran taza de café y le obligó a bebería. Después, le dio una segunda taza. Se decía que tenía que despertar a aquel cerebro por el procedimiento que fuera.

Al cabo de un rato, la joven cesó de llorar. Rocco se sentó a su lado.

—Tiene usted que dominarse, muchacha —dijo.

—¿Qué es lo que tengo que hacer? —preguntó miss Blandish.

—Escúcheme —continuó Rocco—. Tiene usted que poner de nuevo en funcionamiento ese cerebro. Ha sido usted intoxicada con drogas, ¿comprende? Tiene que eliminar ese veneno.

La joven escuchaba a Rocco. Este continuó y repitió una y otra vez sus palabras; esperaba pacientemente que surgiera un signo de razonamiento. Miss Blandish trataba de comprender. Las nubes de su cerebro se disipaban gradualmente, pero iban apareciendo, también gradualmente, las tenues imágenes de una monstruosa pesadilla. Rocco insistió e insistió y repitió mil veces el nombre de la joven. Comprendió que estaba realizando progresos. Se levantó y buscó en un cajón. Dio a la joven una serie de periódicos que había conservado y en los que se relataba con grandes tipos el secuestro. La joven recorrió las páginas con interés creciente.

Rocco estaba frenético por la excitación. Finalmente, pidió a la joven el número de su teléfono. Y corrió al aparato en cuanto miss

Blandish le facilitó esa información con una voz distante y matizada por el terror.

* * *

El Airflow se detuvo cerca del Paradise Club. Su carrocería negra estaba cubierta de una capa de polvo blanco y las partes bajas apenas eran visibles bajo el barro.

Slim bajó con movimientos rígidos, seguido de Flynn. Doc les hizo un gesto y continuó con el coche. Los dos hombres se detuvieron un momento, observando cómo el coche se dirigía al garaje. Después, penetraron en el pasaje.

Acababan de dar las ocho y el sol brillaba sin excesivo calor. Slim se pasó la manga por el rostro. Un viaje en automóvil que duraba toda una noche no era una cosa cualquiera. Pensando en esto, llamó a la puerta. El portero, alelado por el sueño, asomó la cabeza y parpadeó ante la luz del sol. Slim le apartó y comenzó a subir las escaleras.

Ma estaba junto a la barrera. Había en su rostro una tensión de terror que Slim no había percibido nunca en ella con anterioridad. Slim miró a su madre y se detuvo. Uno de sus pies estaba un escalón más alto que el otro. Su larga y delgada mano agarraba la barandilla. Se detuvo y miró. Ma permanecía inmóvil y sus ojos menudos se achicaban, como si viera la muerte, en su hijo. Slim apretó la barandilla hasta que los nudillos se pusieron blancos.

—La chica ha desaparecido —dijo Ma.

Slim no avanzó el pie que tenía más bajo, sino que retrocedió el pie que tenía más alto y quedó firmemente en un escalón. Su mano abandonó lentamente la barandilla y buscó el arma. Ma continuó inmóvil, como una estatua, tosca y enorme.

—Habla —ordenó Slim.

—Woppy salió con ella y todavía no han vuelto.

Flynn les observaba desde el vestíbulo. Slim dio un paso hacia adelante y volvió a detenerse. En torno a su boca y llegándole hasta las ventanas de la nariz, apareció un círculo blanco.

—¿Qué has hecho? —preguntó sin alzar la voz. Su mano había encontrado la pistola y ésta se hallaba ya fuera de su funda. Los ojos amarillos brillaban.

—¿Qué puedo hacer? —contestó Ma, sin mover más que la boca—. A estas horas, la chica está en poder de los policías.

—¡Vieja bruja! —replicó Slim—. Todo es una maniobra tuya... La has matado, ¿verdad?

—Woppy salió con ella y no han vuelto —repitió Ma—. Razona un poco... ¿No tienes ninguna idea? —Ma sabía que tenía que distraer pronto a su hijo si no quería ser asesinada a tiros en aquel mismo sitio. Slim vaciló.

Flynn rompió la tensión al decir nerviosamente:

—Voy a llamar a Doc.

Slim bajó el arma.

—Salieron hace unas cuatro horas, ¿verdad? —preguntó.

Ma respondió con un gesto afirmativo.

—Los policías estarían ya aquí si fuera obra de ellos —continuó Slim. Subió vacilante por las escaleras y se apoyó en la pared. La impresión comenzaba a afectarle—. ¡Por lo que más quieras! Piensa tú también un poco. Aquí hay algo más que los policías.

—Anoche Rocco estuvo aquí. Yo vi cómo ponía unos billetes en la mano de Maisey.

Slim se puso tenso.

—¿Rocco? —repitió—. Ese tipo siempre estará dispuesto a hacernos una jugada. —Permaneció quieto, mirándose los zapatos cubiertos de polvo. Su boca relajada se abrió.

Doc y Flynn llegaron a toda prisa. Doc temblaba de pies y cabeza.

—¿La chica ha desaparecido? —balbuceó—. ¡Dios! Ahora vamos a caer todos.

Slim se volvió hacia él.

—Rocco estuvo anoche aquí y dio dinero a Maisey —dijo—. Creo que nos conviene charlar con esa chica.

Ma sintió un gran alivio. Temió que Slim hubiera hecho una sonada con ella.

—Tú y Flynn id a buscar a esa chica —dijo, de nuevo con su voz de mando—. Doc saldrá a la calle y verá qué noticias corren.

Slim bajó las escaleras corriendo, seguido de Flynn. Doc miró esperanzado a Ma.

—Escuche, Ma —dijo con vehemencia—. Huyamos antes de que comience algo superior a nuestras fuerzas.

Ma alargó el brazo y agarró a Doc por una solapa.

—Obedece —dijo—. Todos estamos metidos en esto y hay que dominar los nervios. Los polizontes no han asomado todavía y creo que es Rocco quien anda en el fondo de todo esto.

Doc se desasíó y salió a la calle.

Slim se introdujo en el apartamento de Maisey por medio de una ganzúa. Entró silenciosamente. Flynn esperaba afuera, todo tembloroso. Agarraba la culata de su pistola con fuerza tal que apenas podía resistir el dolor de la mano. Estaba dispuesto a disparar contra su propia sombra.

Maisey, tendida en su pequeño lecho, dormía pesadamente. Tenía la diminuta boca abierta y roncaba suavemente bajo la ropa de cama. Slim se deslizó en la habitación y se detuvo junto a la joven. Sus ojos amarillos brillaban en la penumbra. Puso su fría mano en la garganta de la joven y apretó; Maisey se despertó sobresaltada. Su grito no pudo salir de la garganta.

—Quiero hablarte —dijo Slim entre dientes—. Vamos, despierta.

Maisey, boca arriba, miraba aquel rostro contraído. Hacía el efecto de un conejo mirando a una serpiente.

—¿Por qué Rocco te dio anoche aquel dinero?

Maisey meneó la cabeza. Slim aflojó un poco la garra.

—Rocco no me dio ningún dinero —lloriqueó Maisey.

Maisey forcejeó, tratando de liberar su garganta

Slim le golpeó en la boca con la mano abierta.

—¿Por qué Rocco te dio anoche aquel dinero? —repitió.

Maisey forcejeó, tratando de liberar su garganta de aquella garra. Slim la sujetó con violencia y la joven sólo pudo agitar sus piernas. Slim golpeó otras dos veces. La nariz de Maisey comenzó a sangrar; la sangre manchaba la mano de Slim.

—Bien, bien... —balbuceó Maisey—. Rocco me dio el dinero porque me había entregado a él.

Slim enseñó los dientes; el rostro se contraía de odio.

—No digas tonterías —replicó—. Conozco a las de tu clase. Soléis cobrar al contado por esas cosas. ¡Vamos, habla!

—He dicho la verdad —gimió Maisey.

Slim buscó tras él y agarró las medias que colgaban de los hierros de la cama. Introdujo una de ellas en la boca de la joven y ató la otra en torno a la cabeza, a fin de que la mordaza quedara fija en su lugar. Se movía con rapidez y soltura. Apartó las ropas de cama, puso a la joven boca abajo y le colocó los brazos a la espalda. Maisey forcejeó desesperadamente, pero nada podía hacer. Slim sujetó las muñecas de la joven con su pañuelo y se apartó del lecho.

—Ahora hablarás, te lo aseguro —dijo.

Flynn, afuera, se paseaba lleno de nerviosismo. Sacaba constantemente su gran reloj de plata y miraba la esfera con ojos que no veían. Sentía cómo el sudor había empapado el fieltro de su sombrero. Se dijo que Slim estaba tardando mucho tiempo. Escuchó con el oído pegado a la puerta, pero no pudo oír nada. Hizo girar la manija y miró dentro de la habitación. Lo que vio le hizo echarse hacia atrás. Comenzó a jurar en voz baja. Bruscamente, Slim abrió la puerta y salió.

—La chica está en poder de Rocco, desde luego —dijo—. Me voy directamente allá. Escucha, Flynn. Esta zorra sabe demasiado y habla también demasiado. Tienes que eliminarla ahora mismo. Vas a darle un paseo que sea sólo de ida. Llévala al campo. No podemos permitir que la policía investigue en el club. Ponte en seguida en marcha.

Flynn observó cómo Slim bajaba rápidamente por las escaleras y, a continuación, penetró en la habitación de Maisey. La joven estaba tendida en la cama y gemía a través de su mordaza. Sus brazos mostraban circulitos rojos; eran los sitios donde Slim la había quemado con el cigarrillo. Flynn levantó a Maisey.

—Vamos, hermanita —dijo—. Te has puesto mal con Slim, pero quiero proporcionarte una oportunidad.

—Desató las muñecas y aflojó la mordaza.

Maisey se sentó en la cama, sujetándose los brazos y temblando de pies a cabeza.

—Vamos, hermanita —continuó Flynn—. Ponte encima algunas ropas. Tengo que llevarte junto a Ma.

—No iré —gimió Maisey—. Me matarán.

Flynn sonrió.

—No te calientes los cascos —dijo—. Quieren recuperar a la chica, eso es todo. Si la policía descubre su pista, todos tendremos que salir de estampida. Ma no quiere correr riesgos contigo. No podemos dejarte detrás. ¿No es razonable todo esto?

Maisey miró a Flynn recelosamente.

—Bien... De todos modos, no iré —dijo finalmente.

Flynn sacó su pistola.

—Si no vienes conmigo, tendré que tomar algunas medidas —observó con indiferencia. Maisey se levantó apresuradamente.

—Muy bien —murmuró nerviosamente—. Iré.

—En marcha —ordenó Flynn, sentándose en la cama.

La joven se vistió rápidamente bajo la fría mirada de Flynn. Algo le decía que no volvería a ver su habitación y temblaba como las hojas de un árbol y estaba a punto de desmayarse. Flynn tuvo que sostenerla al bajar las escaleras y al cruzar la acera con rapidez para no llamar la atención. La joven quedó instalada a su lado en el Airflow, toda temblorosa y en lágrimas. Flynn miró con indiferencia calle abajo y, por encima del hombro, dirigió después una mirada a través de la ventanilla trasera. Un grupo de hombres se acercaba, pero estaban todavía a cierta distancia. Por lo demás, la calle estaba despejada. Flynn observó a la joven. En seguida, señaló al techo del coche.

—¿Qué te parece esto? —preguntó fríamente.

La joven levantó la cabeza y miró hacia arriba. En ese momento, recibió un golpe violento en la barbilla. Cayó hacia adelante y Flynn instaló el cuerpo inerte en el piso. Puso el coche en marcha en el instante en que el grupo de hombres pasaba a su lado. El Airflow se dirigía al campo.

* * *

Rocco colgó de golpe el aparato. Había perdido toda una hora tratando de localizar a John Blandish. No lo quería admitir, pero comenzaba a preocuparse. Miró a miss Blandish, sentada en el diván. ¡Qué gran ayuda era aquella nena! Seguía hojeando los periódicos, leyendo y releendo la espeluznante historia. Sus manos temblaban de tal modo que tuvo que sujetarlas bajo los muslos y extender el periódico ante ella sobre la alfombra. La cabeza experimentaba constantemente bruscas sacudidas. Rocco se estaba poniendo nervioso.

—Escuche, señorita —suplicó—. Quiero ayudarla, ¿no comprende? ¿Qué demonios puedo hacer? Su padre está aquí, en algún sitio. He llamado a todos los números que me han facilitado, pero no puedo encontrarle. ¿No se le ocurre ninguna idea?

Miss Blandish pareció no oírle. Apartó el periódico bruscamente, como si fuese algo ignominiosamente sucio, y quedó sentada mirándose los pies. Rocco se acercó y le dio palmadas en

el brazo.

—Por amor de Dios... —comenzó. La joven se apartó de él.

—Déjeme en paz —dijo con fiereza.

—Muy bien, muy bien... —repuso Rocco, en tono contemporizador—. No se excite. Quisiera que usted se ayudara a sí misma. Quiero encontrar a su padre...

La joven le miró.

—¡No, no! —gritó. Y comenzó a golpearse las rodillas con los puños cerrados.

Rocco quedó perplejo.

—¿No quiere salir de esto? —preguntó—, ¿No quiere ver a su padre?

Miss Blandish comenzó a llorar. Su cabeza se agitó desconsoladamente.

—Déjeme en paz... —repitió, balanceándose de un lado a otro, como presa de un dolor agudo—. Déjeme en paz...

Rocco se tiró de los pelos.

—Tengo que hacer algo —exclamó—. Dentro de poco, tendremos aquí a toda la banda.

La joven se levantó y corrió a la puerta. Tiró desesperadamente de la manija.

—¡Abra! —gritó con voz aguda—. ¡Abra en seguida! ¡Quiero salir de aquí!

Rocco la apartó en los momentos en que comenzaba a golpear la puerta con los puños.

—Calma, calma... —dijo desesperadamente. La joven se desasíó y volvió a la puerta. Rocco comenzó a jurar, mientras apartaba de nuevo a la joven y la instalaba en el diván. Miss Blandish quiso gritar, pero Rocco le puso la mano en la boca. Sintió que los dientes trataban de morderle y apretó el rostro, de la muchacha, hundiendo los dedos en las mejillas.

—¡Cállese! —ordenó—. ¡Cállese! ¿Me oye?

La joven pareció calmarse un poco. Rocco aflojó las pinzas de su mano.

—Me está volviendo loco —dijo—. Quiero ayudarla y éste es el modo en que usted lo toma. ¿Qué mosca le ha picado, por el amor de Dios?

La joven no contestó. Temblorosa, miraba nerviosamente a todas partes.

—Voy a llamar a la policía —dijo repentinamente Rocco—. Ya he perdido demasiado tiempo.

—¡No! —gritó de nuevo la joven—. ¡Usted no hará eso!

—¡Oh, cállese! —Rocco apartó a la joven de un empujón y agarró el teléfono, sin dejar de observar a aquel manojito de nervios. Miss Blandish se abalanzó sobre él en el momento en que comenzaba a marcar el número. Rocco la apartó con un violento movimiento de su cuerpo. La muchacha perdió el equilibrio y cayó al suelo. Su mano quedó sobre el cable del teléfono.

—¡Deje eso! —gritó Rocco—. ¡Quite la mano de ahí! ¡Cristo! ¡Voy

a zurrarla como nunca he zurrado en mi vida! —La joven tiró del cable con todas sus fuerzas. Y el cable quedó desprendido de la pared en el mismo instante en que Rocco terminaba de marcar el número. La línea quedó cortada. Rocco miró a la joven y dejó caer en el suelo el inútil aparato.

—¡Zorra del demonio! —exclamó.

Miss Blandish huyó. Su rostro estaba pálido y reflejaba el espanto.

—¡Ira de Dios! —gritó Rocco—. ¡Usted está loca! ¡Tengo que marcharme de aquí! En cuanto a usted, puede saltar en pedazos... Grisson va a venir aquí desgraciadamente. Y no vendrá a una cita de amor, se lo aseguro... Se ha hundido usted misma.

—Usted se quedará aquí hasta que él venga —replicó la joven.

—¿Qué dices...? Tú... Tú... —Rocco no pudo encontrar las palabras que expresaran su indignación. Se dirigió furioso a la puerta—. Vamos, vamos, antes de que sea demasiado tarde. —Se detuvo junto a la puerta—. No querrá usted que la encuentre aquí y la lleve otra vez consigo, ¿verdad?

La joven hizo desesperadamente un gesto afirmativo.

—Sí —gimió—. No puedo hacer otra cosa. Debe venir... Usted no puede comprender. No puedo volver a ver a mi padre... después de lo sucedido. No puedo volver a ver a nadie...

Miss Blandish comenzó a llorar, balanceándose hacia atrás y adelante.

Rocco se acercó a ella. El sudor hacía brillar su cutis cetrino.

—¡Acabe ya con eso! —gritó con violencia—. Va a estar usted muy bien. ¿Qué misterio es éste? ¿Por qué no puede volver a ver a su padre? ¡No diga tonterías! ¡Vamos! —agarró a la joven del brazo, pero ella se desasíó con vigor desesperado. Rocco, exasperado, le lanzó varias maldiciones—. ¡Como quieras, bruja del demonio! —dijo finalmente—. Yo ya estoy harto. Me has dado ya demasiado trabajo y ahí te quedas. Yo me voy de aquí.

Miss Blandish corrió a la puerta y se apoyó en ella. Sus ojos miraban alocadamente a Rocco.

—Usted se quedará aquí —dijo—. Tiene que encontrarle aquí.

—¡Cómo te equivocas, bruja! Rocco fue furiosamente hacia ella. La joven se escurrió rápidamente y quedó en el centro de la habitación. Rocco buscó en su bolsillo, sacó la llave y la introdujo en la cerradura.

Repentinamente, miss Blandish levantó una silla ligera y golpeó con ella en la nuca a Rocco. Este vaciló, aturdido por el golpe. La joven trató de golpearle de nuevo, pero Rocco se apartó de la puerta con un rápido movimiento. Apretaba la cabeza con sus dos manos y trataba de salir rápidamente de su aturdimiento. La joven tenía ahora la llave en su poder. Rocco lo vio como entre la niebla y dio unos pasos vacilantes hacia miss Blandish. Esta pasó veloz a su lado. Rocco vio cómo la joven lanzaba la llave por la ventana abierta; sintió de pronto un miedo terrible. Se sentó bruscamente en el diván, con las dos manos siempre en su cabeza. La joven se

alejó de él todo lo que pudo y quedó arrimada a la pared, lamentándose.

—Voy a matarte por lo que has hecho —dijo Rocco—. ¡Loca estúpida!

El reloj instalado en la repisa de la chimenea dio las ocho. Rocco se sintió empapado de sudor. Se dijo que estaba atrapado en una ratonera. Sacó su pistola y observó el cargador. Miró a miss Blandish y, al cabo de unos segundos, se encogió de hombros. Aquella chica estaba completamente loca. Se levantó y miró por la ventana. Allá abajo, los vehículos se movían como juguetes. Se apartó bruscamente. ¡Dios!, estaba materialmente cazado.

Si hacía que alguien viniera a la puerta, aquella loca se lanzaría sobre él y hasta sería capaz de acusarle del secuestro. Si no salía, pronto se vería ante Slim. Bien, en todo caso, Slim no entraría fácilmente y sería quien recibiera el primer tiro. Rocco se acercó a la puerta y examinó cuidadosamente la cerradura. No había nada que hacer; él mismo la había elegido y era muy complicada. Volvió resignado al diván.

—Bien, ahora ha hecho usted una magnífica jugada —dijo—. Quiero poner las cosas en claro. Si rompo a tiros esta cerradura, vamos a tener compañía. Esta casa está llena de tipos curiosos que asomarán las narices en cuanto oigan los disparos. Muy bien. ¿Qué piensa usted decirles cuando aparezcan?

—No quiero ver a nadie —se limitó a decir la joven.

—Por lo que más quiera, ¿cuándo va a dejar de hacerse la Garbo y volver a la realidad? —replicó Rocco con impaciencia—. Ya le he dicho que quiero salir de aquí. Suponga que Slim no viene. ¿Piensa pasarse aquí toda la vida?

—Vendrá —contestó la joven.

Rocco se levantó y fue hacia miss Blandish. Esta retrocedió.

—Quiero ver hasta qué punto está usted loca —dijo Rocco, manteniendo la voz firme con un gran esfuerzo—. Usted sabe quién es, ¿verdad? —La joven hizo un gesto afirmativo—. Usted sabe que Grisson la raptó, ¿verdad? —La joven repitió el gesto—. Usted sabe que ha sido intoxicada con drogas, ¿verdad?

La joven miró a Rocco desesperadamente y contrajo un poco el rostro.

—Muy bien —continuó Rocco con impaciencia—. Déjese de tonterías. No le van a servir de nada. Está usted intoxicada y un poco chiflada, pero sólo un poco. Sencillamente, usted no sabe lo que quiere. Ahora bien, yo quiero librarla de Grisson y llevarla de nuevo junto a su padre. ¿No es algo bueno? Su padre tendrá una enorme alegría y usted volverá a ser feliz. Cuando vengan las gentes aquí, quiero que les diga cómo la he ayudado. ¿Me comprende?

Por encima del hombro de Rocco, la joven vio que la puerta de la cocina se abría silenciosamente. Abrió mucho los ojos. La puerta continuó abriéndose. Slim, empapado de sudor, había subido palmo a palmo por el montacargas. Sus ojos amarillos

estaban medio cerrados.

—¿Me comprende? —repitió Rocco. Pero todo le importaba ahora menos que nada. Sabía que Slim estaba detrás suyo y, sin embargo, no podía volverse. Comprendió que se estaba muriendo rápidamente, pero no podía impedirlo. Miró a miss Blandish, aquella belleza resplandeciente, aquellos ojos llenos de espanto. Se preguntó cuál hubiera sido su fin si no hubiese emprendido la aventura. Se preguntó por qué había querido hacer el Quijote con aquella loca. Se contestó que no había ignorado los riesgos y que los había aceptado. No quería morir. Por lo menos, no en la forma en que iba a morir a manos de Slim. Había visto antes el cuchillo asesino. De pronto, sintió que algo iniciaba su erección. Tampoco podía evitarlo. Vino de su interior, inesperadamente y como un alivio. Sintió por última vez aquel éxtasis apremiante que le había sido tan necesario en su corta existencia. Sus músculos cedieron a aquel requerimiento. Después, la hoja de acero lo borró todo...

* * *

Eddie estaba sentado en la cama, con la chaqueta del pijama abierto hasta la cintura. Colgaba de su boca un cigarrillo; estaba escuchando a Anna, quien bramaba enfurecida por la habitación. La completa indiferencia de Eddie se acercaba rápidamente a su fin. Anna era una chica magnífica cuando quería serlo, pero difícil de soportar cuando se ponía de mal humor.

Con su pijama rojo, la cabellera en desorden, Anna estaba al pie de la cama e increpaba a Eddie. Y Eddie apretaba los labios y observaba a la joven con los ojos entreabiertos.

—¡Y además —gritaba Anna—, es hora de que nos vayamos de aquí! Este pueblucho me está volviendo loca. ¿Qué crees tú que yo puedo hacer aquí? ¿Crees que voy a dedicarme toda la vida a ese numerito de desnudo? ¡No! Quiero tener éxito en la vida, ¿me oyes? No pienso quedarme con esta pobre gente tuya, obteniendo ingresos que darían vergüenza a alguien que viva del seguro de paro. Te lo aseguro. Y ten por cierto también que ya no soporto más bromas estúpidas de ese larguirucho con el que vas a todas partes...

Eddie le dijo agriamente a Anna que era hora de que se callara.

—¿No hay modo de que me dejes descansar? —agregó—. No cabe duda de que hablarán de ti muy pronto todos los periódicos. Todas las bailarinas de tu clase creen lo mismo. El mundo está lleno de chicas que enseñan todo lo que tienen... ¿Qué pasa con ellas?

Anna golpeó el hierro de la cama con el puño.

—Muy bien, señor guapo, ya que es ése tu modo de pensar, puedo seguir mi camino sin compañía. Quédate con toda esa turba, ya que tal es tu gusto. Yo estoy hasta la coronilla de todos ellos.

Eddie salió de la cama perezosamente.

—Estás cogiendo demasiados humos —dijo tranquilamente—. Creo que necesitas que te refresquen.

—¡Cállate, sapo inmundo! —gritó Anna—. ¿Crees que te tengo miedo? ¡Sólo faltaba! Todos vosotros valéis diez centavos la docena; ninguno vale más. Riley tenía más ideas que todos vosotros juntos.

Eddie se echó a reír. Se dijo que aquello era cómico.

—Claro que sí —dijo, inclinándose sobre la joven—. ¿Y dónde está ahora?

—Entre los ricos —replicó Anna—. Donde tú no estarás nunca.

Eddie volvió a reírse. ¡Qué diría Anna si supiera a qué profundidad bajo tierra estaba Riley!

—Vamos, nena —dijo—. Olvida todo esto. ¡Vaya! No dejamos de pelear estos últimos días.

Anna se apartó de Eddie con impaciencia.

—No tienes nunca la menor iniciativa —replicó con amargura—. Pasas el tiempo sin hacer nada. Te aseguro que me voy por mi lado.

Eddie se encogió de hombros.

—Haz lo que quieras —dijo con indiferencia—.

Hay muchas chicas ligeras de cascos dispuestas a ocupar tu puesto. No es malo del todo.

Arma se revolvió como una gata salvaje.

—¿Me llamas ligera de cascos? —gritó.

—¡No! —replicó Eddie con pesada ironía—. ¿Quién te ha llamado ligera de cascos?

Anna dio impulso a su mano y abofeteó a Eddie, cuyos labios sangraron ligeramente. Los ojos de Eddie brillaron. Tenía ganas de pelea y aquella chica lo estaba pidiendo. Se dirigió a sus ropas, amontonadas sobre una silla. Cuidadosamente, retiró el cinturón de sus pantalones, que cayeron al piso.

—Muy bien, nena —dijo tranquilamente—. Esto es lo que quieres, ¿verdad?

Arma se abalanzó sobre Eddie y trató de arañarle y golpearle, pero Eddie le apartó los brazos y la tumbó sobre la cama. Antes de que pudiera escurrirse, la azotó con el cinturón, haciéndole lanzar un grito de dolor. Trató de darle otro azote, pero la joven se desplazó rodando por la cama, se arrojó al suelo y se agazapó. Eddie dejó caer el brazo. Se sintió repentinamente aburrido de todo aquello. Se dijo que antes solía disfrutar con estas peleas, pero que ya no encontraba en ellas ningún aliciente. Arrojó al suelo el cinturón y pasó rápidamente por encima de la cama. Cayó sobre la joven antes de que ésta pudiera escurrirse. Anna quedó tendida en el suelo. Eddie la tomó en brazos y corrió con ella al cuarto de baño. La introdujo con violencia en la bañera vacía. Anna, con un movimiento instintivo, consiguió librar la cabeza, pero fue lo único que libró. Eddie abrió la ducha y retrocedió, dejando que el chorro de agua helada cayera sobre la joven.

—Eso te refrescará —dijo, con respiración anhelante. Anna

quedó debatiéndose en la bañera. Después de cerrar la puerta con llave, Eddie se vistió rápidamente, sin hacer caso del escándalo. Anna golpeaba la puerta y le lanzaba toda clase de injurias. Cuando estuvo preparado para salir a la calle, retiró la llave de la cerradura y se la pasó a Anna por debajo de la puerta. Después, salió corriendo de la habitación.

Cuando Anna irrumpió en ésta, vio que Eddie se había marchado. Quedó de pie, temblando de rabia y pateando el suelo. Se quitó el pijama y volvió al cuarto de baño en busca de una toalla. Sus ojos brillaban de furor y se vistió con movimientos bruscos y violentos. Se dijo que había terminado definitivamente con Eddie. Se marcharía sin más contemplaciones. Fue de cajón en cajón y sacó sus cosas con violencia. Las iba metiendo en dos maletas que sacó de debajo de la cama. Abrió su bolso y miró en el interior. El fajo de billetes le proporcionó cierta satisfacción.

Se dijo que Pete estaría contento de volver a tenerla a su lado. Pete era hombre de iniciativa y no permitiría, como otros, que la hierba creciera bajo sus pies. Bajó la tapa de una de las maletas y se arrodilló sobre ella, haciendo funcionar los cierres. En esto, sonó el timbre. Anna se levantó con impaciencia. Vaciló durante unos segundos antes de acudir a la puerta. Finalmente, se encogió de hombros y salió de la habitación. Abrió la puerta y se encontró con Brennan y otros dos hombres. Se puso en guardia. Aquellos individuos eran policías de pies a cabeza.

—¿Qué tal, Anna? —dijo Brennan con su franca sonrisa—. Queremos charlar un poco con usted.

Anna trató de cerrar la puerta, pero Brennan se adelantó y entró, seguido de los otros dos.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó Anna con enfado—. No tiene nada de qué acusarme.

—Claro que no... —Brennan se mostró muy escandalizado de aquella pregunta—. La jefatura sólo quiere hacerle unas preguntas... Cosas de rutina... Nada de particular, le aseguro.

Anna se llevó las manos a las caderas.

—Bien, diga a la jefatura que se vaya a tomar el fresco. Estoy muy ocupada.

—No seas tan arisca, Anna —suplicó Brennan—. Tenemos un coche abajo y todo terminará en unos minutos.

—Ya le he dicho que no puedo ir —replicó Anna con violencia.

Brennan miró a los otros dos y señaló con un gesto el dormitorio. Uno de ellos sacó una pistola y penetró en la habitación. Temía encontrar a Eddie allí. Volvió en seguida.

—Parece que se iban —dijo brevemente—. Con equipaje y todo.

Brennan levantó su sombrero y lo echó sobre los ojos.

—¿De viaje, Anna? —preguntó amablemente.

—Estaba preparando la colada de la semana —contestó Anna.

Brennan puso su gruesa mano en el brazo de la joven.

—Vamos —dijo—. Queremos ser buenos con usted.

Anna vaciló un momento. Después, se encogió de hombros.

—Muy bien, muy bien —exclamó con impaciencia—. Pero acabemos pronto.

Bajaron todos juntos en el ascensor y el ascensorista les observó con curiosidad. No decía nada, pero no cesaba de mirar. Anna le dijo al muchacho que con una cara así era difícil saber quién era el padre de uno. El muchacho se alegró mucho de ver salir del ascensor a la joven. Uno de los policías le hizo un guiño. "Bonita y amable, ¿verdad?", dijo. El muchacho contestó que era una zorra.

Anna se instaló en el coche y se mantuvo silenciosa y enfurruñada. Brennan estuvo hablando todo el tiempo. Charló de los últimos partidos de fútbol, pero no consiguió que Anna le contestara ni una sola vez. En una ocasión, Anna levantó la vista y le miró, Brennan sonrió. Pero la fría repugnancia que había en la expresión de la joven no desapareció ni un instante. Brennan se alegró de haber llegado a la jefatura.

Entraron en una sala de grandes proporciones. Fenner, sentado, fumaba. Saludó a Anna con la mano. La muchacha se detuvo en medio de la sala. Sus ojos eran duros como el granito.

—¿Qué tal, nena? —dijo Fenner—. Ya le dije que volveríamos a vernos.

—¿Qué significa esto? —preguntó Anna, volviéndose hacia Brennan—. ¿Quién es ese tipo?

Brennan sonrió. Dijo que era un invitado distinguido.

—Tome una silla —dijo—. Está usted en su casa.

Anna se sentó. Sus manos apretaban el bolso.

—Ha sido usted muy amable —dijo Fenner—. No voy a retenerla mucho tiempo. Quiero contarle una historia que le va a interesar.

—¿Qué significa esto? —repitió Anna. Pero nadie le contestó. Todos estaban sentados y mudos, muy complacidos, al parecer, de sí mismos.

—Quiero ser franco con usted —continuó Fenner—. Estamos investigando el secuestro de la hija de Blandish. Su amigo Riley inició el asunto. Usted sabe esa parte, por lo que no nos detenemos en ella. Lo que usted no sabe es que Grisson se enteró del asunto y creyó que éste era demasiado bueno para que otros se lo llevaran. Se dijo que Riley era demasiado insignificante para cosa de tanta monta, por lo que decidió intervenir y se apoderó de la chica en las mismas narices de su amigo de usted. En el asunto participaron su nuevo amigo Eddie y el resto de la banda. ¿Qué le sucedió a Riley? Usted se lo ha estado preguntando desde que el hombre desapareció de la escena. Se ha dicho a sí misma que Riley la ha abandonado, enamorado, sin duda, de esa miss Blandish. Llegó usted a calentarse de tal modo que optó por entrar en el grupo de Grisson. Y todo ese tiempo, Grisson ha tenido a la chica en su poder y se ha burlado de usted con todas las de la ley. ¡No se habrá reído poco ese Eddie!

Anna permanecía inmóvil en su asiento. Su cerebro trabajaba

intensamente.

—Bueno, ¿y qué? —dijo finalmente—. Suponga usted que eso es el Evangelio. ¿Qué saca de ello?

Fenner miró a Brennan. Señaló con un gesto a la pequeña puerta que había a la derecha de la sala. Brennan asintió con otro gesto.

—Lleven a miss Borg a ver la exposición —ordenó al agente que se hallaba de pie junto a la puerta.

—Por aquí, por favor —dijo el agente con una sonrisa.

—¿De dónde han sacado ustedes toda esa historia? —preguntó Arma con recelo—. No quiero ver nada. ¿De qué se trata, en todo caso? —Como si un pensamiento hubiera cruzado su mente, se puso muy pálida.

Fenner se echó hacia atrás en su silla.

—Entre ahí, hermana —dijo—. Hemos descubierto algo que tiene que interesarle mucho. Eche un vistazo y vuelva... Esperamos.

—¿Qué han descubierto ustedes? —Anna se estaba poniendo nerviosa. Su respiración se hizo anhelante.

Fenner le dirigió una sonrisa.

—No tiene motivos para asustarse —observó—. Entre y eche un vistazo.

Anna siguió al agente; avanzó arrastrando los pies. Fenner miró a Brennan.

—Surtirá efecto. Ya lo verá —dijo.

Quedaron sentados, a la espera. De pronto, oyeron que Anna lanzaba un grito. Era un grito breve, de repugnancia. No se movieron. Fenner jugaba con un lápiz. El asunto tenía que ser tratado con mucho cuidado.

La joven volvió con el rostro contraído por el horror. Fenner se le acercó.

—Tenga calma —dijo, conduciendo a Anna a una silla. La joven se sentó temblando de pies a cabeza. Después levantó la vista.

—¡Bastardo! —gritó.

Fenner no se inmutó y miró fijamente a la joven.

—Lamento lo sucedido —murmuró—. No están muy guapos, ¿verdad?

Anna se tapó el rostro con las manos. Fenner se dijo que la joven iba a marearse y ponerse enferma. Sin embargo, Anna resistió con un esfuerzo y dominó sus nervios.

—Sí —continuó Fenner, inclinándose hacia adelante—. Grisson acuchilló a Riley para apoderarse de la chica. Lo enterró cerca de la casa de Johnny. Aquélla era una oportunidad magnífica. Los quinientos mil dólares y el secuestro caían sobre un muerto. ¿Había nada mejor para Grisson? Y usted del brazo con Eddie. ¿Ha habido alguna vez persona más incauta?

¡Qué diversión para Eddie! Cada vez que se acostaba con usted, tenía que contener la risa. Tenían a la chica, tenían el rescate y Eddie la tenía a usted. Y usted no vio ni un centavo de todo ese

dinero, ¿verdad? Apostaría a que no, desde luego. Usted no sabía que a Eddie le habían correspondido cien mil dólares. ¡Qué cosa más bonita hubieran sido cien mil dólares en su falda! ¿No le parece? Todo lo que usted consiguió de Eddie fue un revolcón y una burla sangrienta cada noche.

"Muy bien. Ahora, tiene usted la sartén por el mango. Queremos entrar en la fortaleza de esa gente sin tener que librar una batalla. Queremos saber si está ahí dentro miss Blandish y usted puede enterarse de ello mejor que nosotros. Si efectivamente está dentro, queremos sacarla con vida. Queremos caer sobre esos pájaros tan rápidamente que no tengan tiempo de hacer uso de sus armas. Usted puede ahora intervenir de nuestro lado y arreglar cuentas con esos granujas. Saldrá usted del asunto con un expediente en blanco y con mil dólares que le darán por haber sido una buena chica...

Arma permanecía sentada, muy pálida y con un brillo salvaje en los ojos. Se hallaba a sí misma, en un constante murmullo. Fenner dejó que la tormenta se fuera incubando.

—¡Miserables bastardos hipócritas! —exclamó finalmente Anna—. Me vengaré de todos ellos, pero no por medio de ustedes. Nunca he cantado ante un polizonte y no voy a empezar ahora...

Fenner se sentó sobre la mesa, muy cerca de la joven.

—Usted no puede hacer nada por su cuenta sin correr el peligro de que la maten. ¿Para qué arriesgarse así? Puede usted recibir mil dólares y, al mismo tiempo, reírse de los que se han reído de usted. Piénselo. Tienen dentro a esa chica. Supongo que odiaría estar como esa desgraciada, a merced de los caprichos de un Grisson y un Eddie.

Anna miró al grupo que la observaba, pero no contestó nada. Fenner hizo un nuevo intento.

—Vamos, nena —dijo—. Piénselo un poco. Es una gran oportunidad para usted. Escuche lo que queremos saber. ¿Cómo podemos entrar ahí sin librar una batalla? ¿Existe algún procedimiento para sorprenderles? Si usted nos dice esto, todas sus cosas irán bien.

—¡Váyanse al cuerno, polizontes del demonio! —Tal fue la respuesta.

Fenner volvió a mirar a Brennan. El tiempo apremiaba y aquello no les llevaba a ninguna parte. Se acercó a Brennan y, cogiéndole del brazo, le llevó a un ángulo de la sala, lejos de Anna.

—Conozco el modo de dominar a esta chica —dijo en voz baja—. Saque a los muchachos. Déjeme unos momentos a solas con ella.

Brennan se mostró perplejo.

—¿Qué piensa usted hacer? —preguntó. Fenner le dio una palmada en el pecho.

—Saque a los muchachos. Váyanse todos. Déjenme actuar —dijo.

Brennan dio su asentimiento y se dirigió hacia la puerta. Hizo un gesto a los demás y todos salieron de la sala. Fenner observaba

a Anna. La muchacha seguía sentada en su silla con expresión de indiferencia. Parecía obstinada y dura, pero Fenner sabía cómo dominarla y se permitió una sonrisa.

—Riley lleva muerto más de cuatro meses —dijo, hablando rápidamente y en voz baja—. Recuerda las fechas. Poco después, se cometió un crimen en el Palace Hotel. Como recordarás, mataron a tiros a Heinie y el crimen fue imputado a Riley. Pero Riley no pudo disparar contra Heinie. La bala procedía de una pistola de calibre muy pequeño, del tipo de las que usan las mujeres. Tú estabas en el mismo piso que Heinie y sentías por él una gran debilidad. ¿No fue acaso el que denunció a Riley, tu amigo? Bien, suma todo esto y dame tu respuesta.

Anna estaba atenta ahora. Bajó la vista.

—Está usted loco —dijo.

—Tal vez —continuó Fenner—. La policía no ha pensado en esto todavía, pero yo sí. O juegas limpio conmigo o yo voy a recordar a Brennan la extraña muerte de Heinie. Quiero que tengas esto muy presente. No me importa lo que le pasó a Heinie. Ese granuja nada tiene que ver conmigo. Yo busco a la hija de Blandish. Dame lo que te pido y nada diré acerca de esa muerte. Es posible que Brennan descubra las cosas por su cuenta, en cuyo caso vas a pasar muy malos ratos, pero Brennan se halla ahora muy ocupado y no es de suponer que se dedique a ese asunto hasta pasado bastante tiempo. En todo caso, yo te proporcionaré la oportunidad de desaparecer con los mil dólares que Blandish te pagará como recompensa. ¿Qué me contestas?

Arma meditó durante unos segundos.

—¿Qué quiere que haga? —preguntó.

Fenner lanzó un leve suspiro. Las cosas se presentaban bien, en fin de cuentas.

—Quiero que vayas directamente, al club y averigües si la chica está dentro o no. Iré contigo y esperaré afuera. Es preciso saber si la chica está dentro. No podemos lanzar un ataque a fondo, sin saber dónde está la chica. ¿Harás esto?

—¿Cómo diablos puedo hacerlo? —replicó la joven—. Esa chica estará bien escondida y, como usted comprenderá, no me van a dejar meter las narices en el escondite.

Fenner se levantó.

—Ya encontrarás el modo —dijo sonriente—. Ese es tu papel en la representación. Es algo muy urgente. Pongámonos, pues, en marcha.

Abandonaron la sala juntos. Brennan se hallaba en el escritorio exterior. Fenner no se detuvo; se limitó a hacer un guñido a Brennan al pasar. Este les observó salir y se rascó la cabeza.

—¿Qué demonios pensará hacer ese individuo ahora? —se preguntó.

Fenner dejó que Anna continuara sola cuando llegaron a la calle. Antes de separarse, le dijo:

—Comprende que tienes que ser muy rápida. Entra, averigua lo

que interesa y reúnete conmigo en la esquina. Todo en un santiamén. ¡Corre, hermana!

Anna tuvo que llamar varias veces antes de que el portero abriera la mirilla. El portero vaciló un momento antes de abrir la puerta; finalmente, se decidió a hacerlo, aunque de mal humor. Anna subió rápidamente las escaleras. Y tropezó con Ma, quien salía en aquel momento del restaurante desierto. Ma se detuvo y su rostro adquirió una expresión dura.

—¿Qué demonios quieres? —preguntó con impaciencia.

Anna quedó sorprendida. Nunca había visto a Ma con expresión tan aviesa.

—Eddie y yo nos hemos peleado —explicó Anna, tratando de mostrarse tranquila—. Decidí venir aquí a buscarle. ¿Ha venido acaso?

Ma hizo un gesto negativo.

—Lárgate de aquí ahora mismo —dijo—. Eddie no está aquí. Y yo estoy ocupada.

En aquel momento Doc subía a toda prisa las escaleras. Estaba pálido y sudaba. Anna le miró, pero Doc no advirtió tan siquiera la presencia de la joven. Fue directamente al despacho pisando los talones a Ma y cerró la puerta. Anna quedó inmóvil. ¿Qué pasaba allí?

El ambiente era tenso y parecía cargado de dinamita. La joven vaciló, preguntándose qué debía hacer. El campo era suyo por unos instantes. Dio media vuelta y subió por las escaleras. Cuando llegó al descansillo, su respiración era anhelante. Se detuvo y miró por encima de la barandilla hacia el vestíbulo de recepción. Ma y Doc seguían en el despacho. La joven avanzó por el pasillo y llegó a la última habitación. Aquella puerta cerrada con llave nunca le había interesado. Había aceptado la explicación de Eddie de que se trataba de una habitación dedicada a depósito y almacén. La puerta estaba entreabierta; Anna miró aquel interior. Miró con atención creciente y su rostro adquirió una expresión dura.

¡Había sido miserablemente engañada! Allí era evidentemente donde tenían escondida a la chica. De un modo u otro, habían conseguido sacarla del club. Sus ojos se entrecerraron. Fenner tenía que saber aquello. Aceptaría la oferta y desaparecería con el dinero. ¡Bastardos hipócritas! Giró sobre sus talones y retrocedió rápidamente por el pasillo. Al llegar al descansillo se detuvo en seco. Ma estaba en el vestíbulo y miraba hacia arriba. Anna sintió que las piernas le flaqueaban. El rostro de la vieja no tenía expresión, pero sus ojillos mostraban un brillo homicida.

—Creo que te he dicho que te marcharas. ¿No es así?

—Estaba buscando a Eddie —balbució Anna. La joven trató de dominarse. Comenzó a bajar las escaleras, sin dejar de mirar a Ma. A mitad de camino, los nervios le fallaron. Se detuvo—. Le digo que estaba buscando a Eddie —repitió con voz temblorosa.

Doc salió del despacho y se unió a Ma. Los dos observaron a la

joven.

—¿Adonde vas ahora? —preguntó Ma.

Doc tocó el brazo de la vieja.

—Lo sabe —dijo en voz baja.

Anna lo oyó y perdió la cabeza.

—No sé nada de nada —exclamó—. ¿De qué están hablando?

—Vas a quedarte aquí —ordenó Ma.

—Claro —asintió Anna, completamente abrumada—. Me quedaré.

Fuera, Fenner esperaba con impaciencia. A medida que pasaban los minutos, esta impaciencia se transformaba en preocupación. Las cosas, sin duda, se habían torcido. Anna le había engañado o había sido atrapada. Los Grisson no eran gentes fáciles. Esperó todavía algún tiempo y finalmente decidió hacer algo por su cuenta. Volvió al coche y se dirigió rápidamente al apartamento de Anna.

* * *

Miss Blandish vio caer a Rocco lentamente al suelo. Se puso los nudillos en la boca, manteniendo ésta muy abierta. Se apoyó en la pared, mordiéndose los nudillos, porque no podía gritar y quería hacerlo. Rocco había caído de rodillas, con las manos extendidas sobre el suelo encerado. Quedó así durante unos segundos. Después, fue deslizándose cada vez más abajo, con las manos extendidas y separándose del cuerpo, como si estuviera nadando. Quedó tendido boca abajo, después de haberse despellejado la nariz al restregársela contra el suelo.

Slim observó a Rocco con indiferencia. Mantenía el ensangrentado cuchillo a un lado, colgado de sus dedos flojos; miró al hombre caído durante largo tiempo. Después, miró a miss Blandish. La joven se encogió, tratando de hundirse en la pared.

—Vas a venir conmigo —dijo Slim.

La joven volvió la cabeza para no ver a Rocco tendido allí. Rocco no sangraba. Miss Blandish no podía comprender por qué. Tenía ganas de decirle a Rocco que se levantara. Parecía absurdo que estuviera en aquella postura inverosímil. Pero hubiera sido inútil pedir a Rocco que se levantara. La joven lo sabía. Slim limpió el cuchillo en la chaqueta de Rocco. Era de color gris claro. La sangre la echó a perder. Slim se acercó a la ventana y miró a la calle.

Había mucho tránsito. El tiempo pasaba y las calles iban a ser peligrosas. Meditó un momento. Después miró a Rocco. El italiano era menudo. Delgado y no muy alto. Slim fue al armario, sacó un traje oscuro y lo tendió en la cama. Buscó en los cajones y encontró una camisa.

—Ponte esto —ordenó a miss Blandish.

Miss Blandish meneó la cabeza.

—Por favor... —comenzó.

—¡Hazlo! —insistió Slim. Sus ojos brillaban de odio.

La joven se quitó la blusa y, a continuación, con movimientos vacilantes, maniobró en su falda. La falda cayó. Slim comenzó a respirar anhelosamente. La joven percibió aquella mirada y retrocedió con terror.

—Sigue —ordenó Slim.

Miss Blandish cogió la camisa. Slim se acercó lentamente y la arrancó de las manos paralizadas. Frunció y avanzó los húmedos labios. Sus ojos estaban ciegos. Llevó a la joven hacia el diván e inició sus gemidos.

Un gran moscardón se posó en la mancha de sangre de la chaqueta de Rocco. Se frotó las patas delanteras y zumbó de excitación. Permaneció allí algún tiempo, disfrutando.

El silencio de la habitación fue turbado repentinamente por miss Blandish, quien clavaba frenéticamente las uñas en el mantón que cubría el diván.

* * *

Eddie pidió un abundante desayuno. Mientras comía, no dejaba de pensar en Anna. Se decía constantemente que aquello era insoportable, pero en lo más hondo de su espíritu deseaba que la joven se quedara. Se había acostumbrado a ella y era una chica espléndida cuando quería serlo. Apartó su plato con impaciencia y encendió un cigarrillo. Tal vez fuera preferible ver qué hacían los compañeros. ¡Qué conveniente sería que Slim se deshiciera de aquella miss Blandish! Con aquella chica podía suceder cualquier cosa en cualquier momento.

Se limpió cuidadosamente los dientes con un palillo. Tal vez fuera más seguro desaparecer antes de que las cosas se pusieran feas. Tal vez estuviera justificado el deseo de Anna. Tal vez Anna tuviera un presentimiento. Se levantó lentamente, empujando hacia atrás la silla con sus piernas. Hizo una señal a la muchacha que le atendía. La joven hizo la cuenta; escribió trabajosamente, sacando un poco la lengua. Eddie pagó en la caja y salió a la calle. Quedó vacilante a la luz del sol. No sabía si volver junto a Anna o ir al club. Decidió lo primero y cogió un taxi. También él tenía un presentimiento.

Estuvo esperando a que el ascensor bajara. El muchacho corrió la puerta y quedó asombrado de ver de nuevo a Eddie.

—Es inútil que suba —dijo—. Se la han llevado.

Eddie le preguntó de qué diablos estaba hablando. El muchacho agitó las manos con excitación.

—¡Así es! —exclamó—. Diez minutos después de marcharse usted, vino la policía. Se la llevaron en un coche.

Eddie quedó inmóvil. Su boca se contrajo nerviosamente. Su presentimiento había sido fundado.

—¡Óyeme bien! —dijo rápidamente—. No he vuelto,

¿comprendes?

El ascensorista sonrió, mientras Eddie sacaba algunos billetes.

—Sí, señor —contestó—. Usted no ha vuelto por aquí.

Eddie se volvió a toda prisa y ganó la puerta. Miró a la calle. No vio nada sospechoso. Meditó durante unos segundos. Grisson tenía que saber todo aquello: Anna no era de fiar en el estado en que la había dejado. Se dirigió a una cabina telefónica. Marcó el número con apresuramiento.

—¡Cuelgue eso! —dijo Fenner detrás de él—. Y quietas esas manos.

Eddie colgó el aparato. Miró por encima del hombro. Fenner estaba a su lado y con la pistola en la mano. La actitud era decidida.

—Lo necesito —continuó Fenner.

El ascensorista asomó su cabeza por el ascensor. Tenía los ojos muy abiertos. Aquél era un gran día para él. Eddie salió de la cabina con las manos en alto.

—No hay nada contra mí, agente —dijo.

—Soy clarividente. Si no tenemos nada contra ti ahora, pronto lo tendremos.

De atrás de la cabina, donde habían estado a la espera, salieron dos policías uniformados. Llevaron a Eddie al coche que les esperaba. Eddie se sentó temblando. ¿Qué había sucedido? Se hizo la pregunta mil veces. Metió la mano en su bolsillo y encontró un cigarrillo. Lo puso en sus labios, pero uno de los policías se lo tiró de un golpe.

—Duro el muchacho... —comentó Eddie, con sorna.

El policía sonrió.

—Así es —dijo.

Una vez en jefatura fueron directamente al despacho de Brennan. Este se paseaba por la habitación fumando un cigarro. Su aspecto era el de una fiera enjaulada; Eddie sintió que la boca se le secaba. Aquellos hijos de perra le tenían bien cazado. Quedó en medio de la habitación y miró sucesivamente de soslayo a los hombres que le rodeaban. Jugaba con el sombrero que tenía en sus manos.

Brennan se sentó a su mesa.

—Ya le tenemos, Schultz —dijo con brusquedad—. Díganos en seguida lo que sepa.

Eddie se encogió de hombros, pero sintió una gran debilidad en las piernas.

—No tienen nada contra mí —dijo—. ¿De qué me acusan?

—Le acusamos de haber raptado a la hija de John Blandish, y del asesinato de Riley, Bailey y Old Sam.

Eddie se dominó. ¡Diablos! Esta vez había saltado la tapa de la caja.

—Están ustedes locos. Esto no tiene pies ni cabeza.

Fenner se le acercó lentamente.

—¿No es verdad que eliminasteis a Riley para apoderaros de la chica? —preguntó.

Eddie miró a su alrededor con excitación.

—¡Les digo que están locos! —gritó.

Fenner alargó el brazo y dio un puñetazo a Eddie en la nariz. Dolió mucho, pero Eddie sabía soportar los golpes. Retrocedió un poco.

—Ustedes no pueden hacerme esto —gritó—. Quiero que venga mi abogado. Tengo derecho a un abogado y quiero hacer uso de mi derecho.

—No vas a salir de esto tan bien librado como crees —le dijo Brennan, envuelto en una nube de humo—. Vas a decirnos todo lo que sepas antes de recibir ayuda del exterior. Estamos acostumbrados a tratar con granujas como tú. No admitimos la intervención de vuestros abogados tramposos.

Eddie se volvió hacia Fenner.

—¿Quién es usted? —le preguntó con acento de provocación.

Fenner sonrió.

—Somos nosotros los que hacemos el interrogatorio —dijo—. Habla cuando se te ordene.

Brennan apretó el timbre durante largo rato. Hicieron su aparición tres policías uniformados. Eran tres hombrachones fornidos, con rostros grandes y colorados y cuellos de toro. Rodearon a Eddie.

—Este individuo se cree muy duro —dijo Brennan, con los codos en la mesa—. Llévadle afuera y charlad un poco con él.

Los hombres cambiaron sonrisas entre ellos.

—Ven, mocito —dijeron a Eddie.

Eddie pensó durante un instante librar batalla. Apretó los puños. Pero vio que todos esperaban que iniciara algo. Uno de los policías tenía en la mano una porra, sujeta firmemente a la muñeca por la correa.

Empujaron a Eddie hacia la puerta. Fenner siguió al grupo. Comenzaba a preocuparse. Pasaba el tiempo y tenía todavía muchas cosas que hacer.

Llevaron a Eddie a una pequeña habitación a prueba de ruidos. En el centro había una butaca maciza, fijada al suelo con pasadores de hierro. A Eddie le recordó la silla eléctrica. De brazos y patas colgaban correas de cuero.

—Siéntate —dijo Fenner, apoyándose en la pared.

Eddie retrocedió.

—¡Váyanse al diablo! No pueden tratarme así —gritó.

Uno de los policías le golpeó las rodillas con la porra. Eddie cayó hacia adelante. Otro se las golpeó desde atrás con el pie. Le agarraron mientras resistía al agudo dolor y le instalaron en la silla. Trabajaron con gran rapidez, fijando los brazos y piernas de Eddie con las correas. Después, se apartaron. Eddie les increpó. Las rodillas le dolían terriblemente. Fenner se le acercó.

—¿Quién mató a Riley? —le preguntó.

Eddie le escupió.

—Ya te he dicho... —comenzó.

Los policías le echaron la cabeza hacia atrás agarrándole por el cabello y uno de ellos golpeó su desnuda garganta con la porra. Golpeó con fuerza y tino. Eddie se puso en tensión bruscamente y forcejeó con las correas que le sujetaban. La silla crujía con sus movimientos. Luchaba desesperadamente, en busca de aire para sus pulmones. Su rostro se puso azul por el esfuerzo y Fenner pensó por un momento que el golpe había sido mortal. Observaron silenciosamente todas aquellas convulsiones. Gradualmente, el aire fue entrando en los pulmones de Eddie.

—¿Quién mató a Riley? —volvió a preguntar Fenner—. Vamos, suéltalo, granuja, o comenzaremos de nuevo.

Los policías metieron sus gruesos dedos en los cabellos de Eddie y volvieron a tirar con fuerza. Tiraban desde las mismas raíces de los pelos. Eddie sentía su cabeza en llamas. La cabeza fue echada hacia atrás, pulgada a pulgada. Eddie resistió desesperadamente con los músculos de su cuello, hasta que sus ojos, salidos de las órbitas, parecieron globos de los faroles del alumbrado. Cuando su barbilla señaló al techo, le golpearon de nuevo. La víctima creyó que esta vez le habían matado. Su garganta no daba paso al aire y sus pulmones silbaron. Con esfuerzo sobrehumano desprendió una de las correas que le sujetaban, pero le golpearon en la muñeca con la porra y su brazo cayó como muerto. No se dio cuenta de que le habían golpeado. Lo único que comprendía era que su brazo caía inerte y que las frenéticas órdenes que daba su cerebro para que la mano acudiera a la garganta no servían para nada. Los hombres se apartaron de nuevo, a la espera de que Eddie se recuperara.

—¿Quién mató a Riley? —preguntó Fenner.

—No lo sé... —gimió Eddie—. Se equivoca usted, señor. Por Cristo vivo, déme un respiro.

A continuación le golpearon dos veces en las rodillas. Llevaron la porra hacia atrás y golpearon con enorme fuerza. Eddie se mordió furiosamente los labios, pero no dijo nada. Fenner se puso muy serio.

—Dejen ya de jugar con él —dijo a los policías—. Como ven, este individuo es muy duro. Ustedes tienen que serlo también.

Uno de los policías se quitó la guerrera de su uniforme. Eddie le observó con el terror reflejado en los ojos. Comprendió que iban a hacerle trizas. Comprendió que no sería capaz de resistir lo que le esperaba. Aquellos hijos de perra continuarían hasta que hablara. Crispó su mano sana y forcejeó sin soltarse. El dolor de las rodillas y la garganta le volvía loco.

—Ustedes no pueden hacerme esto... —se lamentó—. ¿Es que quieren matarme?

Vio al policía que se le acercaba con la porra en alto. Trató de apartar la cabeza, pero una luz cegadora le dejó aturdido.

Fenner observó aquel trabajo durante largo tiempo. De pronto, Eddie se hundió sin sentido en la butaca. Uno de los policías cogió un cubo de agua y lo arrojó al rostro de Eddie. La impresión del agua hizo que recuperara el sentido. Fenner hizo una seña para que los policías retrocedieran.

—¿Quién mató a Riley? —preguntó inclinado sobre la víctima, sacudida por constantes escalofríos.

—Fue Slim... —dijo Eddie con voz débil—. Slim los liquidó a todos...

—¿Dónde está la chica?

—Slim la tiene... Siempre la ha tenido en el club... No me toquen más... Déjenme en paz...

Fenner giró sobre sus talones.

—Sáquenlo de aquí —ordenó—. Tenemos que marcharnos.

Corrió al despacho de Brennan, quien comenzaba a estar nervioso y levantó esperanzado la vista al darse cuenta de que el suplicio había terminado.

—Slim tiene a la chica en el club —dijo Fenner rápidamente—. Ya lo sabemos todo. Ahora, no tenemos ni un minuto que perder. Reúna a su gente y vayamos allá.

Brennan abrió un cajón y cogió una pistola. Tras observarla, se la metió en un bolsillo. Después, salió de su despacho a toda prisa. Fenner le oyó gritar órdenes en la sala de guardia y corrió tras él.

* * *

Slim bajó a miss Blandish hasta el nivel de la calle por el montacargas. Era una tarea muy arriesgada, pero Slim estaba desesperado. Se deslizó tras la joven y la sacó del reducido espacio en que había quedado encajonada, con brusquedad, sin contemplación alguna. La abundante cabellera de la joven había quedado recogida bajo el sombrero negro que Slim le había echado sobre los ojos. Miss Blandish caminaba vacilante. Slim le había proporcionado una buena dosis de alcohol. El aspecto de la joven era muy raro y Slim estaba nervioso. Su mano no abandonaba la culata del arma. Slim se decía que el disfraz sería suficiente, una vez sentada la joven al coche, pero no mientras se desplazaran por la calle. Sólo un tonto podía dejar de comprender que se trataba de una chica disfrazada. El Airflow estaba al final de la arboleda. Slim tomó a la joven del brazo.

—Voy a abrirte la portezuela —dijo Slim. La joven no contestó y Slim continuó—: Acércate en cuanto la veas abierta. Entra en el coche y no te detengas en ningún momento.

Dejó a la joven y cruzó la acera. Entró en el coche y puso el motor en marcha. Se inclinó a un lado y abrió la portezuela. Blandish corrió hacia el coche con la cabeza baja. Slim había maniobrado entretanto con las palancas, de modo que, en cuanto la joven entró, el coche partió rápidamente. Slim miró por el

espejo, pero la calle estaba tranquila. Sólo les había observado una vieja, pero eso no contaba. Slim dijo a miss Blandish que se sentara lo más hundida que pudiera.

El Airflow se dirigió velozmente al club. De pronto, funcionaron los frenos y disminuyó la marcha. El aire estaba ahora rasgado por las sirenas de la policía. Slim observó que le adelantaban cinco coches, todos llenos de policías. Llevó el Airflow junto a la acera y disminuyó la velocidad a treinta por hora. Llevaba el arma preparada y maldecía en voz baja. Los coches de la policía pasaron raudos, uno tras otro. Se dirigían al Paradise Club.

Slim siguió detrás de ellos cautelosamente, diciéndose que no era él el perseguido. Al acercarse, se dio cuenta con gran alarma de que los policías se estaban concentrando frente al club. En una rápida maniobra, metió al Airflow en una calle lateral. De pronto, oyó un grito y vio que un policía motorizado le seguía. La calle estaba muy animada. Al verle, jurando siempre en voz baja, Slim arrimó el coche a la acera y se detuvo. Se apoyó en el costado del coche, escondiendo el arma con su cuerpo. El policía se acercó con extraordinaria rapidez. Asomó su roja cabeza de irlandés dentro del coche.

—¿Qué significa esa prisa? —preguntó.

Slim procuraba esconder con su cuerpo a miss Blandish.

—No tengo prisa alguna —contestó—. Quería dejar vía libre a sus compañeros. ¿Qué es esto? ¿Una partida de caza o algo así?

—Salga usted de ahí —ordenó el policía.

Los ojos de Slim se pusieron más amarillos. El policía abrió la portezuela.

—Salga usted de ahí —replicó.

Slim dejó que el agente mirara hacia abajo. El arma disparó con terrible estruendo. El policía se dobló en dos, llevándose al vientre las manos enguantadas. Los guantes se enrojecieron. Slim lanzó su coche hacia adelante. La gente de la calle comenzó a gritar, pero nadie se movió. Habían visto antes tiroteos callejeros y sabían que lo más seguro era quedarse quietos.

Fenner bajaba de su coche en el mismo momento en que el policía era asesinado. El ruido le hizo volver la cabeza. Vio al Airflow que corría calle abajo, dispersando al resto del tránsito. Vaciló, pero se dijo que su obligación era sacar viva de aquel lugar a la joven. Se acercó corriendo al policía y comprobó que estaba muerto. Brennan se le unió.

—¿Qué demonios ha sido esto? —preguntó.

Tres policías motorizados corrían detrás del Airflow. Pudieron oír cómo las explosiones de los motores morían en la distancia.

Fenner se encogió de hombros.

—Era uno de los granujas —dijo con inquietud—. Espero que no le dejen escapar.

Brennan parecía preocupado.

—Mis hombres no pueden entrar en el club —dijo.

Fenner lanzó una maldición.

—Creo que tenemos en nuestras manos una tarea muy difícil —observó—. No parece que esa chica tenga muchas probabilidades de salir con vida.

—Tendrá que aceptar lo que venga —replicó Brennan—. Tenemos que entrar ahí y será necesario proceder sin contemplaciones.

Llegaban más policías. Llegó también, con gran alboroto, un coche de bomberos. La calle quedó congestionada con multitud de curiosos. La policía les hacía retroceder y dejaba libre un gran espacio frente al club.

A la primera señal de que la operación se ponía en marcha, las ventanas del club se cerraron con pesadas persianas de acero. Un policía decidido lanzó una bomba de gases, pero la persiana estaba ya echada y el proyectil hizo explosión en la calle, con lo que aumentó la confusión.

Fenner se acercó corriendo a Brennan.

—Déme unos cuantos de sus hombres —dijo—. Creo que podremos abrirnos paso por el tejado.

Brennan se mostró de acuerdo.

—Sí —dijo—. Es una buena idea. Pueden llegar al tejado por el edificio inmediato. Usted ataque por ahí y yo haré que varios de mis hombres retengan a esa gente aquí delante.

Dio órdenes con un altavoz y varios policías cruzaron la calle y golpearon los paneles de acero con sus porras. Provocaron un terrible estrépito, pero nada más. Fenner observó la maniobra durante unos segundos. Después salió corriendo seguido de varios agentes. Mientras cruzaban el espacio libre frente al club, alguien abrió fuego con una Thompson. Las balas rebotaron a los pies de los que corrían. Uno de los policías lanzó un grito, se detuvo y dobló las piernas. Fenner siguió corriendo hasta verse fuera del campo de tiro. La Thompson volvió a disparar y cosió con sus proyectiles el cuerpo del policía tendido en el suelo. Desde detrás de sus vehículos blindados, los otros policías replicaron a la agresión. El tableteo agudo de las Thompson y el choque de las balas que se estrellaban en las persianas de acero añadían su estrépito al clamor de la excitada multitud y al gemido de las sirenas de la policía, cuyos coches seguían llegando.

La casa inmediata al Paradise Club era el hotel Lexham. Era un edificio alto y estrecho, que se elevaba un par de pisos por encima del club. Fenner subió rápidamente por las escaleras del hotel, en cuyo vestíbulo, varios policías, arma en mano, vigilaban con ceño adusto. Fenner no se detuvo hasta llegar al último piso. Los policías que le seguían llegaron jadeantes segundos después. Fenner abrió una claraboya del desván y pasó al tejado. Allí abajo estaba el tejado del Paradise Club. Fenner pasó sus piernas por encima del parapeto y se agarró al cañón de una chimenea. Bajó a toda prisa, raspándose las manos y desgarrándose el pantalón en las rodillas. Los otros le siguieron más lentamente. Podían oír el

golpear de las porras en la puerta principal y el fuego intermitente de las ametralladoras.

Los policías atacaron el tejado con barras de hierro, pulverizando las tejas y poniendo al descubierto el cielo raso. No hizo falta mucho tiempo para abrir un gran agujero en el yeso. Uno tras otro, descendieron a una habitación pequeña y oscura. Fenner sacó su pistola.

—Esto no va a ser un paseo —dijo. Se volvió hacia uno de los policías—: Vuelva por donde hemos venido y diga a la gente que estamos ya adentro. Envíe más hombres. Pronto.

Esperó a que el hombre pasara al tejado por el agujero. Después, abrió suavemente la puerta y penetró en el pasillo. Quedó inmóvil, a la escucha. Oyó que alguien lanzaba juramentos obscenos en el piso de abajo. Vaciló un momento, con la pistola firmemente en su mano. Dos de los policías que le seguían llevaban pistolas ametralladoras en bandolera. El tercero llevaba un lanzagases.

Fenner avanzó de puntillas hasta el descansillo de la escalera. Comenzó a bajar y se dio cuenta de que sudaba copiosamente por los sobacos. De pronto, apareció Flynn. Intentó esconderse apresuradamente en una esquina. Vio a Fenner en el mismo instante en que Fenner hacía fuego contra él. Flynn levantó los brazos en gesto dramático, como un cantante italiano que lanza una nota muy alta. Cayó hacia atrás, con un grito ahogado. Fenner volvió a disparar contra él. Bajó de un salto las escaleras que quedaban. Estaba procurando recuperar el equilibrio cuando Doc apareció por la puerta del fondo del pasillo. Sin embargo, consiguió echarse de bruces en el momento en que Doc disparaba. Los dos policías de la escalera replicaron con una granizada de balas. Doc tuvo el tiempo justo de arrastrarse y ponerse a cubierto. Las balas abrieron numerosos agujeros en la puerta.

—Calma ahora —murmuró Fenner, todavía tendido en el piso—. Estos granujas van a luchar hasta la muerte.

Doc cerró la puerta y comenzó a disparar a través de los paneles, con objeto de impedir que sus enemigos se acercaran. Los policías contestaron con otro diluvio de fuego que convirtió toda la puerta en un colador. De pronto, oyeron que Doc lanzaba un grito. Fenner se incorporó y abrió la puerta de un puntapié. Hallaron a Doc refugiado y acurrucado en un ángulo; manaba de su boca abundante sangre. Les miró con ojos vidriosos y trató de levantar el arma, pero el esfuerzo era ya excesivo para él. El arma escapó de su mano y cayó con ruido sordo junto a su cuerpo. De pronto, sus ojos bizquearon espantosamente.

—Y van dos —dijo Fenner.

Salieron de la habitación y se detuvieron vacilantes en el pasillo.

—Miren en las habitaciones —ordenó Fenner—. Tenemos que encontrar a esa chica.

Recorrieron lentamente el pasillo, deteniéndose en cada puerta. Era un trabajo que le ponía nervioso y Fenner se alegró al verlo

terminado. La última habitación era indudablemente la que había guardado a miss Blandish, pero estaba vacía.

—Aquí es donde guardaban a la chica —dijo Fenner—. Pero la chica ha desaparecido.

Se dirigieron de nuevo al descansillo de la escalera.

—Ahora es cuando vamos a encontrar al resto de los pájaros —dijo uno de los policías con inquietud—. Tengo ganas de estrechar la mano a esa vieja.

Fenner sonrió.

—A ustedes les toca meter las balas antes que ella —advirtió.

Ma Grisson les observaba venir desde atrás de la barrera de la guardarrope. Tenía una Thompson en sus enormes manos y sus ojos brillaban como el vidrio. Su rostro se retorció en un gesto de odio y jactancia. Iba a dar tanto como pudiera recibir.

Fenner percibió un leve movimiento en la barrera cuando llegó a la mitad del tramo. Lo percibió porque su vista era muy aguda. El delgado tubo de la Thompson pasó lentamente por encima del borde. Fenner lanzó un grito y se arrojó escaleras abajo, cayendo con estrépito sobre manos y rodillas. Oyó el tableteo de la Thompson. Los policías, paralizados por el grito, fueron pillados al descubierto.

Fenner, apoyado contra la barrera, vio cómo los tres agentes caían bajo el diluvio de fuego. Uno de ellos trató de retroceder escaleras arriba, pero fue alcanzado por una nueva ráfaga. Fenner apoyó su mano en la barrera y sintió el frío del acero. Enseñó los dientes. Aquello era algo grande. La vieja a un lado de la barrera y él al otro. Comprendió que tenía que permanecer allí hasta que llegara alguien a prestarle ayuda.

—Escucha, preciosa —dijo—. Tengo un arma y sé cómo usarla. Ten calma, pues. No puedes tirarme antes de que yo te tire, y creo que a mí me pasa lo mismo. ¿Por qué no eres una buena chica, entregas el arma por encima de la barrera y tomas las cosas con resignación?

Ma lanzó una maldición. Fenner permaneció inmóvil, medio tendido boca arriba, en observación del borde de la barrera. Tenía el arma preparada.

—Vamos —continuó—. Entrega el arma y acepta lo que venga, viejita.

Ma se desplazó lentamente al otro lado de la barrera. Se movió centímetro a centímetro hasta ponerse de pie. Fenner estaba tan pegado a la barrera que la vieja no podía verle. Fenner vio de pronto a su enemiga reflejada en el espejo de la pared de enfrente. Ella le descubrió al mismo tiempo. Ambos quedaron mirándose en el espejo. Ninguno de ellos podía disparar y se limitaban a observar sus imágenes reflejadas, pendientes del menor movimiento.

—Como en el cine, ¿verdad? —comentó Fenner.

El rostro de Ma se contrajo de nuevo.

—No escaparás, bastardo —gritaba, la vieja.

—Bien, pero no se quede ahí toda la noche. Comience, si quiere.

Desde lo alto de las escaleras, Brennan les observaba. Ma estaba ahora al descubierto, pues su atención se concentraba en Fenner. Brennan levantó el arma, pero el leve movimiento fue percibido por la vieja, quien levantó la Thompson y lanzó ráfaga tras ráfaga. Brennan apenas tuvo tiempo de ponerse a cubierto mientras las balas astillaban la madera de las sillas.

Fenner aprovechó la ocasión y se arrastró rápidamente por el suelo, observando siempre a Ma, quien le tenía momentáneamente olvidado. Llegó al restaurante y se incorporó en cuanto dobló la esquina. La sala estaba a oscuras y Fenner se preguntó si Slim estaría escondido allí. Había que correr aquel riesgo, pero Fenner sintió un escalofrío que le recorrió toda la columna vertebral. Oyó que Brennan se tiroteaba con la vieja y dejó que todo siguiera así por el momento.

Se acercó al interruptor y encendió la luz. La sala apareció ante su vista. Estaba desierta. Avanzó cautelosamente hasta el despacho de Ma. De pie en la puerta creyó por un momento que su investigación había terminado. Allí, tendida en el suelo y con la cabeza oculta por la mesa, había una muchacha. Después vio que era Anna. Llevaba muerta algún tiempo. Alguien había disparado contra ella a bocajarro. Examinó el despacho y lanzó un juramento. Slim y miss Blandish habían conseguido desaparecer de algún modo.

De pronto, hubo unas terribles ráfagas en el vestíbulo. Se hizo el silencio. Fenner oyó que Brennan daba un grito. Retrocedió cautelosamente hasta la entrada del vestíbulo y asomó la cabeza por el ángulo. Brennan bajaba las escaleras.

—Está liquidada —gritó—. La cacé cuando se le acabaron las balas.

Fenner levantó los brazos con desesperación.

—La chica no está en el edificio —dijo con voz cansada—. Tampoco hay la menor señal de Slim.

Brennan dio órdenes a sus hombres para que registraran todo el edificio, pero Fenner se dijo que aquello era perder el tiempo.

—Le aseguro que no están aquí —advirtió con impaciencia—. He entrado en todas las habitaciones de arriba y he mirado por aquí abajo. No hay otro sitio donde hayan podido esconder a la chica.

—Bien, entonces están al aire libre —replicó Brennan—. Volveré a jefatura para llamar a todo el mundo. No tardarán en caer. Cuando estas ratas salen de sus guaridas, es fácil cazarlas.

Fenner salió a la calle con Brennan. La multitud seguía observando el drama con excitación. Brennan fue rodeado por un anheloso grupo de periodistas en cuanto pisó la acera.

—Muy bien, muchachos —dijo con impaciencia—. No me entretengáis ahora. Venid a jefatura y allá se os dará todo el relato. Ni la chica ni Slim están aquí.

No se detuvo al hablar y se abrió paso a codazos hasta el coche, seguido de Fenner.

En jefatura hallaron al sargento de guardia muy emocionado.

—Los muchachos han localizado a Slim —dijo con excitación—. Va a toda marcha en dirección a Kansas. Todas las carreteras están vigiladas, pero no le han cazado todavía.

Un motorista, con varios cortes en el rostro y el uniforme hecho trizas, se agarraba una muñeca dolorida sentado en una butaca. Se puso en pie cuando Brennan le miró.

—Fue Slim quien mató a Murphy inmediatamente antes de la operación —dijo—. Le seguimos durante varios kilómetros, pero su coche es muy rápido. Nos ganó la carrera. Yo tuve un reventón, pero volví a jefatura y di cuenta de la dirección que llevaba ese granuja.

Brennan aprobó con un gesto. Cogió a Fenner del brazo y le condujo hacia su despacho. Fenner se volvió y preguntó al policía:

—¿Iba solo?

El agente meneó la cabeza.

—Llevaba a un tipo pequeño con él.

—¿No era una muchacha?

—No, a menos que estuviera vestida de hombre. Nunca estuve lo suficiente cerca para verlo.

Brennan se detuvo con impaciencia Junto al despacho.

—Parece como si Slim estuviera a punto de ganarnos la partida en la etapa final.

—Bien, déjese de profecías —replicó Fenner terriblemente excitado—. ¿Qué diablos podemos hacer ahora?

* * *

Durante aquella loca carrera hacia campo abierto, miss Blandish se mantuvo acurrucada en su asiento, mirando hacia adelante pero sin ver nada.

Slim agarraba el volante con las dos manos y hacía correr velozmente al Airflow, obligando a todos los vehículos a cederle paso. Su blanda boca colgaba, abierta, y su piel brillaba a causa del sudor. Oía el gemir de las sirenas detrás suyo, pero no miró ni una vez al espejo retrovisor. El campo abierto estaba delante suyo y, si llegaba a él, estaba seguro de adelantarse a todos. El Airflow tenía un motor poderoso. Hizo girar rápidamente el volante; doblaba un cruce. Las ruedas de un lado se levantaron y, al cabo de un segundo interminable, volvieron al suelo con un ruido sordo. El coche no disminuyó la velocidad.

Por una calle lateral apareció bruscamente otro coche. El Airflow no disminuyó su marcha; pasó bramando junto al vehículo, cuyo conductor, a un centímetro de la muerte, quedó aterrorizado. Slim dejaba atrás la ciudad. Al final de la calle había en funcionamiento luces de tránsito. Acababa de aparecer la luz roja. Slim presionó furiosamente su bocina. Esta lanzó su desesperada advertencia. Al mismo tiempo, Slim exigió al coche su

máxima velocidad. El Airflow bramó, lanzándose directamente contra la luz roja.

Los coches que cruzaban oyeron los bocinazos y pusieron en funcionamiento sus frenos. Pero un conductor perdió la cabeza y siguió su marcha. Slim le rozó al pasar, pero consiguió mantener al Airflow en su camino. Ya estaba en terreno despejado. Las calles muy concurridas habían quedado atrás y las ruedas corrían ahora por la ancha vía que llevaba a campo abierto. Las sirenas de atrás se hicieron amenazadoras; Slim oyó un disparo. El Airflow había sido construido en Chicago y los fabricantes habían procurado que pudiera reírse de las balas.

Slim miró por el espejo. Había allí detrás dos policías motorizados; ambos se inclinaban sobre las guías de sus motocicletas. Uno de ellos gritaba. Slim continuó presionando el acelerador. A aquella velocidad no podrían alcanzarle. De pronto, oyó un ruido agudo y sonrió. Uno de los policías había tenido un reventón. Miró de nuevo por el espejo. A lo lejos, a una distancia que aumentaba rápidamente, vio que una de las motocicletas se detenía. Pero el otro policía continuaba tenazmente la persecución. Slim disminuyó la presión sobre el acelerador, en forma que la marcha del coche se redujo considerablemente. El motorista se acercó como una tromba. Disparó dos veces contra Slim. Los proyectiles formaron una tela de araña en el cristal a prueba de balas, pero eso fue todo. Slim enseñó los dientes e hizo girar el volante primeramente hacia la derecha y después hacia la izquierda.

El costado del coche golpeó a la motocicleta y Slim casi perdió la dirección. Lanzando maldiciones, se aferró al volante. Cuando dominó de nuevo el coche, presionó una vez más el acelerador. El motorista se había precipitado a una zanja y había desaparecido. La carretera estaba ahora desierta, pero Slim mantuvo su velocidad.

Sin perseguidores inmediatos que le acosaran, podía pensar. Miró a miss Blandish, quien seguía inmóvil como una estatua. Se dijo que ahora era un fugitivo, que le habían puesto al descubierto y que todo iba a ser muy duro en adelante. Sabía lo que esto significaba. Aquella chica iba a ser un puro veneno. Pero no se desprendería de ella. Seguiría el juego hasta el final.

Al cabo de unos kilómetros, disminuyó la velocidad y puso en funcionamiento los frenos. Bajó del coche y comprobó cuánta gasolina le quedaba. Tenía todavía mucha. Lo primero que tenía que hacer era cambiar de coche. El Airflow era ya muy peligroso. La policía de todas partes lo andaría buscando. Fue a un costado y asomó la cabeza por la ventanilla abierta.

—Ya no vamos a estar juntos mucho tiempo —dijo a miss Blandish—. Pero vas a tener una vida muy agitada hasta que nos atrapen.

La joven no se movió. Estaba abrumada y las palabras no tenían sentido para ella. Tenía su propia pesadilla que la obsesionaba.

Slim no esperaba respuesta; estaba acostumbrado a aquellos silencios. Dio la vuelta al coche y volvió a subir. Condujo a una marcha regular de noventa por hora.

Tenía que seguir su marcha bastante tiempo para descubrir lo que quería. A lo lejos, había un coche detenido al borde de la carretera. Dos mujeres, sentadas en el estribo, estaban comiendo el contenido de dos bolsas de papel. Al acercarse, Slim vio que una de ellas era joven y que la otra era probablemente la madre. Hizo funcionar el freno y desembragó. El Airflow se detuvo. Slim observó el coche con mucho interés. Era un pequeño turismo, como había miles en las carreteras. Slim bajó del Airflow y las dos mujeres le miraron con curiosidad. La larga carretera estaba desierta y silenciosa. Slim no perdió ni un segundo. Dio la vuelta al Airflow y levantó la cubierta del motor. Abrió la caja de herramientas del estribo y sacó un trapo de engrasar y una llave de tuercas. Soltó un obturador con dificultad, lo envolvió en el trapo y se lo guardó en un bolsillo. Las mujeres le observaban. Bajó cuidadosamente la cubierta y, a continuación, sacó su pistola. Las dos mujeres se levantaron asustadas cuando se les acercó.

—Suban a este coche —dijo Slim, abriendo la portezuela del Airflow—. A toda prisa. Esto no es más que un atraco.

Las mujeres, aterrorizadas, subieron al Airflow. Slim ordenó a miss Blandish que subiera al coche de turismo. Tuvo que sacudirla antes de que obedeciera. Se fijó otra vez en el aspecto ridículo que tenía la joven vestida con las ropas de Rocco. Miró a la más joven de las mujeres.

—Quítese ese vestido y démelo —dijo—, ¡Vamos! ¡De prisa! No voy a estar aquí todo el día.

La muchacha se desprendió de su vestido dentro del coche; estaba pálida de miedo. Slim tomó el vestido y se lo pasó a miss Blandish. Asomó la cabeza en el interior del Airflow.

—Cuidado con decir nada a nadie —advirtió—. Mi gente les arreglará las cuentas si dicen ustedes lo que ha pasado.

Slim subió al turismo y partió. Miss Blandish tenía el vestido en su regazo. Slim le dijo:

—Un poco más adelante nos detendremos y te pondrás el vestido.

La joven no contestó.

Recorrido un kilómetro, se detuvieron de nuevo.

—Ponte esa ropa —ordenó Slim.

La joven, sin salir del coche, se quitó las prendas de Rocco y se puso el vestido. Le sentaba muy bien. Slim arrolló las prendas masculinas y las colocó bajo el asiento trasero. Se dijo que tendría que cambiar de coche otra vez antes de que pasara mucho tiempo. Aquellas mujeres armarían un escándalo en cuanto pasara alguien por la carretera, lo que podía suceder en cualquier momento. Penetró en una pequeña localidad y se detuvo junto a la oficina de correos. Dio sus órdenes a miss Blandish:

—Tú te quedarás aquí. Voy a telefonar. Te quedarás aquí, ¿me

oyes?

Entró en la cabina. Nadie le miró. Eran gentes ínfimas; simples aldeanos. Llamó a Pete. Pete estaba sobre ascuas.

—No puedo hacer nada por ti —dijo todo excitado—. La cosa está ardiendo. La policía te busca. Eres demasiado peligroso para mí, Slim. Ya sabes que te ayudaría si pudiera, pero no vengas a Kansas. Te están esperando.

Slim colgó y se quedó ante el aparato lanzando maldiciones. No sabía adonde ir. Se sintió atrapado y comenzó a sudar de nuevo.

Salió a la calle y se detuvo en seco. Un hombre de edad se apoyaba en el coche y había asomado la cabeza en el interior. Estaba hablando a miss Blandish. Slim, tras un momento de meditación, se llevó la mano al interior de su chaqueta. Preparó el arma. El viejo sintió que le observaban y se enderezó. Se volvió hacia Slim. Este observó que el hombre aquel llevaba en su chaqueta la insignia de juez de paz. Su aspecto era de hombre poco inteligente, pero Slim se puso muy nervioso.

—¿Qué pasa? —preguntó, con la mano en el interior de la chaqueta. El juez de paz le miró con curiosidad.

—Estaba diciendo a esta señora que no pueden detenerse en este lugar —dijo.

Slim contestó que no lo sabía.

—Nos vamos ahora mismo —agregó. Y se dirigió al coche con movimientos rígidos. El juez de paz no podía resistir su curiosidad.

—¿Qué le pasa a esta señora? —murmuró a Slim—. ¿Perturbada, tal vez?

—Sí —respondió Slim. Y añadió tras una pausa—: No es grave. Ha perdido a su madre y está un poco trastornada.

Miss Blandish había ocultado el rostro entre sus manos. El juez de paz hinchó sus gruesos carrillos.

—Permítame otra pregunta —dijo. Slim le mandó al diablo en su fuero interno—. ¿Adonde se dirigen ustedes?

Slim contestó que iban a Kansas y subió al coche. El juez de paz quedó mirando al coche. Slim marchó calle abajo. Cuando salió del pueblo, aumentó la velocidad. Pensaba todo el tiempo que ya se habría difundido la noticia de que había cambiado de coche.

La policía estaría buscando aquel turismo negro como antes había estado buscando el Airflow. Una vez se empezaba a huir, las cosas siempre resultaban difíciles. Era cuestión de tiempo verse atrapado. Slim no se hacía ilusiones. Pero, antes de caer, podía meter unas cuantas balas en el cuerpo del enemigo. Prefería librar una batalla a correr de aquel modo. Si supiera adonde ir, no le importaría tanto, pero no tenía la menor idea de lo que podía hacer. No tenía más remedio que avanzar y avanzar para mantener la distancia que le separaba de quienes le perseguían. Le habían hecho huir y era incapaz de pensar en nada.

La carretera comenzó a subir. Dejaba los bosques y penetraba en las regiones altas. La carretera de montaña serpenteaba con curvas muy pronunciadas. El pie de Slim no cesaba de presionar el

acelerador; subían en segunda. A mitad de la cuesta, Slim tuvo una idea. Disminuyó la marcha y finalmente se detuvo.

—Sal —dijo a miss Blandish—. Vamos a caminar un poco.

Abrió la portezuela y se inclinó sobre la joven. La cogió por un brazo y la sacó a la carretera. La joven quedó a la luz del sol y contempló el paisaje. Slim dejó el coche en mitad de la carretera.

Detrás, la carretera se perdía de vista en un pronunciado recodo.

—Quédate aquí —ordenó Slim.

En seguida, fue hasta el recodo, a fin de ver lo que había al otro lado. La carretera estaba desierta. De pie al borde de la escarpada cuesta, Slim podía contemplar el valle y la cinta blanca de la carretera que serpenteaba al subir. Volvió junto al coche y, asomándose al interior, soltó el freno de mano. Inmediatamente, el coche comenzó a retroceder. Slim tuvo que echarse hacia atrás en medio de una nube de polvo blanco. Se arrodilló en la carretera, observando cómo el coche ganaba velocidad. Miss Blandish también observaba. El coche llegó al recodo y sus ruedas abandonaron la carretera. Chocó contra la barrera de madera blanca. Los postes cedieron y finalmente saltaron, como cirios lanzados al aire. El coche se precipitó al espacio y desapareció. Slim, arrodillado en la carretera, esperó hasta que oyó el choque distante. Después, se levantó y se acercó a miss Blandish con sus movimientos rígidos.

—Vamos. Camina —ordenó.

Caminaron juntos por la polvorienta carretera, bajo un sol de fuego. Caminaron lentamente y en silencio. Cuando alcanzaron la cumbre, se detuvieron y miraron hacia atrás. El valle se extendía allá abajo como una alfombra verde llena de originales dibujos. Slim se sentó al borde de la carretera y obligó a miss Blandish a sentarse a su lado.

—Ten muy presente lo que te voy a decir —dijo, dando un tirón a su sombrero—. Vamos a subir a un camión y tú vas a mantenerte tranquila. Ni dirás nada ni harás nada. Si dices o haces algo, yo empiezo a tiros. De ti depende todo. Tengo que salir de esto de algún modo y quiero llevarte conmigo.

Miss Blandish se volvió y miró a Slim.

—¿Por qué no me mata? —preguntó con fiereza. Slim quedó asombrado de la dura mirada de aquellos ojos—. Ya no puede continuar y usted lo sabe muy bien. ¿Por qué no se deshace de mí? ¿Cree que quiero vivir? ¡No! ¡No quiero vivir!

Slim, muy inquieto, le ordenó que se callara.

—De lo contrario, empezaré contigo ahora mismo —añadió. Agarró a la joven por la garganta, miss Blandish le dejó hacer, con las manos apoyadas en la hierba. Slim la soltó y se levantó. Sacó del bolsillo de atrás una correa de cuero y amenazó con ella a la rebelde. Instantáneamente aquella mirada dura desapareció; la joven se humilló.

—¡No, no, por favor! ¡No me toque con eso! —gritó, aterrorizada.

—Otra palabra de tu boca y recibirás una buena —dijo Slim con tono feroz.

La joven se apartó, con el rostro contraído. Era como un animal amenazado por el látigo. Sus ojos estaban fijos en la correa.

—Ven —ordenó Slim, obligándola a levantarse—. Ten cuidado con lo que haces o te arrepentirás.

Caminaron. La carretera descendía y la marcha resultaba cómoda. Dejaron que sus piernas hicieran el trabajo; el peso de sus cuerpos les llevaba hacia abajo.

Antes de que llegaran al pie de la cuesta, les alcanzó un camión ligero. Oyeron el chirriar de las ruedas y Slim se puso en mitad de la carretera agitando su mano. El camión se detuvo y el conductor sonrió. Era un hombrecito mustio, con cara de gorrón, tostada y curtida por el sol y el viento. Slim le preguntó adonde iba.

—A Jefferson City —contestó el conductor—. ¿Quieren subir?

Slim hizo un gesto afirmativo.

—Le daré un par de dólares —dijo secamente—. La señora está cansada.

—Muy bien. —El conductor abrió la portezuela.

—Suban. ¿Adonde quieren ir?

Slim dijo que Jefferson o la localidad siguiente les convendrían mucho. Subió él primero y se colocó junto al conductor. Miss Blandish se instaló junto a Slim. Este ocultaba a la joven con su cuerpo.

—Me llamo Jim O'Keik —declaró el conductor, soltando los frenos—. Acabo de hacer un transporte. Los negocios van muy mal. Es la segunda vez que vuelvo con el camión vacío.

El camión era ligero y saltaba un poco en la carretera. Slim miraba hacia adelante y dejaba que O'Keik hablara. Este no se hizo rogar, pero notó que Slim no decía nada.

—¿Es su esposa? —preguntó a Slim.

—¿Qué diablos le importa? —replicó Slim. Estaba cansándose de la charla de aquel aldeano.

O'Keik quedó perplejo y se calló. Avanzaron en silencio. Pero O'Keik no podía resistir aquello mucho tiempo. Se inclinó hacia adelante y puso la radio en funcionamiento.

—Yo mismo la coloqué —dijo con orgullo—. Es una gran compañía en los viajes largos. Más de una vez me hubiera quedado dormido sin ella.

La radio hizo unos ruidos y comenzó a funcionar. Alguien tocaba un acordeón. La música era triste.

—¿No es magnífico? —preguntó O'Keik.

Slim no contestó. Miró en su reloj niquelado.

—¿A qué hora llegaremos a Jefferson? —preguntó.

—Tardaré unas ocho horas —contestó O'Keik. Slim lanzó un gruñido y volvió a encerrarse en su silencio.

La radio volvió a la vida. "Atención todo el mundo. Importante. La Policía busca a Slim Grisson, quien al parecer se dirige a Kansas City. Con él va otro hombre, pequeño, tal vez un chico. Se

busca a Grisson por el rapto de la hija de John Blandish y por el triple asesinato de que hizo víctima a una banda rival. La última vez que se lo vio conducía un Ford turismo, matrícula XXX42. La descripción del individuo es la siguiente... —La voz continuó dando una completa descripción de Slim—. La Policía cree muy posible que el compañero de Grisson sea la joven desaparecida, disfrazada de hombre. Se previene que es hombre muy peligroso. Nadie debe intentar detenerle, sino informar a la Policía cuando se crea haberlo visto. Fíjense todos en cualquiera que responda a esta descripción..."

Slim alargó el brazo y apagó la radio. O'Keik no dijo nada, pero perdió súbitamente su color. Slim le miró por debajo del ala de su sombrero.

—Siga —dijo.

—Desde luego —contestó O'Keik.

El camión continuó su marcha.

* * *

A la una y media de la madrugada, Brennan seguía sentado a la mesa de su despacho. Tenía extendido sobre la mesa un mapa en gran escala. Su sombrero estaba echado sobre la nuca y un cigarro apagado, olvidado hacía tiempo, seguía apretado entre sus dientes menudos y amarillos. Fenner estaba sentado a su lado, con el teléfono pegado a su oído.

—Este tipo está perdiendo la cabeza —dijo Brennan.

Un agente asomó por la puerta.

—Míster Blandish desearía hablarles —anunció.

Brennan levantó la vista con gesto de impaciencia, pero Fenner asintió con un movimiento de cabeza.

—Bien, que pase —ordenó Brennan.

John Blandish entró. Su rostro revelaba un infinito cansancio.

—¿Tienen ustedes, señores, alguna noticia que darme? —preguntó.

Fenner colgó el aparato.

—Mañana estarán en nuestras manos —dijo.

Brennan puso un dedo corto y grueso en el mapa.

—Este tipo va dejando huellas a su paso —explicó. Blandish, inclinado sobre el hombro de Brennan, contemplaba el mapa con ojos de miope—. Salió de aquí con dos de mis hombres en sus talones. Uno de ellos tuvo un reventón. Se las arregló para lanzar a una zanja al otro. Conducía de un modo suicida y criminal. Nuestro muchacho ha quedado malherido. El tipo se detuvo después en un pueblo. Telefonó desde allí. El juez de paz habló con él. Ya sabe cómo son los jueces de paz de pueblo; nuestro hombre sospechó quién era el forastero, pero no quiso arriesgarse a andar a tiros. Antes de esto, el tipo sorprendió a dos mujeres, les quitó el coche y, lo que importa más, se apropió del vestido de una

de ellas. El juez de paz nos ha dicho que iba con él una mujer. Suponemos que se trataba de su hija, míster Blandish.

"Continuaron por esta carretera de montaña. Lanzó el coche barranca abajo. Un conductor de camión ha dado cuenta de que los ha llevado a Jefferson City. Les dejó al otro lado de la ciudad. Ese conductor ha tenido suerte al quedar con vida. Al parecer, Grisson está perdiendo su placer por matar. Están vigiladas todas las carreteras que salen de Jefferson. Se ha tendido una red tan espesa que no puede pasar ni una mosca. Está condenado a caer muy pronto.

Blandish se sentó. Pasó penosamente una mano por sus ojos.

—Han trabajado ustedes muy bien —dijo.

Brennan encogió sus macizos hombros.

—Una vez fuera de sus agujeros, estas ratas son fáciles de cazar —dijo—. Nos vamos a Jefferson City.

—Iré con ustedes —dijo Blandish, levantándose. Fenner se le acercó.

—Creo que debería usted quedarse aquí —declaró—. Va a haber lucha. Grisson no se dejará cazar vivo. Esos granujas luchan siempre cuando se ven acorralados. Jefferson City se va a interesar mucho en este asunto y supongo que usted querrá un poco de tranquilidad cuando recobre a su hija. Le propongo que se instale en un hotel de esta ciudad y que espere a que yo le traiga a su hija. De otro modo, tendrá usted que hacer frente al tumulto de los periodistas y de Dios sabe quién más.

Blandish vaciló.

—Quiero tener a mi hija —dijo finalmente.

Fenner hizo un gesto de comprensión.

—Lo sé —asintió—. Pero medite un poco y verá que mi idea no es mala. Su hija ha pasado muy malos días. Nosotros estamos en mejor posición que usted para alejarla de la curiosidad de las gentes. Además, es probable que quiera estar a solas unas horas, antes de reunirse con los suyos. —Fenner dijo esto mirando al suelo.

Blandish le miró muy vivamente.

—No sé qué quiere decir con eso —dijo.

Fenner se encogió de hombros.

—Ni yo mismo lo sé —repuso—. Es un presentimiento, nada más.

Blandish meditó durante algunos segundos.

—Muy bien —dijo—. Tráigamela en cuanto sea posible.

—Esté usted seguro de ello —prometió Fenner.

Blandish vaciló, como si quisiera agregar algo. Después, se dirigió hacia la puerta.

—Tengo plena confianza en que harán ustedes cuanto esté en su mano.

Brennan asintió con un gesto impaciente.

—¡Qué duda cabe! —exclamó. Cuando Blandish desapareció, se volvió hacia Fenner—. ¿Qué es lo que quiere usted decir? —

preguntó.

Fenner se sentó en el borde de la mesa y columpió una pierna.

—Esta muchacha ha estado en poder de esos bandidos durante cuatro meses —dijo lentamente—. Usted ha visto fotografías de ella, ¿verdad? Bien, es de una belleza extraordinaria. Tiene todo lo que hace falta para ser una preciosidad. Usted cuenta con la información suficiente para deducir lo que habrán hecho esos granujas con ella. Esta muchacha no será una muchacha feliz cuando la tengamos en nuestras manos; lo más probable es que esté un poco perturbada. ¿Se ha molestado usted alguna vez en leer los antecedentes de Grisson? Indudablemente, sí. ¿Qué puede usted esperar de un tipo así? ¿Es que no ha estado en la cárcel por haber asaltado a dos niñas? ¿Es que no cortaba a gatos y pájaros con unas tijeras cuando estaba en la escuela? ¿Qué habrá hecho con la muchacha durante todo este tiempo? ¿Por qué no se ha desembarazado de ella? ¿Se ha preguntado usted todo esto? Grisson no tiene antecedentes como mujeriego, pero se ha hecho una mala fama como perseguidor de chiquillas. Esto nos dice muchas cosas. Creo que esa pobre muchacha habrá pasado unos tiempos aciagos.

Brennan lanzó un juramento en voz baja.

—Con esto —continuó Fenner—, usted comprenderá mi propósito de dejar que la muchacha disfrute de unas horas de soledad antes de reunirse con su padre.

Brennan se levantó.

—Vamos inmediatamente a Jefferson City y esperemos allí —dijo—. ¡Diablos! ¡Nunca había intervenido en un caso igual!

La puerta se abrió y dio paso a un agente. Parecía muy excitado.

—Acaban de telefonar que Grisson y la muchacha han sido localizados en una granja de las afueras de Jefferson City. El granjero descubrió a Grisson en el momento en que éste entraba en un granero. Ha sido ahora mismo. Ha telefoneado sin pérdida de tiempo. Es indudable que se trata de Grisson.

Brennan comenzó a dar órdenes y Fenner corrió al teléfono. Llamó a Paula.

—Escucha, Paula, acaban de localizar a la muchacha en las afueras de Jefferson City. ¡Sí! Parece que es el final. Quiero que vayas allí lo más rápidamente posible. Vete al Benham Hotel y prepara una habitación del piso alto. Diles que quiero servicio y que no haya ninguna publicidad. Lleva a la habitación alimentos, bebidas y muchas flores. Llevaré a la muchacha. En marcha, hermanita. Alquila una avioneta... Ahora mismo.

Colgó el teléfono y observó el mapa. Miró sin ver a su alrededor. Estaba absorto en sus pensamientos. "Creo que esta muchacha estaría mucho mejor muerta", se dijo.

Brennan había abandonado ya el despacho y Fenner corrió tras él.

Slim se despertó con sobresalto. Su cerebro quedó inmediatamente despejado. Su pistola sobresalía de la funda de cuero bajo su chaqueta. Permaneció inmóvil en la oscuridad, atento al menor ruido.

El olor del granero era para él algo nuevo y tuvo que meditar en las sombras antes de recordar dónde se hallaba. Oyó un rumor en la paja y apuntó cautelosamente con el arma en aquella dirección. Estaba tendido de lado, inmóvil, mirando la densa oscuridad. Un leve chillido le tranquilizó y volvió a desmerecerse en el suelo del granero. Se dio cuenta del vacío de su estómago y sintió un fuerte deseo de comer. Encendió su linterna e hizo girar el haz de luz. Miss Blandish, encogida en la paja lejos de él, dormía profundamente. Su vestido había quedado levantado. Slim podía contemplar aquellas largas y esbeltas piernas y la blancura de la ropa interior. El rostro de la joven estaba pálido y manchado por las lágrimas.

Los huesos dolían en el duro suelo. Slim estaba tendido junto al escotillón que conducía al depósito de abajo. No había ventana allí, en lo alto. Mientras estuviera allí, nadie podría entrar ni la muchacha podría intentar una huida sin despertarle. Se levantó y tomó una cantidad de paja del montón que había en un ángulo. Extendió la paja sobre el escotillón. Se acostó de nuevo y se puso cómodo. Hacía calor y el ambiente estaba enrarecido; Slim se sentía amodorrado. Miró una vez más a miss Blandish y se tumbó a meditar.

Vagamente comenzó a comprender que la red estaba tendida y que le atrapaba en sus pliegues. Hasta ahora, se había sentido satisfecho de adelantarse a sus perseguidores; ahora, empezaba a tener miedo. Comprendió que aquello no podía seguir durante mucho tiempo. La constante necesidad de alimentarse y la muy urgente de encontrar un buen escondite resultaban cada vez de más difícil satisfacción. Indudablemente, O'Keik había informado a la policía. Esto significaba que sabían que se hallaba por los alrededores. Había caminado con miss Blandish por las calles secundarias hasta dejar atrás la ciudad. Agotados, habían buscado refugio en el granero para pasar la noche. Aquella granja le había atraído en la oscuridad de la noche. Se dijo que obtendría por la mañana un coche y alimentos. Se preguntó vagamente si los teléfonos estarían funcionando y si todavía tardarían mucho tiempo en localizarle.

Cerró los ojos, impacientado por la oscuridad. Se dio cuenta de que su cerebro estaba totalmente despejado y en angustiosa alarma. Trató de dormir, pero aunque su largo y delgado cuerpo pedía desesperadamente un descanso, el sueño no vino. Se sentó de nuevo, lanzando en su interior terribles juramentos. Sacó de nuevo la linterna y miró otra vez a miss Blandish. Se levantó y avanzó hacia ella. Apagó la luz y se arrodilló junto al cuerpo encogido. Buscó a la joven en la oscuridad y pasó el brazo por debajo de la cabeza apoyada en la paja. La joven se despertó

sobresaltada y trató de apartarse de Slim. Este le dijo que se quedara quieta. Aquella ronca voz aturdió a la joven. Quedó tendida, sollozando con agotamiento infinito, dócil a los requerimientos del bruto, quien la poseyó con frenético afán.

Después, ambos se durmieron. Los ahogados ronquidos de Slim asustaban a las ratas, que corrían alarmadas por la paja.

Por la mañana, Slim fue despertado por los rayos de sol que se filtraban entre las maderas del granero.

Se sentó rápidamente y se puso a escuchar. Tenía la boca seca y mucha hambre. Miss Blandish se despertó con sus movimientos. Se bajó el vestido y se alejó de Slim con expresión de angustia.

—Voy a hablar con el granjero —dijo Slim—. Tú esperarás aquí. Tenemos que obtener alimentos del modo que sea.

Levantó el escotillón y contempló el granero. Estaba lleno de herramientas de la granja. Bajó por la tosca escala de madera y caminó con movimientos rígidos hacia la doble puerta. Abrió cautelosamente una de las hojas. No vio a nadie.

Allí, a cierta distancia, la casa parecía desierta. La puerta principal estaba cerrada. Slim se mantuvo en observación durante mucho tiempo, cada vez más intranquilo. Sacó su reloj. Eran poco más de las nueve. Miró de nuevo a la puerta cerrada. Siempre había oído que los campesinos se despertaban temprano. Aquello le parecía raro. Repentinamente, se sintió débil y asustado. Quedó vacilante en la puerta, sin lograr tomar una decisión.

De pronto, se puso alerta. Llegaban por la carretera dos coches llenos de hombres. Podía ver las gorras de plato azules y el resplandor de las armas al sol. Retrocedió rápidamente y cerró la puerta. Ahora tenía la pistola en la mano y temblaba inconscientemente. Observó por un agujero de la madera cómo descendían los hombres. Echaron a correr en dirección al granero. Slim disparó sin vacilación. El policía que iba en cabeza cayó de rodillas. Los otros, con una fría seguridad en el éxito final de su empresa, se refugiaron tras los parapetos que ofrecía el patio de la granja.

Brennan y Fenner condujeron a los hombres del segundo coche al otro lado del granero.

—Este granuja no tiene muchas balas —dijo Brennan—. Ninguno debe disparar si no se le presenta ocasión de hacerlo con seguridad. No podemos correr el riesgo de herir a la joven en una fase tan avanzada del caso.

Fenner dio la vuelta al granero arrastrándose sobre su vientre. Se daba cuenta de que Slim no desperdiciaría ocasión de cazarle y se sintió muy contento al verse de nuevo a cubierto. Se levantó y se secó el rostro con la manga. Ahora, sabía que había llegado el final. Era únicamente cuestión de tiempo. Grisson, atrapado en la red, iba a morir. El granero estaba completamente rodeado. Los policías, seguros en sus refugios, tenían preparadas sus armas, con los dedos en los gatillos. Fenner no quería que se sacrificaran nuevas vidas, pero, al mismo tiempo, comprendía que si Grisson

conseguía resistir hasta la noche, podía producirse un desenlace distinto del esperado. Al amparo de la oscuridad, Grisson era capaz de deslizarse fuera de la red. De todos modos, había mucho tiempo por delante. Era temprano y las cosas comenzarían pronto. Sonrió al ver cómo Brennan arrastraba su pesada humanidad sobre la hierba. Brennan no era muy apto para aquella maniobra y llegó junto a Fenner lanzando maldiciones. Se puso torpemente de pie.

—Voy a darle una oportunidad —dijo—. Después, si quiere jaleo, lo tendrá.

Ahuecó sus gruesas manos junto a la boca y gritó:

—¡Sal con las manos en alto, Grisson! Estás cazado, y vale más que lo tomes con calma.

La voz tuvo un eco prolongado en el aire fresco de la mañana. Grisson no contestó.

—Es capaz de matar a la muchacha antes de morir —dijo Fenner.

—En el supuesto de que no la haya liquidado ya —replicó Brennan con inquietud—. Tengo el presentimiento de que este caso no va a tener un desenlace tan limpio como el que cabe esperar. Ha sido en todo momento algo extraordinario.

En el interior del granero, Slim continuaba observando por un agujero de la madera. Tenía firmemente agarrada la pistola en la mano y su boca relajada se hallaba cerrada, formando una masa informe de húmedos labios. Era cierto que tenía pocas balas. Brennan había acertado. Tenía un cargador completo, pero nada más. Slim añoró la Thompson. Se maldijo por haberse dejado atrapar así, pero también era verdad que no había tenido opción. Oyó la voz de Brennan y sonrió aviesamente en silencio. La tarea no sería fácil para aquellos hijos de perra. No iba a dejarse matar como un conejo. Si iba a morir, se llevaría por delante a unos cuantos.

Arriba, acurrucada, miss Blandish temblaba como las hojas de un árbol. Comprendía que aquello era el fin de una pesadilla y el comienzo de otra. Los cuatro meses tocaban a su fin. Aquella mente nublada se resistía a recordar lo ocurrido en ese tiempo. El cuerpo, maltrecho y necesitado de la paz de las drogas, no pertenecía ya a la joven. Aunque miss Blandish no había comido desde hacía muchas horas, no tenía hambre. Se sentía muy débil, como si hubiese padecido una larga enfermedad. Con un esfuerzo, se arrastró hasta el escotillón y miró hacia abajo.

Podía ver a Slim, quien de espaldas a ella, observaba por el agujero de la madera. Aquella espalda larga y delgada estaba tensa; la joven vio el sombrío metal del arma cuando ésta avanzó hacia el agujero. Slim apuntó y disparó. El estrépito hizo retroceder involuntariamente a miss Blandish. Cuando volvió a mirar, Slim seguía de pie, inmóvil, murmurando para sí mismo. Afuera, reinaba el silencio. La atención concentrada de la joven acabó atrayendo la de Slim.

Este se volvió lentamente. Ambos se miraron. Slim, de pie junto a la puerta, miraba hacia arriba. La joven, tendida sobre la paja, con la cabeza y los hombros enmarcados por el escotillón, miraba hacia abajo. Se miraron durante largo tiempo. El rostro de Slim brillaba con el sudor del miedo. Parecía casi fosforescente a la tenue luz del granero. Slim enseñó los dientes y comenzó a insultar a la joven; le lanzaba epítetos obscenos, eligiendo las palabras más monstruosas y escupiéndolas con toda la furia de su odio. La joven permanecía inmóvil, sin escuchar, pero deseando que Slim disparara contra ella. Quería con toda la fuerza de su alma que aquel brazo se levantara y dejara escapar la bala que terminaría con todo. Pero Slim se limitó a mirar a la joven con aquellos febriles ojos amarillentos. No se le ocurrió matar a miss Blandish; en otro caso, lo hubiera hecho. Su inteligencia se iba paralizando gradualmente. La obsesión de una muerte brusca le afectaba cada vez más. Aquella espera, vigilando sin cesar aquel patio de granja desierto, a sabiendas de que en todas partes le esperaba escondida la muerte, iba quebrantando poco a poco sus nervios.

Apartó la vista de la joven y volvió a mirar al patio. Creyó percibir un movimiento y disparó instantáneamente. El ruido del disparo tuvo un largo eco en el silencio. Slim vio levantarse polvo y astillarse las maderas en el lado del carro donde había creído percibir el movimiento.

Oyó que de nuevo le gritaban que saliera. Sus piernas comenzaron a doblarse. Se sintió repentinamente débil y comprendió cuan desesperadamente necesitaba alimento. Daría cualquier cosa por un trago de licor. Aquel rostro delgado, lobuno, de idiota, comenzó a contraerse, como el de un niño antes de echarse a llorar. Cayó de rodillas, dejando que sus manos resbalaran por la tosca madera de la puerta. Su pistola cayó al suelo. Miss Blandish le seguía observando. Durante un angustioso momento, creyó que había sido alcanzado por una bala. Pero cuando Slim comenzó a lanzar aquellos gemidos tan horribles, la joven se retiró aterrorizada del escotillón.

Brennan, ansioso de terminar, estaba dando órdenes en voz baja. Varios hombres uniformados comenzaron a empujar hacia el granero un pesado carro. Se mantenían cuidadosamente tras la protección de los sólidos costados, aunque sentían que sus piernas estaban peligrosamente expuestas. Avanzaron lenta y firmemente, sudando a causa del duro esfuerzo.

Slim vio que el carro se acercaba y se incorporó. Miró apresuradamente por encima del hombro, pero no había nadie asomado al escotillón. Entonces perdió por completo la cabeza. Abrió la puerta del granero y salió al aire libre. Iba pistola en mano y su rostro fantasmal reflejaba la desesperación más absoluta. No llegó a dar tres pasos en el exterior; el clamor de las ametralladoras brotó de todas partes. Slim se detuvo bruscamente, como si se hubiese estrellado contra un muro invisible. Su chaqueta mostró repentinamente manchas de sangre: su pistola se deslizó de su

mano. El fuego cesó con la misma brusquedad con que se había iniciado.

Fenner observó a Grisson. Durante un segundo, aquel hombre acribillado permaneció de pie, en actitud de desconcierto, iluminado por la luz del sol. Después, cayó hacia adelante. Fenner sabía que estaba muerto antes de llegar hasta él. Cautelosamente hizo girar el cuerpo con el pie. Los ojos amarillentos le miraron sin expresión; el delgado y pálido rostro, vuelto hacia arriba, parecía patéticamente inocente; la carnosa y relajada boca estaba abierta. Fenner se apartó dejando escapar un leve gruñido de asco.

—Esto ha terminado —dijo.

Fenner lanzó un profundo suspiro. Después, se dirigió lentamente hacia el granero.

* * *

Al sentarse al volante, con miss Blandish a su lado, Fenner se dijo que la joven había pasado por las pruebas más duras que cabía imaginar. Consideró que no debía tener en cuenta que la joven había vivido en medio de las riquezas y disfrutado de cuanto puede adquirirse con dinero desde que tuvo edad de apreciarlo. Frente a estas buenas cosas de la vida, había cuatro meses con Grisson. La mayoría de las personas hubieran preferido una vida de estrecheces y miseria. Fenner creía que cada persona tenía su destino prefijado en la vida; que, aunque podía imponerse a las cosas pequeñas, las cosas grandes estaban dispuestas como los agujeros de un campo de golf. Sintió mucha pena por la muchacha y lamentó su torpeza, pues no se le ocurría nada que pudiera animar a aquel ser abrumado.

Fenner partió en el coche, dejando a Brennan y la policía en la granja. Miss Blandish no había pronunciado una palabra ni mirado tan siquiera a Fenner desde el primer y turbador encuentro. Fenner encontró a la joven acurrucada en el desván del granero. La desdichada ocultó su rostro con las manos en cuanto vio aparecer por el pasillo la cabeza y los hombros de Fenner. Este le habló con suavidad, en un tono completamente natural y objetivo, sin la menor referencia personal, cosa que la joven agradeció visiblemente. Fenner le dijo que todo había terminado y que iba a llevarla a su casa. La joven bajó con él por la escalera, con su vestido ajeno, sucia y desarreglada, con unos ojos muy abiertos y sin expresión en la máscara blanca.

Brennan había retirado a sus hombres del granero a fin de que nadie pudiera contemplar a la joven. Mostró una delicadeza sorprendente. El mismo se alejó. El coche fue colocado, sin nadie dentro, junto a la puerta del granero. Fenner se preguntó si no se tomaban precauciones excesivas y se daba una tonalidad trágica al asunto. Tal vez hubiera sido mejor un recibimiento más normal. Pero bastó una mirada a aquel rostro de mortal palidez para comprender que se había obrado bien. No tocó a la joven cuando

ésta subió al coche. Se quedó a alguna distancia y permitió que miss Blandish se instalara sin ayuda. Después, dio la vuelta al coche y se sentó al volante. Partieron a gran velocidad.

Cuando la granja se hallaba ya a varios kilómetros, Fenner dijo con tono natural:

—Voy a llevarla a un hotel tranquilo. Su padre espera en Kansas, pero supongo que usted preferirá descansar y ponerse nuevas ropas antes de ir a su encuentro.

La joven no contestó, pero Fenner observó qué abandonaba su tensa posición, como si se hubiese sentido aliviada. Continuaron la marcha en silencio. Fenner observaba a la joven por el reflejo del parabrisas y veía que estaba a punto de producirse una crisis de llanto. Se dijo que pronto habría un mejoramiento en aquel estado.

El hotel era verdaderamente muy tranquilo. Paula había realizado un buen trabajo. Fenner condujo a la joven a su habitación sin tropezar con nadie. Todo estaba preparado. Había muchas flores, cuyo aroma impregnaba el aire en calma. La escrupulosa limpieza •proporcionaba a la habitación un ambiente de seguridad y calma.

La joven avanzó lentamente hasta la ventana y se quedó contemplando las blancas nubes que se agrupaban en el cielo azul. Una de sus manos acarició las flores, aunque éstas no merecieron ni una sola mirada.

Fenner permanecía inmóvil junto a la puerta.

—Tiene usted aquí los alimentos que pueda necesitar —dijo—. El cuarto de baño está a la derecha. También encontrará usted las ropas necesarias: están en el armario. ¿Hay alguna otra cosa que usted desee?

—Déme algo para beber.

—Desde luego. ¿Qué es lo que quiere?

La joven no contestó. Fenner observó que se dedicaba a deshojar las flores con dedos febriles. Los pétalos caían en la alfombra, a los pies de miss Blandish.

Fenner se acercó al aturdido camarero que esperaba junto a la pared, en el pasillo. Eligió una botella de whisky y sirvió un poco de licor. Puso la botella y el vaso sobre la mesa y retrocedió.

—¿Quiere retirarse, por favor? —dijo la joven, todavía de espaldas. Fenner observó que los hombros de miss Blandish temblaban.

Salió de la habitación y cerró suavemente la puerta. Después, se apoyó contra la pared y encendió un cigarrillo. Se echó el sombrero sobre los ojos y esperó. Tuvo paciencia y esperó durante algún tiempo. Escuchaba y fumaba. Se sentía inquieto y se preguntaba cuál podría ser la próxima reacción de la joven. Finalmente, se apartó de la pared y asomó de nuevo la cabeza en la habitación. Miss Blandish seguía mirando por la ventana, con el vaso, lleno de licor puro, en la mano. Fenner lanzó una exclamación apagada cuando observó que la botella estaba casi vacía.

—¿Por qué no come usted? —preguntó, cerrando la puerta tras él y apoyándose en ella.

—No necesito comer —la voz de la joven era ahora fuerte.

—¿Quiere usted que llame a su padre? Supongo que estará ansioso de saber que está usted a salvo.

—¡No!

—Me lo suponía —dijo Fenner.

La joven, tras breve vacilación, habló mirando por encima del hombro.

—¿Por qué dice usted eso? —preguntó.

—Me imagino todo lo que usted habrá sufrido —contestó Fenner, midiendo cuidadosamente sus palabras—. Deseará, sin duda, adaptarse a la nueva situación, ¿verdad?

La joven se volvió lentamente y miró a Fenner. Su rostro se hallaba ligeramente arrebolado; la mirada era un tanto alarmante.

—No sé quién es usted —dijo—, pero ha sido usted muy amable conmigo. Ahora, quiero estar sola. Tengo que pensar. ¿Quiere usted volver mañana? Mañana estaré preparada para ver a mi padre. Ahora, no puedo ver a nadie. —La voz le falló y la joven se llevó tapadamente las manos a los ojos.

—¡Desde luego; voy a despedirme! —contestó Fenner amablemente—. Pero, antes de que me vaya, trate de tranquilizarse. No tiene que tener miedo de nada. Grisson ha muerto... Todo ha terminado.

La joven apartó sus manos del rostro.

—¡No, se equivoca! —dijo, con voz de tonos agudos e histéricos—. No ha muerto. Está conmigo, lo sé... Al principio, creí equivocarme, pero ahora sé que está conmigo. Lo llevo dentro de mí y ya nunca me dejará en paz. Nunca; nunca me dejará en paz.

Fenner permaneció indeciso. Se desahogó con un resoplido y lanzó en su fuero interno varios juramentos. Aquello era ya de la competencia de Blandish, y su primer pensamiento fue ir en busca del padre. Salió de la habitación y corrió hacia el ascensor. Después, se detuvo vacilante y volvió sobre sus pasos. La puerta se había cerrado tras él y, cuando hizo girar la manija, oyó el pestillo que se corría. Llamó poseído de repentino pánico, pero no obtuvo respuesta. Se lanzó contra la puerta, pero, aunque sacudida, ésta no cedió. Al efectuar un segundo intento, oyó un agudo grito de angustia... Pareció un grito muy distante. Se detuvo, levantó los brazos con desesperación y, finalmente, sacó su pistola y disparó contra la cerradura. Abrió la puerta y quedó inmóvil, mirando en torno suyo a la habitación vacía.

En la calle, la gente corría. Se oyó un agudo silbido en el aire tranquilo. Los coches se detuvieron y la gente se esforzaba por avanzar y ver.

Una mujer lujosamente vestida, que acariciaba un perrito de largas orejas, levantó la cabeza y miró con expresión interrogante por la ventanilla de su coche.

—¿Por qué se ha detenido? —preguntó al chófer con enfado—.

Sabe usted muy bien que voy ya con retraso.

—Lo lamento, señora, pero parece que ha habido un accidente.

La señora bajó el cristal y asomó la cabeza. Un hombre alto y desgarbado miraba a la multitud desde la acera con expresión aburrida. La señora le hizo una señal. El hombre se acercó.

—¿Qué ha sucedido? —El rostro de la mujer reflejaba el fastidio. El hombre la miró con expresión de reproche.

—Alguna muchacha que se ha vuelto loca y se ha tirado por la ventana —dijo.

La señora volvió a acomodarse entre sus almohadones y dio unas palmadas de impaciencia a su bolso de charol.

—¡Qué cosa más fastidiosa! —dijo con irritación. Sus ojos brillaban repentinamente de apetito; sintió en su interior una especie de envidia. "¡Qué conducta más reprobable! —agregó en su fuero interno—. Supongo que fue un hombre quien la puso en ese estado."

La señora se sentía triste cuando el coche la alejó de aquella multitud de curiosos que la policía contenía con dificultad.

FIN